

Los Amores
de
Enamorados
Carmen

Carmen RB



Los amores o errores de Caroba

Carmen RB



Los personajes y situaciones que se narran en esta historia son ficticios, cualquier hecho parecido a la realidad es mera coincidencia.

Los amores o errores de Caroba

©Carmen Romero Baldonado

©De esta edición: Red Apple Ediciones

www.redappleediciones.com

info@redappleediciones.com

Diseño de la cubierta y maquetación: SW Design

Imagen de la cubierta: ©Patricia Casalà Albacete

ISBN: 978-84-946571-8-4

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibidas, si la autorización expresa de su titular, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro —incluyendo la impresión para su posterior copia o la difusión a través de “amigos” en internet— y la distribución de ejemplares de esta edición o posteriores y futuras mediante alquileres o prestamos públicos.

Menú de navegación

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[1](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

*Quiero dedicar este libro a mi familia.
A mis hijos: Ángela Daniela y Darío,
porque me han regalado los mejores momentos de mi vida.
A mi marido, Daniel Atienza, por apoyarme en todo momento,
aun habiendo estado escribiendo su novela, me prestó su tiempo.
A mis padres, porque me permitieron; equivocarme y levantarme,
siempre estuvieron ahí, pese a todo.
A mis hermanas, las que están y las que se fueron,
sois y seréis siempre una parte de mí.
A mis sobrinos y, en especial, a mi ahijada.*

Prólogo

En algún punto de Andalucía...a mediados de octubre.

Salió de allí como alma que lleva el diablo. Dolida. Rota.

Su vida era un caos. Siempre con el alma dividida, intentando reescribir una y otra vez su propia historia. Una vida abocada a la oscuridad e incapaz de ver la luz al final del túnel en el que se había metido.

No lograba hallar el camino hacia la felicidad.

Por un lado tenía a un hombre que la amaba. Un hombre de verdad con el que podía ser ella misma. Alguien que la hacía sentir en todos los aspectos y que parecía ser perfecto para ella. Un hombre que le daba todo, pero que a fin de cuentas no la llenaba. Y, por otro lado, se encontraba una y otra vez con mentiras, con promesas incumplidas formuladas solo para llevársela a la cama buscando algo que no encontraría. Aunque esta vez pensó que sí lo había encontrado.

—¡Idiota! —se gritó así misma—. ¡Eres una idiota!

Su vida parecía un lienzo pintado por Jackson Pollock. Un lienzo repleto de remiendos y retazos aparentemente aleatorios. Miles de pinceladas lanzadas al azar sobre un cuadro inacabado, esperando que algún día pudiera ser algo bonito y hermoso. Algo con sentido.

Al llegar a la calle se encontró con el cielo encapotado. Pensó que quizás lloviese y, con eso, podría limpiar su alma. Se metió en su coche y se dispuso a conducir sin rumbo fijo. Simplemente arrancó y dejó que la ciudad se deslizara a su alrededor permitiendo que los kilómetros fluyeran sin límites. En ese momento sonaba en la radio *Cómo te atreves* de Morat^[1], cuya letra, ironías de la vida, decía:

*Cómo te atreves a volver
Y a tus cenizas convertir en fuego
Hoy mis mentiras veo caer
Que no es verdad que te olvidé....*

No supo cuánto tiempo había estado conduciendo hasta que sin apenas

darse cuenta ya se encontraba allí. Donde siempre. Donde sabía que él estaría, con suerte, esperándola.

Detuvo el coche y se inclinó hacia delante. Dejó caer la cabeza sobre sus manos, que apretaban con firmeza el volante.

A los pocos segundos empezó a escuchar la lluvia caer sobre el techo del coche, cada vez más fuerte. Levantó la vista y vio las gotas de agua cayendo por el cristal a la vez que resbalaban las lágrimas por su rostro. En ese momento pensó: —*¡Tengo que estar hecha un desastre!* —se rió de sí misma, por preocuparse por su aspecto justo cuando su vida parecía desmoronarse por completo, hasta hacerse pequeños añicos....

¡Nunca más volvería a creer en nadie!

Y, aunque por un lado se sentía despreciable, no podía dejar de pensar que lo único que quería era sentirse completa, encontrar la felicidad plena. ¿De verdad tenía que ser tan difícil? ¿Tan complicado? ¿O es que acaso la había tenido delante de sus ojos y no la había visto?

Por fin se armó de valor, salió del coche y miró al cielo. Un cielo negro lleno de nubes que escupía gotas de agua y que parecía llorar con ella. Así que dejó que las gotas resbalaran por su rostro, que se mezclaran con sus lágrimas.

Fue entonces cuando gritó. Gritó con todas sus fuerzas hasta que no pudo más.

Dudó si volver al coche y perderse de nuevo en la carretera, o ir hacia el lugar que siempre reconocería como su hogar. Una casa donde seguramente estaría él.

¿Qué le diría? ¿La dejaría entrar en su vida de nuevo sin más?

Abrió la puerta y, efectivamente, allí se encontraba él, sentado en la cocina con la cara demacrada como si hubiera estado mucho tiempo sin dormir. En una mano tenía una taza humeante y en la otra el móvil, como si supiera que ella iba a volver. ¿Estaría acaso esperándola?

Él exhaló un suspiro de alivio en cuanto la vio y, cuando se dio cuenta que estaba empapada, se levantó rápidamente sin pronunciar palabra y corrió a por una toalla. Se acercó a ella y, con mucho mimo, la dejó caer por encima de sus hombros, frotándole la espalda, haciendo el amago de abrazarla. Sin saber muy bien qué había ocurrido para que no hubiera dado señales de vida en todo ese tiempo. Aunque, en el fondo, se sentía feliz por tenerla de nuevo allí, con él.

En ese instante él pensó que de momento no le preguntaría nada. Dejaría

que fuera ella la que le contara que había pasado. Era consciente de que tenían que hablar de muchas cosas, pero ya tendrían tiempo para hacerlo. Ahora... lo único que quería era abrazarla. Mimarla. Quererla. Sin ella, su vida no era nada. La necesitaba tanto que dolía. Este sentimiento se encontraba anclado en su corazón.

Ella le miró a los ojos, con una mirada anhelante. No hacían falta palabras entre ellos para que él entendiera lo que necesitaba.

Y así, sin más, la abrazó. La abrazó como si fuera la primera vez que lo hacía. Como si hubiera temido no poder volver a hacerlo nunca. Como si supiera que aquella era una nueva oportunidad para seguir con ella. Porque la amaba. Daba igual lo que hubiera pasado. La quería y eso no cambiaría nunca.

Ella se aferró a aquel abrazo. Por fin se sentía en paz aunque, era posible que esa paz no durara mucho. Después de lo que había ocurrido entendía que nada volvería a ser igual. Había vivido cosas que la habían cambiado. Era consciente de que, con él, no se había sentido del todo completa. Pero de momento disfrutaría de aquel abrazo y de él.

¡Quizás a pesar de todo podrían volver a estar juntos!

¡Quizá podrían empezar de nuevo!

1

Me llamo Caroba y me gustaría contaros mi historia; mis amores o errores, según se mire.

No penséis que esta es una historia dramática aunque puede que, en algunos momentos, sí lo sea.

Ésta es la historia de cómo aprendí a conocerme a mí misma.

Ésta es la historia de cómo conseguí liberarme de la pesada losa que llevaba sobre mi espalda.

Así que empecemos por el principio. Un tiempo antes de lo que acabáis de leer.

El momento en el que empezó a cambiar mi vida. Aquel momento en el que tuve que tomar una decisión: ¿seguir o volverme?

Siempre he querido creer que: El hombre no es libre hasta que no escapa de la obligación de tener un destino (*Modificación personal de una frase de Émile michel Cioran*).

2

—¡Mmmm! ¡Qué bien huele! —pensé desperezándome aún en la cama.

No quería levantarme, pero tenía que hacerlo. Debía prepararme para mi viaje. Me sentía claramente ilusionada. Aún me quedaban algunas cosas por meter en la maleta y si no me daba prisa, seguramente, cogería caravana en la autovía.

Después de varios meses, en los cuales me sentí desesperada por no haber podido encontrar trabajo, a pesar de la búsqueda incesante y exhaustiva, lo encontré de casualidad. Justo cuando comenzaba a pensar que tal vez mi destino quería indicarme que mi vida debía seguir así, con Ewan.

Amaba a Ewan, pero algo en nuestra relación no terminaba de llenarme. Cuando estaba con él, todo era demasiado perfecto. Aunque dentro de mí no lo era. Mis errores, mis traumas y mi situación hacían que no llegara a poder decir esas dos palabras: Te quiero.

Mi novio me había dicho, por activa y pasiva, que no pasaba nada por estar en paro. Insistía en que me tranquilizara, me relajara y me tomara un *merecido* descanso. Y es cierto que lo necesitaba. Aunque pueda parecer algo increíble, había estado trabajando de sol a sol literalmente. Porque trabajé durante tres años seguidos de lunes a domingo de siete de la mañana a siete de la tarde, incluso había veces que llegaba a salir más allá de esa hora y casi no había podido disfrutar de unas merecidas vacaciones. Por supuesto había cogido algún día esporádico, por ejemplo, para la boda de mi antigua compañera y amiga Jana. Y me lo pude permitir porque mi jefe también iba, que si no....

Tras tres años de relación laboral en la misma empresa con las condiciones mencionadas antes ¡habían decidido echarme! Mi jefe había intentado llevarme al huerto en varias ocasiones, sin éxito alguno. Así que optó por prescindir de mis *servicios*. Según él, porque no había trabajo suficiente para todos, pero yo tenía claro que esa no era la razón real.

¡Y una leche! Aún recuerdo muchas de las situaciones que tuve que vivir trabajando para él.

—Caroba puedes llegar muy lejos en esta empresa si tú... y yo —me susurraba al oído mientras acariciaba mi muslo arriba y abajo, subiendo cada vez más, intentando entrar en esa zona que ansiaba explorar. Recuerdo que le

di un golpe seco en la mano y salí huyendo. Esa podría haber sido la típica situación que me hubiera esclavizado para siempre.

Más tarde me enteré, que habían contratado a otra chica; más tetona y más predispuesta, al parecer, a aceptar su juego que yo.

Lo penoso de todo esto, es que era un trabajo que me gustaba mucho, a decir verdad demasiado, y en el que me sentía realizada. Era muy absorbente, sí, pero también muy estimulante. Sobre todo porque allí empecé lo que pensé sería el resto de mi vida. En ese, mi primer trabajo, empecé el camino que me llevó a mi situación actual, ya que allí encontré el amor y también mi primer error.

Comenzaré por el principio.

Desde hacía casi tres años me había independizado y vivía con Ewan. Siempre he pensado que todo lo acontecido entre nosotros fue demasiado rápido. Nos conocimos en el trabajo y, prácticamente al día siguiente, ya estábamos viviendo juntos. Apenas estuvimos un par de semanas de flirteo.

¡Qué tiempos aquellos! Sin duda fue amor a primera vista. Cosas del destino.

Por aquel entonces discutía con mis padres casi a diario. Ellos no entendían que yo no quisiera colaborar con los gastos de la casa. Desde siempre nos habían dicho que si trabajábamos, debíamos aportar parte de nuestros ingresos. Y, efectivamente, en el momento en que empecé a trabajar, me repetían la misma cantinela todos los días al llegar a casa. Pero, ¿cómo iba a ahorrar si les daba el dinero que ganaba? Y si no conseguía ahorrar, nunca podría independizarme... ¿es que no lo entendían? La verdad era que me sentía cansada de estar constantemente discutiendo con ellos sobre el mismo tema. El pobre Ewan aguantaba mi llantina cada vez que le llamaba, después de la discusión de todos los días que acababa cuando me iba a mi habitación y me tumbaba en la cama, para darle las buenas noches.

Siempre quedábamos al salir del trabajo, para emborracharnos el uno del otro, y luego cada uno se iba a su casa. Mis padres vivían en Cádiz y la madre de Ewan vivía en El Puerto de Santa María. Así que tampoco podíamos vernos mucho tiempo. Entre mi horario y la distancia entre nuestras viviendas, poco más podíamos hacer.

Un buen día, el mejor de muchos, cuando llegué al trabajo, Ewan me

propuso que nos fuéramos a vivir juntos. Me soltó un dicho muy popular: *No hay mal que por bien no venga*. Y con esas, tras sopesarlo muy poco, me lie la manta a la cabeza y sin dudarlo ni un minuto, hice las maletas y les dije a mi familia: *bye, bye!* Era la mejor solución para los dos. A pesar de ser muy joven para irme a vivir con un hombre, estaba decidida a dar el paso. La relación entre mi familia y yo también lo agradecería.

Para Ewan, compartir piso conmigo, no suponía nada nuevo porque acababa de terminar una relación en la que había convivido con su pareja durante bastantes años. Su ex novia, según me contó un día de confesiones, se había ido convirtiendo en algo parecido a un ogro de Mordor. Le hizo muchísimas cosas que provocaron que tuviera que tomar la decisión de dejarla, aunque todavía, muy a su pesar, seguía teniendo sentimientos por ella.

Cuando me lo propuso, vivía en casa de su madre. Ella se había quedado viuda muy joven y residía sola. Ewan era hijo único. Al romper con su ex decidió establecerse con su madre durante una temporada. Y no es que él estuviera mal. De hecho ella estaba encantada de tenerle en casa de nuevo. Pero para él estaba siendo un verdadero tormento, ya que le atosigaba y más después de haberse llevado tanto tiempo fuera. Por lo que pude saber, su madre siempre estaba pendiente de todo: si desayunaba, comía, cenaba o incluso si iba a ir a dormir en su casa. Le llamaba a todas horas y eso le estaba asfixiando. Vamos que, a sus treinta y cuatro años, se sentía cual adolescente en sus años de instituto.

—¡Cualquier día te controla hasta las veces que te tocas en la ducha! —le dije un día de burlándome de su situación—. ¿Te imaginas que te diga...? Hijo, hoy no te has tocado en la ducha, ¿estás bien? —bromeé intentando imitar la voz de su madre.

Como iba diciendo, que me voy por los cerros de Úbeda, un día, en el que me levanté bastante animada y pletórica, tras haber tenido una placentera noche de sexo, decidí salir a dar un paseo.

Con Ewan todo era muy fácil. Me cuidaba, me mimaba y cuando hacíamos el amor era muy generoso. Se preocupaba porque me excitase con miles de preliminares, y siempre era muy tierno. Pero eso no terminaba de complacerme, me faltaba algo que no sabía reconocer y no me permitía ser

feliz al cien por cien. A veces anhelaba poder tener esa explosión de terminar jadeando y esas ganas de hacerlo a todas horas y en cualquier lugar que leía en los libros y creía un imposible, al menos para mí.

Me puse ropa cómoda, encendí mi iPod y cogí a mi perra. Una pequeña *Yorkshire Terrier* a la que adoré nada más ver su carita. Me la regaló mi chico para que me hiciera compañía en esos momentos tan duros de mi existencia. O al menos así me sentía yo. Como una desdichada que se había quedado sin trabajo y no sabía cómo redirigir su vida. Nunca me había gustado depender de nadie.

Desde que era pequeña, me compraba mis caprichos con el dinero que me daban mis padres los fines de semana para salir. Siempre ahorraba un poco para que cuando tuviera suficiente dinero pudiera comprarme lo que yo quería o necesitaba. Nunca les pedía dinero a ellos para eso. Así había sido desde siempre. Y aunque, tenía mis ahorros, no quería llegar a tener que pedirle dinero a Ewan para poder comprarme mis cosas.

Al salir a la calle decidí coger por un camino diferente al habitual. Necesitaba alejarme de los alrededores de nuestra casa.

Vivíamos en Ronda. Una ciudad realmente preciosa, y no porque nos afincáramos allí, sino porque tiene un entorno natural que la hace única. Encontramos un adosado de dos plantas con jardín. Una cucada.

La razón por la que nos vinimos a vivir a Ronda fue para alejarnos un poco de nuestras familias, pero también porque Ewan estaría más cerca de su nuevo trabajo. Cuando Ewan se enteró de que me habían echado, y sobre todo, las razones por las que lo habían hecho, decidió dejar su empleo. Obviamente estaba muy indignado con el trato que recibí. De milagro no se encaró con mi jefe. Gracias al cielo, ya le habían ofrecido esa oportunidad y no dudó en aceptarlo. Él quería o más necesitaba que nos alejáramos de todos. Que empezásemos de cero.

Mi chico es mayor que yo y eso era algo que los demás no veían con buenos ojos. De hecho, cuando comenzamos a salir, la gente pensaba que él se aprovecharía de mi juventud, y cuando el tiempo pasara me dejaría por otra más joven como ya le había pasado con su anterior pareja. Hasta mis padres me comentaron muchas veces que la diferencia de edad entre nosotros no era tan notoria, en ese momento ya que aún éramos jóvenes, pero que, con el paso del tiempo, sería bastante notable. Cuando se enteraron, pusieron el grito en el cielo. Me soltaron cosas como: *¡Ahora no se nota, pero ya verás cuando envejezca!* *¡Te va a quitar los mejores años de tu vida!* Fue horrible

para mí todo lo acontecido en aquella época. Y eso que la diferencia era de solo trece años.

Pero es que, Ewan parece sacado de una película. Un hombre atlético y, a pesar de no ser muy alto, ¡lo era más que yo con tacones! Suena raro que lo describa así, pero para mí siempre había sido algo imprescindible a la hora de buscar pareja. Aparte de que siempre me habían atraído los hombres altos. Es bastante ancho de espaldas y con un cuerpo de escándalo. Sin embargo, lo que más me llamó la atención de él fue su trasero... ¡Mmmm! Es como un fetiche que tengo. Aunque también me gustaron mucho sus manos, muy suaves y bien cuidadas. Mi abuela siempre me decía que un hombre que tiene las manos cuidadas tiene un corazón de oro. Ella era una mujer de pueblo y estaba acostumbrada a los hombres brutos del campo. Supongo que de ahí me viene esa manía de mirarle siempre las manos a un hombre. El pelo de Ewan es una pasada. Lo tiene castaño aunque en verano se le pone rubiáceo y muy suave. ¡No tiene ni una cana! Tiene muchos amigos de su edad que parecen viejos a su lado. Su nariz es achatada, sus labios gruesos y una mirada color chocolate que quita el sentido a toda fémina que se le ponga por delante.

Recuerdo con claridad la primera vez que le vi, el instante exacto en el que nuestras miradas se cruzaron y como un sentimiento de posesión me invadió. En ese momento supe que ese hombre tenía que ser mío. Creí haber encontrado al amor de mi vida.

Él me contó que algo parecido le pasó conmigo cuando me vio entrar en la oficina, con la añadidura de que afirmaba que a él se le paró el corazón.

¿Y qué puedo decir de mí? No soy gran cosa, o al menos no me veo diferente a las demás chicas. Mido alrededor de uno con sesenta y cinco centímetros. Soy rubia, aunque últimamente estoy dándole vueltas a la idea de cambiarme el color del pelo. Y si aún no lo he hecho es porque a Ewan le encanta el tono de mi cabello. Aunque según me había dicho en reiteradas ocasiones, lo que más le gustaba de mí eran mis ojos color miel. Mis labios son carnosos y tengo un cuerpo bastante atlético. A los dos nos gusta cuidar la alimentación, ya que creemos que comer sano es importante para durar muchos años. Pienso que hacemos muy buena pareja, a pesar de la diferencia de edad.

Iba tan perdida en mis cavilaciones, rememorando el pasado, que no me

di cuenta de que llevaba casi media hora caminando. De hecho estaba tan ensimismada que por poco no me di de bruces con un quiosco. ¡Vaya! ¡Qué patosa! La verdad es que no lo había visto antes, y mira que solía pasear mucho con Ewan por allí, por el Paseo de la Alameda del Tajo. Es un paseo precioso y muy famoso en Ronda. Me encantaba recorrer ese paseo, porque es además de un paseo muy arbolado, un jardín botánico: con árboles de más de doscientos años de antigüedad. Soy una gran apasionada de los árboles y en este paseo te puedes encontrar desde un cedro del Himalaya o un enorme pino piñonero hasta una acacia de tres espinas.

Me había quedado un poco cortada con el choque, así que para disimular me puse a curiosear las revistas expuestas en el kiosco, dispuesta a comprar alguna, y entonces fue cuando lo vi. Allí estaba, como llamándome. Al separar algunas revistas, me había encontrado con un periódico de anuncios de empleo que no había visto en mi vida. Bueno, más bien eran cuatro hojas dobladas y mal colocadas que simulaban ser un periódico, el cual poco tiempo después dejó de existir. No sé cuál fue la razón para que me llamara la atención, ni por qué me lo compré. Parecía que el destino, de nuevo, quería que lo hiciera. Ese *periódico* me dio la solución a todos mis problemas. Allí entre varias ofertas de trabajo encontré la que cambiaría mi vida. Aunque ello implicara un cambio drástico.

3

El olor a café recién hecho me devolvió a la realidad. Volví a desperezarme y, ahora sí, salí de la cama de un salto. Una cama con dosel que me había regalado Ewan.

Recuerdo cuando la compramos. Estábamos decorando la casa, y él me había dicho que le parecía muy anticuada. Incluso bromeó con la posibilidad de comprar también una manta de *guatiné*. Menos mal que conseguí convencerlo de que una cama así tenía muchas posibilidades... De modo travieso le insinué que había visto una película donde le habían dado muchos usos... diferentes. Eso le convenció de pleno. Fue un momento muy romántico entre nosotros.

Me puse mi bata de seda, que había dejado caer horas antes en el galán de noche, para no bajar desnuda. A Ewan le gustaba que durmiéramos sin nada. Y, aunque estábamos a finales de septiembre y en Ronda aún hacía calor, por las mañanas refrescaba bastante. Él siempre me decía que no quería dormir con ropa que se interpusiera entre nuestros cuerpos. Cuando empezamos a vivir juntos, insistí mucho en dormir, al menos, con braguitas y una camiseta, pero fue una tarea imposible. Me echaba de la cama. Decía que la ropa sobraba.

Me asomé a la terraza para ver qué tal día hacía y de paso respirar el olor de la ciudad. Desde el balcón podía ver una buena parte de Ronda, pero sobre todo el esplendor del horizonte que me rodeaba. Parecía estar en plena naturaleza. Algunas tardes salíamos a la terraza para ver el atardecer.

Bajé las escaleras hasta la cocina buscando a Ewan. No lo hallé. Lo que si me esperaba era mi taza humeante en la encimera. La cogí y bebí un poco saboreando el sabor del café recién hecho. Mientras lo degustaba decidí hacerme unas tostadas con tomate para desayunar. Tenía que recuperar fuerzas después de una larga noche de sexo.

Me encantaba nuestro hogar. Estaba dividido en dos plantas, muy amplias. En la parte de arriba había tres dormitorios y dos baños, uno de ellos dentro de nuestra habitación. Uno de los dormitorios lo habíamos convertido en un vestidor y el otro en una habitación de invitados que nunca se había utilizado.

En la planta baja estaba la cocina, con una barra americana que conectaba

con el salón y con el recibidor. También había un aseo. Era todo muy diáfano. La verdad es que nos había quedado preciosa.

La habíamos decorado según el gusto de ambos. Habíamos intentando que predominase un estilo *vintage*^[iii] y minimalista, sin exceso de muebles. Desde mi punto de vista habíamos conseguido un ambiente muy acogedor. Era muy luminosa, tenía varias terrazas y un pequeño jardín. Esa fue la razón por la que habíamos elegido muebles claros con un toque elegante, pero sin que llegasen a parecer antiguos.

Además estaba situada en una zona que no era muy ruidosa. Eso fue lo que nos convenció para decidarnos a comprarla. Necesitábamos paz después de todo lo que habíamos pasado: mi despido, mis padres, la loca de su exnovia... Todo nos superó un poco. Nos costó mucho decidarnos, porque habíamos visto muchas viviendas antes de elegir ésta y no queríamos equivocarnos. Ewan era de los que piensan que un buen hogar crea una familia.

Me dejé caer apoyando los codos sobre la encimera con la taza en la mano repasando mentalmente las cosas que todavía me quedaban pendientes por hacer antes de marcharme a Sevilla. Entonces sentí su presencia tras de mí. Dejé la taza en la encimera y me erguí, sin girarme. Me quedé quieta mientras esperaba una caricia suya. Me estremecí cuando noté sus manos rodearme la cintura, mientras iba metiéndolas entre la abertura que dejaba mi bata, acariciándome el vientre. Eché la cabeza hacia atrás apoyándola en el hombro de Ewan, buscando su contacto. Y, como si él supiera qué era lo que necesitaba, fue dejándome pequeños besos en el cuello subiendo con suavidad hasta que su lengua comenzó a jugar con el lóbulo de mi oreja a la vez que con sus manos iba bajando lentamente hacia el centro de mi placer. Con sus caricias percibía como Ewan tenía necesidad de mí. Me transmitía que iba a añorar sentir el contacto con mi piel. Como si me echara de menos antes de que me hubiera ido.

Volvió a besarme en el cuello, haciendo que me estremeciera de nuevo. Sus dedos bajaron un poco más, introduciéndose entre mis húmedos labios. Noté como masajeaba mi clítoris con un dedo para luego seguir bajando, abriéndose paso hasta introducirse en mi sexo. Al sentirlo dentro de mí se me escapó un suspiro. Un suspiro de amor y placer.

—Te voy a echar tanto de menos... —murmuró sobre mi cuello—. No sé si podré levantarme por las mañanas sin ti. Sin tu calor, tu olor, tu contacto...

Extasiada me di la vuelta para poder llegar hasta su boca y besarle. Le

besé con premura, como si fuera la última vez que fuera a hacerlo. Con ansia, introduciendo mi lengua en su boca, buscando un contacto íntimo que le hiciera saber cuánto le deseaba. Ewan me devolvió el beso cargado de sensualidad, jugando con mi lengua, danzando ambas en un baile que tenía claro su fin. Coloqué mis manos en su pecho separándome un poco de él, pero mirándole fijamente a los ojos. Eché los brazos hacia atrás y dejé caer mi bata. Su mirada se oscureció con el deseo.

En ese momento decidí que iba a hacer algo para satisfacerle, ya que la noche anterior él me había regalado un intenso placer. Acaricié su torso bajando mis manos a la vez que bajaba mi cuerpo. Me regodeé en sus abdominales perfectamente delineados, sin querer desviar en ningún momento la vista de sus ojos color chocolate, sintiendo nuestras miradas entrelazadas cargadas de deseo, diciendo un te quiero... Introduje mis dedos en el elástico del bóxer y lo bajé con lentitud hasta que su erección se dejó ver. Me puse de rodillas y con mi lengua jugué con su glande. Lo lamí, disfrutando de su sabor. Me introduje el pene en la boca y succioné con fuerza haciendo que Ewan gimiera de placer. Lo saqué de mi boca provocándole un escalofrío soplándole en la punta para, rápidamente, volver a tragármela hasta lo más hondo. Supe que le estaba gustando cuando me cogió suavemente del pelo y fue guiándome hasta casi tenerla en el fondo de la garganta. Me sentí poderosa sabiendo que le proporcionaba tanto placer.

Succionaba cuando me tiraba del pelo y sacaba su miembro de mi boca. Estaba consiguiendo que Ewan encontrara su clímax que, por el sabor, sabía que no tardaría en llegar. En ese momento él se separó con rapidez de mí y se vació en la desnudez de mi pecho. Ese era un gesto que me encantaba y me llenaba de amor, más si cabía, hacia él. En una ocasión le conté que no me gustaba el sabor del semen y, al contrario de lo que me había pasado con otros hombres, él no se molestó por ello. Lo entendió y siempre hacía lo posible para evitarme pasar un mal trago por más que a él le gustara correrse en mi boca.

No podía tener ninguna queja, Ewan era un amor conmigo. Era el hombre perfecto.

4

Iba en el coche camino de Sevilla con lágrimas en los ojos y el corazón en un puño. El nudo en la garganta apenas me dejaba tragar. Me sentía desolada por haber dejado a Ewan solo en nuestra casa. Su mirada me demostró, de nuevo, que me echaba de menos antes de irme.

—No te vayas... ¡Quédate! —me insistió antes de partir—. Con mi sueldo podemos vivir bien. Y...

Le acaricié la mejilla, y pasé mis dedos por encima de sus labios carnosos. Él hizo un gesto con la cabeza, dejando caer su mejilla en mis manos y cerrando sus ojos en señal de rendición.

—Que va a ser de mi vida sin ti.... —susurró dejándome un dulce y tierno beso en la palma de mi mano.

Había utilizado toda clase de artimañas para convencerme de que no cogiera ese trabajo. Quiso hacerme el amor, de nuevo, pero yo no podía dar mi brazo a torcer, lo necesitaba. Sinceramente necesitaba trabajar y él lo sabía, pero podía más su anhelo.

Y le entendía porque, aunque nos veríamos todos los fines de semana, ambos sabíamos que la distancia solía enfriar a las parejas. Pero tendríamos que ser fuertes y luchar por nuestro amor; por lo que teníamos. Incluso podría venirnos bien para reforzarnos como pareja.

Intenté alejar esos malos pensamientos de la cabeza, pero me asolaron otros... ¿Y si no me adaptaba? ¿Y si mis nuevos compañeros no me aceptaban y me hacían la vida imposible? ¿Y si el barrio no me gustaba? ¿Qué haría por las tardes? ¿En qué ocuparía mi tiempo libre?

—¡Agggghh! —grité frustrada. Necesitaba centrarme en algo positivo. Como buena Libra que soy, necesitaba equilibrar mi balanza. Tanto pensamiento negativo me iba a hacer perder la poca cordura que tenía. Lo primero que debía hacer era buscar un gimnasio donde poder practicar kick-boxing y así poder liberar adrenalina. Lo segundo sería apuntarme a algún curso, de lo que fuera que dieran en el barrio. Seguro que había alguna asociación de vecinos o algo así.

¡Uf! Iba muy justa de tiempo. Todavía tenía que subir las maletas, darme una ducha para refrescarme, dejar a mi perrita Idem en casa e ir a la oficina. Mi nuevo jefe me había pedido que me acercara antes de que él se fuera, con

vistas a darme algunas directrices para empezar al día siguiente, ya que él no estaría.

Mi jefe se llamaba Françoise y, como se podía adivinar por el nombre, era francés. Y también un hueso duro de roer. Llevaba muchos años en España. Se casó con una sevillana guapísima y riquísima, cuya familia tenía muchos negocios. Y fue ella quien, obviamente, le consiguió ese trabajo. A pesar de todo, tenía la cabeza muy bien amueblada, y sabía lo que quería y a dónde quería llegar, aunque a veces las formas no fuesen del todo correctas.

La empresa en la que yo iba a trabajar era una distribuidora de vinos. Yo sería la encargada de la informática. Y a veces tendría que ocuparme de hacer los cuadros de costes para las reuniones, ya que formaba parte del comité de dirección. El chico que antes trabajaba en el que sería mi puesto se llamaba Rubén y se había mudado a Madrid al conseguir un trabajo mejor. Era lo poco que pude descubrir de él, ya que era bastante tímido, y apenas pude sonsacarle nada más. Cuando me hizo la entrevista tuve que hablar yo casi todo el tiempo porque él no fue capaz de articular más de cuatro palabras. De lo que sí me pude enterar, a medias tintas, era que no tenía *feeling* con el jefe, y que esa había sido la razón real de su traslado.

Casi sin darme cuenta había llegado a Sevilla. Durante el trayecto pude admirar las plantaciones de algodones, desde el coche, por la autovía. Me encantaba esta época del año, me daba la vida. Todo era muy bonito. Me encantaban los colores que predominaban en los jardines, los avellanos, los naranjos dando sus frutos... Esperaba con ansia esa explosión de color que nos regalaba el otoño.

Estacioné en un espacio habilitado para los vecinos, justo debajo del edificio donde viviría a partir de ahora. Este sería mi barrio: El Porvenir. Miré al cielo temblando y sonriendo ante lo que iba a vivir por primera vez sola, donde nadie me conocía.

Saqué todas las cosas, incluida *mi niña* que aún estaba adormilada por el viaje. Cuando llegué al portal de mi nueva casa, un chico que yo diría que debía tener mi edad me sostuvo la puerta para que pasase con mi perra y con el maletón. Aunque ya me había traído gran parte de mis cosas, no había podido evitar el sucumbir a la tentación de traer alguna cosilla más.

El chico en cuestión me sonreía de una manera muy pícaro. Parecía querer seducirme con la mirada. Cuando pasé por su lado exclamó:

—¡Olé, la cosa más bonita de toda Sevilla! ¡Quién fuera perro para poder ir a tu lado todo el día! —reí para mis adentros y le dediqué una mirada con

caída de pestañas que provocó que el chico se quedara con la boca abierta. Me acerqué a él con una sonrisa, alcé mi mano y, con un leve toque en el mentón, se la cerré.

Era un chico bastante guapo: alto, musculado, pelo castaño y con unos ojazos marrones que tiraban para atrás. Su nariz parecía de boxeador aunque no le afeaba nada. Lo único que no me gustaba de su cara eran sus labios, ya que yo los prefería más carnosos. Sólo de pensarlo me mordí el labio inferior al pensar en el *polvazo* que tenía el sevillano.

—¡Hola! Me llamo Caroba. Soy nueva en el vecindario. ¿Vives aquí? —le pregunté al chico que se había quedado mirándome pensativo.

—¡Ho-hola! Me llamo Jaime. Encantado —se acercó hasta mí y me dio dos besos bien plantados en las mejillas—. Sí. Vivo aquí. En el 3ºB. ¿Necesitas ayuda, *mi arma*?

—¡Vaya! ¡Qué casualidad! Yo voy a vivir en el 3ºA. ¡Seremos vecinos! —le contesté sorprendida porque fuéramos a estar pared con pared—. Y la verdad es que no, muchísimas gracias por el ofrecimiento, pero tengo que subir rápido. Me está esperando mi jefe y se me hace tarde —le respondí mientras me alejaba con rapidez hacia el ascensor.

En el momento en el que estaba entrando en el ascensor escuché...

—¡Dios santo qué culo!

No pude evitar reírme a carcajada limpia por el comentario de mi vecino mientras entraba en el ascensor. ¡Menudo personaje!

En ese momento, parte de mis dudas se disiparon, ya que tuve la certeza de que me lo iba a pasar muy bien en Sevilla. Subí hacia mi nueva casa bastante más animada de lo que iba en el coche. Algo positivo, al fin ¡bien!

La casa era bastante coqueta y estaba amueblada con muy buen gusto. Quizá yo no hubiera utilizado tantos colores, pero combinaban bastante bien en su conjunto. Se notaba que los propietarios se habían empapado con muchas revistas de decoración. Al entrar en la casa, pude sentir la calidez de un hogar. Percibí que allí me podría sentir muy a gusto.

Te recibía una pequeña y acogedora entrada que daba acceso a la cocina situada a la izquierda y al salón, que era bastante alargado; a un lado la mesa comedor y al fondo un gran sofá. A través del salón se accedía a un pasillo donde se encontraban las dos habitaciones y un solo cuarto de baño. El piso era pequeño, pero suficiente para mí.

No creía que Ewan con su trabajo pudiera venir a verme. Habíamos quedado que como yo salía de trabajar los viernes a las tres, sería más fácil y

práctico para ambos desplazarme yo, ya que de hacerlo él llegaría a Sevilla a las tantas. Desde Ronda hay casi dos horas de coche y él normalmente salía bastante tarde de la bodega. Ewan era químico y trabajaba en el Centro de Interpretación del Vino La Sangre que se encontraba íntimamente ligado a las Bodegas La Sangre de Ronda. En él se ofrecía al visitante la oportunidad de conocer, oler y saborear una historia que cuenta en Ronda con al menos seis mil años de tradición. Se ocupaba de algunas catas y, por lo que yo sabía de escucharle hablar sobre ello, también de una investigación que llevaba a cabo para evitar algún tratamiento nocivo que se le hacía a la uva o algo así.

Me desvestí y me di una ducha rápida. Lo necesitaba. ¡Qué calor hacía en Sevilla! Miré en el armario donde tenía colgada toda la ropa que ya me había traído, y lo primero que pensé al mirar era que debería salir a comprar ropa. La que tenía no era adecuada para este calor infernal. Me decidí por un traje fresquito, blanco de estilo ibicenco y unas sandalias con detalles plateados que me encantaban. Me gusta vestir bien y conjuntada sobre todo con los complementos que eran mi perdición. Y, aunque tenía prisa, necesitaba dar una buena impresión en la presentación oficial con mi nuevo jefe. Busqué un bolso a juego, me retoqué un poco los polvos y el lápiz de labios y salí disparada por la puerta, no sin antes comprobar que *mi niña* tenía agua y comida.

Al salir de casa no dudé en mirar hacia la puerta de mi nuevo vecino, sonriendo de forma instintiva. Estaba convencida de que seríamos buenos amigos.

Cuando llegué al polígono donde estaba situada la empresa observé que era un lugar muy bonito, con muchas zonas verdes a su alrededor. El día que estuve allí para la entrevista no llegué a fijarme en lo cuidado que se encontraba todo. Supongo que me sentía tan nerviosa que ni cuenta me di. Además tenía mi propio aparcamiento y eso me encantaba. En mi anterior trabajo perdía mucho tiempo buscando donde estacionar y dado mi problema con el tiempo... las sábanas solían atraparme y salía siempre de casa justita para llegar, lo que provocaba que habitualmente llegara tarde a mi puesto de trabajo.

La nave en la que se ubicaba la empresa tenía dos plantas. La de abajo se utilizaba para la recepción de las máquinas y de todo tipo de mercancías, y también como punto de atención al cliente. Y la de arriba para las oficinas.

Nada más entrar; te encontrabas con la recepcionista que atendía las llamadas y se ocupaba de organizar las agendas de los comerciales y del jefe.

Detrás de ella podías ver un gran letrero con el logo de la empresa, el cual tapaba de manera sutil el acceso al baño. A su derecha se hallaban las escaleras, por las que se accedía a la planta superior donde se situaba mi mesa y por debajo de éstas se accedía al taller y al almacén a través de una gran puerta corredera.

En la planta superior, como ya he comentado, era donde el gerente, el financiero, el contable, una administrativa y yo trabajábamos. La zona estaba dividida en dos ambientes bien diferenciados: el despacho del gerente, mi jefe, con paredes de cristal que era lo primero que te encontrabas al subir y el resto diáfano donde había cuatro mesas colocadas de manera estratégica para que mi jefe, desde su despacho, pudiera visionar todo lo que estábamos haciendo el resto de trabajadores. Estaba claro que quería controlarlo todo.

Entré y saludé a Cristina, la recepcionista. Me iba a sentar en un sofá que había junto a su mesa dado que hablaba por teléfono y no quería molestarla. Si bien, por lo relajada que parecía, quise entender que no debía ser un cliente sino una llamada personal. Me saludó con una sonrisa y con la mano me indicó que subiera. Ese gesto provocó que sintiese que había hecho bien en aceptar ese trabajo. Me sentí a gusto con el entorno. A priori, la chica de recepción parecía bastante maja. Ya me lo pareció la otra que vine para la entrevista.

Al llegar arriba pude ver a mi jefe, que estaba de mal humor. Agitaba mucho las manos y le gritaba a alguien. Un chico que no podía distinguir bien desde el ángulo en el que me encontraba. Me quedé frente a la puerta del despacho que estaba cerrada y decidí esperar pacientemente hasta que terminasen. De pronto la puerta se abrió y; cuando la persona que estaba dentro salió, me quedé inmóvil, casi sin respiración.

5

—¡Vaya! Creo que todos los tíos buenos del mundo se encuentran en Sevilla. ¡Qué pedazo de hombre! ¡Qué mirada! —me dije para mí misma.

En ese preciso instante noté como un sudor frío me recorrió el cuerpo. Sentí como todo en mi interior se encogía y como me iba haciendo cada vez más pequeña. No podía quitar la mirada de sus ojos. Unos ojos azules, de un color azul muy intenso. Nuestras miradas se entrelazaron de inmediato, tanto que no me percaté cuando, por detrás de él, salió mi nuevo jefe y, de malos modos, me instó a que entrara.

En el momento en el que pasé por delante de semejante espécimen, percibí como aspiraba con fuerza cerca de mí.

—¡Dios! Creo que se me han mojado las bragas.

Cuando me adentraba en el despacho, intentando mantener la compostura, escuché como la puerta se cerraba a mis espaldas. ¡¿Qué había pasado aquí?! Nunca me había sentido así. Había sido todo demasiado intenso... Metida en esos pensamientos, no me había dado cuenta que tenía a Françoise mirándome fijamente y carraspeando para llamar mi atención con el brazo levantado en dirección a la silla situada frente a su escritorio para indicarme que me sentara.

La reunión con mi jefe estaba siendo un verdadero martirio porque lo único que quería era salir de allí y volver a ver a ese hombre. Me había impactado con su mirada tanto que no podía quitármela de la cabeza. Pero Françoise tenía otros planes para mí y, después de ponerme al día durante más de dos horas, me propuso ir a tomar algo. Como era habitual en mí, y dado mi historial con los jefes, rehusé la invitación. No me apetecía nada dar pie a ningún tipo de confianzas con nadie del trabajo. En estos casos siempre se me venía a la cabeza el dicho que me decía mi abuela: *donde tengas la olla no metas la p...*, pues eso. Mejor rechazarla ahora que arrepentirse después.

Cuando por fin llegué a mi casa agotada del día tan ajetreado que había tenido y, obviamente sin haber visto de nuevo al *especimen*, cogí la correa y bajé a la calle con *mi niña*. Al salir, me encontré con Jaime que parecía dirigirse hacia su casa. Llevaba una camiseta negra muy ajustada que dejaba entrever todos los músculos de su torso y unos pantalones piratas, también negros que parecían de ciclista. Se acercó a mí y me dejó dos ligeros besos en

las mejillas mientras me preguntaba:

—¿Qué tal te ha ido con tu nuevo jefe?

—Ha sido peor de lo que esperaba, un verdadero martirio —le contesté bastante cansada. Me gustaba ese chico, había sido muy amable habiéndose interesado por saber de mí. Así que decidí explicarle que me había mudado porque me quedé sin trabajo y después de haber buscado durante mucho tiempo sin éxito, encontré éste y decidí venirme a Sevilla.

—La verdad es que vivir tan lejos de mi hogar se me va a hacer muy pesado, me ha costado mucho decidirme. Pero es que la oportunidad era demasiado buena como para desaprovecharla de cara al futuro... —Jaime me escuchaba con mucha atención, tanta que sin darme cuenta estábamos paseando juntos a la perra.

Es habitual en mí que, cuando estoy a gusto hable sin parar y perdiera la noción del tiempo.

De pronto, y como quien no quiere la cosa, Jaime levantó un brazo colocándolo sobre mis hombros, me acercó a su cuerpo y me dijo con mirada picarona:

—¿Por qué no nos vamos a cenar por ahí, tú y yo? Así conoces la ciudad y su ambiente. Te vendrá bien para desconectar y puedo mostrarte sitios por donde salir y disfrutar.

—¡Uf! Me apetece mucho, de verdad, pero mañana es mi primer día en el nuevo trabajo y no creo que sea conveniente para mí salir a tomar nada, que ya me conozco y luego me lío —le contesté mirándole con ojitos de cansada e intentando decirle que no insistiera.

Obviamente él no entendió *la mirada* o no quiso comprenderla, dado que cogió a mi perra en brazos, quien parecía estar encantada con mi nuevo amigo y se dirigió con ella hacia el portal, desde donde se giró y me aclaró muy seguro de sí mismo:

—No acepto un no por respuesta. Lo siento. Te vienes conmigo, sí o sí —la sonrisa que puso después de decir eso, me recordó mucho a esa que ponemos en el WhatsApp con todos los dientes fuera que nadie sabe a ciencia cierta que significa.

Suspiré y sin poder hacer otra cosa que reírme le seguí hasta el ascensor. Una vez dentro noté como me miraba de arriba abajo, intentando no parecer ansioso. Se le veía nervioso, y eso me hizo gracia. Tuve la impresión de que, o no había ligado mucho, o aparentaba una edad que no tenía. Ya que físicamente parecía mayor que yo, pero su comportamiento distaba mucho

del de alguien de la edad que yo había calculado que podría tener.

Cuando el ascensor se detuvo en el tercer piso, me indicó que nos veríamos en media hora, porque estaba sudado y necesitaba una ducha ya que venía de hacer deporte. Pensé que quizá pudiera ir yo algún día con él. Después le preguntaría a qué gimnasio iba. No pude evitar mirarle el culo ceñido por el pantalón cuando se giró para irse a su casa.

—¡Buen culo! —grité para mí misma y suspiré. Al levantar la vista vi cómo Jaime me miraba de reojo y movía la cabeza en señal de negación, al tiempo que le escuché reírse mientras entraba en su casa.

¡Ups! Me había pillado.

Entré de prisa en el piso y me refresqué un poco. Este calor iba a acabar conmigo. Me repasé el maquillaje y me puse un vestido palabra de honor color melocotón que se amoldaba perfectamente a mis curvas. Me calcé unas cuñas floreadas que me encantaban y parecían alargar mis piernas, y cogí el bolso a juego. Seguramente Jaime estaría ya fuera esperándome. Al salir del piso, me encontré con mi vecino. Lucía guapísimo con una camiseta gris metida por dentro de un pantalón vaquero bastante ajustado, que marcaba perfectamente sus piernas musculadas. Me miró exhaustivamente como dando su aprobación a mi atuendo. Sonrió y asintió con la cabeza

—¿Qué tipo de comida te gusta? —me preguntó mientras entrábamos en el ascensor.

—Pues... me gusta de todo tipo, pero si es internacional mejor. —Me miró con cara de sorpresa y le aclaré—: me encanta probar sabores nuevos y variar. Aunque la española también me chifla. No soy muy exquisita, me adapto a todo.

—Ya sé, te voy a llevar a un mexicano. Es uno de los mejores de Sevilla. Creo que te va a encantar —me propuso mientras nos dirigíamos a su coche. Yo le seguía sin oponer resistencia aunque no estaba del todo segura de la decisión que había tomado.

Llegamos al restaurante *Amanecer Country Mex*. Y decir que me encantó era quedarse corto. La decoración era bastante normalita, pero los platos que veía pasar por delante de mí provocaban que la boca se me hiciera agua. Le miré y le dije:

—¡Punto para el caballero!

Al ver mi sonrisa, Jaime volvió a hacer el mismo gesto que había hecho en el parque y, pasando su brazo por encima de mis hombros, me llevó hasta una mesa que se hallaba algo apartada y parecía muy íntima. Me puse un

poco nerviosa porque no quería crearle falsas esperanzas. Entonces caí en la cuenta de que no había llamado a Ewan y que seguramente él estaría esperando mi llamada. Ya que habíamos quedado en que yo le llamaría, en lugar de él a mí, dado que no sabía a qué hora terminaría la reunión con mi jefe.

Me excusé rápidamente diciéndole a Jaime que iba al servicio y que me sorprendiera pidiendo algo rico. Salí a la calle para llamar a Ewan. El teléfono sonó varias veces, y no me lo cogió. Saltó el contestador. Era raro porque nunca se separaba de su teléfono, máxime cuando sabía que yo me encontraba olvidada de la mano de Dios. Bueno olvidada no estaba, pero eso mi novio no lo sabía. En realidad no creía que le hiciera mucha gracia saber que estaba cenando con un extraño, ya que por muy vecino que fuera no lo conocía de nada. Intentaría llamarlo más tarde. No quería darle más importancia o me volvería tarumba. Volví dentro con Jaime, dónde me esperaba una fantástica *Desperados*^[iiii] y un combo de comida mexicana. ¡Mmmm! ¡Qué rico parecía todo!

—¿Sabes? Nunca bebo cerveza, pero esta —y la señalé con el dedo—, ¡es la mejor cerveza del mundo! —Jaime se rió con mi ocurrencia y me señaló la silla para que me sentara.

—No sabía qué es lo que podría gustarte y he pedido un combo. Espero haberme ganado otro punto... —bromeó poniendo una sonrisa picarona—. Bueno cuéntame, ¿qué hace una chica como tú —hizo un recorrido con la mano arriba y abajo—, ... tan sola en Sevilla? —me preguntó con cara de querer saber si tenía novio. Porque intuía que esa era la pregunta que se escondía tras sus palabras por la forma de coquetear que estaba teniendo conmigo.

—Si lo que me preguntas es si tengo novio, la respuesta es que sí. Y si me vas a preguntar por qué no ha venido conmigo, pues te diré que él trabaja dónde tenemos nuestra casa y como te conté antes mientras paseábamos a la perra, me he venido porque la casa se me caía encima. Necesitaba trabajar y allí no encontraba nada, por lo cual no podía rechazar este trabajo. Soy una persona muy activa y estar en paro no es lo mío —le contesté encogiendo los hombros y dando un nuevo sorbo a mi *Desperados*.

—¡Oh...! —fue lo único que le escuché antes de que el tomase un trago a su cerveza—. Ya decía yo que una chica tan guapa como tú no podía estar soltera —eso era lo único que había escuchado de todo lo que había explicado. ¡Chicos! Sólo piensan en una cosa.

Una vez aclarado el tema más controvertido, continuamos charlando amigablemente de nimiedades durante la cena. Descubrí su edad; veintitrés añitos. Tal y como había pensado era más joven de lo que aparentaba. Me estuvo contando que era consultor en una empresa de I+D+i. Me pareció un trabajo muy interesante.

Aproveché para preguntarle a qué gimnasio iba y me aclaró que a uno que se encontraba muy cerca de nuestra casa. Solía ir a entrenar a última hora de la tarde porque su trabajo no le dejaba mucho tiempo libre. Quedamos para ir juntos al día siguiente, a la misma hora en la que nos habíamos encontrado cuando sacaba a la perra. Él podría acompañarme y presentarme al dueño. Por lo visto era amigo suyo y podría hacerme precio especial como le había hecho a él. Quería apuntarme a alguna clase de defensa personal o algo del estilo. Él hacía spinning y me instó a probarlo. Le expliqué que en Ronda hacía boxeo con mi chico, cosa que le llamó mucho la atención. En su opinión era un deporte muy duro para una chica frágil como yo.

Cuando terminamos de cenar me insistió mucho en que tomáramos una copa. Me dijo que era obligado hacerlo siendo el primer día y no pude negarme. Estaba siendo muy amable conmigo.

Me llevó a un sitio llamado *Terraza Alfonso*. Me comentó que, aunque era lunes, estaría lleno a rabiar. Aún estábamos en septiembre y hacía bastante calor.

Al llegar a la entrada pude comprobar que efectivamente había mucha gente en la puerta haciendo cola. Jaime me cogió de la mano y me llevó, bueno más bien me arrastró, entre la multitud hasta llegar a la puerta. Cuando estábamos cerca del vigilante de seguridad, Jaime alzó la mano, la chocó con la de él y se pusieron a hablar de manera distendida. Parecía que se conocieran desde hacía mucho. El chico se agachó y apartó la cuerda, que hacía de puerta y delimitaba la entrada a la terraza mientras oía como la gente nos abucheaba y nos gritaba:

—¡Enchufados!

Iba de la mano de Jaime. No me había soltado en ningún momento. Llegamos a la barra y me preguntó qué quería tomar. Le respondí que un mojito me iría bien. Mientras esperábamos que nos sirvieran las copas me giré sobre mí misma y miré a mi alrededor. En un lateral se podía distinguir una zona con mesas, parecía algo más íntima que el resto, y que se hallaba casi vacía, ya que en el centro, donde se ubicaba la pista se encontraba todo el mundo bailando, sobre todo gente joven. Cuando tuvimos las copas, Jaime

me cogió nuevamente de la mano y me llevó hasta la zona donde estaban las mesas.

Nos tomamos varias rondas de bebidas, mientras seguíamos hablando de banalidades. Una de las veces que Jaime fue a pedir otra ronda aproveché para llamar a Ewan. Cuando cogí el móvil, vi que tenía una llamada perdida suya. ¡Mierda! Ahora pensaría que me había olvidado de él. Marqué su número y, tras varios tonos, de nuevo saltó el contestador. Frustrada, así me sentía en esos momentos. Jaime se sentó frente a mí y esta vez estuvimos en silencio tomándonos las copas. Me encontraba ya algo perjudicada debido a la mezcla de alcohol. Como pude me levanté y cogiéndole de la mano lo arrastré a la pista.

Comenzaba a sonar *Gente de Zona*^[iv] y como me encantaba bailar salsa, no lo dudé y lo saqué a bailar. Jaime me miraba con los ojos como platos. No tenía claro si era porque le había cogido de la mano o porque lo llevaba a rastras. Llegamos a la zona donde la gente estaba bailando y empecé a moverme en plan seductor como el baile requería.

En ese momento noté como un cosquilleo comenzaba a recorrerme la espalda, como si alguien me estuviera observando. Instintivamente giré la cabeza y ahí lo encontré. De nuevo esa mirada. La reconocería a leguas. Ese azul tan intenso que me contemplaba, como si pudiera traspasar mis ojos con los suyos para luego ver cómo me recorrían de arriba abajo estudiando cada curva de mi cuerpo.

Me mostró una sonrisa pícaro y alzando una ceja desapareció entre la gente. De nuevo, hizo que se me mojaran las bragas.

Jaime me tocó el hombro con una mano mientras movía la otra delante de mi cara, intentando llamar mi atención. Alzando la voz me informó que iba a la barra a pedir otra ronda. Y, como pudo, me dio a entender que me fuera a la mesa, que ahora iría él. Asentí con la cabeza y con cierta dificultad, debido a las copas y a que la pista estaba abarrotada, salí del barullo de gente que seguía bailando. Cuando casi estaba llegando a mi destino noté como una mano tiraba de mí y me giraba, tan pronto como unos labios estaban devorándome.

¿Pero qué...?

Alcé la vista para intentar entender que pasaba y los vi, de nuevo, mirándome con lujuria.

1

Ewan

*"Toda relación es una relación de dar y recibir.
El dar engendra el recibir, y el recibir engendra el dar"*
Deepak Chopra.

Llevaba todo el día de reunión en reunión. Parecía que todo el mundo se había puesto de acuerdo para coger las vacaciones en septiembre y me encontraba solo con todo. El día se me había hecho eterno. No había tenido tiempo para nada, ni siquiera para comer, aunque con todo lo que llevaba encima no tenía ni hambre. En ese momento de relax pensé en mi chica y me entró un escalofrío por todo el cuerpo. ¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Le habría ido bien la reunión con su jefe?

Ella me había dicho que tenía malas pulgas. Ansiaba que todo le hubiera ido bien, ella se lo merecía. Aunque no estaba de acuerdo con que se hubiera ido tan lejos de mí, era consciente que necesitaba trabajar. Últimamente había estado muy alterada, y discutimos en varias ocasiones por tonterías.

Cuando entré en nuestra casa se me cayó el techo encima. La noté en falta nada más poner un pie dentro. Siempre la encontraba esperándome en la cocina mirándome con sus ojos color miel, e insinuándose con su contoneo de caderas cuando se acercaba a darme un beso. Era la mujer más sensual que había conocido. Tenía un aura que gritaba sexo. ¡Dios! Si echaba de menos hasta a la perra.

Cogí el móvil para llamarla y vi que tenía una llamada perdida de ella. ¡Mierda! Había estado tan ocupado que no me había enterado. Decidí llamarla y no me lo cogió. ¡Lo sabía! Sabía que esto era lo que iba a pasar a partir de ahora. Me aterraba que perdiéramos la comunicación. Me asustaba que ella quedara cautivada por Sevilla y todo lo que suponía vivir allí. Que se encontrara con gente más joven y me dejara de lado.

¿Qué estaría haciendo ahora? ¿Estaría durmiendo? ¿Estaría pensando en mí como yo lo hacía en ella? ¿Me echaría de menos?

Estaba que me subía por las paredes. Me sentía completamente impotente. Así que decidí ponerme la ropa de deporte e ir al gimnasio. Sí, eso

haría. Sería la mejor forma de deshacerme de la angustia que sentía en el pecho.

Después de un par de horas de duro entrenamiento volví a casa. Había sido muy brusco con Tomás. Lo había usado de saco de boxeo. Aunque no me había servido de nada, ya que seguía igual. Ni Tomás ni el gimnasio habían conseguido que se me pasase el malestar que tenía. Era como si una bola me subiera y bajara desde el estómago a la garganta. Y no paraba de darle vueltas en la cabeza a la misma idea. Como siguiera así me iba a volver loco.

Cogí el móvil y, de nuevo, vi una llamada perdida suya. ¡Qué raro! Había estado pendiente del móvil en el gimnasio y no lo había oído. Seguramente fue cuando le había estado pegando al *saco* sin piedad. Marqué su número y tras tres tonos saltó el contestador. Miré la hora y vi que ya era muy tarde. ¡Quizás estaría durmiendo y por eso me había llamado antes de acostarse! Noté como mi cuerpo se estremecía ante la posibilidad de que se hubiera dormido triste porque no habíamos podido hablar. ¡Qué impotencia! ¡Dios!

Fui al baño para darme una ducha e intentar relajarme. Apoyé la cabeza en la pared y rememoré lo ocurrido en la cocina, antes de marcharme a trabajar y de que ella se fuera. Parecía que hubiera pasado mucho tiempo de aquello y sólo había sucedido hacía unas horas. Me encantaba como se tensaba cuando me sentía cerca, como se le erizaban los pelos del cuerpo cuando la besaba en el cuello o la tocaba y como siempre la encontraba dispuesta a darme placer. Me estaba poniendo como una moto sólo de recordarlo. Caroba tenía una boca privilegiada. Aparte de tener una de las sonrisas más bonitas que había visto en mi vida era la mejor dándome placer. Esa forma de chupármela. ¡Cómo lamía, cómo succionaba, cómo quería tragársela hasta el fondo...! ¡Dios! La echaba tanto de menos que dolía. No sabía cómo podría vivir sin ella.

Bajé mi mano hacia mi entrepierna y cogí mi miembro ya erecto. Empecé a mover la mano suavemente, pero con firmeza, arriba y abajo. Comencé a acelerar el movimiento pensando en ella, en sus ojos color miel y en sus labios de muñeca perversa. ¡Uf! Esos pechos tan firmes con sus pequeños pezones de color rosado,... en su sexo. En cómo se curvaba cuando le acariciaba el clítoris y como gemía de placer. Recordé sus dulces gemidos cuando la penetraba. Empecé a mover la mano de forma más brusca pensando en cómo ella me la chupaba, en sus caricias... Cuando llegué al clímax tenía los ojos anegados en lágrimas. Esto no podía ser sano.

Necesitaba olerla, abrazarla, sentirla.

No lograba comprender qué es lo que me había pasado. No era un hombre de lágrima fácil. Toda esta situación me estaba desbordando. Quizás era porque estaba muy cansado. Debía ser eso. El día había sido muy largo. Nuevamente cogí el móvil para llamarla y marqué su número. Un tono, dos tonos, tres tonos,... Nada. No obtuve respuesta. Saltó de nuevo el contestador.

Me tumbé en la cama recordando cada gesto suyo, aferrándome a algo que me animara; su sonrisa, como se colocaba el pelo detrás de la oreja o como se mordía el labio cuando se sentía inquieta. Podía vislumbrar claramente cuando la vi por primera vez en el trabajo. Como se hizo la luz a su alrededor cuando entró en la oficina. ¡Dios! Era la cosa más bonita que había visto en mi vida. Su pelo rubio cayéndole por los hombros. Ese vestidito translucido que lucía, de esos que dejaban volar la imaginación de cualquier hombre. No podía apartar la mirada de ella, pero debía hacerlo. No entraba en mis planes enamorarme.

Por aquel entonces acababa de salir de una relación *tóxica*. Sólo de recordar aquella historia se me ponían los pelos de punta. ¡Monique! Esa chica estaba loca, desquiciada. Me perseguía a donde fuera y decía que la engañaba. Me revisaba el móvil y llamaba a mi trabajo constantemente para saber si me encontraba allí. Por supuesto, todo ello sin motivo alguno por mi parte. No sé qué le hizo cambiar, porque ella no era así cuando la conocí. Todo aquello me dejó bastante tocado y sin ganas de empezar ninguna relación con nadie.

Hasta el momento en que Caroba entró en el despacho de Paco. En ese preciso instante me entró pánico. Tuve la necesidad de protegerla. Ese hombre era un depredador que se tiraba, o por lo menos lo intentaba, a todo lo que tuviera tetas. ¿Cómo podía sentir eso por una persona a la que ni siquiera conocía? ¿Con la que no había siquiera hablado? De nuevo me había ocurrido, el destino era caprichoso y había fijado que, de esa forma tan fortuita, iba a encontrar el amor. Entonces supe que tenía que conocerla y enamorarla. Esa mujer estaba hecha para mí. Era absolutamente perfecta.

Sin darme apenas cuenta conseguí quedarme dormido, pensando en ella. Mi ángel de ojos color miel.

7

—¡Que alguien apague el móvil! ¡Agggghhh! —grité colocándome la almohada sobre la cabeza.

Cuando conseguí saber dónde me encontraba, me di cuenta que me hallaba en mi piso, en mi cama y sola.

Levanté la cabeza, que me dolía horrores, como si tuviera una taladradora agujereándome el cráneo. Con gran dificultad pude darme cuenta que no era el móvil lo que sonaba sino mi despertador. Lo apagué de un manotazo. Se me había olvidado bajar la persiana y entraba mucha luz. ¿Qué hora sería...?

—¿Qué hora va a ser? ¡La hora de levantarte... y lo que sonaba era tu despertador! —me aclaré a mí misma mientras me daba un leve masaje en la sien.

¡Cómo duele! Pero si no bebí tanto, ¿o sí? A duras penas recordaba cómo llegué a casa. De pronto me vino un flash y recordé esa mirada azul. Ese beso. Me toqué los labios sintiendo ese remolino en mi interior cuando noté sus labios posarse sobre los míos. Fue un beso rudo, noté su ansia, sus ganas de devorarme entera allí mismo. ¿Pero qué pasó después? No lograba acordarme de nada más... Miré la hora en el reloj y por poco no me dio un síncope. ¡Claro! ¡El despertador! Mis neuronas al fin retomaron la actividad y la lucidez. Llegaba tarde el primer día de trabajo. ¡Lo sabía, lo sabía!

Me metí lo más rápido que pude en la ducha. Tenía que quitarme el olor a destilería que llevaba encima. Me lavé los dientes mientras me duchaba para ahorrar tiempo. Escogí de mi armario ropa más o menos formal para un primer día de trabajo: camisa rosa melocotón, falda de tubo gris marengo y sandalias planas de tiras. No estaba para muchos faralaes.

Cogí el coche y, como si del Fórmula 1 de Fernando Alonso se tratara, llegué en tiempo récord al trabajo. Cuando entré, Cristina no estaba en la recepción, así que subí sigilosamente hasta donde se encontraba mi mesa y cuando conseguí sentarme pude respirar. Me relajé cuando vi vacío el despacho de mi jefe. ¡Uf! No me acordaba de que esa mañana no vendría y que probablemente no estaría en toda la semana.

Intenté poner orden a lo que tenía que hacer. Saqué mi agenda y me sumergí en mis quehaceres hasta que sonó el teléfono. Era Cristina, quien me llamaba por la línea interna. Me informó de que había un mensajero abajo

preguntando por mí. ¿Un mensajero? Vertiginosamente bajé y lo que vi hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Un precioso ramo de camelias. Sólo podía ser Ewan quién tuviera ese detalle conmigo. Cogí el ramo y subí a mi mesa para poder leer la tarjeta con un poco de intimidad. Abrí el sobre con manos temblorosas y leí: *Te prometo que te voy a amar cada día de mi vida.*

Cogí el móvil mientras mis lágrimas brotaban sin control resbalando por mis mejillas. Cuando miré la pantalla tenía dos llamadas perdidas de Ewan. Y yo... yo solo había pensado en mí. Me vinieron flashes del beso y sentí asco de mí misma. Le llamé y lo cogió al segundo tono.

—¡Hola mi vida! ¿Has recibido mis flores? —me preguntó con un tono tan dulce que hizo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo. Tenía ese efecto en mí.

Sollocé. No podía hablar. Tenía un nudo en la garganta que no me dejaba pronunciar una sola palabra. Me sentía tan avergonzada que no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera en lo que había sucedido la noche anterior. Tenía que haber intentado con más tesón hablar con él hasta conseguirlo.

Como no respondía a su pregunta, insistió para ver que me ocurría.

—¿Estás triste porque ayer no pudimos hablar? ... Es culpa mía, mi amor. Estuve todo el día de reunión en reunión y después me fui al gimnasio para desahogarme. Cuando te volví a llamar supuse que estarías dormida y no quise intentarlo más. ¿Es por eso que lloras, vida mía?

Sollocé de nuevo.

Él pensaba que había sido por su culpa, cuando era por la mía. Era yo la que había estado en la calle. Era yo la que no había encontrado el momento para hablar con él.

Yo era la única culpable de que, en el primer día que habíamos estado separados, no hubiéramos podido hablar. ¡Cómo podría explicarle que no había sido culpa suya!

— Por favor, dime algo... Lo siento mucho, Caroba. Fue un día muy raro. Y... sin ti —en ese preciso momento fue cuando estallé, me puse a llorar como una magdalena sin poder aguantar la angustia.

Sin querer le colgué. Aproveché para tranquilizarme. No había podido pronunciar palabra alguna. La culpa me estaba asfixiando. Deseaba que no se lo hubiera tomado a mal. ¿Qué demonios pasó anoche? ¡No puedo hablar con Ewan sin saber qué sucedió! Pensé en refrescarme y de paso aclarar mis ideas, pero tenía que bajar. En la planta de arriba de la nave no había baño.

Por lo que tendría que pasar por delante de la recepción, justo lo que deseaba evitar. No quería que nadie me viera de esa guisa. Pero iba a ser inevitable.

—¿Quién te ha regalado ese ramo tan bonito? Pero antes de nada, ¿por qué estás llorando? ¿Te has emocionado? —me preguntó Cristina al pasar por delante de su mesa.

—Yo... —Cogí aire e intenté responder a sus preguntas para no parecer antipática—. Me lo ha regalado mi novio, como muestra de lo mucho que me echa de menos —le aclaré con una sonrisa que me salió un poco forzada—. Y... sí, lloro por la emoción que me ha hecho recibir un ramo tan bonito. ¡Es precioso! —dije con una angustia que no me permitía respirar—. Voy... voy al baño, ¿vale? —Y me metí con rapidez en él, sin esperar respuesta de su parte.

Estuve un tiempo prudencial dentro para evitar las posibles preguntas de Cristina. Cogí aire y me dispuse a salir. Agarré el pomo y cuando comenzaba a girarlo escuché voces y risas fuera. Reconocí la voz de un hombre que bromeaba. Era una voz grave y melodiosa. De pronto noté un nerviosismo impropio de mí. ¿Qué me estaba pasando? Temblaba como un flan. Me armé de valor, abrí la puerta con decisión y salí con ímpetu chocando contra un cuerpo musculoso y bien fornido. Alcé la mirada para ver de quien se trataba y poder disculparme, y me quedé sin habla. Era él. Esa mirada felina. Esos ojos azules. ¡Dios! ¿Pero es que no voy a poder estar tranquila ni en mi trabajo? Aunque claro, si lo pensaba bien era ahí donde lo había visto por primera vez.

—¡Hola hermosura! ¡Volvemos a coincidir! —exclamó con esa voz que me había hecho temblar minutos antes—. Me han contado que eres la sustituta de Rubén. ¡Veo que el jefe ha buscado ganado fresco! —Y comenzó a reírse con una risa ronca y profunda que provocó que se me pusieran todos los pelos de punta.

No sé por qué, pero en ese momento, ese comentario pronunciado en ese tono y de esa forma hizo que me exasperara lo suficiente como para darle una bofetada con la mano abierta. Aún con la cara un poco ladeada levantó la mano y se acarició la mejilla, respiró hondo y girando la cabeza mientras apretaba la mandíbula, en señal de estar conteniéndose, me miró cómo si quisiera asesinarme.

—¡Ésta es la última vez que te lo permito! Ya van dos y... —el rostro de Cristina era un poema. Obviamente no entendía nada de lo que nos ocurría—. La próxima te la devuelvo. No soy de pegar a mujeres, pero no voy a permitir

esa actitud tuya tan pedante mucho más tiempo —declaró alejándose hacia el taller donde se encontraban las máquinas.

Bastante enfadada y humillada por lo que acababa de ocurrir, me acerqué a Cristina para preguntarle quién era ese chico y cuál era su cometido en la empresa.

—Pues trabaja de comercial y también ayuda, cuando se le requiere, a reparar algunas máquinas *complicadas* —me explicó recalcando la palabra entre comillas—. Es el mejor solucionando averías —se acercó un poco a mí y bajando el tono prosiguió—. Te voy a revelar algo en *petit comité*^[v] —sonrió ladinamente como si fuera algo verdaderamente confidencial—. Es buen chaval, a mí me ha ayudado muchísimo desde que entré en la empresa hace ya... —miró hacia arriba como si estuviera pensando—. Dos años. ¡Cómo pasa el tiempo! A lo que iba, según me contó quiere mantener ese aire de malote, pero he podido comprobar que es un trozo de pan. Un día me aclaró que debía mantener su imagen de chico malo para ligar —terminó de contarme para luego reírse—. Somos buenos amigos, Caroba. Me encantaría que le dieras una oportunidad. La verdad es que no entiendo qué le ha pasado antes contigo, normalmente está bromeando con todos y, hasta hoy, nunca le escuché levantar la voz. Bueno, con el jefe sí que lo hace, pero eso es normal. —Su mirada decía que le apreciaba mucho. Por último, me contó que nadie le había conocido novia alguna.

Subí a mi mesa después de agradecerle a Cristina su amabilidad y quedé con ella en comer un día de estos para conocernos mejor. Aunque seguramente no lo cumpliera, ya que no me gustaba confraternizar mucho con mis compañeros de trabajo.

Me sentía ofuscada y malhumorada por la situación vivida con el pánfilo ese. Menos mal que los financieros se habían ido de vacaciones y podía campar a mis anchas en la planta de arriba. ¡Menudo espectáculo había dado mi primer día!

La mañana se me pasó relativamente rápida y gracias a ello apenas recordé el episodio vivido con el hombre de los impactantes ojos azules. Bajé a picar algo en el bar de enfrente en el que, según me había explicado Cristina, la comida era bastante aceptable. Después volví a mis quehaceres hasta que llegó la hora de salida. ¡Menos mal!

No me gustaba el horario que tenía, porque terminar mi jornada de trabajo en esas fechas haría que llegara a mi casa casi de noche. Al acercarme a mi coche le vi. Estaba de pie fumándose un cigarrillo y me miraba como si fuese

un tigre antes de atacar a su presa. Todo parecía cuidadosamente estudiado para provocarme.

Mi cuerpo respondió inmediatamente haciéndome temblar entera. Una angustia se instaló en mi garganta, sentía como me ardía. Quería gritar y a la vez abalanzarme sobre él para besarle o pegarle. Aún no tenía claro qué tipo de sentimientos tenía hacía ese chico de ojos azules que me atraía como un imán. No podía apartar mi vista de sus ojos, parecía que me tenía atada a él. Con un movimiento de sus dedos tiró la colilla al suelo mientras se incorporaba. Por fin, se giró, se montó en la moto. De nuevo, me miró, se puso el casco y desapareció.

¡Maldito!

8

Cuando llegué al piso, me sentía tan alterada que no podía hacer nada bien. Después de romper mi jarrón favorito, decidí sacar a la calle a mi perra. Mi chiquitina llevaba sola todo el día, así que me di una vuelta por el barrio para conocerlo y hacerme al lugar. También necesitaba tranquilizarme y el paseo me vendría bien. La zona era bonita, se encontraba rodeada de muchas zonas verdes, entre ellas el parque María Luisa. Relativamente cerca de casa tenía bastantes restaurantes y muchas tiendas para comprar comida y lo que necesitara.

Mientras iba paseando seguía sin poder apartar su mirada de la cabeza. Mirara hacia donde mirara lo veía. Ese hombre tenía algo que me perturbaba. Me daba la impresión de que me estudiaba. Recordé como se me quedó mirando en la puerta del despacho de Françoise, como me acechó en la terraza y como me observaba hacía un momento. Y sobre todo, como se colaba en mis sueños para hacerme disfrutar como nunca antes. Necesitaba dejarlo pasar. No podía seguir pensando en ese individuo. ¡Dios! ¡Salía con Ewan! ¿Por qué pensaba en otro hombre que no fuera mi novio?

Cuando llegué a casa después del paseo, me sentía algo más tranquila y relajada, así que decidí llamar a Ewan. Me había extrañado que no hubiera intentado contactar conmigo en todo el día. A lo mejor se había enfadado porque le colgué y no le volví a llamar. Aunque en el fondo sabía que eso no podía ser, él era un amor y casi nunca se enfadaba conmigo por nada. Y eso que debía reconocer que últimamente había estado bastante irascible. Habíamos discutido por tonterías. Aunque, en verdad había sido yo la que había provocado las discusiones. En los últimos meses había estado muy nerviosa con la búsqueda de trabajo y usaba cualquier excusa para picarle. Y si bien él no era de discutir al final acababa consiguiéndolo. Ewan tenía una *máxima* que me había ahorrado muchas discusiones a día de hoy. Decía que no le encontraba sentido a refutar porque cada uno buscaría llevar su razón, y al final alguno de los dos tendría que dar su brazo a torcer por algo que, si lo teníamos claro, volvería a surgir tarde o temprano. Y así nunca se llegaría a buen puerto.

Cogí el móvil y enseguida escuché su voz.

—¡Hola mi vida! ¿Estás ya más tranquila? —me preguntó con su dulce

tono de voz.

—¡Hola! —suspiré intentando mantener la calma.

Siempre que hablaba con él, las mariposas revoloteaban en mi estómago. Pero ahora tenía demasiadas cosas que ocultarle y eso no me gustaba. Me ponía nerviosa pensar que se pudiera enterar de todo lo que me había pasado desde que llegué a Sevilla. No se me daba bien ocultar información, y tampoco me gustaba tener que mentir. Pero si algo tenía claro era que si se lo contaba le haría daño. Y por supuesto no entraba en mis planes hacérselo de forma gratuita.

—Sí, mucho mejor. Gracias. Ewan... —respiré hondo para poder hablar—. Perdóname por no haber podido agradecerle las flores antes, pero es que no me esperaba ese detalle. Ayer fue un día horrible y yo...

—¡No digas nada más, mi amor, por favor! Sé que el día de ayer intentaste que habláramos, y yo tonto de mí me fui al gimnasio y... te acostaste sin que pudiésemos hablar. Te prometo que no volverá a ocurrir. ¿Qué te parece si acordamos un horario para llamarnos? Lo primero que me gustaría sería escuchar tu voz a primera hora, antes de entrar a trabajar. Después nos podemos llamar a media mañana, cuando paremos a tomar algo... podríamos hacer que coincidiéramos, no sé, ¿a las doce? —le notaba nervioso, hablaba rápido cómo si necesitara que estableciéramos pautas. Me daba la impresión de estar echándose la culpa de que ayer no hubiéramos podido hablar y la culpa fue mía. ¡Dios! Por primera vez desde que estábamos juntos le notaba inseguro. Quería tener algo a lo que aferrarse conmigo. ¿Creería que me estaba perdiendo? Pero lo que de verdad me preocupaba era, ¿realmente me había perdido?

Estaba demasiado confusa con respecto a lo que sentía cuando tenía a David cerca, mirándome de esa forma que provocaba que mi corazón parara, mis piernas temblaran y mi alma quisiera escaparse para besarle de forma apasionada y desinhibida. Y a la vez, sentía como se revolvían las tripas cuando hablaba con Ewan, ese sentimiento de querer darlo todo por él, pero a su vez, esa sensación de falta que me embargaba.

En ese momento sonó el timbre sacándome de mis ensoñaciones. Escuché que Ewan seguía hablando, intentaba organizarnos para devolver la normalidad entre nosotros. Gracias a Dios no se enteró de que llamaban y, como no quería interrumpirle, con sigilo fui a abrir. Allí me encontré con Jaime que venía con ropa de deporte, y bastante sudado. Le hice una seña con la mano para indicarle que después me pasaría por su casa y cerré la puerta

con cuidado para que Ewan no se diera cuenta y evitar así tener que dar explicaciones que no harían más que empeorar esta situación.

Hablamos durante más de media hora. Tuvimos incluso un poco de sexo telefónico que acabó en un orgasmo brutal, por lo menos por mi parte. Ewan no era muy efusivo cuando lo alcanzaba. Aunque he de confesar que en algún momento me vino a la cabeza esa mirada azul que no quería salir de mi cabeza. Nos despedimos hasta la mañana siguiente.

—Te quiero —me confesó con voz suave y dulce.

Le tiré un beso y colgué. No me gustaba decir esas dos palabras, era algo para lo que no me sentía preparada. En mi familia no era habitual decirlo ni demostrarlo. Me crie con ese déficit de afecto.

Crucé el rellano y fui directa a casa de Jaime. Me abrió con la toalla atada a la cintura. Abrí los ojos como platos y me hizo un gesto para que pasara mientras reía por mi reacción. Le dije que no con la cabeza y, de nuevo, se carcajeó.

—¡Serás petarda! —exclamó entre risas—. En cuanto me vista me paso por tu casa.

Saqué unas cervezas de la nevera. Había aprovechado el paseo con Idem para comprar algo de bebida y comida. Tenía claro que esa noche me acostaría temprano, pero antes tenía que averiguar cómo volví a casa la noche anterior.

Sonó el timbre y abrí. Era Jaime. Le invité a una cerveza y se quedó a cenar. Necesitaba sonsacarle todo y la mejor forma era conquistar primero su estómago. Después de cenar le pregunté sobre el tema y me contó que cuando volvió con los mojitos no me encontró. Parecía enfadado aunque no en exceso. Quise explicarle la verdad, pero creí que no lo entendería y seguramente le daría pie a intentar algo conmigo, así que le mentí. Le conté que me había mareado y que decidí irme. Le pedí mil disculpas y quedamos para ir a su gimnasio al día siguiente. Con sutileza le eché de casa. Se había hecho tarde y necesitaba descansar.

Me di cuenta de que Sevilla me había convertido en una mentirosa. No le había contado a Ewan nada de mi salida con Jaime, ni de que había encontrado un amigo estupendo en la puerta de al lado. Por supuesto omitiría el beso y el *acoso* de mi compañero de trabajo. Y ahora, también le mentía a Jaime sobre esto último.

—¿Qué pasa contigo, Caroba?! —me grité a mí misma. Y lo peor de todo era que no podría sincerarme ya nunca porque hacerlo ahora supondría

reconocer el hecho de haberlo ocultado.

Con la culpa reconcomiéndome, me tumbé en la cama y me quedé dormida dándole vueltas a la cabeza. Al cabo de un rato me despertó un sonido estridente. ¡El timbre sonaba una y otra vez! Me levanté precipitadamente y, atolondrada como me encontraba, casi me caí de bruces. Abrí la puerta sin mirar quién llamaba. Me quedé paralizada. Era él.

Se abalanzó sobre mí devorándome la boca, metiendo su lengua con furia y retorciéndola alrededor de la mía. Intenté separarlo de mí poniendo mis manos sobre su pecho, pero con una de las suyas me las cogió subiéndomelas por encima de mi cabeza mientras con la otra levantaba mi camisón con rapidez. ¡Dios estaba descontrolado! Podía notar su erección en mi vientre. Bajó su boca hasta mis pechos y los lamió mirándome fijamente a los ojos con lujuria. Con sus dientes mordisqueaba mis pezones provocando un cosquilleo que me recorrió entera, desde mis pezones hasta mi clítoris haciendo que me arqueara y le metiera el pecho, aún más, en su boca. Ante mi gesto; ¡gimió! ¡Gruño!

Metió sus piernas entre las mías y, con una habilidad pasmosa, me cogió en brazos. Entró en la casa conmigo auestas mientras me mordía el cuello y cerraba la puerta con el pie. Atrapó mi labio inferior con su boca. Lo mordisqueó mientras jadeaba. Volvió a besarme y a enredar hábilmente su lengua con la mía. Como pudo me colocó en la mesa que había en el salón. Se bajó los pantalones y me penetró de golpe, haciéndome gritar de puro placer. En ese instante pude advertir que su mirada era fría. Me miraba con aire de superioridad como si supiera que podía hacer conmigo lo que quisiera. El azul de sus ojos casi no existía. Su mirada se había oscurecido hasta parecer negra. Negra de placer.

—*Nena...* —susurró sobre mis labios—, estás muy mojada... —me apretó las nalgas y comenzó a empujar con más firmeza. Salía y entraba de mí con una dureza que provocaba en mí sensaciones que no había tenido hasta ahora.

—¡Mmmm...! ¡Ohhh! —gemía de placer mientras me embestía con fuerza. Me agarré a sus hombros intentando no caerme. Tenía ganas de morderle, arañarle. Levantarlo para la piel para llegar más adentro, para sentirlo mío. Me sentía salvaje. Sus embestidas me estaban llevando a un nivel que nunca creí que pudiera alcanzar.

¡Dios este hombre era un dios del sexo! ¡No puedo más! ¡Estoy al límite!
Piiiiiiii Piiiiiiii Piiiiiiii ¿El despertador? ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

9

¡Dios! No sabía qué era lo que me estaba pasando. Me sentía como embrujada por ese hombre. Se colaba en mis sueños y me hacía sentir cosas con las que nunca me había atrevido a fantasear. Ni siquiera con Ewan que era todo para mí. Que formaba parte de mi vida. Una vida que, aún con mis miedos y mis dudas, había sido muy sencilla y ordenada hasta que apareció él, con esos preciosos ojos azules que me habían descolocado por completo.

La semana pasó sin ningún contratiempo referente al... *ojos azules*. No me había atrevido a preguntarle a Cristina cual era el nombre del dueño de esos ojos que se colaban en mis sueños y me hacían gemir y sentir cosas que hasta ahora no creía que fueran posibles, o mejor dicho, desconocía. Ella no me lo había dicho y yo no quería que pensara que tenía un interés que iba más allá de la mera curiosidad.

Menos mal que mi jefe, que no se fue para no dejarme sola los primeros días, no me dio tregua y me buscó las cosquillas en todo momento. Y que al salir de trabajar me iba al gimnasio con mi vecino. Así pude pasar la semana casi sin darme cuenta.

Había tenido mucha suerte, Jaime se estaba comportando como un verdadero amigo. Un amigo de esos que consideras que, aunque lo acabas de conocer, serán para toda la vida. Hacíamos de todo juntos: íbamos a comprar, al gimnasio, a pasear a la perra mientras charlábamos, descubriendo cosas el uno del otro y dándonos cuenta de que éramos bastante afines, para después cenar cada uno en su casa.

Me encontraba realmente a gusto con él. No le veía maldad en sus actos ni en su comportamiento. De hecho no fui consciente de lo que pretendía, hasta que el jueves por la tarde al volver del gimnasio...

—¡No entiendo por qué no quieres cenar conmigo! Que tengas novio no quiere decir que no puedas salir a divertirte con amigos —me decía con los brazos en jarras y cara de no haber roto un plato.

—A ver, no es que no quiera salir contigo porque tenga novio. Lo que pasa es que salir, implica acostarse tarde y mi jefe está que trina. Las ventas no están yendo todo lo bien que deberían y culpa a todo el mundo de su mala gestión. Y aunque yo no tengo nada que ver en el tema comercial también me culpa —le expliqué mientras hacía aspavientos con las manos.

Sólo le llevó media hora convencerme de que la solución a todos mis problemas era salir a cenar con él y tomarnos un par de copas después para relajarnos y olvidar. Así que no supe negarme.

Para salir elegí un look muy poco sensual: camisa abotonada delante, pantalón de tela bastante holgado y unas bailarinas. No quería que pensara que nuestra amistad iba más allá de eso. Él en cambio se había puesto aquellos vaqueros ceñidos de la otra vez y una camisa celeste de *Tommy Hilfiger*^[vi] que quitaba el hipo.

La verdad es que me lo pasé genial. Hablamos de todo y de nada. Entre nosotros fluían las palabras y la conversación siempre era muy amena. Se notaba que tenía don de gentes. No me preguntó sobre mi vida, ni me insistió en que le contara qué me pasaba. Fue un buen amigo y se esforzó durante toda la noche porque estuviera cómoda. Después de cenar fuimos a tomarnos un par de copas a un garito bastante cutre, o al menos a mí me lo pareció. No era del tipo a lo que me había acostumbrado Jaime cuando salimos la vez anterior.

Cuando llegamos a casa, me insistió en tomarnos la última. Me ofreció que fuéramos a su casa ya que todavía no la conocía y, según él, era muy distinta a la mía por la manera en que la había decorado. Quizá me estaba metiendo en la boca del lobo, pero no quise pensar mal, dado que éramos amigos. De hecho, le consideraba ya un buen amigo.

Cuando entré tuve que reconocer que tenía razón no parecía la misma casa. Todo estaba decorado con un estilo minimalista. Predominaban los tonos blancos y grises. Los muebles eran muy modernos con luces en su interior. La cocina era preciosa, color naranja y beige. Su dormitorio estaba decorado con un gusto exquisito. Me sorprendió muchísimo que todo lo hubiera decorado él.

Estábamos sentados en el sofá tomándonos una copa y charlando plácidamente cuando de repente se quedó callado observándome. Su mirada bailaba entre mis ojos y mis labios. Dejó escapar un suspiro y, sin darme tiempo a nada, se acercó a mí y me besó. Me rodeó con sus brazos y con una habilidad pasmosa me sentó encima suya. Empezó a desabrocharme la blusa y a meter su mano entre la abertura para tocarme los pechos. Casi no me dio tiempo a reaccionar. Me encontraba entre sorprendida y extasiada. Todo lo que estaba ocurriendo a mí alrededor me tenía muy descolocada. No era capaz de hacer nada a derechas. Cuando conseguí reaccionar y mi cabeza pudo procesar lo que había sucedido bajé mi vista y, me di cuenta que tenía

mi camisa por la cintura y los pechos al descubierto. Podía sentir como él gemía mientras chupaba y lamía mis pezones sin piedad. Parecía un lobo hambriento que llevara semanas sin probar bocado. Recobré la compostura y, como pude, me levanté, apartándolo, jadeante y le aclaré angustiada:

—¡No puedo! ¡No puedo! —me subí la camisa y salí corriendo hacia mi casa.

Tenía el corazón en un puño. Esto se me estaba yendo de las manos. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Cómo había permitido que Jaime me besara? Y sobre todo, ¿por qué no le había parado antes? Ahora todo se estropearía. Ya nada sería igual entre nosotros.

Llegué a mi casa llorando. Cuando conseguí calmarme decidí llamar a Ewan. Necesitaba escuchar su voz. Él era la calma en medio de la tempestad. Él era mi luz.

Cogí el móvil y marqué su número. Sonó varias veces hasta que saltó el contestador. ¡Mierda! Lo tiré encima de la cama y me bajé a la calle con la perra. Pasear me tranquilizaba. Necesitaba respirar, pensar, calibrar las consecuencias de lo que había pasado. ¿Qué iba a hacer ahora?

Aunque era tarde, necesitaba distanciarme de él. Caminé hasta que llegué a un parque que no conocía y me angustié ya que efectivamente me había alejado bastante. Cogí a *mi niña* en brazos y, un poco asustada, me puse a andar todo lo rápido que podía. Tenía una sensación extraña en el cuerpo. Cuando llegué a mi calle, noté como si de pronto bajarán las temperaturas. Comencé a temblar sintiendo frío, hasta que un escalofrío me recorrió la espalda. Como por impulso levanté la vista hacia la ventana de Jaime y allí estaba... fumando un cigarrillo y mirando hacia donde yo me encontraba. Me respondió con una sonrisa forzada, tiró el cigarrillo y se metió en su casa. Me hizo sentir culpable. No sabía por qué, pero me hizo sentir mal.

Aún estaba entrando por la puerta de casa cuando escuché el sonido de mi teléfono. Fui directa hacia el dormitorio, dónde lo había dejado antes del paseo, pero cuando fui a cogerlo ya habían colgado. ¿Número desconocido? Seguramente sería alguien que se habría equivocado. Comencé con el ritual de todas las noches: desvestirme, desmaquillarme, ponerme el camisón y preparar la ropa para el día siguiente. Desde que me quedé dormida el primer día, decidí dejarlo todo bien preparado por si me volvía a ocurrir. Cuando estaba decidiendo que me pondría, volvió a sonar el teléfono. Lo cogí sin mirar, esperando que fuera Ewan devolviéndome la llamada, cuando escuché como una voz ronca y familiar, me preguntaba:

—¿Qué llevas puesto? —preguntó de forma juguetona.

Me quedé muda. No podía ser. ¡Era él! ¿Cómo había conseguido mi número?

—¿Quién es? —le pregunté haciéndome la ingenua. No quería que pensara que había reconocido tan rápido su voz.

—¡Vamos nena! ¡No te hagas la tonta! Sabes perfectamente quién soy. Me cuelo en tus sueños todas las noches —me chuleó. ¡Qué insolente! ¡Estaba riéndose de mí! Eso me enfureció. Pero, ¿qué se había creído?

—A ver, *gentleman*, si piensas eso de mí, es que te estás equivocando de persona. Llama a alguna de tus fulanas para que te la chupe un rato y ¡déjame en paz! —le contesté alzando la voz. Escuché cómo se reía a través del teléfono y colgué. ¡Será capullo! Lo que me faltaba para terminar la noche.

Me acosté y, como venía siendo costumbre y él mismo había vaticinado, soñé con el gilipollas de ojos azules que me había llamado. De quien, por cierto, seguía sin saber su nombre.

10

David

“Un hombre puede ser feliz con cualquier mujer mientras que no la ame”
Oscar Wilde.

—¡Joder! La muy perra me ha colgado. Está claro que tengo que pensar en un plan de ataque. ¡Como que hay Dios que a esta me la llevo a la cama, sí o sí! —pensé en voz alta bastante cabreado. Con el trabajo que me había costado que Cristina me diera el teléfono de Caroba—. ¡Grrr! Estoy que rujo.

Me había llevado dos días dándole vueltas a la cabeza hasta dar con una excusa que pareciera que necesitaba su número de teléfono por algo de trabajo. Y cuando por fin lo conseguí, la muy... me colgaba y me dejaba con la palabra en la boca. Necesitaba pensar cuál sería la mejor forma de conquistarla.

—¡Ponme otra! —le grité al camarero que había contratado Mario para poder descansar un poco.

Mario era el gerente del bar y mi amigo de copas y fechorías. Lo conocí una noche frustrada como ésta, cuando vine a tomar un trago para desfogarme y desde ese mismo instante nos hicimos muy amigos. Teníamos maneras de pensar muy parecidas y la vida nos había tratado igual de mal. Nos gustaban las tías y ambos teníamos claro que el amor era un mito. Había venido con la intención de que me ayudara con el asunto de Caroba, pero hoy tenía el día libre. Todo me salía mal.

El bar no era gran cosa, pero era un buen sitio para buscar tías con las que *relajarme*. El ambiente era de bar de carretera y no se hallaba lejos de la ciudad. La música era bastante pasable y lo mejor era el precio de las bebidas, que estaba por debajo de cualquier bar de Sevilla.

Al no estar él y no tener tema de conversación, ni poder conseguir mi propósito, me puse a mirar a un lado y a otro buscando... ¿Cómo me había dicho? ¡Ah, sí! ¡Una fulana qué me la chupe un rato! La tía, además de estar de chupa pan y moja^[vii], era ocurrente.

En un rincón de al lado de los dardos encontré lo que buscaba. Una chica rubia y muy guapa. Tenía buen cuerpo y lo más importante era que llevaba un

escote que dejaba poco a la imaginación, por no hablar de la falda que parecía un cinturón ancho. No suelo fijarme mucho en ese tipo de cosas, pero es que el modelito dejaba casi todo a la vista, y me decía: ¡cómeme! Miré hacia sus manos buscando alguna pista de que pudiera ser la elegida y me sorprendí gratamente, porque llevaba una Judas^[viii]. Sonreí para mis adentros. Eso era lo que me hacía falta para saber que aquella tía iba a ser *presa fácil*. Una bebida así me indicaba que era una chica dura.

Le pedí al camarero un par de Judas. Con ambas botellas en las manos, me levanté y me dirigí hacia donde estaba la chica.

—¿Quieres jugar? —le pregunté mientras señalaba los dardos con la cerveza en la mano.

Ella giró la cabeza mirando a la diana, después dirigió su mirada a las cervezas que yo sujetaba y, dejando la suya en la mesa, me la quitó de forma picarona. Luego me miró a los ojos y sonrió traviesa lamiéndose el labio inferior. Era curioso cómo, sin pronunciar palabra, me lo había dicho todo. Su expresión me indicó que le había gustado lo que veía.

—¡Claro! ¡Tú invitas! ¿Qué nos apostamos? —me respondió con picardía mientras le daba un trago a la bebida.

—¿En tu casa o en la mía? —aposté con descaro dándole también un trago a mi cerveza.

Ella empezó a reírse, tocándose nerviosa el pelo. Nunca fallaba con ese tipo de tías. Soltabas algo descarado y... ¡Zas! Caían en tus redes.

Obviamente dejé que ganara ella. No por nada, sino porque no quería que supiera donde vivía. Había mucha loca suelta y ya me había encontrado con el numerito de tenerlas parapetadas en la puerta de mi casa alguna que otra vez.

Terminamos las copas y nos fuimos a su casa. Menos mal que la chica vivía cerca y no tuve que coger el coche. Eso tampoco me gustaba. Pistas. No quería dejar ningún rastro. Cuanto menos supieran de uno mejor. Suena paranoico, pero toda precaución era poca.

Tal y como entramos por la puerta de su casa, me arrimé a su espalda y, acercando mi boca a su nuca, le mordí el cuello haciéndola estremecer mientras le acariciaba las tetas.

—¡Mmmm! —gemía ella.

Comencé a chuparle el lóbulo de la oreja mientras le levantaba la falda y me abría paso con los dedos echando a un lado su braguita. ¡Joder! Me la estaba poniendo muy dura.

—¿Estás así de húmeda por mí? —le susurré al oído.

—¡No... suelo hacer esto con ningún tío! Tú... —dijo voz temblorosa.

La corté metiéndole en la boca el dedo que acaba de sacar de su interior. Se estaba haciendo la digna. Todas las tías eran iguales. Te provocaban y luego se hacían las víctimas. Como pude me abrí la bragueta, me agaché un poco y se la metí de un empujón.

Ella soltó un grito excitada por la brutalidad de mi acto.

—Muñeca, ¿te gusta fuerte? —le pregunté mientras la pegaba más a la pared.

Ella asintió con la cabeza y la embestí varias veces con bastante dureza. Gemía mientras se apoyaba en la pared para no chocarse.

Cuando estaba casi a punto de correrme la saqué, le di la vuelta y cogiéndole la cabeza con las manos la bajé hasta que se la metí en la boca. Ella me miró con una expresión entre asustada y extasiada.

—¡Chúpamela! ¡Vamos nena! ¡Muéstrame lo que sabes hacer! —la incité para que ella se sintiera poderosa.

Conseguí mi objetivo. Empezó a chupármela con lascivia, tocándose los pechos y provocándome con la mirada. De un empujón se la metí hasta la garganta y me corrí en su boca. Ella se relamió los labios y le dio un lengüetazo a mi miembro que todavía palpitaba tras haberme corrido. Como pude me eché hacia atrás metiéndomela en los pantalones y subiéndome la cremallera lo más rápido que pude.

Ella se puso de pie intentando tocarme, besarme y seguir con la fiesta.

La aparté con sutileza. Me di un beso en los dedos y posándolos sobre su boca me giré y me marché de allí, dejándola alucinada. Escuché su voz por detrás diciendo:

—¡Hijo de puta! —y al poco escuché—: ¿Volveré a verte?

Lo que yo decía. Todas las tías eran unas guarras.

Caminé hacia mi coche pensando en la sensualidad de mi nueva conquista. Su mirada lasciva decía mucho más que sus palabras.

11

Tal y como habíamos acordado, en el descanso de media mañana llamé a Ewan. Me había extrañado que no me hubiera llamado a primera hora para devolverme la llamada de la noche anterior. Sentía la necesidad de hablar con él. Era como si hablando con Ewan consiguiera purgar mi alma o eliminar la culpa que sentía por haberle ocultado todo lo que me había pasado desde que llegué aquí. Algo se estaba despertando en mi interior y no lograba comprender qué era.

Después de hablar con él, me senté en mi puesto bastante afligida y apocada. Me había explicado que el fin de semana no podríamos vernos porque tenía que asistir a un curso de técnicas en Madrid. Aunque le había dicho que lo entendía y que no se preocupara, me entristecí porque no quería quedarme sola en casa. Eso me hizo pensar en qué podría hacer. Tenía que buscar un buen plan para entretenerme y por desgracia no podía quedar con Jaime. Aún no habíamos hablado y no sabía cómo afrontar el tema del beso.

Bajé a recepción y le propuse a Cristina quedar para hacer algo juntas. Como no conocía mucho Sevilla le comenté que cualquier plan que me propusiera me parecería perfecto. Se entusiasmó mucho con la idea y me propuso hablar el sábado por la mañana. Aunque ya me adelantó que ella buscaría la forma de pasar un día que yo no olvidase. Eso me dejaba la noche del viernes libre. Decidí coger el toro por los cuernos. Tendría esa conversación pendiente con Jaime, quisiera él o no.

Al salir del trabajo me fui directa a mi edificio, pero en vez de ir a mi piso me paré en la puerta de Jaime. Tenía que hablar con él. No quería prolongar durante más tiempo el evitarnos. Habíamos cruzado un límite que no se debería franquear entre amigos. Al menos yo lo entendía así. Y debía dejarle claro que no podría repetirse.

Llamé al timbre intentando mantener la calma. Me abrió enseguida. Llevaba un pantalón ancho de rayas y el pecho al descubierto. Me fijé en que iba descalzo, igual que me gusta ir a mí por casa. De repente me sentí insegura. Francamente estaba muy bueno. Tenía un cuerpo esculpido... ¡Basta! Me dije a mí misma. Jaime me gustaba bastante, pero no podía ser. Tenía que llamar al orden a mis hormonas.

—Yo... Yo no quise que eso pasara. Siento si te di pie para que sucediera

lo que pasó. Yo... —le rogué a Jaime frente a la puerta de su casa—. ¡Lo siento!

Él me miraba y negaba con la cabeza.

—No pasa nada, Caroba. —Mi nombre sonaba muy bien en su boca. ¿Otra vez? Me regañé a mí misma de nuevo. Cambié el semblante. No entendía qué me ocurría. Me tuve que recordar a mí misma a qué había venido.

—¿Te apetecería ir a cenar conmigo? ¿Cómo amigos? —esperé una reacción por su parte, pero no se movía ni decía nada—. Por favor. Necesito recuperar a mi amigo... —le miré suplicante—. Sé que he sido injusta contigo, pero no tengo a nadie aquí y... —me miraba con ojos furiosos. Pude ver un atisbo de... ¿celos?—. No quiero decir que... Mira da igual. No te preocupes. Me las apañaré sola. No tienes obligación de... Entiendo que no quieras salir conmigo ni ser sólo mi amigo.

Me giré hacia mi puerta, intentando recuperar algo de dignidad, decidida a entrar en mi casa y olvidarme de Jaime. Estaba claro que no podía ser.

—¡Espera! —exclamó cogiéndome del brazo—. Está bien. Perdóname tú. Quizá me extralimité. Puede ser que no pillara bien las *señales* —dijo enmarcando esa última palabra con los dedos—. No te preocupes. ¿Quedamos aquí a... —miró su reloj y puntualizó— las ocho y media? —preguntó, por fin, con una sonrisa en los labios. Era un poco forzada, pero para mí era suficiente para intentar recuperar a mi amigo.

Fuimos a cenar y, aunque al principio estuvimos algo tirantes, pudimos hablar y recuperar aquello que se malogró con el beso. Poco a poco nos fuimos distendiendo. La verdad es que pasamos un buen rato. Sentí que recuperaba ese pedacito que había perdido con él. No sé por qué, pero necesitaba encontrar algo a lo que agarrarme. Algo con lo que no caer en picado. Notaba cómo si una parte de mí se estuviera deshaciendo y desmigajando en mi interior.

Jaime me propuso terminar la noche en una discoteca que conocía y que, según él, me encantaría. La única pega era que teníamos que coger el coche para ir. Pero aun así acepté por lo mucho que insistía en que me fascinaría.

Se trataba de un local de nombre *Antique Theatro*, ubicado en el antiguo pabellón Olímpico en la *Isla de la Cartuja*. Por lo que me estuvo contando en el coche, precisamente esa noche había un concierto en acústico de un cantante y compositor sevillano llamado Hugo Salazar.

Ya sólo la entrada al local me impactó. Se accedía por una terraza muy

bonita e iluminada con luces muy tenues, a la izquierda había un arriate rodeado de mesas y sillas. Aquello parecía un oasis. Según me informó, en verano se organizaban numerosos desfiles y eventos en esa zona del local. En una ocasión había coincidido con un desfile dónde intervinieron incluso algunos caballos andaluces. Algunas de las modelos iban sentadas de lado en los caballos que trotaban al son de la música haciendo un baile con sus patas. Me hubiera encantado haberlo visto. Por como me lo describió tuvo que ser algo digno de ver.

Una vez entramos en el local me sorprendió bastante el ambiente que había en el interior. Las luces y la decoración te acogían. Se percibía que allí se cuidaban los detalles. Todo era alucinante. Parecía un templo griego. Tenía dos plantas completamente diáfanas con el escenario al fondo y una barra en uno de los laterales. En el otro se ubicaban unos taburetes que parecían muy cómodos. Y en medio, la pista de baile que en ese momento se encontraba despejada y se podía contemplar un precioso suelo de madera. En la parte de arriba, por lo que me había comentado Jaime estaba la zona VIP. Allí se reunían todo tipo de celebridades. Incluso me pareció ver subir a la que fuera presentadora del programa Sé lo que hicisteis.

Nos dirigimos a la barra y Jaime pidió un par de mojitos. Ni me preguntó. Estábamos bromeando cuando levanté la vista por encima de su hombro y me quedé de piedra. Frente a mí se encontraba él. Acechándome. Con esa mirada azul que me intimidaba y excitaba a partes iguales.

Jaime estaba de espaldas a él y no pudo darse cuenta de que algo me estaba distrayendo. Bebía a sorbos de su copa sin dejar de mirarme. Por el color ambarino del líquido sospeché que sería whisky. Sonrió con el vaso aún en los labios y, sin apartar su mirada de mí, se incorporó.

¡Dios, qué tenía ese hombre que me impactaba directamente en mi zona más íntima! Un escalofrío me recorrió por toda la espalda desde el cuello hasta llegar directo a mi clítoris. Me puse muy nerviosa cuando comenzó a andar hacía nosotros.

—¡Hola Caroba! —me tensé. Jaime al ver mi reacción se dio la vuelta para ver quién me había puesto en ese estado de alerta.

—¡Ho... Hola! —balbuceé con la voz entrecortada y demasiado impactada por tenerlo delante de mí y sin dejar de mirarme a los ojos. Era intimidante. Me sentía como una presa a la que se fueran a comer.

—¿No me presentas a tu amigo? —preguntó Jaime mirándome con una ceja levantada y en un tono que me pareció muy chulesco.

—Pues si te digo la verdad no sé cómo se llama —alegué mientras miraba a Jaime y recuperaba un poco la dignidad.

En ese momento él levantó la mano ofreciéndosela a modo de saludo.

—Soy David, compañero de trabajo de Caroba. ¿Tú eres su novio?

Jaime se la estrechó vigorosamente.

¡Mmmm! ¿Había dicho que se llamaba David? ¡Me gustaba! Ese nombre era el que, seguramente, hubiera elegido si tuviese un hijo.

—¡Encantado! —contestó Jaime manteniendo su pose chulesca y sin desmentir que no era mi novio.

David se acercó, posó las manos en mis caderas apretando con sus dedos mientras dejaba suavemente y con lentitud dos besos demasiado cerca de la comisura de los labios. Dos besos que me dejaron sin aliento. No pude evitar soltar un gemido. Antes de separarse de mí me susurró al oído:

—¡Encantado, Caroba! —Su voz era ronca y muy sensual.

12

Ewan

”Aprendemos a amar no cuando encontramos a la persona perfecta, sino cuando llegamos a ver de manera perfecta a una persona imperfecta”
Sam Keen.

¡Mierda! Escucharla tan desanimada me había roto por dentro. Sólo llevábamos una semana separados y se me estaba haciendo eterna. Contaba los días que me quedaban para ir a verla. Aunque ella había insistido, en estos días, en venir a Ronda en vez de que viajara yo. Quería evitar que yo condujese de noche hasta Sevilla, debido a lo tarde que solía salir. Siempre estaba muy pendiente de mi bienestar.

Lo que ella no sabía era que lo había dispuesto todo para darle una sorpresa. Había solicitado que me diesen el viernes de permiso. No tenía agendada ninguna cata técnica y podía ausentarme. Mi intención era partir temprano hacia Sevilla aunque antes pararía en el mercado de Ronda que era de lo mejorcito que conozco para lo que tenía en mente. Le prepararía algo de comer y decoraría la estancia con velas para sorprenderla. Le había pedido a mi madre que me facilitara alguna receta con la que se chupara los dedos. Tenía que hacerlo todo bastante pronto porque ella salía los viernes a las tres y, aunque me daba tiempo de sobra, quería preparar una velada muy romántica. Darnos un baño después de comer y a poder ser tener mucho sexo.

La necesidad de estar dentro de ella premiaba a todo lo demás, pero no quería parecer egoísta y antes quería sorprenderla con algo que sabía que le gustaría. También había reservado para cenar en un restaurante precioso de comida japonesa. Mi chica y sus exquisiteces, me encantaba ese afán suyo por probar diferentes tradiciones culinarias. Sin embargo lo más importante de esta escapada era vivir un fin de semana de ensueño con ella. La mimaría y la amaría hasta dejarla exhausta. Cualquiera diría que estaba marcando territorio... pues sí, de alguna manera así quería que fuera.

Pero se había ido todo al traste cuando mi jefe me comunicó el jueves por la tarde que, era imposible darme el día libre y que, además tendría que viajar ese fin de semana. Al parecer debido a la baja de una empresa había quedado

un hueco en el curso de técnicas al que habíamos intentado apuntarnos a primeros de año del que quedamos fuera por falta de cupo. En su momento yo tenía mucho interés en apuntarme a ese curso y fui yo quien le insistió a mi jefe para hacerlo. Se trataba de una materia que me aportaría unos conocimientos que necesitaba para una investigación que tenía entre manos. Había sido una suerte que entre los restantes nos eligieran a nosotros para cubrir ese hueco. Ese curso nos abriría muchas puertas, sobre todo a mí.

Mi intención era abrir una delegación de la empresa en Sevilla, y con ello dar a conocer el vino de La Sangre de Ronda. Mi jefe no estaba del todo convencido y se mostraba bastante reacio a salir de su tierra. En el momento en que se lo propuse, insistí en encargarme de todas las gestiones tanto económicas como de personal. Pero no le convencía la idea sobre todo entiendo que no le agradaba tener que enseñarme las tripas de su negocio.

Así que ahora me encontraba dividido y frustrado porque por un lado echaba muchísimo de menos a Caroba, pero por otro estaba bastante ilusionado porque tenía la esperanza de conseguir con este curso que mi jefe diera su brazo a torcer, aparte de que nos pondríamos a un nivel que tacharía a la competencia.

Cada vez que entraba en nuestra casa y notaba su ausencia, me sentía consternado. No sabía por qué, pero desde que ella se fue, no podía quitarme la idea de que me iba a dejar. En realidad, sí que sabía la razón de mi miedo. Caroba era muy joven y yo demasiado mayor para ella. Cuanto más tiempo llevábamos juntos, más me asustaba la diferencia de edad.

Temía que un chico más joven se ganara su corazón. Lo había dado todo por ella. Dejé mi trabajo, mi familia y a mis amigos por nuestro amor. La amaba como nunca había amado a nadie, más que a mi propia vida. Sin embargo siempre había tenido claro que el amor que yo le profesaba no era el mismo que ella me demostraba a mí. Sabía que ella me quería. Me había dado tres maravillosos años de su vida, de su juventud, pero no veía que ella se desviviera por mí del mismo modo que yo lo hacía por ella. Y no era que tuviera ninguna queja, pero notaba que le faltaba algo. ¿Juventud? ¿Salir de marcha? Tenía miedo de que lo encontrara fuera, con otro hombre. Y lo que yo anhelaba era pasar el resto de mi vida a su lado.

Toda esta angustia me la llevaba a dormir. Me costaba horrores conciliar el sueño. Me despertaba sobresaltado y sudando en mitad de la noche. Tenía continuas y recurrentes pesadillas. La veía sonriendo y llamándome con las manos para que la siguiera. Corría tras ella, pero nunca conseguía alcanzarla.

Caroba se reía y corría delante de mí hacia atrás. Me miraba con esos ojos color miel que tanto me daban. Esos ojos color miel que me enamoraron desde el primer minuto. Y de pronto se quebraba. Se rompía en mil pedacitos como si fuera una foto y alguien la estuviera destruyendo delante de mis narices. En ese momento me despertaba sobrepasado con las imágenes que aún retenía en mi memoria.

La primera noche que lo soñé me había levantado sudando. Inquieto. Incluso excitado. Tuve que ducharme y en la ducha me toqué pensando en ella. Sentía que las circunstancias me estaban superando. A punto estuve de llamarla y decirle cuánto la amaba y cuánto la añoraba. La segunda noche me desperté más alterado aún que la anterior, ya que la foto se quemaba desde el centro hasta los bordes y lo último que ardía era su mirada. Se calcinaba mientras me miraba a los ojos, sonriendo. Mi dulce Caroba. Esa noche tuve que salir a correr para despejarme.

Desde que ella se fue había tenido pesadillas todas las noches y mi humor había ido de mal en peor. En el trabajo intentaba que no se me notase mucho porque tenía que tratar con otras personas y nadie tenía la culpa de que mi novia se hubiese ido a Sevilla y yo estuviese paranoico. Si al menos pudiera convencerme de que todo lo que pensaba no tenía ninguna razón de ser, o conseguir sentirme tranquilo, al saber que ella pensaba en mí a todas horas igual que lo hacía yo. Era consciente de que era una idea egoísta por mi parte, pero necesitaba saber que me amaba y escucharlo de sus labios...

Y ahora, que por fin íbamos a poder recuperar el tiempo perdido, me tenía que ir y a Madrid, ni más ni menos.

Me animé pensando que quizás a la vuelta pudiese anular el billete de vuelta que me puso a disposición la empresa y coger, por mi cuenta, el AVE a Sevilla. Así conseguiría darle una sorpresa. Sí, eso haría aunque luego tuviera que coger un taxi o alquilar un coche para llegar a Ronda. Ya buscaría la forma de volver, ese no sería el problema. Tenía que verla como fuera. No podía seguir así.

13

Me desperté sobresaltada y empapada en sudor. ¡Dios, vaya sueño había tenido! David me *empotraba* contra la pared a la vez que me tocaba con sus hábiles dedos haciéndome ver las estrellas... ¡Esto no podía seguir así! Tenía que hacer algo al respecto. Tanta feromona suelta me estaba afectando. Porque si algo tenía claro era que David las expulsaba por cada poro de su piel.

Cogí el teléfono y llamé a Cristina. Necesitaba salir con una chica y durante un día evitar cualquier contacto con el sexo opuesto. Desde que había llegado a Sevilla mi único trato había sido con hombres... necesitaba hablar de moda, de cotilleos, de algo que no revolucionara mis hormonas y me diera un poco de tranquilidad.

Habíamos quedado en ir al campo o algo parecido, porque no me había enterado muy bien del plan que me había propuesto. Pero me daba igual con tal de salir y escapar un poco de la rutina de la semana. Cristina me había explicado que era un sitio muy chulo para pasar el día. Tenía que darme prisa porque en una hora vendría a recogerme. El sitio se encontraba en un pueblo del norte de la provincia de Sevilla, en Cazalla de la Sierra según había entendido. Tardaríamos en llegar cerca de dos horas. Me tenía intrigada. *La Isla del Pescador*^[ix] me había dicho que se llamaba.

Mientras me vestía llamé a Jana. Después de la boda, a la que mi anterior jefe me había permitido ir, nos hicimos muy amigas. De hecho la consideraba mi mejor amiga. Algo que agradecerle al susodicho. Si echaba la vista atrás, era lo único que podía agradecerle a mi ex jefe después de lo mal que me lo hizo pasar cuando trabajé para él. A lo que iba, Jana era de las pocas personas que no te juzgaban. Con ella siempre había podido ser yo misma. Quería escuchar su voz y contarle lo que me había pasado con Jaime y con David. Necesitaba explicarle los sentimientos que este último estaba despertando en mí. Entre una cosa y otra, desde el lunes no hablaba con ella y lo más seguro es que me regañase por no haberla llamado.

Recordaba con mucha claridad el día de su boda. Ella iba radiante. Jana era una pelirroja guapísima con los ojos más bonitos que he visto nunca eran de color azul intenso. De un azul cuya tonalidad cambiaba según el día que hiciera, como lo hacía el mar. La añoraba tanto. Con esa nariz respingona y

un cutis que venía siendo la envidia de casi todas las mujeres del planeta. A pesar de ser rubia, se teñía el pelo con tonalidades rojizas porque decía que le favorecía, aunque estoy segura que hay algo detrás que nunca ha querido explicarme de su pasado. Tenía un cuerpo diez, por lo menos para mí que lo envidiaba, podía comer cualquier cosa sin engordar.

Su vestido de novia era un traje entallado precioso. El cuerpo era entero de encaje con volantes en la parte inferior. Era un diseño de *Vicky Martín Berrocal* y fue regalo del que iba a convertirse en su marido. Su historia era de cuento de hadas. Se habían conocido en la tienda de surf donde ella trabajaba como dependienta y, según nos contaron, se enamoraron al instante.

Mi historia con Ewan era parecida a la suya, pero sin boda. Nos conocimos y, antes de que nos diésemos cuenta, estábamos viviendo juntos. También fue un flechazo en toda regla. Aunque ella seguía muy enamorada de su chico y mis dudas respecto a Ewan se incrementaban más y más con el paso de los días.

No tuve suerte. Me saltó el contestador al tercer tono. Ya hablaría con ella al volver de la excursión. Puede que estuviese *hablando* con Pietro. No paraban en todo el día de tocarse y darse mimitos. Siempre que la llamaba estaban en ello. ¡Pegajosos!

Abrí el armario y seleccioné ropa cómoda para pasar un día de campo. Me puse unos vaqueros cortos, una camiseta básica y los combiné con unas Converse a juego. También cogí el bikini y una chaqueta de hilo. ¡Vaya contradicción!

Cristina me había dicho que era probable que volviésemos tarde de allí, seguramente tras el ocaso. También me explicó que había una playa. Pensé que había exagerado un poco para convencerme de ir allí ya que playa como yo la conozco no sería, pero sí algo que se le pareciese. Así que decidí ser previsora y coger algo de abrigo por si refrescaba, pero también mi bikini y mi kit de playa.

Casi había terminado de arreglarme el pelo cuando sonó el telefonillo. Bajé sin pensarlo, ya que por la hora que era supuse que sería Cristina. Y cuando llegué a la calle, me quedé de piedra con lo que me encontré. ¡Era él!

Llevaba unos vaqueros claros con una camiseta de manga corta de color azul muy pegada al cuerpo, que le marcaba todos los músculos. Llevaba unas *Caravan*^[x] que parecían haber sido diseñadas para él y, por su sonrisa de medio lado, me di cuenta que él sabía que estaba irresistible.

—¿Qué...qué haces tú aquí? —le interpele mientras colocaba los brazos

en jarras.

—¡Hola Caroba! Espero que no te importe, pero como no tenía plan para hoy, le pedí permiso a Cristina para acompañaros en vuestra excursión al campo —se dirigió a mí con voz zalamera.

Como por arte de magia apareció por detrás de él una tímida Cristina que se colocó a su lado. Me desconcertó tanto la presencia de David que no había reparado que venían juntos. Cristina era una chica bastante guapa con rasgos muy latinos: el pelo negro, largo y ondulado; los ojos castaños; la piel morena y un cuerpo con curvas. Me llamaba mucho la atención que siempre fuese muy conjuntada al trabajo. Pensé que le apasionaría el mundo de la moda. Llevaba unos shorts de color rojo, una camiseta de flores atada por encima del ombligo y unas bambas a juego. Se acercó hasta donde yo me encontraba y me susurró al oído:

—Caroba confío en que no te enfades porque me haya dejado convencer por David para venir con nosotras. Me llamó para salir y le conté que había quedado contigo. Entonces me preguntó si se podía venir con nosotras y no pude decirle que no. Es un buen tío, de verdad. Un poco chulito, pero muy majo. ¡Fíjate! Nos ha preparado comida para el picnic y también trae las bebidas. ¡Nosotras sólo tenemos que comprar el postre! —exclamó muy emocionada y subiendo un poco el tono de voz.

No iba a negarme a que viniera. El chaval se había comportado muy bien conmigo la noche anterior. Salvo por el tema de los dos besos estuvo conversando con nosotros en un tono muy cordial. Bastante educado diría yo para cómo me había imaginado que sería. Incluso me sacó a bailar y fue muy dulce conmigo. ¡Todo un caballero! Cómo diría Jana.

Nos subimos en el coche y nos dirigimos hacia el norte de la provincia de Sevilla. David había dejado su automóvil en casa de Cristina para poder ir los tres juntos. Así era más cómodo y más práctico. Por el camino paramos en una pastelería que le gustaba mucho a Cristina y compramos “el postre” junto con una botella de *Mozart*^[xi] y una bolsa de hielo, ya que David había traído una neverita.

—¡Mmmm! El chocolate blanco es mi preferido —exclamé al ver la botella en la estantería de la tienda provocando que Cristina comenzara a reír.

—Dice la sabiduría popular que no hay mejor sustitutivo del sexo que el chocolate —me soltó con bastante retintín entre carcajadas. No quise prestar demasiada atención a lo que decía, aunque era cierto que necesitaba una buena dosis de ello. La cosa era; ¿de sexo o de chocolate?

Con las bolsas en las manos nos montamos en el coche, bajo la atenta mirada de nuestro chofer particular. ¡Dios qué mirada! Se había apoyado las gafas de sol en la parte baja de la nariz y me miraba por encima de ellas. Empecé a sentir como me temblaban las piernas y un cosquilleo interior se hacía presente. Por fin se giró y, colocándose las *Caravan* correctamente, nos dirigimos a nuestro destino.

El sitio era muy bonito. Un paraje natural al que también llamaban *Isla Margarita (9)*, donde pude ver la famosa playa que me había comentado Cristina; una playa fluvial dónde su agua era muy cristalina e invitaba a bañarte. Nos tumbamos al sol para relajarnos y recargar pilas.

—Rubita ten mucho cuidado —soltó David de pronto con aire misterioso. Estaba tumbado de lado mirándome, de nuevo por encima de sus gafas de sol—. Tengo entendido que hay buitres y águilas surcando los cielos.

—Y tengo que tener cuidado por... —indagué para ver por dónde me salía.

—Es obvio ¿no? —Negué con la cabeza—. Un dulce como tú no pasaría desaprovechado para un animal de caza.

—Peero, ¿los buitres no comen carroña? —le pregunté haciéndole saber que no se estaba quedando conmigo—. ¿Sabes que eres un poco payaso, verdad? —me miró desnudándose con la mirada y asintió burlón. Los tres nos reímos por la ocurrencia que había tenido David—. Creía que eras un maestro del ligue —afirmé entre risas.

—No sé qué me pasa contigo, rubia. Me confundes. La culpa la tienen esos ojos color miel, cada vez que me miras me deslumbras. ¿Queréis algo de beber? —preguntó para aliviar la tensión que se había generado entre ambos y cambiar de tema.

Pasamos un día estupendo entre risas y bromas. David se comportó como un verdadero príncipe azul. Estuvo pendiente de nosotras en todo momento.

—¡Qué a mis niñas no les falte ni gloria! —decía cada vez que veía que nos quedábamos sin bebida.

Cuando David fue al baño, Cristina aprovechó para decirme, en plan confidencia, que se le veía muy pillado por mí. Eso me hizo pensar si no lo había juzgado mal por su fachada de chulo que quería mostrar a los demás. Aunque me parecía increíble que un chico como él pudiera colgarse de alguien como yo, su comentario me trastocó un poco.

Salimos de allí bastante perjudicadas. El alcohol se nos había subido un poco. Así que David se ofreció, de nuevo, a conducir. Cristina se sentó detrás

aludiendo que quería echar una cabezada. Cómo David tenía su coche en casa de Cristina me tenía que dejar a mí primero. Una vez llegamos a mi casa, detuvo el motor del coche y miró hacia la parte de atrás para comprobar que nuestra amiga estaba durmiendo.

—Bueno, muchas gracias por todo. Ha sido un día fantástico. Me lo he pasado muy bien —susurré para no despertar a la bella durmiente.

Cuando me disponía a salir del coche, me paró al cogerme con suavidad del brazo.

—Caroba, querría disculparme contigo —dijo con voz trémula.

—¿Por qué exactamente? —me salió un tono bastante impertinente.

No podía aplacar los nervios que se acumulaban en mi estómago. Estar en el coche con ese hombre me excitaba. Sí, esa era la palabra correcta: excitar. Cuando me tocó el brazo, sentí una especie de calambre. De nuevo, un escalofrío me había recorrido la espalda hasta mi centro de placer. Su olor me invadía hasta desear abalanzarme sobre él. Me regañé mentalmente a mí misma por tener esos pensamientos.

—¡Pues... por besarte la otra noche! Te observé con tu novio y me puse muy celoso. ¡Me gustas mucho! Y... verte con tu pareja me estaba matando. Además percibí que no eras feliz con él —concluyó acercándose más a mí. Hizo amago de besarme en la boca, pero, finalmente, depositó el beso en la mejilla sin apartar su mirada de la mía. Esta vez no se había acercado a la comisura de mis labios—. Gracias por este día tan maravilloso. Me lo he pasado muy bien, Caroba —afirmó con una amplia sonrisa, de esas que derretirían glaciares. Me quedé con cara embobada mirándoles, que bien sonaba mi nombre cuando lo había pronunciado de esa forma tan suave.

—Gracias a ti. Hoy he descubierto a otra persona totalmente diferente a la que me había encontrado estos días y a la imagen que me había creado de ti. Cuando te conocí pensé... Da igual. Me he dado cuenta de que te juzgué mal. Nuestros encuentros no han sido del todo acertados —le confesé haciendo bastante énfasis en la última palabra y saliendo del coche me despedí—: Nos vemos en el trabajo.

Bajó la ventanilla del copiloto y me comentó que le encantaría que quedásemos otro día los dos solos. Me dio un papel con su número de teléfono para que le llamara. Mencionó que podríamos ir al cine o ver alguna película en mi casa. Lo guardé en uno de los bolsillos del pantalón mientras veía como el coche se alejaba y desaparecía en la distancia.

Cuando me percaté de que seguía diciéndole adiós con la mano, como

una tonta. Me giré hacia el portal de mi casa cuando, de manera inconsciente, miré hacia arriba y pude ver como Jaime había sido partícipe de todo lo que había ocurrido. Por su cara diría que no le había agradado nada de lo que había visto.

14

¿Estaba oliendo a café? ¡Mmmm! Abrí los ojos un poco desorientada, situación que se estaba haciendo algo repetitiva en mi vida desde que conocí a David. Al final me había acostado algo perjudicada y, en ese momento, no sabía ni donde me encontraba. Mi mente no era capaz de procesar nada. De pronto la puerta se abrió y apareció Ewan portando una bandeja con el desayuno.

Pero, ¿qué...? Me sorprendió. Por un momento no supe reaccionar me quedé petrificada. Cuando dejó la bandeja sobre la mesilla de noche, salté de la cama y me tiré en sus brazos. Feliz. Necesitaba sentirlo cerca. Me encantaba su olor, la mezcla que su piel hacía con el perfume intenso de Dior que usaba. Le quedaba tan bien... no solía usarlo de diario, más bien por la noche por su magnitud. Estaba segura de que se lo había puesto por mí.

Ewan me acunó la cara con la mano. Me miró a los ojos y me besó. Me besó con mucha ternura diciéndome en ese beso cuánto me había echado de menos. Pero yo quería más, así que lancé mis manos a su cuello y, como una intrusa, me adentré en su boca. Me eché hacia atrás arrastrándole para que se tumbara sobre mí, sin dejar de besarle.

Cogió el bajo de mi camiseta y comenzó a subirlo. Le miré y sonreí mientras alzaba los brazos para facilitarle la tarea. Acarició mi cuerpo con sus manos lentamente a la vez que iba dejándome besos por donde pasaba con ellas. Se detuvo y depositó un húmedo beso en mi ombligo que provocó que me estremeciera arqueándome de placer. Siguió subiendo hasta detenerse en uno de mis pezones. Lo lamió. Lo chupó. Lo mordisqueó. Haciendo que mi cuerpo vibrara.

Continuó subiendo hasta llegar a mi cuello provocando que un escalofrío me recorriera entera. Me besó la barbilla y fue dejando por mi cara un reguero de besos hasta llegar a mi boca. Cuando lo tuve cerca, introduje la lengua en la suya deseando reconocer su sabor. Sabía a las mil maravillas. Sabía a Ewan.

Deslizó su mano por mi vientre y me quitó las braguitas con mucho cuidado y muy despacio fue subiendo sus manos acariciando mis piernas en el trayecto hasta que llegó a mi pubis. En el que hizo círculos con los dedos provocando que se me erizara la piel. Introdujo un dedo en mi sexo y

comprobó que estaba muy húmeda. Se apartó y, acariciándome la cara, se puso de pie sin apartar su mirada de la mía. Se desvistió y se colocó encima de mí.

Comenzó a besarme el cuello, pero yo quería más. Necesitaba su boca, sentirlo dentro de mí y, con las manos lo acerqué para devorársela. Levanté las caderas para que me penetrara. No podía esperar más. Lo necesitaba dentro. Le gustó mi reacción y con un movimiento se introdujo hasta llegar a lo más profundo de mí ser. Se quedó parado un momento, que se me hizo eterno, y empezó a moverse lentamente. Con aquel ritmo que me decía que no tenía prisa por terminar. Disfrutaba de aquel movimiento tranquilo y pausado, pero estaba ansiosa. Necesitaba más. Alcé la pelvis buscando profundidad. Necesitaba brío. Bajó una mano y me pellizco un pezón. Entonces, como si supiera lo que necesitaba, comenzó a embestirme más rápidamente. Jadeé con desesperación. Necesitaba correrme. Después de todo lo que había pasado esa semana que se me había hecho eterna. Entonces me acordé de él. De su mirada azul. De sus besos en mis sueños. De cómo me besó en la discoteca y, de pronto, recordé cómo le abofeteé. Recordé que me fui avergonzada, dejándolo allí mientras se acariciaba la mejilla.

Ewan se dio cuenta de que no estaba en lo que teníamos entre manos y, cogiéndome la cara con las manos, declaró:

—Te amo, mi vida. ¿Estás bien? ¿Quieres que paremos?

—No, no... yo también a ti. Bésame como solo tú sabes... —y lo hizo, me besó con amor.

Nuestras lenguas jugaron entre ellas. Me mordió el labio inferior y bajó hasta mis pezones profundizando cada embestida. Dándome lo que necesitaba. Haciéndome sentir deseada, amada. Hasta que juntos llegamos al clímax. Fue muy placentero.

Ewan se recostó a mi lado y le abracé. Necesitaba un abrazo suyo, sentir su cuerpo pegado al mío. ¡Dios, había pensado en otro hombre mientras hacía el amor con él! Me sentía culpable. Él no se merecía esto y no sabía cómo íbamos a sobrellevar estar tanto tiempo separados.

—Mi jefe es un ogro —le contaba mientras desayunábamos en la cama—. Me culpa de todo lo que sucede en la empresa aunque no tenga que ver conmigo —le expliqué bastante agobiada—. No me extraña que Rubén se haya ido a Madrid para no tener que soportarlo.

Ewan me miraba mientras bebía de su café. Le encantaba hacer eso, parecía que necesitaba memorizar mis gestos.

—Tienes mala cara pequeña. ¿Te encuentras bien? —me preguntó acariciándome la mejilla con ternura.

—Sí, perfectamente. Es que... —me mordí el labio pensando como contarle la razón por la que tenía tan mala cara—. Ayer fui con Cristina, mi compañera de trabajo, creo que te hablé de ella, ¿no? —asintió con la cabeza.

Mentí aunque no del todo, pero lo hice por su bien y el de nosotros.

—Fuimos a *La Isla del Pescador*, es un sitio precioso. La verdad es que me lo pasé genial. Lo malo fue el licor que compramos creo que... me sentó mal —dije con la cabeza gacha, me miro serio valorando mi reacción y entonces echó la cabeza para atrás y se rió. Adoraba su risa, era fresca y limpia.

—Sí, claro. Te sentó mal... —me agarró por la cintura y me tiró encima suya dejándome un suave beso en los labios—. Borrachina..., pero me alegro —le miré intrigada—. No me malinterpretes, preciosa, normalmente eres madrugadora y si no fuera por eso seguramente no estarías en casa a estas horas. Mi intención era darte una sorpresa y temía llevármela yo... —dijo entre risas y caricias. Y así seguimos contándonos nuestra semana. Me dijo lo mucho que había aprendido en el curso y cómo le serviría para el proyecto de investigación que tenía entre manos.

Después de comer se fue y me dejó vacía. Ambos nos despedimos con desgana, pero con la promesa de hablar por la noche. Ewan me transmitió que si la relación a distancia no funcionaba tendríamos que hablar sobre la posibilidad de que uno de los dos tuviera que dejar su trabajo. Acordamos que nos daríamos de plazo hasta Navidad. Si de aquí a diciembre yo no encontraba otro trabajo más cerca de Ronda, hablaríamos sobre la posibilidad de que él aceptara uno en Sevilla. Hacía tiempo le habían ofrecido la posibilidad de trabajar como consultor y, aunque no le gustaba demasiado, lo haría por mí.

Me quedé en el sofá tumbada con el móvil en la mano esperando su llamada. No quería hacer otra cosa... sólo esperar. No pude evitar acordarme de cómo había pensado en David mientras hacía el amor con mi pareja. Me sentía fatal. Miles de preguntas arrasaban mi cabeza: ¿Quería a Ewan? Si era así, ¿por qué no podía dejar de pensar en otro hombre?

Tenía que aclarar mis sentimientos. No podía seguir engañándome a mí misma. Había algo en David que me descolocaba. Esta no era yo. Tenía que averiguar qué era lo que hacía que me estremeciera nada más verlo. ¿Por qué era capaz de sentir su mirada cuando estaba cerca? ¿Por qué cuando me

tocaba, con un solo roce sentía escalofríos por todo el cuerpo? Quizás era el hombre de mi vida y aún no lo sabía.

15

¡Cucú! ¿Un mensaje de WhatsApp? Ewan dijo que me llamaría al llegar. Abrí la aplicación para ver quién me escribía a esas horas, y vi un mensaje de David. Mis manos temblaron al instante. Casi se me cayó el móvil al suelo.

—*¡Hola! No he dejado de pensar en ti.*

¿Cenamos juntos? Por favor, di que sí.

Me quedé mirando la pantalla. Inconscientemente se asomó una sonrisa en mi boca y, mordiéndome el labio inferior, pensé en qué debía hacer. De nuevo ese cosquilleo en el estómago y un aleteo en el pecho que me impedía respirar.

Por un lado, me apetecía quedar con él. Había sido todo un caballero el día anterior en el campo y, aunque lo hubiese prejuzgado con anterioridad, a partir de aquel momento no tenía por qué pensar mal de él. Pero, por otro lado, no terminaba de estar segura de que fuera correcto quedar con un hombre, que avivaba el fuego en mí con una sola mirada para cenar y, más aún, después de lo que me había pasado con Jaime. Obviamente el sentido común me decía que ese hombre me hacía sentir muchas cosas cuando estaba junto a él. Aunque la verdad es que nunca le había visto maldad alguna a tener amigos, pero en este caso...

—¿Qué hago? —me pregunté a mí misma.

En ese instante sonó el teléfono. Era Ewan. Hablé con él más de media hora. Por mucho que acabáramos de separarnos, seguía teniendo la necesidad de él. Él era mi luz en el camino, mi paz interior. Con él podía ser yo, sin miedos.

Al colgar el teléfono me sentí bastante abatida. Se me hacía muy duro no poder estar con él. Él me daba paz. Seguridad. Con la angustia instalada en el pecho le contesté a David.

—No sé muy bien qué decirte David. Tengo novio y lo sabes. Además estoy muy cansada y mañana trabajo. No quiero confusiones que luego nos lleven a tener malos rollos.

—*Caroba no te estoy pidiendo nada malo. Solo que cenemos juntos, charlemos y nos conozcamos un poco. Eres una tía estupenda y creo que nos hemos caído*

bien, ¿no?

Me quedé mirando la pantalla sin saber qué hacer. De nuevo repasaba y organizaba mis ideas. ¿El día del campo hizo algo malo? No, me respondía a mí misma. ¿Se me insinuó de alguna forma? No, bueno sí..., pero de forma inocente, creo que lo lleva dentro y no puede evitar hacerlo. Me reí por mis propios pensamientos, tan contradictorios entre sí. Intenté pensar en que incluso me pidió disculpas por haberse comportado como un capullo. Bueno por eso no exactamente, pero casi. Quizá lo había juzgado antes de tiempo. Podría darle una oportunidad. ¡Uf! Menudo lío tenía en la cabeza.

—Estoy muy cansada, de verdad. Otro día ¿vale?

—*Por favor, abre. Estoy abajo. He traído comida y bebida. Sólo quiero un poco de compañía.*

¿Quéee? ¡¿Estaba abajo?! ¡Dios! Y ahora, ¿qué hago? Me asomé por la ventana y, efectivamente, ahí estaba mirando hacia arriba y buscándome con la mirada. Me sonrió y levantó unas bolsas que llevaba en la mano. No tenía más remedio que abrirle. Cogí el teléfono y le indiqué el piso en el que vivía, no fuera a equivocarse con el de Jaime.

—Ok. 3ºA

Con premura me puse unos vaqueros y una camiseta básica negra. Me miré al espejo para ver las pintas que tenía. ¡Qué careto! Me recogí el pelo en una coleta y me retoqué un poco la línea del ojo. Algo que no se notara mucho. No quería que pensara que me había arreglado para él. No me puse zapatos, ya que me encantaba andar descalza por casa. Adoraba la sensación de sentir el frío del suelo bajo mis pies.

Sonó el timbre y corrí a abrir. Y allí estaba él, con esa mirada azul que congelaba el tiempo. Llevaba una camiseta azul claro que resaltaba el color de sus ojos y unos vaqueros que le quedaban como un guante. Estaba impresionante.

—Pasa, por favor. ¡Estás loco! —le puntalicé riendo mientras me apartaba para permitirle entrar.

Se acercó a mí y me dio dos besos. Sin intención de nada. Fueron totalmente correctos. Aunque hizo el mismo gesto que había hecho la primera vez que nos encontramos en el despacho de nuestro jefe; Respiró hondo, podía oír como profundizaba en el momento en el que posaba sus labios sobre mis mejillas. Eso provocó que se me erizaran todos los pelos del cuerpo.

—Ya te advertí que quería verte y no iba a aceptar un no por respuesta —aclaró en un tono que no me sonó para nada autoritario, más bien suplicante e incluso tierno—. ¿Dónde dejó todo esto? —preguntó levantando las bolsas que llevaba en la mano.

—Ponlo en la mesa baja, si quieres. Y, espera ahí mientras voy por cubiertos, platos y vasos —le insté mientras le indicaba el camino con la mano.

Él pasó por delante de mí sonriendo, yo me puse a buscar lo que... no sabía bien qué buscaba. Ese hombre, me ponía nerviosa. Cuando llegué al salón me encontré con una grata sorpresa; había comprado comida mexicana y ¡*Desperados!* No quise decirle que era una de mis comidas favoritas, al igual que mi cerveza favorita. Eso le daría demasiados puntos para su ego.

Pasamos una velada estupenda. No se propasó en ningún momento. Estuvimos cenando y charlando. Aunque no me contó nada de su vida, ni yo de la mía, pero conseguimos mantener una charla muy animada y estimulante. Nuestra conversación giró en torno al trabajo y sobretodo de nuestro *queridísimo jefe*. Después me propuso ver una película que había traído que aseguró me encantaría. Le ofrecí el licor que habíamos bebido el día anterior.

Tumbados en el sofá vimos, *La milla verde* basada en la novela de *Stephen King*. No la conocía y ni que decir tiene que me encantó, aunque en algunas escenas lo pasé fatal. Su trama era bastante dura. A pesar de ser lenta me resultó conmovedora. Hubo una parte que me sobresaltó en la que me eché en sus brazos, y otra en la que lloré como una tonta. Odié al francés y así se lo hice saber a David, que se reía sin parar al ver los cambios de humor que se reflejaban en mí en el transcurso de la película. Cuando terminamos de verla me prometió volver a sorprenderme.

—Seleccionaré de mi videoteca, películas que te hagan saltar del sillón. Me ha encantado cómo has vivido cada instante. ¡Ha sido muy divertido! —me comentó sin poder parar de reír.

Tras ese comentario recogió sus cosas y se fue, sin que tuviese que insistirle aunque me animó a que quedásemos otro día. Fue demasiado correcto. No intentó nada. Pero, ¿realmente yo quería que lo intentara? No, por supuesto que no. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué pensaba eso? ¿Cómo podía ni siquiera pensar en ello? Me iba a volver loca.

Cerré la puerta y me quedé un rato mirándola. Rememorando lo ocurrido; la cena, la charla, la película... me había encantado compartir ese ratito con

él. Tenía que reconocer que había sido muy fácil conversar de todo y de nada. Un suspiro se me escapó de los labios; ¡David! Me gustaba el nombre. Me fui a la cama sonriendo como una boba y me dormí con la imagen de esos ojos azules mirándome y queriéndome decir algo que todavía no llegaba a entender.

16

David

*“El amor es un veneno, sin antídoto,
simplemente se debe vivir sus efectos y esperar a sobrevivir”
Joaquín Restrepo.*

Mientras bajaba en el ascensor, calibraba durante cuánto tiempo iba a tener que fingir para tirármela. Camino de mi coche pensé en ir a buscar a la rubia del otro día. Al dejarla, me preguntó si volvería a verme, ¿no? Seguro que me estaba esperando. Las tías eran así: les gustaba hacerse las duras y las dignas, pero después caían. Y a mí me encantaban por eso.

Cogí rumbo al bar de siempre, el de mi amigo Mario. Aprovecharía para hablar con él sobre cómo debía proceder. El otro día no pude hacerlo. Durante el trayecto pensé en el ratito tan bueno que había pasado en el piso de Caroba. Tuve que contenerme muchas veces para no meterle mano o follármela allí mismo. Cuando se tiró encima de mí, por el susto que le ocasionó aquella escena de la película, estuve a un tris de comerme sus pechos. Y, ¡qué pechos! ¡Joder! Me los había puesto en la cara y... estaba deseando agarrarlos y lamerlos.

Al entrar en el bar tuve la suerte de encontrarme con el bombón rubio que me la chupó de maravilla. ¡Uf! Recordé la mamada del otro día y se me puso dura. Entré y decidí esperar alguna reacción por parte de la chica así que me acerqué a la barra para pedir las bebidas mientras la repasaba de arriba abajo. Llevaba un vestido rojo con botones en la parte delantera que despertó mi imaginación con mil fantasías.

Me entretuve un rato hablando con mi amigo, aclarándole que era muy probable que me fuese en un rato al baño con la rubia que permanecía, al igual que la vez pasada, al lado de los dardos. Le comenté que después tenía que contarle algo que me traía entre manos. Sonrió con malicia dándome su beneplácito, y chocamos los cinco. Le pedí una Judas para ella y para mí, lo de siempre, un whisky solo con hielo. Cogí las bebidas y me fui hacia donde se encontraba la chica.

—Hola nena. ¿Me has echado de menos? —le pregunté ofreciéndole la

cerveza que llevaba en la mano.

Ella me miró sorprendida y, casi sin poder vocalizar, me gritó:

—¡Tú!... —se estaba haciendo la digna conmigo, lo tenía claro. Así que con urgencia me acerqué y la besé. No me gustaba mucho besarla, pero el momento lo requería. Le metí la lengua invadiendo su boca. Ella me correspondió moviendo la suya al ritmo que yo marcaba. Noté como le temblaba el cuerpo y se deshacía con mi beso.

Tiré de ella y me la llevé al baño mientras le guiñaba un ojo a Mario, que había estado observando la escena desde la barra. Entramos en el servicio y cerré la puerta con pestillo. Necesitaba destensarme y relajarme, gracias a la educación de mi madre —pensé irónicamente—, la única forma que sabía era preparándome una raya. Lo dispuse todo y se la ofrecí. Ella me miró con los ojos muy abiertos, y bastante sorprendida. Le hice un gesto de asentimiento y terminó aceptando.

Sonriéndole me acerqué más a ella y le desabroché los dos primeros botones, lentamente, dejando a la vista sus prominentes pechos. Se los saqué por encima de las copas del sujetador contemplándola con impudicia. Le puse un poco de polvo en un pezón y luego se lo chupé sin dejar de mirarla a los ojos. No quería romper el contacto con ella, lo necesitaba para que respondiera a lo que yo quería que hiciera. Eso era algo que les encantaba a las tías. Querían sentirse especiales y con una mirada siempre lo conseguía.

Repetí el mismo proceso con el otro pezón, pero esta vez me entretuve un poco más. Lo mordisqueé hasta que se le puso muy duro. Eso hizo que se retorciera y por instinto me tocara en la entrepierna. Le guiñé un ojo y con premura me bajé el pantalón. Me puse un poco en la punta de mi miembro y se lo ofrecí. Ella sonrió y me lamió. ¡Dios! Se lo metió hasta el fondo, incluso le dio una arcada. Se estaba entregando. Tenía que animarla.

—Así.... Así... ¡vamos nena!, tú sabes hacerlo mejor. ¡Mmmm! —cuando noté que casi me corría la levanté y le susurré—: ¡Quítate la ropa! —se puso de pie, se quitó los botones que le quedaban y con un movimiento de hombros dejó caer el vestido a sus pies. Me puse como una moto cuando vi que llevaba un tanga rojo. Sabía que esa tía me daría lo que necesitaba. Morbo. En ropa interior era explosiva.

La volteé y con una mano la cogí del pelo. Le puse un poco de polvo en la parte baja de la espalda, muy cerca del coxis. Se lo lamí sin profundizar mucho y, sin que le diera tiempo a nada, se la metí. Soltó un gemido que me la puso aún más dura de lo que ya estaba. Con la otra mano le di un cachete

en el culo. Empecé a embestirla pensando en Caroba. ¡Tenía que follármela ya! Estaba empezando a obsesionarme demasiado con ese asunto.

La chica se quejó un poco y suavicé el ritmo. Comencé a chuparle el cuello para que se relajara. Puede que tuviese que recurrir a ella al día siguiente si las cosas no salían como tenía planeado, y la quería contenta. Con la otra mano le tiré del pezón y soltó otro gemido. Seguí torturándoselo un poco más y dándole otro cachete en el culo le pedí susurrándole al oído:

—¡Vamos nena, dámelo...córrete conmigo! —y, cómo si mis palabras le hubieran dado permiso, se corrió. Gritó de placer. Dos embestidas más...—
¡Ahhh! ¡Joder!

Había sido realmente satisfactorio. Esa chica prometía darme placer y, sin duda, volvería a buscarla. Al menos hasta que me tirara a Caroba. Con ella quería llegar más lejos. Tenía claro que si lograba enamorarla me daría mucho más. No sé por qué, pero sabía que con Caroba llegaría al cielo.

Abrí el grifo y, como pude, me limpié. Me refresqué un poco y, al salir, ella estaba esperándome con su cerveza en la mano. Ni cuenta me había dado de que había salido antes que yo. Cogí mi whisky, me lo tomé de un trago y casi sin mirarla le pregunté:

—¿Nos vemos mañana?

—¿No te quedas a jugar una partida? —levanté la vista y pude ver cómo me lo pedía con mirada suplicante, pero esa mirada la conocía demasiado bien. Era la de una persona enamorada y no lo podía permitir. Como no quería ser brusco con ella, la miré a los ojos, poniéndole mi mirada más felina, y acercándome un poco más le contesté todo lo calmado que pude:

—Tengo un poco de prisa, preciosidad. Nos hemos entretenido mucho en el baño, ¿no crees? —le susurré al oído. Cosa que le provocó un escalofrío. Deposité un suave beso en su cuello y me marché.

Antes de salir le comenté a Mario que ya hablaríamos otro día. No quería quedarme y que ella viese que la había engañado. ¡Todo por poder repetir!

De camino a mi casa tracé un plan de actuación para enamorar a Caroba: Lo primero que tenía que conseguir era que me devolviera un beso. Aunque ya lo había hecho, pero ella no se acordaba. Lo segundo sería conseguir que no tuviera remordimientos tras el beso. Tenía que lograr que no pensase demasiado después. Caroba parece un hueso duro de roer. Un hueso que merecerá la pena chupar.

Sí, casi seguro que tendría que volver a buscar a la chica del bar a la que por cierto no le había ni preguntado el nombre. Aunque tampoco lo

necesitaba, para lo que la quería me daba un poco igual. La llamaré nena o preciosa como a todas.

17

Me levanté con una gran sonrisa dibujada en la cara que no era normal. Por Dios, ¿qué me pasaba? Me había llevado toda la noche soñando con David y su mirada azulada. Y no debería...

¡Debería soñar con Ewan y sus ojos color chocolate! Me regañé a mí misma.

Necesitaba centrarme en los labios carnosos de mi novio y en cómo me había hecho el amor. Pero no, a mis sueños acudía David y, no me hacía el amor, teníamos sexo salvaje. ¿Por qué seguía soñando con que me *empotraba* en cualquier parte de mi casa?

Al volver del trabajo me encontré con el hombre que... ocupaba mi mente gran parte del día y de la noche. Me esperaba en el aparcamiento de mi casa, apoyado en su coche. Llevaba puesta una camiseta negra ceñida y unos chinos grises que le sentaban de maravilla. Debería estar prohibido que un hombre con un cuerpo tan espectacular llevara uno como aquellos. Se incorporó y se acercó hasta donde me encontraba. Me había quedado paralizada al lado de mi coche. Se aproximó tanto a mí, que pude percibir su perfume: *Égoïste* de Chanel. ¡Qué bien olía! Era un olor muy varonil. Depositó dos besos en las mejillas y me dijo:

—¡Hola Caroba! ¿Preparada para una tarde de cine? —me preguntó mientras me enseñaba el maletín negro que llevaba en una mano—. ¿Quieres que antes compremos algo para cenar? He traído el licor que tanto te gusta —me anunció mostrándome la botella que llevaba en la otra mano quedándome fascinada con la sonrisa más bonita que hasta ahora le había visto.

Asentí con la cabeza. No me podía mover. Ese hombre provocaba en mí algo que aún no había sabido identificar. Cuando pude ser dueña de mis propios actos le contesté:

—Yo... primero tengo que pasear a la perra. Eso es algo obligado. Después soy toda tuya —volvió a sonreír, pero esta vez lo hizo con esa sonrisa suya tan pícara. Porque, de todas las sonrisas que había visto, la suya era la más... ¡Dios! Tenía que dejar de pensar en las sonrisas de David. Eso era muy mala señal. Sólo podía significar una cosa y me negaba a reconocerlo.

Subimos a mi piso, cogí a la perra y le ofrecí quedarse por si no tenía ganas de bajar conmigo.

—¡Claro que te acompaño! —exclamó ofendido.

Y no sólo me acompañó, sino que me propuso dar un paseo más largo del que solía dar habitualmente con Idem. Por el camino le fui explicando en qué consistía mi día a día al salir del trabajo. Le mostré donde se hallaba mi gimnasio y cuáles eran los sitios favoritos de mi perra para correr y jugar. Pasamos por donde siempre me paraba a comprar, cuando Jaime me acompañaba a pasear a *mi niña*. Pero no se lo dije, no fuera a molestarle. Entramos a comprar todo lo que necesitaríamos para nuestra tarde de cine y aproveché para aprovisionarme de alguna cosilla más. No me dejó pagar nada, ni siquiera la comida para perros que había cogido.

Volvimos a mi casa y me dispuse a preparar la cena mientras él ponía la mesa, y cuando terminó apareció en la cocina. La verdad es que este chico me sorprendía cada día más. En lugar de quedarse sentado, vino a ayudarme. Me aclaró que no se iba a quedar mirando la tele mientras yo trabajaba. Me sirvió un poco de vino, en una copa y después se sirvió otra para él. Alzó su copa y propuso un brindis.

—¡Por muchas más cenas como ésta! —choqué mi copa con la de él. Le miré a los ojos y le sonreí. No daba crédito al esfuerzo que estaba haciendo David, por estar conmigo y agradarme. Y yo que había pensado que era gilipollas.

De nuevo, la velada me resultó estupenda aunque esta vez, sí me preguntó por mi novio y la relación que tenía con él. Me mencionó que en la discoteca me había visto muy fría con él. Le tuve que aclarar que ese chico no era mi novio, sino mi vecino. Y que prefería dejar ciertos temas, más íntimos, aparte. No quería hablarle de Ewan ni de mi familia. Todavía no tenía claro dónde iría todo esto y hablar de mi vida privada no me gustaba.

Vimos varias películas. Había traído de todo un poco. Desde; *Siempre a tu lado (Hachiko)* de Richard Gere, pasando por *Cadena perpetua* del mismo director de *La milla verde* para terminar con *El diario de Noa*. Me encantaron todas. Cada película me hacía variar mis estados de ánimo, como él me había insinuado: reí, lloré, aplaudí y me sonrojé.

—¡Eres increíble! Nunca me lo había pasado tan bien con nadie delante de un televisor. Me encanta verte disfrutar con cada escena... —comentó mirándome de una forma muy especial.

Tenía mil y una miradas, cada día descubría una nueva. Y eran todas para

mí. Algo en mi interior se despertaba y quebraba al mismo tiempo. No quise darle más vueltas, quería disfrutar el momento. Mañana pensaría que hacer. Cuando fuimos a darnos cuenta eran las tres de la madrugada y, sin darme cuenta, estaba ofreciéndole quedarse a dormir. Sabía que vivía a las afueras de Sevilla, según me había comentado en Mairena del Aljarafe, y al día siguiente tendría que volver hasta aquí. Menos mal que yo vivía relativamente cerca del trabajo. No es que fuera mucho camino, pero era tarde y habíamos bebido vino...

Le preparé el sofá, le dejé una mantita por si tenía frío, y me fui a la cama.

No paraba de dar vueltas en la cama sabiendo que él se encontraba a una puerta de distancia. Tenía a un dios hecho hombre durmiendo en el salón y yo en mi cama, intentando dormir. Estaba preocupada por si me quedaba dormida y soñaba con él, como me venía sucediendo desde que le conocí. ¿Y si decía algo en sueños? ¿O se me escaba algún gemido? ¡Qué vergüenza!

Sonaron unos golpes en mi puerta que me sacaron de mi abstracción. Me incorporé nerviosa. Abrió la puerta con cuidado y se quedó apoyado en el marco. La luz del pasillo iluminaba su silueta. Iba con la camiseta negra ajustada y unos bóxer, negros también. Estaba para comérselo.

—¿Sí? ¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —murmuré con voz temblorosa. No me podía creer que estuviese en mi dormitorio.

—Caroba —musitó mirándome a los ojos y tocándose el pelo por la parte de atrás. Parecía apurado con la situación—. No puedo dormir en el sofá. Se me queda pequeño y si te soy sincero tampoco es muy cómodo. Te importa si... —se mantuvo de pie esperando una respuesta por mi parte mientras se tocaba el pelo, alborotándose, como si intentara con ello arreglar sus pensamientos. Mientras yo le miraba, me había quedado sin palabras. No sabía qué pensar. ¿Qué me estaba pidiendo? Mi expresión le dio a entender que no comprendía nada porque consiguió terminar la frase—: Quiero decir... ¿Puedo dormir contigo, en tu cama? Te prometo que no te tocaré ni te rozaré —me miró con ojitos de no haber roto un plato en su vida mientras dejaba caer los brazos.

¡Uf! ¿Dormir conmigo? ¡Dios! ¿Por qué todo tenía que pasarme a mí? ¿Quién me había metido en este lío?

—¡Tú solita te has metido! —me respondí a mí misma.

Golpeé la cama y le dejé acostarse a mi lado. Consciente de que estaba entrando en terreno pantanoso.

Al notar como el colchón se hundía, comencé a sentir miles de mariposas en el estómago. Quise pensar que eran nervios por tenerle en mi casa, en mi habitación y en mi cama. En definitiva, por la situación en la que me encontraba. Agité la cabeza como queriendo quitarme los malos pensamientos. No quería darle más vueltas al asunto.

—¡No va a pasar nada! —me dije a mi misma intentando autoconvencerme—. ¡No estoy haciendo nada malo! Es un amigo, sólo eso.

Se acostó a mi lado y, mirándome a los ojos, pronunció un tímido buenas noches. Obviamente no pude pegar ojo. La pasé inquieta, dando vueltas. No conseguía conciliar el sueño con ese hombre durmiendo a mi lado. Sin saber cuándo ni cómo me quedé dormida casi al amanecer.

18

Ewan

*“El alma que hablar puede con los ojos,
también puede besar con la mirada”
Gustavo Adolfo Bécquer, poeta español.*

Otra vez se me estaba haciendo cuesta arriba la semana. Menos mal que entraba bastante temprano a trabajar y terminaba la jornada muy tarde. Eso era lo único bueno. Mientras estuviera ocupado no pensaba en otra cosa que no fuera trabajo. Además las investigaciones que llevaba a cabo empezaban a dar su fruto. En lo profesional me encontraba bastante contento. Al terminar la jornada me iba directo al gimnasio para llegar a casa cansado, cenar algo rápido y de esa forma ser menos consciente de su ausencia y la falta que me hacía.

Pero la única verdad era que me hallaba en un círculo vicioso que no me dejaba avanzar, pensaba en ella y por más que hiciera, así seguía. Dejarla en Sevilla después de haber pasado aquel domingo amándola, había sido lo más difícil que había hecho desde que la conocí. Si pudiera contarle la agonía que había sufrido a mi vuelta, no tendría palabras para explicarle que cada día que pasaba sin ella, una parte de mí se moría. Creo que ella no era consciente de lo que despertaba en mí. Desde el primer día que la vi con ese vestido que dejaba entrever su cuerpo esbelto con el que no parecía sentirse cómoda, hasta hace unas horas cuando se me lanzó a los brazos e hicimos el amor.

Recordé los detalles de todo lo que tuve que montar para poder llevar a cabo mi plan. Terminé el curso antes de tiempo y tuve que pedir el favor de que las prácticas me las hicieran a última hora. Puse de excusa que mi madre estaba enferma... la pobre que no se enteraba de nada. La tuve que llamar para contarle mi plan, no fuera a ser que la llamaran para preguntar por mí o por su estado. Mi jefe se quedó con la mosca detrás de la oreja y no quería malos rollos. Conseguí aprobar el curso con muy buena nota y eso fue suficiente para calmarle. El domingo me levanté muy temprano, casi al alba, para poder coger el primer AVE a Sevilla y sorprenderla. Deseaba llegar con ansia. Quería sorprenderla; Prepararle el desayuno. Mimarla. Consentirla.

Puede que se hubiese sentido sola y extraña en esa ciudad: trabajo nuevo, casa nueva, entorno nuevo, compañeros nuevos y sin amigos cerca de ella para apoyarla. Durante toda la semana había estado preocupado por si se habría adaptado bien a tanto cambio. Tras mi visita y lo que me había contado, me quedé mucho más tranquilo. Todo seguía bien entre nosotros, aunque la notara algo distante.

Me contó que había ido con su nueva compañera, Cristina creo que me dijo que se llamaba, a pasar el día al campo con esa playa artificial. Tenía buena pinta el sitio, tal y como me lo describió. Le propondré que me lleve la próxima vez que vaya a Sevilla, me encantará verlo. Quizás pudiéramos ir el siguiente fin de semana. Sí. Le propondré que se quede en Sevilla. Seré yo quien vaya a verla y así poder hacer algo diferente.

Me sorprendió encontrarla tan ausente el otro día. Ella siempre había sido una chica fuerte, decidida. Y no había relucido ni un ápice de eso que fue lo que realmente más me enamoró de ella, junto con sus ojos color miel. Sin duda fue su carácter. Luchó y lo dio todo por nuestra relación. Dejó de lado a su familia y a sus amigos. Hizo todo eso para estar conmigo. Menos mal que ha conservado la amistad con Jana, que le da un poco de locura a su vida. Es joven todavía para haber perdido ya tanto.

Cierto es que después me enamoré de ella en todos los aspectos. ¡Hasta las trancas!, como se dice ahora. Me enamoré de cada una de sus sonrisas, miradas, movimientos de caderas... Incluso de cada una de sus malas contestaciones. Porque, Caroba tenía bastante genio y debía armarme de paciencia para no discutir con ella. ¡Mi chica guerrera!

Recordé una frase que siempre me decía mi madre: “¡Algún día llegará la mujer que le dará la vuelta a tu mundo!” Caroba lo había hecho, había conseguido cambiarlo todo en bastantes ocasiones, más de las que hubiese gustado. Una de éstas había significado cambiar de trabajo, de ciudad e incluso de amigos. Siempre había sido muy organizado y metódico hasta que conocí a Caroba... en ese momento mi mundo giró.

Mi rutina era muy sencilla. Me levantaba temprano, desayunaba fuerte y me iba a trabajar. Comía sin grasas y luego directo al gimnasio un par de horas. No bebía nunca alcohol. No me gustaba salir de marcha. Prefería quedarme en casa leyendo un buen libro o viendo alguna película en la televisión. Aunque debía reconocer que no me gustaba cualquiera, tenía que ser una que tuviera trasfondo, y entre mis favoritas estaban las de temática histórica. También me gustaban mucho los documentales, era algo que hacía

con mi padre desde pequeño.

Mi padre era un hombre que se enamoró de mi madre hasta tal punto que cambió su vida por ella. Era americano y vino a la base de Rota para un adiestramiento militar. Él nunca salía de marcha, tal y cómo lo hacían los demás, cuando estaba de maniobras, pero una noche sus compañeros lo animaron para salir a tomarse unas copas. Lo convencieron alegando que las españolas eran de sangre caliente. Conocidas por su exótica belleza y sus curvas voluptuosas.

Fueron al bar de moda y al entrar mi padre se quedó embobado cuando vio a mi madre en la barra desesperada, alzando las manos, intentando pedir algo de beber. En ese momento, su mundo se derrumbó a sus pies. Se vio en la necesidad de ayudarla. Mi padre siempre había sido un tipo despreocupado que vivía el día a día. Su existencia se regía por el lugar al que le enviaran. No le gustaba hacer planes, porque no tenía residencia fija por lo tanto un hogar al que volver. Pero ese día cambió todo para él. Pidió destino en la base de Rota y fijó su residencia allí. Hizo malabarismos para conquistarla. Averiguó quién era, dónde vivía y en qué trabajaba. Todos los días la esperaba hasta que terminaba su jornada y la acompañaba a su casa. Insistía en invitarla a cenar, pero ella se negaba siempre hasta que un día sin más, le dijo que sí. A partir de ese día se hicieron novios y estuvieron juntos hasta que él murió. A mi madre le gustaba decir que desde ese día pasó el resto de su vida con ella. Ciertamente fue muy romántico.

Mi madre me había contado su historia miles de veces. La pena fue que se lo arrebataron demasiado pronto. Tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado en el momento más inoportuno. Ella nunca volvió a casarse, a pesar de que se quedó viuda bastante joven. Decía que mi padre había sido el amor de su vida, y que nadie podría suplir todo lo que le había dado.

Yo los vi bailando en el salón en numerosas ocasiones. Eran la pareja perfecta. Nunca los escuché discutir. Siempre los veías de buen humor. Hacían miles de cosas juntos. ¡Qué de recuerdos!

Y así, pensando en mis padres y, en la relación tan bonita que tenían, me convencí de que nuestra historia tendría que ser igual. Estaba convencido de que estábamos destinados a estar juntos para siempre. Tenía que averiguar qué era lo que necesitaba Caroba para sentirse completa. Me quedé dormido planeando cómo sorprenderla el siguiente fin de semana.

19

Me despertó el olor a café y tostadas. Me recordó a Ewan, ya que él siempre hacía café para mí. Él sabía que era algo necesario para que yo pudiera empezar el día, sin cafeína no era persona. Me incorporé y recordé lo que había pasado... ¡David! Comprobé que no se encontraba en la cama. Mis neuronas no funcionaban todavía. Fui hasta la cocina y lo encontré preparando el desayuno. ¡Qué guapo lo veía! Con esa pose, el pelo despeinado, la barbita incipiente y... esos bóxer negros. ¡Mmmm! ¡Qué calor! Me quedé embelesada mirándole.

—No sabía qué era lo que te gustaba desayunar aunque, por lo que he encontrado en la nevera, he podido deducirlo. Te he preparado unas tostadas con tomate y jamón, y por supuesto, un café. Espero no haberme equivocado —me informó volviéndose hacia mí y mirándome con esa mirada que estaba empezando a gustarme demasiado. Parecía estar en una película, le veía moverse a cámara lenta—.

»Por cierto, he tomado prestadas tus llaves del bolso para bajar al coche y coger una muda que siempre llevo de repuesto en el coche. Espero que no te importe. Siempre y cuando me permitas ducharme aquí, claro —bromeó con esa sonrisa tan canalla que ponía y que me abría el pecho en canal.

Sus gestos, su manera de explicarse, como se había ruborizado con lo del bolso, como ladeaba la cabeza esperando una respuesta por mi parte... fueron detalles que me parecieron muy lindos. No sé muy bien qué me impulsó... noté que algo dentro de mí se despertaba y me recorría de arriba abajo. Me acerqué a él, me puse de puntillas y le besé en los labios. Fue un beso dulce, con cariño.

Me cogió la cara con ambas manos y profundizó un poco más el beso. Gimiendo en mi boca. Se separó un poco y suspiró. Apoyó su frente en la mía sin soltarme y me susurró:

—Caroba, no quiero complicarte la vida. Me gustas, eso ya lo sabes. Pero tienes novio y yo... —le paré poniéndole un dedo sobre la boca.

—No sé qué me pasa contigo, pero es algo que no me puedo explicar... pienso en ti a cada instante —me aparté un poco para poder mirarle directamente a los ojos—. Y, aunque me avergüence decirlo, sueño contigo todas las noches desde que te conocí. Y... sí, tengo novio, pero ahora que te

he conocido me he dado cuenta de que con él me falta algo. Algo que tú me das. No sé cómo explicarlo, es.... —me mordí el labio inferior y le miré sonrojada.

—De todas formas no quiero que te precipites. Quiero... No. Necesito hacerlo bien. Quiero ir despacio contigo, Caroba —mi nombre en sus labios sonaba a melodía romántica. ¡Dios! Me estaba enamorando de él a una velocidad vertiginosa—. Yo... —deslizó su mirada hacia abajo— tengo unos gustos... un poco peculiares, y no sé si estás preparada para averiguarlos. No quiero que pienses nada malo. ¡Mierda! Creo que es mejor que esto —dijo señalándonos con sus dedos— se quede aquí. No debería ir a más, no lo entenderías —le miré con ojos incrédulos—, pero podemos seguir siendo amigos, tranquila. He descubierto que tienes gustos muy parecidos a los míos en lo que respecta al cine y no pienso desaprovecharlos. Tengo que decirte que he disfrutado cada sobresalto tuyo, cada lágrima que has derramado, cada suspiro. Ha sido grandioso y me ha encantado compartir contigo todos esos momentos.

No pude decir nada más. ¿Cine? ¿Quién había hablado de cine? Me di la vuelta y me marché hacia el dormitorio con lágrimas en los ojos. ¿Gustos peculiares? ¿Amigos? Todas las palabras que me había dicho me daban vueltas en la cabeza. Caroba, ¿qué te habías pensado? ¿Qué se iba a enamorar de ti? La cabeza me iba a estallar. No podía respirar. Empecé a tambalearme.

Noté como unos brazos me giraban y me abrazaban. Me agarró con fuerza dejando que me desahogara sobre su hombro. Lloré mientras me acariciaba el pelo.

—¡Ssst! Tranquila —me susurró al oído—. No sé por qué lloras, pero suelta todo lo que llevas dentro.

—Lo... lo siento. Todo esto me supera. No sé qué es lo que me ocurre —moqueé y me limpié con la mano—. ¡Vaya numerito estoy dando!

—Vamos a desayunar y después a trabajar. Esta noche quedamos y hablamos con más tranquilidad ¿Te parece? —me propuso con una voz tan dulce que me rodaron dos lágrimas más por el rostro. Las secó con los pulgares a la vez que depositaba un beso fugaz en la frente.

Atrapó mi mano llevándome consigo a la cocina. Desayunamos juntos y en silencio. Mirándonos. No fue un silencio incómodo. Intentaba averiguar qué era lo que tenía que contarme para lo que, según él, no estaba preparada.

Nos duchamos por separado. Primero entré yo en la ducha y después él. Como si fuéramos una pareja bien avenida que llevase años viviendo juntos.

Con total complicidad. Sin vergüenzas. Había confianza. No sabía cómo explicarlo, pero había algo en el ambiente que no me asustaba. En los años que había vivido con Ewan no había conseguido tener ese nivel de intimidad. Me sentía desorientada y apabullada.

Cuando lo vi salir del baño, ataviado con un traje de chaqueta que parecía que se lo habían hecho a medida, por poco no me da un síncope. Estaba guapísimo. El hizo un gesto similar al mío, mirándome de arriba abajo dejando escapar un silbido de entre sus labios. Me había puesto un vestido en tonos rojos y negros abotonado en la parte delantera. Era muy fresquito y bastante adecuado para el calor que seguía haciendo en Sevilla a pesar de estar ya en septiembre. Unas sandalias de tiras que mezclaban ambos colores y, por supuesto, bolso a juego.

Recogió sus cosas y nos fuimos juntos en total armonía. Nos despedimos abajo como dos amigos que no habían compartido cama para dormir. Como dos amigos que no se habían besado, ni tampoco cohabitado de forma tan íntima. Nos fuimos a trabajar cada uno por su lado.

Me quedé mirando cómo se marchaba y noté como una parte de mí se desprendía de mi cuerpo. Se había llevado mi corazón con él, y eso era algo de lo que estaba completamente segura. Dentro de mí se estaba despertando un sentimiento bastante fuerte que abocaba al desastre.

Cuando fui a montarme en mi coche miré, sin querer, hacia la ventana de Jaime. Le añoraba. Echaba de menos los ratos de paseo por la tarde, el gimnasio, las charlas... y ahí estaba él, de nuevo, siendo testigo de todo lo que había ocurrido. Como si pudiera adivinar, que entre David y yo hubiera sucedido algo. Algo que no le permití a él. Le saludé con la mano en un intento de suavizar las cosas entre nosotros. Me sonrió apretando los labios, de esa forma que me indicaba que se sentía molesto. Y se metió a su casa sin hacer ningún gesto más. Debía estar bastante molesto conmigo por haberlo dejado de lado.

Me monté en el coche con un sentimiento extraño. Quería conseguir que me perdonara. Necesitaba que entendiera que en los sentimientos no se puede mandar. Deseaba poder encontrar la forma de arreglarlo, pero intuía que con Jaime eso no iba a ser tarea fácil. Por su reacción entendí que se avecinaba tormenta.

20

Estuve nerviosa durante toda la jornada de trabajo sin tener noticias tuyas. Miraba continuamente el móvil. Bajaba a hablar con Cristina para enterarme si había aparecido por allí, por supuesto intentando que ella no se diera cuenta de mis intenciones. Para colmo de males, mi jefe había estado toda la mañana pidiéndome informes y cuadros de costes. Tuve que dismantelar casi todo el archivo para encontrar los malditos papeles que andaba buscando. Suerte que era muy hábil con los números y pude darle la información que necesitaba. En el fondo me ayudó para no pensar en David y poder relajarme un poco. Tenía una angustia en el pecho que fue desapareciendo con el estrés.

Desde el sábado que habíamos pasado el día juntas en el campo, Cristina estaba muy atenta conmigo. Me llamaba para desayunar todos los días y ese día me dijo de ir a comer a un sitio nuevo que había descubierto y que no se encontraba muy lejos. Intuyó que mi jefe me estaba haciendo pasar un día duro en la oficina. O simplemente mi cara le reveló que necesitaba una comida de chicas. Lo cierto es que en ningún momento me preguntó nada. Estuvo prácticamente toda la comida, hablando de su nuevo ligue. La tenía obnubilada. Era inglés y trabajaba en una empresa de ascensores aquí, en Sevilla. Llevaba el control de calidad y viajaba mucho. Yo me pasé toda la comida pendiente del móvil y con la cabeza en otra parte.

Al llegar a casa pensé que David se había olvidado de nuestra cita, dado que seguía sin dar señales de vida. Subí a mi piso, cogí a mi perra y me la llevé a dar un paseo para, así poder relajarme un poco. Aproveché para hablar con Ewan. Me contó que había tenido un día muy productivo, al contrario que el mío. Le conté todo lo mal que lo había pasado y, tras darnos muchos besos y prometerme mimitos para cuando nos viéramos, colgamos entre bromas. Parecíamos dos adolescentes. ¡Cuelga tú! ¡No, cuelga tú! Menos mal que teníamos esos ratitos porque le echaba muchísimo de menos.

Cuando llegué a mi portal y estaba introduciendo la llave, una mano me tocó el hombro. Enseguida me puse alerta. Era él. Ya conocía su olor. Me giré y me dio dos besos en las mejillas. Puso su mano en mi espalda y me acompañó dentro. No podía dejar de mirarle. Me parecía guapísimo. Llevaba el mismo traje de chaqueta gris marengo y la camisa rosa desabrochada en el

cuello. Observé que llevaba una mochila al hombro.

—Es por si se me hace tarde, como ayer. Espero que no te importe —aclaró mirándome a los ojos y levantando un poco el asa de la mochila, intuyendo mi pregunta no formulada.

Cenamos en un ambiente bastante cordial, haciendo que nuestra conversación girara en torno al trabajo. No quería hablar de mi vida personal y no me encontraba del todo cómoda para preguntarle por la duda que me carcomía desde la mañana. ¿A qué se había referido con, gustos peculiares? Dejé de darle vueltas y me centré en lo que me estaba contando de su jefe, y del mío que obviamente eran la misma persona. Bromeé para mí.

Por lo visto, le había encargado captar un cliente que era duro de roer. Yo, por mi parte, le conté las exigencias que había tenido que aguantar de nuestro jefe. Le expliqué como me había tratado, que aparte de hablarme de muy malos modos también me había encargado hacer miles de informes teniendo casi que dismantelar el archivo para ello, funciones que eran más del administrativo que mías. No es que me importara, pero estaba claro que a ese hombre le podían las formas.

Durante la cena nos bebimos dos botellas del vino que había traído David, el cual estaba buenísimo. Como seguía algo descolocada y aún no había conseguido armarme del valor suficiente para preguntarle nada, le ofrecí una copa que aceptó con gusto. Serví un whisky solo con hielo para él y un licor de chocolate blanco para mí. De nuevo me sobrevino esa sensación de complicidad porque no tuve que preguntarle qué quería beber. Nerviosa le di un trago largo al licor, casi acabando con el contenido de mi copa.

—Bueno, ya nos hemos puesto al día y ahora que nos encontramos la mar de relajados —le solté entre risas— por lo menos yo... —estaba empezando a notar el efecto del alcohol, lo que me dio el valor para preguntar sin más rodeos lo que me había estado torturando durante todo el día—. Bueno... y dime, ¿qué es eso para lo que crees que no estoy preparada?

Me miró fijamente a los ojos. Se metió la mano en el interior de la chaqueta y depositó una bolsita con polvo blanco en la mesa. Me quedé atónita. No daba crédito a lo que tenía delante de mí. Alcé la vista intentando adivinar en su rostro algún gesto que pudiera indicarme que estaba ocurriendo y el por qué.

—Caroba, no te asustes. Cuando tengo sexo me gusta jugar y, para ello, tomo un poco de... —se quedó pensativo buscando en mi algún gesto de conformidad.

—Yo...yo nunca... —titubeé. No sabía qué decir. Las palabras se habían quedado bloqueadas dentro de mi cabeza. Me serví otra copa y me la bebí de un trago observando la bolsita como si con ello pudiera hacerla desaparecer.

—A ver... esto no es nada malo. Tomar un poco no te va a hacer daño ni te va a enganchar, pero te deja disfrutar a otro nivel sin limitaciones. Te ayuda a desinhibirte. Si quieres la guardo y me voy. No quiero molestarte con esto ni que pienses cosas raras —me dijo mientras hacía amago de cogerla para guardársela.

—¿Pu... puedo? —estiré el brazo y cogí la bolsa mientras él daba su conformidad con la cabeza mirándome con lujuria. Era la segunda vez que veía esa intensidad en su mirada. Me hizo sentir poderosa.

La abrí y me chupé el dedo lentamente cuando noté como la nuez de David subía y bajaba en señal de gustarle lo que yo estaba haciendo. Introduje el pulgar en la bolsita, impregnándolo de aquel polvo blanco. Inmediatamente lo saqué y lo observé. Levanté la mirada hacia él, quien asentía con la cabeza dándome la aprobación que buscaba. Me lo introduje con rapidez en la boca intentando averiguar qué iba a ocurrir después de haberlo probado. David abrió mucho los ojos, sorprendido por lo que acababa de hacer. Supongo que pensó que no iba a ser capaz de probarlo.

Me quitó la bolsita de las manos y me besó. Introdujo su lengua en mi boca y jugó con ella. La bajó hasta mi cuello y, con sus manos, empezó a desabrochar los botones delanteros del vestido. Con un pequeño toque desabrochó el primer botón dejando un suave beso sobre mi piel que ardía con su contacto. Soltó el segundo botón depositando otro beso... poco a poco mi respiración se iba entrecortando. Era excitante como con esa planeada lentitud conseguía que mi cuerpo se encendiera y la razón desapareciera. Marcó con la lengua una línea a cada botón que soltaba. Dejó caer el vestido hacía atrás y gruñó:

—Me encanta la lencería roja y negra. Y si además es de encaje... —me sacó un pecho de la copa del sujetador y puso un poco de polvo en mi pezón. Lo lamió. Comenzó a mordisquearlo de forma que hizo que todo mi cuerpo se retorciera de placer.

Un gemido se escapó de mi boca y enseguida me besó. Me devoró la boca con ansia. Era brutal. Tal y como lo había soñado durante las últimas noches. Hizo lo mismo con mi otro pezón. Notaba como me mojaba. Sin esperarlo introdujo un dedo en mi interior y volvió a gruñir. Se quitó apresuradamente la camisa y el pantalón, me cogió de la mano y me llevó al baño. Me colocó

frente al espejo colocándose detrás de mí. Notaba su miembro duro en mi trasero.

—Mírate. ¿Te gusta lo que ves? Esa eres tú. ¿Te reconoces? Desprendes sexo por todos los poros de tu piel. Eres una diosa hecha carne —sin permitirme responder me cogió la cara con una mano y me besó. Jadeaba de placer. Podía sentir sus resuellos en mi boca.

Con la otra mano jugaba con mi clítoris, lo pellizcaba y tiraba de él, provocándome olas de placer. Me besó el hombro sin dejar de mirarme. Sus besos recorrieron mi espalda bajando hasta mi trasero. Noté como ponía un poco de polvo en mi coxis para después chuparlo con la punta de la lengua. Al notarlo alcé las nalgas de puro placer.

—¡Dios! Caroba eres explosiva —se bajó el bóxer, sacó un preservativo y la introdujo con fuerza en mi interior. Me agarró de las caderas apretando con fuerza mis muslos mientras me lamía el cuello, mirándome a los ojos a través del espejo. Esa mirada azul me miraba como si fuera una presa. Me miraba como si quisiera engullirme.

—No podía esperar más. Necesitaba estar dentro de ti. ¡Joder! ¡Estás tan húmeda! —bramó mientras me penetraba con fuerza.

Giré la cabeza para que me besara. Y me besó. Me devoró sin dejar de moverse. Arqueé aún más la espalda buscando mi propio placer. Al notar que tenía más cabida embistió más fuerte hasta colarse en lo más profundo de mi sexo. Se me escapó un gemido en su boca. Salió de mi interior y volvió a entrar haciéndome estremecer. Notaba cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Me encontraba al rojo vivo. Me agarró los pechos y retorció mis pezones provocando que el placer hablara por mí.

—¡Fóllame fuerte! ¡Más duro! —no sabía cómo habían salido esas palabras de mi boca. Unas palabras que provocaron en él, algo para lo que no estaba preparada. Me cogió en volandas y me llevó hasta la cama.

—Te has sentido mala al decir eso ¿verdad? —asentí con la cabeza mirando fijamente a sus ojos. Eran hipnotizadores.

Me ofreció su dedo lleno de polvo blanco y, sin dudar, cogí su mano y pasé la lengua por su dedo deleitándome. Eso provocó que se quitara el preservativo y pusiera otro poco en su glande. Me acerqué y, como había hecho con su dedo, lo lamí con lascivia sin apartar mi mirada de la suya. Chupando, saboreando y succionando ligeramente. Me sentía poderosa al ver cómo reaccionaba a lo que hacía. Me metí su miembro hasta el fondo y jadeó.

—¡Joder, Caroba! ¿Te han follado alguna vez duro? —negué con la

cabeza—. Necesito sentirte... piel con piel. ¿Tomas la píldora? Estoy limpio... dime que sí —me suplicó de tal forma que sólo podía aceptar. Asentí con la cabeza y me dejé ir por la lujuria.

Cogió mis piernas dejando que mi cuerpo cayera sobre la cama. Puso mis pies en sus hombros y me penetró. Lo hizo con rudeza y pasión. Lo que experimenté en aquellos momentos fue algo que nunca había sentido. Algo que se había apoderado de mí, que me hacía sentir descontrolada y liberada. Requería que me diera fuerte. Estaba extasiada de placer. Se incorporó, colocándose de rodillas y agarrándome la cintura introdujo su miembro hasta que se escuchó el golpeteo de nuestros sexos chocando. Podría asegurar que hasta ese momento no había tenido sexo de verdad. Me toqué los pechos que subían y bajaban al ritmo de las embestidas de David. Necesitaba más. Era locura. Sexo en estado puro.

Se sentó en la cama y me colocó a horcajadas sobre él moviendo mis caderas arriba y abajo. Me cogió los pechos y los mordió. Me arqueé moviéndome al compás de sus embestidas. La razón se me estaba yendo. Le eché hacia atrás y comencé a montarle. Necesitaba correrme. Sentía como el orgasmo se acercaba, del fondo de mi sexo nacía un calor que afloraba en el resto de mi cuerpo. Notaba cada vez más duro su miembro. Más grueso. Él se encontraba a punto también. En el dormitorio sólo se escuchaban gemidos y gruñidos. Me eché hacia atrás apoyando las manos en sus muslos y explotamos.

—¡Joder! —escuché de su boca cuando se corría dentro de mí.

Fue el orgasmo más brutal que había experimentado en toda mi vida. Me acarició los pechos provocando que se me erizaran todos los pelos del cuerpo. Me los mordió y me embistió de nuevo hasta vaciarse por completo dentro de mí.

—Caroba ha sido espectacular. Ahora no voy a poder parar. Lo quiero todo de ti. Quiero más —masculló estremeciéndose y saliendo de mi interior.

Me tumbé en la cama a su lado, agotada y complacida. Sin darme cuenta me quedé dormida sobre su pecho escuchando los latidos descompasados de su corazón.

21

Me desperté sobresaltada. Había tenido una pesadilla. Ewan había entrado en la habitación y me miraba fulminándome con una mezcla de ira y dolor. ¡Dios! Lo que había hecho no estaba bien. Yo le quería y lo había engañado con otro hombre. Miré la hora en el despertador y vi que aún eran las cinco de la madrugada. David estaba tumbado de lado mirando hacia mí. Su cabeza descansaba sobre la almohada y su rostro relajado me hizo recordar lo que había sucedido entre nosotros dos la noche anterior.

Intenté levantarme con cuidado de no despertarle, pero, en cuanto me moví, David abrió los ojos, me miró y sonrió.

—¿Qué pasa, Bella Durmiente? ¿Estás inquieta? ¿Te encuentras bien? —preguntó con voz melosa, acercándose aún más a mí si cabía. Comenzó a frotarse contra mí poniéndome cardíaca en una milésima de segundo.

—He tenido una pesadilla. Yo no debería... —le respondí con voz temblorosa. Ya estaba de nuevo perdiendo la razón. Ese hombre conseguía de mí que le bajara la Luna.

—Caroba, somos adultos y lo que pasó ayer fue alucinante. Nunca en mi vida me había sentido tan vivo y tan compenetrado con alguien en el sexo. Por favor, no te comas la cabeza y disfruta del momento —se colocó encima de mí y me besó. Fue un beso apasionado. Su lengua jugó con la mía. Se giró en la cama y me situó sobre él. Tocándome los pechos. Bajó una mano hasta mi clítoris y lo masajéó.

—¡Joder, ya estás húmeda! Caroba, ¡eres increíble!

Cogió su miembro y lo introdujo en mi interior. Comenzó a moverse, cogiendo mis nalgas para que le siguiera el ritmo. Me embestía con fuerza. Un calor me recorrió la espalda y me moví aún más rápido. Con mi mano le toqué los testículos. Gimió y empujó hasta llegar a lo más hondo, provocándome un gemido de dolor mezclado con placer. Y, sin más preámbulos, llegamos juntos al clímax.

Me dejé caer a su lado perdiendo la mirada en el techo buscando alguna razón para sentirme despreciable por lo que acababa de hacer y, como si supiera en qué estaba pensando me agarró la cara con las manos y me anunció:

—Caroba, esto es y ha sido increíble. Estás hecha para darme placer y yo

he nacido para dártelo a ti. No pienses, sólo hazlo. Disfruta. Vivamos. Sólo se vive una vez, recuérdalo —y me besó. Nuestras lenguas jugaron al compás hasta que logré separarme de él.

—Yo... de verdad, no puedo. Esto no está bien. Tengo que hablar con mi novio. Él tiene que saberlo... —me levanté y fui al cuarto de baño.

Me miré en el espejo tratando de tranquilizarme. Unas lágrimas asomaron por mis ojos. No quería llorar. ¡Esta mujer no soy yo! Delante de mí veía una joven que tenía el pelo revuelto, los labios hinchados y las mejillas encendidas por el placer. Además de ver en mi reflejo, una mirada lobuna que no reconocía.

Volví a la cama y me acosté. David comenzó a acariciarme la espalda. De esa forma, tan tierna por su parte, conseguí dormirme, pero los remordimientos seguían ahí, me consumían. Me pasé la noche teniendo unos sueños muy extraños. David me besaba y Ewan nos observaba mientras lo hacíamos. ¿Disfrutaba? Podía ver en sus ojos lascivia, estaban llenos de deseo.

Por la mañana le conté a David lo que había soñado. Él me aclaró de pasada que, precisamente, esa era una de sus fantasías. En ese momento me planteé esa posibilidad y no me desagradó. ¿Alguien mirándonos mientras lo hacíamos? David me sacó de mis cavilaciones cuando me propuso que nos duchásemos juntos. Me enjabonó con mucho mimo, deleitándose con cada parte de mi cuerpo. Haciéndome vibrar de nuevo. Cogió el bote de jabón y me lo dio para que hiciera lo mismo con él. Le enjaboné igual que él había hecho conmigo. Le froté el pecho mientras bajaba hasta encontrarme su miembro. Lo enjuagué con las manos hábilmente mientras notaba como David se tensionaba ante mis caricias.

—¡Joder! Caroba vas a matarme —me dijo cuándo le lamí el glande.

Me la metí en la boca y succioné. Él me acariciaba el pelo guiándome en el movimiento que hacía para llegar hasta el fondo y, al sacarla con lentitud, succionaba provocando que me apretara el pelo. Cuando noté que estaba a punto intenté apartarme, pero él me cogió de la cabeza y, de un empujón, se corrió dentro de mi boca. No podía respirar. Unas lágrimas se asomaron en mis ojos. Con delicadeza me levantó y al mirarme preguntó algo angustiado:

—¿Te he hecho daño? ¡Lo siento!

Negué con la cabeza. Me había gustado. Nunca me había tragado el semen de ningún hombre. Era la primera vez y así se lo hice saber. Me abrazó. Me acunó. Cogió mi cara con sus manos y me besó con dulzura, no

como lo había hecho las otras veces. Noté algo distinto en ese beso.

—¡Eres increíble!

Nos vestimos juntos. Yo elegí una camisa rosa y una falda con vuelo. Él iba con ropa informal; vaqueros y camisa azul. Salimos de casa para ir a trabajar y en el rellano nos encontramos con Jaime, que me observaba con mirada de reproche, aun así se le veía guapísimo. Llevaba un traje de chaqueta que le quedaba como un guante con una camisa azul que resaltaba su tono de piel.

—¡Hola! Nos conocimos el otro día, ¿verdad? Perdona, pero no recuerdo tu nombre. Soy David —se presentó, de nuevo, esperando con la mano en alza a que Jaime le devolviera el apretón de manos.

—Sí, soy Jaime, el vecino de Caroba —bajó la mirada hacia la mano que le tendía David y se la apretó. Dirigió su mirada hacia mí de nuevo y continuó diciendo— veo que habéis intimado. Has tenido más suerte que yo...

David le cortó antes de que pudiera decir algo molesto. Aunque el daño ya me lo había hecho. Sus palabras me dolieron como si me hubiera clavado una daga en el pecho.

—¿Por qué no te vienes esta noche y cenamos los tres juntos? ¿Qué me dices Caroba? —me preguntó girándose hacia mí—. Hay que ser amables con los vecinos —le instó David con... ¿lascivia? Me miró con esa mirada azul que conseguía convencerme de que todo lo que estaba ocurriendo era bueno. Pero mi yo interno seguía runroneando; ¿Qué pretendía? Esto se me estaba yendo de las manos. ¡No podía... ¿o sí?!

22

David

*“Yo amo, tú amas, él ama, nosotros amamos, vosotros amáis, ellos aman.
Ojalá no fuese conjugación sino realidad”.*
Mario Benedetti.

Todo estaba saliendo mejor de lo que yo esperaba. ¡Esa tía era la caña! ¡Lo sabía! Sabía que con ella no me equivocaba. Y esa noche, como que me llamaba David, haríamos un trío. Convencería al pringado de su vecino y nos la tiraríamos entre los dos. Necesitaba pensar bien cómo entrarle a Caroba para que cediese. Debería parecer algo natural. Podría enviarle un *whatsapp* con alto contenido erótico, o algo así. Sí, eso haría. La provocaría para que estuviese cachonda cuando nos encontrásemos más tarde.

Tenía que acercarme al bar de Mario para que me echara un cable. Él estuvo metido en un rollo como el que yo pretendía y consiguió su objetivo con bastante rapidez. Al entrar vi a la rubia, al fondo, en el mismo sitio donde la había visto las dos últimas veces. Me acerqué a la barra y le pregunté a mi amigo por ella. Quería saber por qué siempre la encontraba allí.

—Creo que está en paro o algo así, no es normal que siempre esté aquí. Llega temprano, se pide una Judas y se pone a jugar a los dardos. A lo mejor está entrenando para algún campeonato... no sé, lo cierto es que se suele ir bastante tarde —me explicó mientras me ponía mi whisky con hielo que siempre pedía.

Le indiqué con la mano que iba a saludarla. Me acerqué a ella mostrando mi mejor sonrisa. Esa que sabía que les gustaba a las tías. Demostrándole que estaba encantado de habérmela encontrado allí. Le di dos besos cerca de la comisura de los labios para incitarla y consiguiendo mi propósito, se tiró sobre mí devorándome la boca.

Y aunque besar no era una de mis grandes pasiones debía reconocer que besaba bastante bien. ¡Joder! Ya me había puesto duro otra vez. Y yo que pensaba que hasta la noche no iba a tener tema. Era curioso que se me viniera a la memoria que a Caroba ese gesto no le gustó.

—¡Vaya! Veo que te alegras de verme —le dije de forma picarona.

—Sí, mucho. La última vez me dejaste con ganas de más —se acercó a mi oído y me susurró—: ¿Te apetece repetir? —mientras refregaba su mano por encima de mi pantalón y aprisionaba mi miembro, provocando que se me pusiera aún más dura.

La cogí de la mano, le hice un gesto a Mario que miraba en nuestra dirección. Asintió con la cabeza dándome su beneplácito y la metí en el baño. Eché el pestillo, no quería interrupciones, y me bajé los pantalones.

—Cielo. Toda tuya —la insté con aire chulesco mostrándole mi miembro erecto. La vi dudar. Quizá me había pasado con la chulería. Me acerqué a ella y le comí la boca, tenía que calentarla un poco antes. Metí mis manos por debajo de su camiseta y le pellizqué los pezones. Con una de las manos le toqué la entrepierna, metí un dedo en su interior y jugué con su clítoris utilizando el pulgar—. ¡Estás muy húmeda, nena! —con maestría le bajé la cabeza hasta mi miembro y comenzó a chuparlo. Aunque no lo hacía tan bien como Caroba, no lo hacía mal. ¡Joder! Esa mujer sí que la chupaba bien. Esa mañana me había corrido en tiempo récord.

Cuando noté que me encontraba a punto, decidí darle un poco de sexo. Se había portado muy bien y se merecía un premio. La levanté y, cogiéndola por la cintura, la senté en el lavabo. Le abrí las piernas y, colocándome entre ellas, me adentré en su interior hasta el fondo. Un gemido de placer se escapó de entre sus labios cuando la embestí de nuevo duramente. Con las manos le apreté los pezones provocando que se arqueara. La eché hacia atrás cogiéndola por la cintura para poder controlar mis movimientos en su interior. Dos embestidas más y ambos llegamos juntos al clímax.

¡Guau! El polvo había estado muy bien.

La bajé del lavabo y la ayudé a recomponerse un poco. Nos limpiamos como pudimos y me despedí de ella hasta la próxima.

—¡No tardes mucho en volver! —me rogó lamiéndose los labios con actitud picarona.

Sin quererlo, había encontrado la horma de mi zapato. Sexo sin compromiso.

Al llegar a la barra, le relaté a Mario con pelos y señales, todo lo que había hecho con Caroba. Cómo me la había camelado con lo de ayudarla con la cena, haciéndome el romántico y todo lo que vino después. También le conté que había tenido que quedarme a dormir con ella, sin follar, para que no tuviera ninguna duda que yo era de fiar. Mario no daba crédito.

—¡Tú durmiendo con una tía sin tocarla y encima sin habértela follado

antes! ¡Tío eres un puto crack! —soltó una carcajada cuando se enteró que le había preparado el desayuno.

Por supuesto me dijo que él también quería participar y que estaba claro que la tenía a punto de caramelo para hacer con ella lo que quisiera. Nos reímos mientras trazábamos un plan de actuación. Le expliqué que primero tenía que convencerla para que aceptara hacerlo con el vecinito. Era mejor hacerlo con alguien conocido. Mario no daba crédito cuando le detallé mi escena de celos en la discoteca y lo que hice para que ella creyera que estaba molesto, porque hubiéramos coincidido allí con su novio.

Sabía por Cristina, con la cual tenía cierta amistad, que su novio no vivía en Sevilla y que sólo se veían los fines de semana. También me había enterado de que el vecino le gustaba. Había escuchado como le contaba a Cristina, el día que fuimos a Isla Margarita, que llegó a besarla. Y aunque ella no lo dijera con claridad, y se hubiera hecho la inocente, pude ver en su mirada que se había sentido atraída por ese chico.

Al final decidimos enviarle un mensaje romántico para ver por dónde podíamos tirar después.

—¡Hola guapísima! Llevo todo el día pensando en ti. ¿Qué me has hecho?

Mario me hacía gestos intentado decirme que me había pasado un poco. Ahora le iban a entrar los remordimientos a éste, ¡no te jode!

—¡Hola! Pero si sólo hace un rato que nos hemos despedido. ¡Tonto!

—¿Sí? Pues se me está haciendo eterno.

¿Nos vamos a ver esta noche?

—(Escribiendo) Sobre eso...

(Escribiendo)

—¡Uf! Está dudando. ¿Qué hago Mario? —le pregunté a mi amigo.

—¡Llámalala! ¡Ya! —me instó mientras me empujaba hacia la puerta.

Busqué su número en la agenda del teléfono y la llamé. Tenía que utilizar todas mis armas seductoras para convencerla.

—¿Amor? ¿Qué te pasa? ¿Estás bien? Necesito verte —le dije con suplica en la voz. Escuché su respiración nerviosa a través del teléfono. La noté alterada, pero con dudas—. Dime... ¿nena? ¿Estás ahí?

—Sí. Yo... mira, David. Todo esto se me está yendo de las manos y yo... yo tengo novio. Ya te he dicho que no me gusta esto de estar... engañándole.

Escuché un sollozo. Tenía que cortarla, ¡ya!

—Amor, ya hablarás con él cuándo os veáis. Éste no es un tema que se

pueda esclarecer por teléfono. Es mejor hacerlo cara a cara. ¿No crees? Esto que ha surgido entre nosotros es especial. Necesito verte, Caroba —le imploré con voz dulce, intentando mantener la calma.

—Está bien. Es... esta noche en mi casa —me contestó entre sollozos y colgó.

Entré como un rayo en el bar y levanté la mano para que Mario chocara los cinco conmigo.

—¡Esta noche trío!

23

¿Amor? Me llamó... ¿amor? Tenía la sensación de estar como en una nube. Sentía un no sé qué en el estómago. Eran, ¿nervios?, ¿pesadumbre?, ¿ilusión? Me encontraba bastante confundida. Me había dicho que necesitaba verme y que... lo que había surgido entre nosotros era especial. ¡Dios! Se me venía a la cabeza su mirada azul entrelazándose con la mía. ¡Cómo me acarició en la cocina! Cuando me siguió hasta el baño y me acunó la cara. Su abrazo... ¡Por dios! Esto no me podía estar ocurriendo. Iba a volverme loca.

Estuve todo el tiempo de un lado para otro, sin conseguir concentrarme. El día no fue nada fructífero. Menos mal que mi jefe había salido temprano a hacer unas gestiones y no había vuelto a la oficina. Sólo tenía que aguantar media hora más y podría marcharme a casa. ¿Estaría esperándome? Por un lado, necesitaba verle, pero, por otro, tenía miedo de lo que empezaba a despertar en mí. Nunca había experimentado nada igual a lo que sentía cuando estaba con él. Mi cabeza era un caos.

Durante el trayecto en coche cuando volvía a casa del trabajo, no pude dejar de recordar todo lo que había sucedido entre David y yo. Quise creer que cuando llegara a casa lo encontraría ansioso por besarme cómo lo estaba yo. Al aparcar el coche miré a mí alrededor y, efectivamente allí me lo encontré. Con ese aire chulesco que le rodeaba, tal y como lo había estado el día anterior, apoyado en su vehículo. Nada más verme se incorporó y se acercó hacia donde yo me encontraba, con paso firme y decidido. Llevaba una camisa en tonos crudos sin remeter y unos vaqueros que le quedaban de infarto, tenía aspecto de chico malote. Se aproximó a mí y cuando conseguí salir del coche, me cogió la cabeza con las manos y me besó. Noté como su lengua jugaba con la mía, como me saboreaba. Todo eso provocó que mis piernas empezaran a temblar e incluso que llegara a marearme.

—No sabes cuánto te he echado hoy de menos. El día se me ha hecho eterno sin ti —me besó de nuevo, devorándome la boca—. Sacamos a la perra y compramos algo para cenar, ¿te parece? He traído vino y licor —me propuso con voz melosa, como si no hubiera pasado nada entre nosotros. Mientras yo me encontraba jadeando y al borde del colapso.

Se giró en dirección a su coche y no pude evitar mirarle cuando caminaba de espaldas a mí. Era bastante ancho de espaldas, la camisa se ceñía bastante

a su cuerpo, al igual que el pantalón. Se le marcaban los glúteos, y las piernas que tenía bien musculadas. Sacó la bolsa de plástico, que por el ruido que hizo entendí que eran las bebidas que había comentado, y su mochila. ¿Se quedaría a dormir otra vez conmigo?

—Caroba, ¡este hombre siente algo por ti! —pensé para mí.

Necesitaba creer que lo que sentía en mi interior era mutuo y que, realmente, algo comenzaba a surgir entre nosotros. Mi mente volaba a mil por hora haciendo conjeturas sobre lo ocurrido y lo que me dijo por teléfono: mi amor. Para mí, era necesario poder agarrarme a algo sólido que hiciera desaparecer mis miedos, y ese sentimiento de culpa que me ahogaba.

No me di cuenta de que lo tenía nuevamente a mi lado. Me cogió de la mano y tiró de mí en dirección al portal de mi casa. Me acompañó a sacar a mi perra, *mi niña*. Últimamente la tenía muy descuidada. Por el camino compramos algo para cenar, como él había sugerido instantes antes. Me ayudó a prepararlo todo, como hizo la vez anterior. Ese hombre era todo un dechado de virtudes. Le gustaba ayudar en casa, me había preparado el desayuno, era romántico y ¡le gustaban los perros!

Mientras cenábamos, charlamos de todo y de nada. Consiguió que me olvidara de mis miedos, mi angustia y esos remordimientos que me atormentaban a cada paso que daba con él. Me sentía muy a gusto. Había complicidad entre nosotros. Él hacía que todo fuera fácil. Parecía que nos conocíamos de toda la vida. Pocas veces había tenido esa complicidad con un hombre. Era curioso porque las dos únicas veces que eso me había ocurrido había sido en Sevilla tanto con David como con Jaime, aunque en realidad con este último había sentido esa complicidad hasta que me besó.

Estábamos recogiendo todo, cuando sonó el timbre. Me puse nerviosa al instante. Me quedé parada, inmóvil. David me miró y dedujo qué es lo que yo podría estar pensando, porque me habló con mucha dulzura.

—No haremos nada que tú no quieras, ¿vale? El sexo a tres puede ser algo divertido y, sobre todo, placentero para ti. No puedes imaginarte el morbo que da que te miren mientras lo haces, que te toquen cuatro manos, que te mimen y te hagan sentir una diosa. Sólo te pido que abras tu mente y, si ves que no puedes, simplemente para, o házmelo saber y paramos —me reveló mirándome fijamente a los ojos, entrelazando su mirada con la mía. Me besó. Fue un beso cálido, lleno de sentimientos.

Abrió la puerta y apoyado en la pared, nos esperaba Jaime, tan guapo como siempre. Llevaba una camiseta blanca ajustada que resaltaba su color

de piel y me miraba con mucha sensualidad. ¡Dios! Sonreía de forma curiosa, insinuando que había aceptado la invitación para esclarecer algo que ni yo misma tenía claro. Me quedé allí de pie, mirándole. Inmóvil. Atontada. No sabía qué hacer. La situación comenzaba a sobrepasarme.

David se aproximó a la puerta y, pasando por mi lado, saludó a Jaime, quien esperaba alguna reacción por mi parte. Se dieron la mano de manera amistosa y pasamos los tres al salón, donde nos acomodamos juntos en el sofá. Me encontraba en la inopia. Mi cuerpo se movía por impulsos. David me propuso que preparara unas copas para relajarnos y los dejé solos en el salón. Me sentía tan nerviosa que no era capaz de coger los hielos. Se me caían y no atinaba a ponerlos en el interior de las copas.

—¡Respira! —me decía a mí misma—. Él te ha dicho que no haríamos nada que yo no quisiera. ¡Vamos a tomarnos unas copas y listo!

Cuando regresé al salón, ellos estaban haciéndose una raya. David me pidió con la mano que me acercara. Siempre me había dado pavor probar la coca, aunque la vez anterior cuando la probé con él, había sido algo ínfimo. Pero el hecho de ver allí dispuestas tres rayas perfectamente delineadas, me hizo pensar que aquello era algo más. Aturdida por los acontecimientos, decidí probar.

Cogí la pajita que me ofrecía, pero no atreví a aspirar, así que simplemente la chupé con el dedo y sentí como algo se despertaba en mi interior. Mientras lo hacía recordé que el otro día no me había sentado mal y, tal y como me había aclarado David, era cierto que desinhibía bastante. Me había sentido más suelta y espontánea.

—¡Esa es mi chica! —exclamó David con voz alegre.

Me senté entre ellos dos. Cogí mi copa y casi me la bebí de un trago. Jaime me miraba de una manera extraña. No sabría decir si era con desconfianza o deseo. En ese instante, David puso una mano en mi rodilla, la acarició y empezó a subirla lentamente por el muslo llevándose mi falda en el recorrido. Notaba como mi respiración se volvía agitada, y comenzaba a sentir un pellizco en el estómago que me dificultaba la respiración. Percibí como la de Jaime se aceleraba también, viendo como mis muslos quedaban al descubierto y como eso me excitaba. Entonces David, cuando comprobó que aquello me estaba excitando, me besó. Su beso me llenó la boca. Su lengua acarició la mía. Me lamió los labios mientras miraba a Jaime, queriendo hacerle partícipe de la escena. Escuché como Jaime gruñía y le miré de soslayo. Su mirada había cambiado. Ahora veía lascivia en sus ojos. Me giré

un poco hacia él y David me reclamó:

—Caroba, ¡mírame a mí! Me encanta tu boca. No puedo pensar en otra cosa —su lengua no tardó en volver a adentrarse en ella, de nuevo. Cerré los ojos intentando olvidar que Jaime se encontraba allí, mirándonos. Noté como una mano me acariciaba el muslo y subía hasta llegar a mi entrepierna. David me devoraba la boca mientras me quitaba la camisa dejando mis pechos al descubierto. Llevaba un sujetador rosa de encaje y, con una habilidad pasmosa, me desprendió de él. Bajó su boca a mis pechos—. ¡Preciosos!

Jaime se acercó por detrás y su boca se acercó a mi cuello, dejando su respiración acelerada a su paso. Empezó a lamerme ansioso, haciéndome gemir.

—Me gustaría besarte, ¿puedo? —me preguntó Jaime. En ese momento David introdujo un dedo en mi interior mientras con otro masajeaba mi clítoris. Obnubilada por el deseo me giré y acerqué mi boca a la de Jaime, dándole permiso, y nos besamos. Fue un beso cálido y tierno diferente al de David.

David cogió mis manos y me puso de pie guiándome hacia mi habitación. Parecía una marioneta en sus manos. Jaime nos siguió por instinto. Cuando llegamos a la altura de la cama, Jaime comenzó a bajarme la cremallera de la falda, dejándola caer. David introdujo los dedos en la cinturilla de mi tanga y me lo arrancó. Sin apenas ser consciente de lo que sucedía a mi alrededor, sentí a Jaime desnudo y pegado a mi espalda con su miembro rozando mis nalgas.

David se mojó un dedo, lo metió en la bolsita para luego introducirlo en mi boca. Se lo chupé provocando que los dos gimieran. Jaime empezó a lamerme el cuello cogiendo mis pechos entre sus manos y restregándose en mi trasero. David se quitó la ropa que aun llevaba, y me devoró la boca. Metiéndome su miembro de un empujón provocando que me arqueara y empujase mi culo contra el pene de Jaime.

—¡Joder! —gritó Jaime cuando le rocé.

El dormitorio olía a sexo. Todo eran roces. Se escuchaba el sonido de los choques de nuestros genitales entre sí.

David se separó de mí. Me subió a la cama a cuatro patas. Se acercó a Jaime y dejó caer un poco de polvo en su glande. Se giró y me dijo en un susurro al oído:

—¡Nena, enséñale a Jaime lo bien que la chupas! ¡Quiero ver cómo disfruta con tu boca! —Le miré y en sus ojos pude ver el deseo que le

provocaba hacerme aquella propuesta. Se subió a la cama de rodillas detrás de mí y, agarrándome por las caderas, me penetró con fuerza.

Tiré de la mano de Jaime acercándole hacia mí y, cuando estuvo a mi altura, me la metí en la boca. Lanzó un gemido de placer y ese sonido hizo estallar algo dentro de mí. La saqué de mi boca, y se la lamí mirándole a los ojos, mientras David me embestía con fuerza por detrás.

—¡Dios! Caroba, ¡Estás tan mojada! ¡Eres perfecta!

Volví a metérmela hasta el fondo y noté como Jaime se iba. Me la saqué de la boca haciendo que se corriera en mis pechos. Al momento noté como David también se corría haciendo que yo me fuera con él.

—Ver como se corría encima tuya me ha puesto muy bruto, Caroba. —Miró a Jaime y ofreciéndole la bolsita le pidió—: Ponte otro poco en la punta. Así durarás más —le informó David, ya que Jaime le miraba confundido.

Éste hizo lo que David le había dicho, después me miró y cogiendo con las dos manos mi cara, me besó. Ese beso fue más profundo que el anterior. Más guarro.

David me puso un poco en la parte baja de la espalda y comenzó a lamerlo hasta llegar al centro. Introdujo un dedo y comenzó a hacer círculos en el interior mientras gruñía. Jaime empezó a masajearme los pechos, bajó con la boca hasta ellos mordiéndolos. ¡Dios! Me estaban poniendo al límite. David se encontraba dentro de mí por detrás, moviéndose despacio mientras me lamía la espalda.

—Ya está preparada. ¿Te atreves? —le preguntó a Jaime, quien asintió sin atisbo de duda. Me quedé helada. ¡Le proponía doble penetración! ¿Me atrevía yo a hacerlo? Me sentía muy descolocada.

David se dejó caer sobre un lado tumbándose en la cama boca arriba mientras con mucho cuidado tiraba de mí intentando no salirse de mi interior. Jaime se subió a la cama de rodillas, se puso un preservativo y, con mucho cuidado, comenzó a penetrarme lentamente. Cuando estuvo dentro, de mi boca se escapó un grito sordo. No podía explicar el placer que sentí en esos momentos.

Se quedaron quietos durante un instante y, cuando David empezó a mover sus caderas hacia arriba Jaime lo hizo al compás. Yo sólo podía respirar. ¡Dios! Notaba como el calor me recorría todo el cuerpo. Subía por mi espalda y salía por mi boca en forma de jadeo ahogado. Ellos siguieron moviéndose hasta que noté como llegaba al clímax, lo que provocó que ellos también lo

hicieran a continuación. Fue un orgasmo brutal. Notaba cada célula de mi cuerpo. Tenía chiribitas en los ojos. Me sentía pletórica, extasiada.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Ha sido la hostia! —era lo que podía escuchar a mi alrededor. Jaime salió de mí con mucho cuidado agarrando el preservativo para que no se rompiera. Me ayudó a incorporarme mientras David se reía con risas cortas y también abandonaba mi interior.

—¡Caroba, ven aquí! —David me agarró del brazo, me giró y, tumbándome sobre su pecho, me besó. Lo hizo con pasión—. Eres lo mejor que me ha sucedido en la vida —me abrazó y así entre sus brazos, escuchando los latidos desacompañados de su corazón, me quedé dormida.

24

Ewan

*"Un mundo ideal.
Un mundo en el que tú y yo podamos decidir
cómo vivir sin nadie que lo impida".
Ricardo Montaner.*

Estábamos a miércoles y, la semana se me estaba haciendo eterna. Necesitaba ver a Caroba. Sentirla. Abrazarla. Besarla. Últimamente la notaba distante. Y, aunque ella me había dicho que no le pasaba nada, yo intuía que algo ocurría en esa cabecita suya que nunca paraba de darle vueltas a las cosas.

El domingo cuando estuvimos juntos, le había planteado la posibilidad de irme a vivir a Sevilla con ella. Tenía entre manos una negociación para un posible empleo que nos permitiría estar juntos de nuevo. Ella quería trabajar y obviamente aquí, en Ronda, no había oportunidad para ello. Su exjefe, que era un impresentable, le había cerrado las puertas para poder recuperar su anterior puesto. Y, si bien su actual jefe no era mejor que el anterior, al menos tenía ocupación para ella y por lo que Caroba me había contado la trataba con respeto, a pesar de que fuera un capullo. Era primordial saber mantener las formas. Menos mal que mi chica tenía carácter y podía lidiar con eso y más.

La desazón me corroía. Tenía que llamarla para contarle que el próximo fin de semana no podría ir a Sevilla. Me habían agendado, varias tareas y no podía librarme. Eran catas técnicas, que sólo podía hacerlas yo. Y ahí estaba dándole vueltas sobre cómo pedirle que fuera ella la que viniera a Ronda. Eran muchos kilómetros para poder vernos sólo por la noche y eso me estaba atormentando. Era muy egoísta por mi parte hacerla venir para un rato, pero necesitaba verla.

¡Qué mala suerte! El primer fin de semana tuve un curso fuera. Ahora las catas. ¿Qué sería lo próximo? Tendría que dejar mi actual trabajo, esa era la única opción. No podíamos seguir así. Siempre surgiría algo; de eso estaba

seguro.

Miré la hora que era para ver si podía llamarla. No quería interrumpirla, no fuera que el jefe la tomara con ella por recibir llamadas personales durante la jornada laboral. Menos mal que nos habíamos puesto horarios porque si no hubiera sido un caos.

Me fui al gimnasio para desfogar un poco el estrés que me había ocasionado la situación. La cabeza me iba a estallar. Al entrar pude ver como una chica se acercaba a mí con una sonrisa traviesa. ¡Otra vez la pelirroja! ¡Qué pesada! Creía haberle dejado claro que no quería nada con ella. Aunque si la observaba bien, la tía estaba muy buena. Y con ese top que le marcaba el pecho, bastante voluptuoso para mi gusto, pero tenía que reconocer que eran bonitas y apetitosas. ¡Qué tetas! Y esas mallas ceñidas que le marcaban el trasero. Y esos abdominales que se dejaba ver entre el top y las mallas... ¡Dios!

—¡Pero, ¿qué puñetas estás pensando?! —me grité a mí mismo. No era de los que se fijaban en esas cosas, pero últimamente me encontraba un poco fuera de mí. Llevaba desde el domingo sin tener sexo, y la mano ya no me daba para mucho más. La abstinencia me estaba llevando a unos límites impensables para mí.

—¡Hola! ¿Qué tal? Hacía tiempo que no coincidíamos por aquí —me dijo la chica pelirroja con voz melosa.

—Hola. Sí, la verdad es que hacía tiempo que no te veía ¿Qué tal te va todo? Veo que sigues tonificando tu cuerpo —le respondí intentando parecer seco aunque mi cuerpo me traicionó.

El tono de voz que había utilizado fue un error irreparable, ya que parecía que le había dado pie a algo. Después de esa corta conversación me estuvo siguiendo por todo el gimnasio. Incluso se puso a mi lado queriendo hacer las mismas máquinas que yo hacía y eso me estaba poniendo a mil. En un momento dado tuve que quitarme de en medio, para no tirármela allí mismo. Me la imaginaba haciéndome de todo en el baño.

Nunca había estado tanto tiempo sin sexo. Entre Monique y Caroba tuve mis canitas al aire. No es que fuera muy salvaje en ello, más bien era del tipo convencional, pero eso no quitaba para que me gustara practicarlo con asiduidad. No sé por qué se me vino a la cabeza cómo me la chupaba Caroba. Mi chica era una diosa en eso. Su boca, su forma de acoplarla entre sus labios, cómo la lamía... ¡Uf! Me estaba poniendo cardíaco. No era consciente de lo descontrolado que me sentía.

—Ahora cuando llegue a casa tendré que tocarme, porque esto no es normal —me dije a mí mismo.

Me miré la entrepierna y la tenía dura. Tuve que borrar de mi cabeza a la pelirroja chupándomela en la ducha. ¡Era increíble! Tenía remordimientos por haberlo imaginado si quiera como si, de verdad, hubiera engañado a Caroba.

Al llegar a casa después de relajar la situación en la ducha, me senté en el sofá a replantearme mi vida. Caroba no podía ser el centro de toda mi existencia. Debía hacer algo. Me serví una copa y mientras disfrutaba de ella, pensaba cómo podría conseguir que mi vida fuera otra vez mía.

Cogí el teléfono para llamarla y vi que tenía un wasap suyo diciéndome que en breve se quedaría sin batería, y que iba a ir a cenar con Cristina. Se disculpó y quedó en que ya hablaríamos al día siguiente. ¡Mierda!

Estuve tentado de llamar a Jana para indagar si Caroba estaba bien y si ellas dos habían hablado esos últimos días. Necesitaba quitarme de la cabeza las dudas que me rondaban desde el domingo. ¿Qué estaba pasando? No era normal que Caroba me enviara un mensaje en vez de llamarme...

25

Cuando me desperté, David no se encontraba en la cama. En la casa no se escuchaba ningún ruido. ¿Se habría marchado? Y si así fuera, ¿por qué lo había hecho? Me entró el pánico. Le había abierto el corazón a un hombre que después de haber compartido algo tan grande, ¿me dejaba tirada? Porque tenía que reconocer que esos sentimientos que afloraban por él, en mi interior, eran diferentes de los que había sentido hasta ese momento.

Cada vez que David me miraba mi cuerpo reaccionaba, ardía en llamas. Me faltaba la respiración y mi corazón palpitaba a mil por hora. Y si a todo eso teníamos que añadirle lo que había hecho por él. Sí, por él. Yo también había disfrutado, pero era porque estaba él. Nunca pensé que pudiera aceptar probar algo así. Si David no hubiera estado conmigo anoche, estaba segura de que no hubiera consentido hacerlo. De alguna manera él conseguía que mi cuerpo vibrara de placer y en su presencia, exudaba lujuria.

Al entrar en el baño, cabizbaja y dolida, pude ver adherida en el espejo una nota. Un grito ahogado salió de mi garganta. Noté como todo el aplome que me acompañaba en esos momentos se me quitó de golpe. Con manos temblorosas cogí el papelito y lo leí.

*Amor, he tenido que marcharme corriendo
por temas de trabajo. Estabas tan guapa dormida
que no he querido despertarte. Françoise está
fuera. Ya he avisado a Cristina. Descansa.
Te llamo luego. TQ*

El papelito se me cayó de las manos, al tiempo que las lágrimas corrían por mis mejillas. “TQ” ¡Dios! Esas letras sólo podían significar una cosa. Me puse nerviosa. No sabía qué hacer. El sentimiento que me recorría de arriba a abajo no podía ser normal. Era como una quemazón que nacía en mi garganta y se acomodaba en mi pecho.

Cogí el teléfono y llamé a Jana. Necesitaba hablar con alguien de confianza y, por supuesto, no podía contar con Ewan. ¡Ewan! Pensar en él me deshacía por dentro. Le había engañado y no sabía cómo afrontar esa situación. Necesitaba a una persona imparcial que opinara con respecto a mis

sentimientos, que lo viera desde otro prisma. Su mentalidad era abierta y tenía que contarle a alguien todo lo que me estaba pasando. Me respondió al instante parecía que estuviese esperando mi llamada.

—¡Hola Jana! ¿Cómo te va? —le pregunté intentando que no notase que me pasaba algo.

—¡Hola! Muy bien. Tengo noticias que darte, pero antes cuéntame qué te pasa porque conmigo no puedes disimular, ese tono de tu voz... me deja claro que no estás bien. ¿Has discutido con Ewan? —¡Vaya! Sí que es intuitiva mi amiga—. Aunque algo me dice que no se trata de eso, porque tu chico es como un osito de peluche —me soltó con voz dicharachera. Supuse que lo hacía para intentar animarme.

—¡Uf! Antes de contarte nada dime... ¿noticias? Hablamos la semana pasada, ¿Qué ha podido ocurrir en una semana? Mmmm.... Déjame que piense, ¿no estarás embarazada? —escuché como Jana se reía al otro lado de la línea y al no responder supe que había acertado—. ¿Sí? ¡Enhorabuena! —la felicité mientras comenzaba a dar saltitos de alegría como una loca.

—¡Síiiiiiiii! Estamos muy contentos. Todavía no nos lo creemos. Caroba, ¡Un bebé! ¡Voy a tener un bebé! Sé que había dicho que no quería niños, pero mírame ahora. ¡Ainsss! Estoy como loca. Todavía no me lo creo. Nos han dado la noticia esta mañana. Íbamos a llamarte los dos juntos cuando Pietro llegara. ¡Ah! Ahora que lo pienso, se va a enfadar cuando se entere de que ya te lo he contado.

—No te preocupes... cuéntale que ha sido por una buena causa —intenté convencerla con voz risueña, pero no me salía. Me sentía rota por dentro. Era una sensación extraña. Me encontraba alegre y triste a la vez, exultante y contrariada.

—¿Me vas a contar de una vez qué es lo que te pasa? O voy a tener que ir a tu casa para sonsacártelo.

—Da igual. No es nada que no pueda esperar. No te preocupes, Jana. Tú ahora estás en un momento de tu vida muy bonito y no quiero estropearlo el día con mis problemillas —le expliqué a punto de echarme de llorar.

—No, *guapita de cara*. Habla a la voz de ¡YA! —me apremió casi gritando.

—Está bien... cuando te pones pesadita no hay quién te pare. A ver,... —hice una pausa para respirar profundamente— lo que voy a contarte no es fácil de explicar, y no sé si lo entenderás —oí un bufido por el teléfono—. Te cuento, tranquila que ya te lo cuento. Tú no te alteres, ¿vale?

—Jana voy a tener que dejarte. Me están llamando, y es del trabajo. Hablamos pronto, ¿vale? Te quiero guapísima. ¡Cuídate mucho! Y cuida de mi ahijado —me despedí de ella con un nudo en la garganta que no me permitía casi ni hablar, a pesar de que me hubiese gustado seguir hablando un rato más.

—Dalo por hecho, cielo. El único consejo que puedo darte, aunque me duela porque quiero a Ewan y nada me gustaría más que lo arreglarais, es “*Carpe Diem*” —me lanzó un beso a través del auricular y colgó.

26

—¡Hola! Perdona la espera, pero estaba hablando por teléfono —le aclaré a David intentando parecer risueña aunque lo que sentía en realidad eran nervios.

—¿Con tu novio? —preguntó con un tono de voz que dejaba entrever un poco de... ¿celos?

—¡Nooo! Con mi amiga Jana. Hablamos todas las semanas. No era nada importante —mentí, no le iba a contar nada del embarazo de Jana, por si se lo tomaba como una indirecta. Con los hombres nunca se sabe que pueden pensar al hablar de niños y embarazos.

—¡Vale! Oye, yo... te llamaba para invitarte a salir esta noche... ¿te apetece? —me preguntó con cautela.

—No sé, David. Estoy cansada. Y... —no sabía muy bien qué decirle ni qué excusa ponerle, porque en realidad... ¿me apetecía? ¡Por supuesto! Pero me daba mucho miedo llegar a sentir aún más cosas por él. Si echaba la vista atrás, desde el sábado, nos habíamos visto todos los días y no había tenido tiempo de pararme a pensar en todo lo que estaba sucediendo entre nosotros. El único momento en el que había recapitulado lo sucedido había sido hacía sólo unos minutos, cuando se lo conté a Jana.

—Amor, no voy a permitirte un no por respuesta. En media hora te recojo en tu casa y si es necesario, te sacaré de allí a rastras. Estés como estés. Vestida o desnuda. Personalmente te prefiero sin ropa —soltó una risotada a través del auricular—. Así que tú decides... —me terminó de aclarar con voz categórica.

—Essstá bien —me rendí—. Está claro que siempre te sales con la tuya. *Ciao* —era imposible luchar ante la realidad. Iba a salir sí o sí.

—Así me gusta. En un ratito nos vemos, guapa —colgó dejándome bastante frustrada.

Era consciente que tendría que haberme negado a salir con él y recuperar la cordura perdida. Cogí una *Desperados* de la nevera e intenté animarme. Sintonicé música en la radio y empezó a sonar *Andas en mi cabeza*^[xii] de Chino y Nacho. ¡Vaya, qué oportuna!

Abrí el armario y, tras echar un vistazo a la ropa que tenía, decidí ponerme un modelito “algo” picante. Saqué un vestido palabra de honor

negro y bastante ceñido, que tenía una cremallera en la parte delantera. Recordé cuando fui a comprármelo con Ewan y me lo probé delante de él. Me aclaró que sólo me permitiría ponérmelo en casa, y siempre que fuese para un pase privado. En aquel momento me pareció gracioso comprármelo para él. Nunca llegué a ponérmelo y eso me hizo sentir mal. Sobre todo porque ahora, lo único en lo que pienso es en la expresión lasciva que seguramente pondrá David cuando me viese. Me comerá con los ojos. Seleccioné, con mucho mimo, la ropa interior, también negra, de encaje.

—El sujetador tendrá que ser sin tirantes, —pensé para mí misma— y, por supuesto, de media copa para que no se vea. ¡Ya sé! El corpiño de encaje negro quedará perfecto debajo de este traje. Además me marca la cintura.

Escogí para ese conjunto unas sandalias de tiras con tacón alto. Estaba deseando que David me viera con el conjunto que había elegido.

Me duché acicalándome más de lo normal, me perfumé con mi leche corporal favorita, *Coco Mademoiselle* de Chanel. Me puse la ropa interior que había seleccionado, sin tener muy claro si lo que quería era seducir a David, las dudas no se iban y no sabía si estaba haciendo lo correcto. Intenté quitarme de la cabeza todo aquello que no fuera *vivir el momento* como me había dicho Jana. Terminé colocándome el vestido con la cremallera de infarto disipando cualquier indecisión cuando me miré en el espejo y vi el resultado. Me maquillé de forma suave, ya que había decidido pintarme los párpados con sombras ahumadas resaltando mis ojos y los labios de rojo carmín que me daban el toque del pecado que deseaba. Siempre había querido pintarme así, pero a Ewan no le gustaba que me acicalara demasiado. Decía que ya era suficientemente guapa al natural. Por último, me di un pequeño toque de perfume en las muñecas —sonreí mientras me lo ponía—, así al abrazarle le llegaría mi olor con más intensidad.

En ese momento llamaron al telefonillo y supuse que sería él. Cogí el bolso y bajé, no sin antes mirarme un par de veces en el espejo para ver el efecto final. Cuando David me vio aparecer casi me tiró al suelo. Me devoró la boca de tal forma que me dejó sin aliento.

—¡Vaya! Veo que te alegras de verme —dije apretándome contra él y limpiándole los restos de carmín rojo que le había dejado.

—¡Joder Caroba! ¡Estás espectacular! Estoy pensando en subir y no salir de la cama —declaró refregando su entrepierna contra mí. Me reí y me puse a andar hacía su coche de forma insinuante, moviendo las caderas en exceso—.

Caroba, no juegues con fuego, nena, que te quemas. Caroba... —reaccionó dándome una nalgada.

—¡Aush! Eso ha dolido. ¿Te va el sado también? —le pregunté mordiéndome el labio inferior. Si algo tenía claro era que David, sacaba la loba que tenía escondida en algún rincón dentro de mí. Esa loba que hasta ahora desconocía.

—¡Todo! Contigo me va todo, Caroba —me besó en el cuello mientras me abría la puerta del coche para que entrara.

Cenamos en un sitio que nada tenía que ver con los restaurantes a los que me había llevado Jaime. Me había acostumbrado a restaurantes, como diría, que aunque eran normalitos cuidaban la decoración, tenían su punto romántico. El sitio dónde estábamos era tipo venta, con mesas de plástico cubiertas con manteles de papel. No es que la comida fuera mala, más bien al contrario. Pero, no sé por qué, después de tanta insistencia en que saliéramos a cenar esperaba que se hubiera currado un poco más la elección del sitio. A fin de cuentas, era la primera vez que salíamos a cenar juntos. Intenté no darle más vueltas al asunto y disfrutar de su compañía.

Después de cenar fuimos a un bar que, según me explicó David, regentaba un amigo suyo. El interior del local estaba decorado en madera. Tenía una barra en forma de U en un lateral. Al fondo a la izquierda, pude distinguir una diana para jugar a los dardos y a una rubia que, por cierto, no me quitaba la vista de encima. A su lado unas puertas que parecían dar a los servicios. Retuve ese dato para no tener que preguntar más tarde. Giré la cabeza hacia la derecha del local donde se encontraban unos pequeños reservados que aunque no tenían demasiada privacidad, la luz tenue les daba intimidad.

David me guiaba con la mano apoyada en la parte baja de mi espalda y, de vez en cuando, me daba un apretón en las nalgas. Nos acercamos a la barra y unos ojos verde esmeralda me atravesaron. No dejaron de mirarme en ningún momento. Ni siquiera cuando David chocó los cinco con él. Supuse que sería algo habitual entre ellos.

—Mario te presento a Caroba. Mario es mi gran y *único* amigo —expuso acentuando la palabra *único*.

—¡Encantada! —me acerqué para darle dos besos cuando Mario me cogió en volandas por encima de la barra y me arrastró detrás de la misma.

—El placer es mío —susurró en mi oído—. Las cosas se hacen bien o no se hacen, ¿verdad David? —miró de reojo a su amigo y me devolvió la

mirada dándome dos besos más cerca de la comisura de la boca de lo que me hubiera gustado. Tenía una mano apoyada en la parte alta del vestido y notaba sus caricias, las cuales me estaban... ¿excitando? ¡Dios! ¡Me había excitado sólo con un roce! La otra mano la tenía apoyada en la parte baja de mi espalda.

Mario estaba buenísimo: pelo negro, barba de tres días y las facciones bastante marcadas. Aunque lo más espectacular de él eran sus ojos, de un verde esmeralda que tiraban para atrás. El cuerpo lo tenía bastante bien definido. Aunque llevaba camisa, había notado su musculatura al apoyar mis manos en su pecho para evitar que el abrazo fuera más íntimo de lo normal. Ese hombre debería tener un cartel luminoso en la cabeza que dijese: ¡Peligro! No tenía claro si a David le importaba que su amigo se mostrase tan cercano conmigo cuando nos acababa de presentar. Miré a David y me alegré porque pude ver rabia en sus ojos.

—No me habías dicho que tu nueva conquista era tan guapa y estaba tan buena, David —puntualizó Mario mirando hacia el otro lado de la barra dónde se encontraba él.

—¡Manos fuera! ¡Es mía! ¿Te enteras? —bramó entrando en la barra y tirando de mi mano para sacarme de detrás de la barra.

—¡Vaya, vaya! Esto no me lo esperaba —comentó Mario riéndose—. ¿Qué tomas Caroba? Por cierto, bonito nombre.

—¡Gracias! Puesss.... Ron con Coca-Cola estaría bien —pedí después de meditar si aquí servirían mojitos.

—Chica lista —me dijo mirándome con picardía. Parecía haber adivinado que iba a pedir algún coctel—. ¿Alguna marca en particular? ¿La Coca-Cola normal? —preguntó mientras se daba la vuelta hacia las botellas que tenía en la estantería y después de mirarlas un breve instante, eligió una botella de ron, me la mostró antes de servirme la copa y al ver que asentía con la cabeza, rellenó el vaso con generosidad. No pude más que abrir mucho los ojos pensando que quizá quería emborracharme. Al ver mi expresión se rió dejando la botella en su sitio.

Una vez tuvimos las copas, David me llevó a uno de los reservados que había visto antes. Nada más sentarnos se tiró sobre mí. Empezó a devorarme la boca y a continuación mi cuello. Bajaba con sus besos hasta mi pecho gruñendo en cada beso. Colocó una mano en mi muslo y comenzó a subirla entre caricias hasta que la metió por mi entrepierna llegando hasta mi clítoris. Lo tocó por encima de la lencería. Un jadeo se escapó de mi garganta. Me

encontraba bastante excitada. Toda esa situación me había dejado en un estado de trance.

—¡Mmmm! No voy a poder aguantar toda la noche. Necesito estar ya dentro de ti —me susurró al oído. Cogió mi mano y la puso en su entrepierna—. ¡Mira cómo me tienes! Caroba... —gimoteó mientras me devoraba la boca de nuevo. Notaba su miembro duro y listo para mí.

¿Eso era lo que yo le provocaba? Me sentía eufórica y muy asustada. Todo iba muy rápido. No podía articular palabra. Yo también estaba muy excitada.

Me cogió de la mano y le hizo un gesto a Mario, el cual asintió chupándose el labio inferior. Entramos en una especie de almacén. David comenzó a bajarme la cremallera del vestido mientras me besaba con furia. Lo dejó caer al suelo y, cuando vio mi ropa interior, se quedó parado observándome. Se deshizo de su ropa con rapidez y, con ambas manos, me sacó los pechos de las copas del bustier.

—¡Preciosos! Son... perfectos —exclamó jadeante.

Comenzó a devorármelos. Era tal el placer que estaba sintiendo que cerré los ojos mientras le acariciaba el pelo. Cuando me mordió un pezón, los abrí acompañado de un grito que se escapó de mi boca. Me quedé helada porque fue entonces cuando le vi. Allí, en la puerta, se encontraba Mario observando en la penumbra. Pude vislumbrar que me miraba lascivamente de arriba abajo. Ese hecho provocó que me estremeciera entre los brazos de mi amante.

David estaba totalmente descontrolado. Lamía mi cuello y mis pechos aún sujetos por el corpiño. Intenté ocultar mi cuerpo de la mirada de Mario, pero era imposible. Pude ver en su rostro impudicia mientras colocaba una de sus manos en su entrepierna. Sacó su miembro fuera y empezó a acariciar su erección, que no tenía nada que envidiar a la de David. ¡Pero, ¿qué estoy pensando?! La situación se me escapaba, otra vez, de las manos. No me podía creer que me estuviera excitando de ver a Mario masturbarse mientras David me devoraba, ajeno a todo lo que estaba pasando. Me agarró por la cintura y, me subió a horcajadas en torno a él. Cuando lo rodeé con mis piernas, me ensartó de golpe. Los dos gemimos al unísono. Por alguna razón morbosa de mi mente, no podía apartar la mirada de Mario, que se tocaba, masturbándose sin ningún pudor.

David me subía y bajaba sobre él. Yo me ayudaba con mis manos apoyadas en sus hombros para poder moverme a su ritmo. Con cada movimiento lanzaba un grito por la profundidad que alcanzaban sus

embestidas en esa posición. En un momento dado elevó las caderas al yo descender, y sentí esa mezcla de dolor y placer, que me hizo gritar aún más fuerte. Entonces vi como Mario se corría en sus manos sin dejar mirarme. Ese acto me llevó al clímax y conmigo David también llegó.

En ese momento tuve la certeza de que estaba perdiendo la poca cordura que me quedaba.

—Caroba eres una máquina en el sexo. Es el mejor polvo que he tenido en años —David me dejó en el suelo y me ofreció unas toallitas que había encontrado en algún lugar del almacén, no quise ni pensar que harían allí. Busqué con la mirada a Mario y no lo encontré. Nos recompusimos como pudimos y salimos directos a la barra a pedir algo.

Al llegar a la barra, David se mostró amable y atento conmigo. Al principio me costó recuperar la compostura delante de Mario, pero el chico fue muy atento y agradable conmigo. Tenía conversación y buen talante.

Estábamos en mi casa los tres tomando una copa. Sí, los tres: David, Mario y yo. No sé cómo me convencieron, pero ahí estábamos sentados, charlando y bebiendo. Mario había puesto música y me había quedado pensativa con la letra de *Quiero estar contigo*^[xiii] de Nicky Jam. David parecía haberse dado cuenta, porque en seguida comenzó a acariciarme la pierna mirándome de esa forma con la que, sólo él, conseguía que yo perdiera la razón.

Se levantó, me cogió de la mano y se puso a bailar conmigo agarrándome de la cadera de manera muy posesiva. Me susurraba al oído parte de la letra de la canción. De reojo pude ver como Mario también se levantó y se puso detrás de mí, rozándose contra mi trasero y besándome en el cuello mientras David me devoraba la boca. Todo a mí alrededor era un caos. Tenía ganas de parar, pero mi grado de excitación no me lo permitía. Notaba como si me dividiera en dos partes; la parte racional que quería parar y la parte loba que quería seguir hasta el final. Por supuesto estaba ganando la loba.

El timbre sonó en ese momento interrumpiendo la escena y provocando que diera un respingo de la impresión. Trayendo mi parte racional. Me separé como pude escapando de sus cuerpos que me tenían extasiada y fui a abrir la puerta recomponiendo mi ropa y mi pelo. ¿Quién será a estas horas? Me preocupé pensando que quizás los vecinos... Miré por la mirilla sorprendiéndome lo que vi al a otro lado de la puerta.

En el rellano se encontraba Jaime. ¿Qué haría ahí?

—¡Hola! Escuché música en tu piso y quise venir a hablar contigo —me contestó Jaime a mi pregunta no formulada, con una mirada que quería transmitir algo más que sus palabras, pero que debido a la situación en la que me encontraba no llegué a entender. En ese momento apareció David, poniendo una mano sobre mi cintura y extendiendo la otra para que Jaime se la estrechara. Éste me miró y le estrechó la mano con furia—. Veo que no estás sola. Mejor vengo en otro momento —dijo sin ambages despidiéndose de mí mientras se daba la vuelta.

—¡Quédate! Lo estamos pasando bien ¿verdad Caroba? —soltó David antes de que pudiera reaccionar a la forma en que Jaime se había dirigido a mí. Para luego sujetarme por la nuca y sin ningún miramiento meterme la

lengua hasta el fondo. Era un beso cargado de ira. No entendía esa reacción por parte de David. ¿Tendría celos de Jaime?

—¡Claro! Jaime pasa, por favor —le contesté un poco embriagada y abrumada cuando conseguí separar mis labios de los de David.

Entre las copas que habíamos tomado y todo lo que había ocurrido en el bar estaba colapsada o apabullada, física y mentalmente.

Jaime dudó lo que me pareció una eternidad hasta que por fin se decidió y entró en el salón. Por su expresión pude comprobar que lo que vio no le gustó. Estaba bastante sorprendido al ver que allí, había otra persona más. David con mucha sutileza procedió a las presentaciones. Y le preguntó a Jaime:

—¿Qué te pongo? ¿Whisky? —éste asintió con la cabeza sin dar mucho crédito a lo que veía.

Mario se había puesto detrás de mí apretándome contra él y haciéndome bailar a su compás. Me tocaba los pechos al tiempo que me besaba el cuello. Algo en mi interior hizo que mirara a Jaime con picardía moviendo las caderas de forma provocativa. La loba había despertado dejando a la razón adormecida. David cuando vio mi reacción, propuso un juego y eso me excitó sobremanera.

No entendía qué me estaba pasando, pero quería disfrutar, quería vivir el momento. Ya vendrían después los remordimientos y las lamentaciones. Necesita vivir el momento. Siempre había sido una ingenua o mojigata, como suele decirse, en el sexo. De pequeña sufrí abusos durante un verano que fui con mis padres a casa de unos amigos. A pesar de que se lo conté a ellos, no me creyeron. Cada vez que tenía relaciones sexuales, se me venía a la cabeza la imagen de ese *señor*, por llamarlo de alguna forma, metiéndome mano y diciéndome que no hiciera ruido.

Cuando estaban todos acostados y, tan pronto se apagaban las últimas luces de la casa, comenzaba a escuchar sus pisadas. Los crujidos de las tablas de madera acercándose a mí hacían que me estremeciera y me tapara hasta las orejas. Pero el sonido de la puerta abriéndose y, de nuevo, esos pasos aproximándose para luego notar como se hundía el colchón a mi lado provocaba que mi corazón latiera a mil. Intentaba hacerme la dormida para ver si así conseguía que se marchara, pero no lo hacía... introducía su mano

entre mis braguitas y gemía en mi oído. Podía notar como se masturbaba mientras me tocaba. No quería moverme ni hacer ruido. Tenía miedo.

Por aquel entonces no sabía qué era lo que hacía, pero con el tiempo lo comprendí... Cuando terminaba, se acercaba a mi oído y me susurraba que si decía algo me tomarían por loca y me encerrarían en un lugar oscuro. Que nadie me creería. Y así sucedió. Nadie me creyó.

Ewan era el único que lo sabía. Tuve la necesidad de contárselo un día que me desperté de una pesadilla gritando que no me tocara. Y ésa era la razón de que siempre lo hiciésemos con luz y por la que nunca me hubiese propuesto juegos de ningún tipo.

Y ahora, aquí estaba a oscuras, disfrutando de algo que desconocía. Olvidando, por un instante, todos mis traumas del pasado. Traumas que trajeron muchas consecuencias: dejé de comer e incluso tuve que medicarme como prevención a un posible arranque de trastorno bipolar. Según el médico, las oscilaciones que tenía en mi estado de ánimo eran un claro indicio de ello. Mientras mi mente trabajaba a mil por hora recordando todo lo que sucedió en mi infancia y deseando liberarme por fin de esos temores, no fui consciente de como todo a mí alrededor seguía su curso.

De pronto me encontraba tirada boca arriba en la cama con los ojos tapados. Notaba como unas manos me tocaban. Me acariciaban. Una boca devoraba la mía y otra succionaba mi clítoris. ¡Dios! No iba a poder aguantar mucho más.

—¡No te corras! Aún no —me imploraba David. Noté como me subían un poco y alguien se colocaba debajo de mí. Empecé a sentir como me abrían las nalgas y me humedecían. Me tensé al notar como se abrían paso lentamente dentro de mí—. ¡Mmmm! Estás tan cachonda que lo tienes a punto de caramelo —me susurró al oído David mientras me tocaba los pechos.

Escuché como se rompía un envoltorio y acto seguido noté como me penetraban por delante.

—Tranquila... ya lo hemos hecho antes, relájate mi amor —musitó David mientras se movía lentamente.

—¿Puedo besarte? —me preguntó Mario.

Sin estar muy convencida asentí con la cabeza y me besó. ¡Qué bien

besaba! Su lengua jugaba con la mía. Los movimientos de sus embestidas se acompañaron al ritmo de las de David. Notaba todas las terminaciones nerviosas en cada poro de mi piel. Era imposible explicar en el estado en que me encontraba. Era como si mi cuerpo no me perteneciera.

—¿Ja... Jaime? —pregunté con un hilo de voz separándome de la boca de Mario que aprovechó para chuparme un pezón. Gemí al notar el contacto de sus labios sobre mi piel—. ¿Jaime? Ven, por favor —pedí en un suspiro.

Pude sentir como Jaime se acercaba, sin pensármelo busqué entre sus piernas y se la cogí metiéndomela en la boca hasta el fondo. Succionando. Chupando. Lamiendo. Jaime se subió un poco en la cama permitiéndome mayor movilidad. Podía escuchar sus gruñidos. Los jadeos de David y Mario de fondo.

De pronto un *flash* se me vino a la cabeza. Unos ojos llorosos color chocolate me miraban. Su mirada denotaba dolor y sufrimiento, pero también desprecio.

Me quité el antifaz y como pude me levanté. Arrasando con todo lo encontraba en mi camino. No podía respirar. La situación me estaba ahogando. El olor a sexo en la habitación me producía náuseas. Necesitaba salir de allí.

—¡Fuera! ¡Quiero a todo el mundo fuera de mi casa! —bramé con lágrimas en los ojos.

—¿Caroba? Pero, ¿qué coño te pasa? —me preguntó David acercándose con mirada inquisitiva.

Levanté la mano indicándole que se detuviera. Di dos pasos atrás. Me notaba mareada. Advertía como todo se nublaba a mí alrededor. Me sentía morir.

—¡No lo voy a volver a repetir! ¡Fuera! ¡O... o llamo a la policía! —grité de nuevo.

Casi no podía pronunciar palabra. Notaba un nudo en la garganta que parecía que me la iba a partir en dos. Me giré y me fui corriendo al baño encerrándome en él. Me dejé caer en la puerta y lloré. Lloré rota de dolor. Lloré por la culpa que sentía en el pecho. Me aprisionaba de tal forma que me ahogaba. Mis piernas dejaron de responderme y perdí el equilibrio. Me desplomé en el suelo.

Lo último que vi fueron unos ojos color chocolate que me miraban con pena.

28

David

*“En el amor hay siempre algo de locura,
pero también hay siempre en la locura algo de razón”.*
Friedrich Nietzsche.

Salimos de allí corriendo. Temiendo que Jaime pudiera llamar a la policía. Recogí la coca de la mesa y la guardé. Limpié cualquier resto que pudiera haber quedado y nos largamos de allí echando leches.

Cogí el coche rumbo al bar de Mario. ¡Qué cagada! Debí imaginarme que Caroba no aguantaría la presión. Debí haberlo intuido cuando la encontré llorando en su habitación, ese primer día que me quedé a dormir. Pero es que la vi tan dulce. Tan inocente... que lo único en lo que podía pensar era en; follármela, de todas las formas posibles. Abrirle la mente a mi mundo lleno de fantasías. Me había obsesionado con ella desde que la vi en el despacho de Françoise.

Mi jefe me estaba echando la bronca por haberme acostado con su hermana Monique.

¡Joder! Si había sido su hermana la que me había buscado y por supuesto encontrado. Y así se lo hice saber, pero no entraba en razones. Me había confesado en alguna ocasión en la que habíamos comido juntos, con lo que eso conllevaba: copa y puro, que su hermana se sentía fatal desde que lo había dejado con su novio. Decía que parecía estar poseída, que se comportaba como una demente y su única meta en la vida era vengarse de los hombres. Y, mira por dónde, me escogió a mí precisamente para su vendetta particular.

Mario y yo llegamos al bar sin haber pronunciado palabra durante el trayecto. Íbamos sumidos en nuestros propios pensamientos. No sabía en qué estaría pensando él, pero yo sólo podía hacerlo en Caroba; en sus ojos color miel y en su boca. ¡Dios! ¡Qué boca! Podría afirmar que habían sido las mejores mamadas de toda mi vida.

—¡Qué locura! ¡Ha sido todo frenético! Menos mal que has estado rápido con lo de recoger la coca. Menudo follón se ha armado en un momento. Una

pena no haber podido terminar. ¡Con lo buena que está! —exclamó Mario dicharachero mientras se dirigía hacia la barra.

—¡Joder! ¡Joder! Se nos ha ido de las manos. ¿Crees que estará bien? —le pregunté a Mario, que se había sentado a mi lado, apoyado en la barra del bar.

No habíamos comentado nada sobre lo sucedido. Yo aún no era capaz de procesar la escena vivida con Caroba. Cómo se entregó a mí sabiendo que Mario la miraba, porque yo sabía que él iba a entrar. Lo habíamos hablado cuando planificamos como proceder con Caroba para conseguir que ella hiciera un trío con Mario. Todo estaba planeado, incluso le propuse hacer el papel de que me ponía celoso cuando Mario la cogiera para llevársela detrás de la barra. Aunque en el fondo, sí que me había sentido un poco celoso. ¡¿Celoso yo?! Sí. Ese sentimiento que nunca antes había experimentado por nadie. Si no eran celos era posesión. Caroba había despertado en mí algo que desconocía que pudiera sentir por una mujer. Ni por María había sentido algo así.

—Yo que sé... —decía Mario mientras se metía detrás de la barra y cogía una botella de whisky. Sirvió dos chupitos, que nos tomamos de un trago, y continuó hablando—. Lo único que sé es que esa tía está buenísima. Me la habías descrito, pero ese vestido que se ha puesto esta noche, esa lencería...

»¡Joder! Cuando entré en el almacén y la vi mirándome con esos ojos color miel que transmitían temor, vergüenza y, a la vez, sensualidad. Te juro que nunca en mi vida me he cruzado con alguien como ella y me temo que la has cagado tío. Teníamos un filón de oro y tenías que invitar al vecinito. Creo que eso la ha descolocado. Con lo bien que íbamos. Aunque he de reconocer que me he querido morir cuando ha empezado a chuparle la polla, mientras la penetrábamos los dos. ¡Ha sido la ostia! —se sirvió otro chupito que se bebió de un tirón—. De verdad, mira que llevo años haciendo tríos y demás, pero esa escena me va a costar mucho tiempo poder quitármela de la cabeza.

Me había quedado pensativo, mientras jugaba con mi vaso entre las manos. No entendía por qué Caroba se había desmayado. Todo iba bien. Estábamos disfrutando mucho. Los cuatro. No se me quitaba de la cabeza como llamó al vecinito para que se acercara. Cómo se metió su pene en la boca y empezó a chuparlo, lamerlo. ¡Una diosa del sexo! Eso era. ¡Una puta diosa!

—¿La llamo? ¿Crees que querrá hablar conmigo? —le pregunté a Mario, quien no dejaba de mirar sin parar a la rubia que se encontraba, o mejor

dicho, seguía al lado de la diana de dardos—. ¿Por qué miras a la rubia? ¿Te la vas a tirar? ¿O ya lo has hecho? —le interrogué bastante mosqueado por su forma de actuar. Yo estaba allí comiéndome el coco por todo lo que había pasado, y a él todo eso parecía importarle bien poco.

—Sí, me la he tirado y se llama Lola. El otro día, cuando te fuiste, vino a preguntarme por ti. Le aclaré que la información que requería tenía un precio, y la pagó gustosa —me aclaró riéndose en voz alta. Mario era peor que yo. Tenía claro que había aprendido de un lunático.

—¡Vaya con la rubita! Parecía tonta la primera vez que me la tiré —le dije mirando hacia ella, que bebía de su Judas sin apartar la vista de mí.

—David, me he quedado con dolor de huevos. Perdóname, pero tengo que aliviarme. Si quieres acompañarme... —dijo sin quitar la vista de Lola que nos sonreía—, podemos hacer algo al respecto. Después vemos que hacer con el otro tema. ¿Te parece?

Casi sin darme cuenta, nos dirigíamos hacia donde se encontraba Lola y la convencimos para hacer un trío. No nos costó mucho. Ella había sido testigo de todo lo que había pasado con Caroba en el bar y también había presenciado la escena de Mario masturbándose mientras yo me follaba a Caroba. Nos había visto y, palabras textuales tuyas, estaba muy cachonda.

Estuvimos liados con ella un buen rato. Probamos cosas que no habíamos hecho antes. Quizás ella podría ser una buena sustituta para Caroba. Me estaba planteando que quizá no había merecido la pena tanto esfuerzo. Lo tenía al alcance de mi mano y no lo había querido ver.

Salimos de allí saciados y contentos, y nos dirigimos los tres a la barra. Tenía cogida a Lola por la cintura. Ella sonreía complacida por lo que acababa de pasar. En su mirada se podía percibir algo similar a haber ganado una batalla. Como si hubiera obtenido algún premio y probablemente así fuera, al menos para ella.

Se sentó a mi lado de forma melosa. Eso no me gustaba. Quería hablar con Mario sobre Caroba. Seguía sin poder sacármela de la cabeza, pero, al parecer, Mario tenía otros planes. Se comportaba de una manera extraña con la rubia. Estaba como muy acaramelado con ella, demasiado empalagoso para mí gusto.

La puerta del bar se abrió y me quedé helado al ver entrar a Caroba. Iba con una chica pelirroja preciosa que parecía buscar algo. Se quedó mirándome con odio dirigiéndose hacia mí y dejando atrás a Caroba que lucía cabizbaja y triste.

29

Me desperté sobresaltada. ¿Dónde estaba? No podía recordar qué había pasado. Se me vinieron *flashes* a la cabeza: unos ojos color esmeralda que me miraban con lascivia, David tocándome, Jaime mirándome como si me quisiera decir algo, sexo, lujuria y, por último, pena en los ojos de Ewan... Ese momento de mi vida había transcurrido entre miradas. Y todas y cada una de ellas habían ensombrecido o nublado mi razón.

La puerta se abrió y apareció Jana.

—¿Caroba? ¿Estás bien? —se acercó hasta mí con lágrimas en los ojos. Levanté los brazos para que me abrazara y me eché a llorar.

Al levantar la vista pude ver a Jaime apoyado en el marco de la puerta, mirándome.

—¿Qué... qué haces tú aquí? —le pregunté con un hilo de voz a Jaime.

Jana se separó de mí y me lo aclaró:

—Caroba, él me ha llamado. No sé cómo ha conseguido mi número, pero me llamó y aunque ya no eran horas, aquí estoy contigo.

Miré a Jaime, de nuevo, con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo...? ¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es? —no tenía fuerzas para hablar. Una sensación de derrota me asoló. Podía sentir el miedo recorriéndome por dentro y provocando que mi cuerpo temblara.

—Serán las cuatro, más o menos. Lo que ha pasado no importa ahora, Caroba. Lo importante aquí es, que te recuperes y vuelvas a ser tú —me suplicó Jaime mientras se acercaba y dulcemente comenzó a acariciarme el pelo. Fue un gesto muy entrañable. Este chico me sorprendía aún más si podía, cada día que pasaba—. Ya hablaremos tú y yo cuando te recuperes. Quiero que sepas que yo también tengo mi parte de culpa por no haber sabido parar toda esta locura —me confirmaba mientras se giraba hacia la puerta.

Me llevaron un sándwich a la cama para reponer fuerzas. Y, aunque tenía el estómago cerrado, pude comer algo. Lo necesitaba. Cuando recuperé un poco las fuerzas, les pregunté. Necesitaba saber qué había pasado. Necesitaba saber dónde se encontraba David. ¿Mario? ¡Dios! ¡¿Qué había hecho?! ¿Estaba loca o qué? Lo único que tenía claro era que debía haber perdido el juicio. ¿Cómo era posible que me follara a Mario? ¿Y a Jaime? Todas las imágenes se me venían a la cabeza como los *flashback* de una película. Había

pasado todo tan rápido. La cena, el almacén, venir a mi casa. Recordé que Mario dejó al camarero que tiene en el bar los días de más tránsito al mando y nos vinimos aquí. Luego todo se me volvía nebulosa en la cabeza.

Jaime me contó que cuando escucharon el golpe en el cuarto de baño, entraron los tres y me vieron en el suelo tirada. Me encontraron inconsciente. Me informó que oyó como Mario le decía a David:

—Tío, te has pasado tres pueblos. Este no era el plan. ¡Joder! Ella sólo tenía que jugar. Lo de la coca ha sido demasiado —después pudo escuchar cómo se vestían y se iban mientras él pensaba qué hacer conmigo.

Siguió relatándome todo lo acontecido. Como me duchó, me puso un pijama y me metió en la cama. Después cogió mi teléfono y, al ver que la última llamada realizada era a una tal Jana, decidió enviarle un wasap en vez de llamarla, ya que no eran horas.

—¡Menos mal que no tenías clave en el teléfono! —bromeó intentando relajar el ambiente—. Caroba, esa no eras tú. O por lo menos no eras la chica que conocí el primer día. El día que llegaste a Sevilla, con tu aire inocente. Te pido perdón por la parte de culpa que me toca. Perdóname por no saber pararlo. Perdóname por haber hecho lo que hice. El morbo me pudo. Verte tan sensual... Desde aquel día en mi piso no he podido sacarte de la cabeza. Yo... yo... ¡Lo siento! De verdad que lo siento mucho, Caroba. ¡Te deseo tanto! —en la medida que Jaime iba disculpándose mis lágrimas brotaban de nuevo en mis ojos. ¿Podría perdonarle? Si lo pensaba fríamente, él no había tenido la culpa de nada. La única culpable era yo.

—¡Ay Caroba! No sabes lo mal que lo pasé. Cuando vi tu wasap pensé que me habías enviado alguna foto guarrilla o algo parecido —sonrió y me aclaró—: Mujer por las horas en las que me habías escrito pensé.... Bueno, da igual. La cosa es que, cuando lo leí por poco me muero. Por cierto, menos mal que el embarazo me está dando náuseas nocturnas y estaba en la cama viendo la tele —al ver mi expresión de duda, me explicó—: Estábamos en Lebrija porque teníamos que firmar unos papeles para un negocio nuevo que quiere abrir. Pietro se sorprendió mucho de que quisiera venir, pero como siempre no preguntó qué pasaba ni puso pegas. Así que le pidió al chofer que me acercara.

—¿Ewan? —fue lo único que pude preguntar mientras sollozaba.

—Tranquila, él no sabe nada. Está hasta arriba de trabajo y debe pensar que tú también. Te ha enviado un wasap informándote de que no iba a poder llamarte a la hora de siempre, pero que intentaría hacerlo a la de la comida.

Acuérdate de responderle a la hora que habíais quedado para no levantar sospechas y listo.

Me eché a sus brazos. Y lloré. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas. Ni siquiera me di cuenta que Jaime ya no se encontraba en la habitación.

—Es un buen chico —la miré interrogante—. Jaime, tu vecino —me aclaró señalando hacia la puerta.

—Jana, yo... —no era capaz de hablar. El nudo seguía atado en mi garganta. El estómago me daba vueltas y la cabeza ni la sentía.

—¡Ssst! Tranquila —me susurró al oído— desahógate, llora lo que tengas que llorar —al escuchar esas palabras rompí a llorar, de nuevo. Eran las mismas palabras que me había dicho David días antes—. ¿Qué pasa? ¿Caroba? ¡Joder! ¿Qué te ha hecho el desgraciado ese? ¡Te juro que como lo pille! —gritaba Jana mientras daba vueltas por la habitación como un león enjaulado.

—Debí darme cuenta. Debí reconocer las señales. Un hombre como él y una mujer como yo. Estaba cantado que no podía ser —expuse entre sollozos.

—¿Qué dices?! Caroba, ¿tú eres tonta o qué? —me gritó sentándose a mi lado en la cama—. No me puedo creer que sigas con esos complejos. Tienes un hombre tierno. Leal. Que además te ama con locura y, hasta donde yo sé, te da todo lo que necesitas. Sé que te dije que tenías que vivir el momento. Pero, ¿no crees que esto —dijo señalando la habitación— no es lo que necesitas? Deja ese trabajo y vuelve a Ronda, por favor.

—Yo...yo...estoy confundida. Desorientada. No tengo palabras para explicarte como me siento. Por un lado estoy abrumada, aturdida con todo lo que ha pasado. Incluso te diría que asustada. Y aun así estoy deseando verlo otra vez. Saber qué ha pasado. Escuchar su voz. Quiero mirarle a los ojos y al entrelazar mi mirada con la suya saber si me ha mentado porque no lo entiendo. Es algo que no puedo quitarme de la cabeza. Por el otro lado, está... Ewan. Él fue quién me dio la cordura en esta locura. Él fue mi foco de luz, el que me guio en la oscuridad de mi alma años atrás. Todo lo que pasé con el abuso de ese hombre que no quiero ni mencionar, Eduardo, Javi, Luis, ... todos me utilizaron y me hundieron. Mi vida era oscura hasta que le conocí —sollocé. Estaba abrumada. Recordé cuando éste me persiguió por la empresa con la única intención de que quedáramos para cenar. Se había enamorado, decía. ¿Estaría viviendo la misma historia? ¿Sería posible que mi vida girara en torno a errores? ¿Amores o errores? Así era mi vida, decisiones

acertadas o erradas. Respiré hondo e intenté bromear—. Parece que me haya tragado una novela romántica, ¿verdad? —y me reí. Me reí para no volver a llorar. Necesitaba saber si David me había engañado como lo hizo Eduardo. Ese error me costó muy caro. Perdí muchas cosas que nunca podré recuperar. Caí en la cuenta de lo que me había contado Jana del mensaje y me preocupé—. Jana, estoy algo inquieta por saber por qué me habrá enviado un wasap a estas horas. ¿Qué hace despierto? ¿Habrá pasado algo?

—Vamos por partes —me reclamó Jana—. Puede que le hayan dicho que tenía que viajar o algo así y como no podía llamarte más tarde, simplemente te lo ha dicho para que no te preocupes. Por favor, no te angusties con eso, ya lo aclararéis. Antes de nada debes preguntarte a ti misma dos cosas; ¿Quieres a ese tío? Y, lo más importante, ¿amas a Ewan?

—No lo sé y así te respondo a las dos preguntas. Ahora mismo no sé qué es lo que siento. Aunque suene a tópico, como dijo Sócrates: Sólo sé que no sé nada.

Jana me llevó a la ducha riéndose de mi ocurrencia. Mientras me ayudaba a vestirme me dijo que era bueno que bromeara sobre lo ocurrido y no me comiera la cabeza. Cuando estaba terminando de arreglarme se me acercó con voz autoritaria y, me anunció:

—¡Vamos! Tenemos que hacer algo muy importante. ¡Tenemos algo que aclarar con cierto rubio de ojos azules que, al parecer, te ha abducido!

30

Ewan

“En un beso, sabrás todo lo que he callado”.
Pablo Neruda, poeta chileno.

¡Qué raro! Llevaba dos días sin hablar con Caroba. ¡Sólo dos wasap! Eso era todo lo que había recibido de ella. Estaba desesperado. Cuando me levanté de madrugada angustiado y vi un aviso en el móvil de reunión urgente, me quise morir. Estaba deseando que llegara la hora acordada para poder hablar con ella y escuchar su voz. ¡Mierda! Le envié un mensaje diciéndole que no iba a poder llamarla. Todo se ponía en mi contra. Quería pedirle que viniera. Necesitaba verla. Sabía que estaba siendo egoísta, pero la necesitaba.

La reunión se alargó muchísimo. Estaba cansado y aturdido. Me encerré en mi despacho buscando tranquilidad cuando alguien irrumpió en mi despacho. Al levantar la vista la vi —¡Monique! —fue lo único que pudo salir de mi boca. Me había quedado sin habla. No era capaz de decir nada más.

Me quedé helado ante su repentina visita. Allí estaba ella, se había quedado parada en la puerta apoyada en el quicio sin decidirse a entrar. Observé como su pelo rubio le caía por los hombros haciendo esas ondas que tanto me gustaban. Me fijé en esa mirada felina que tanto me había enamorado tiempo atrás. Llevaba uno de esos vestidos de flores que yo le había comprado cuando aún estábamos juntos.

Le encantaban las flores. Recuerdo cuando las compraba y las ponía por toda la casa. Decía que le agradaba la frescura que daban. El olor que dejaba en la casa. El colorido que aportaban a la decoración. Como las que aparecían en los cuadros de Monet que adornaban las paredes de la que, por aquel entonces, era nuestra casa. Eso fue algo que me encantó y enamoró de ella, tenía verdadera pasión por sus obras. Ella era como ese gran pintor, amante de la naturaleza, las plantas y las flores. Tanto hablaba de su obra que le regalé por nuestro aniversario un viaje a Paris con visita incluida al Museo Marmottan Monet, para que pudiera admirar su obra.

Algo dentro de mí se despertó cuando comenzó a sollozar. Seguía allí de pie y, sin saber la razón, se había puesto a llorar. Me levanté rápidamente y me acerqué a ella abrazándola. Posó su cabeza en mi hombro y esperé un tiempo prudencial a que se calmara para preguntarle.

—¿Qué ha pasado Monique? ¿Por qué lloras? —le pregunté acariciándole el pelo. Lo tenía suave, tal y cómo lo recordaba.

—Yo... lo siento. No quería venir, necesitaba alguien con quién poder hablar y, parece ser que, mi hermano acaba de irse. Estoy furiosa. Furiosa conmigo misma, porque... porque yo... —y comenzó a llorar de nuevo. No entendía ni podía hacer nada. Simplemente la acuné.

—¡Ssst! Tranquila, —le susurré al oído— desahógate primero y luego me cuentas ¿vale? Estoy aquí contigo. Cuando nos separamos, ya te dije que siempre iba a estar para ti. Pase lo que pase. Aquí estaré si me necesitas. Siempre.

—¡Qué... bueno... eres... conmigo! —exclamó hipando mientras se secaba la nariz. Le cogí el rostro con las manos y, con los pulgares, le sequé las lágrimas que tenía bajo los ojos.

—¡Ven! —la cogí de la mano y la senté en un sillón que tenía para las visitas. Cogí una botella de agua de la neverita que tenía en mi despacho y se la ofrecí. Bebió y, más calmada, me contó cuál era la causa de su sofoco.

Mientras la escuchaba, no daba crédito a lo que estaba relatando. ¡Vaya rufián! ¿Cómo puede hacer alguien algo así? No me extrañaba que las mujeres tuviesen tantos reparos a la hora de enamorarse de un hombre, si se encuentran con hombres así. En ese momento pensé en Caroba y en lo que ella me había contado sobre lo que le hizo aquel chico del trabajo. Como la engañó y la engatusó para llevársela a la cama. Una vez me dijeron la siguiente frase que decía algo así como: *A veces la acción del hombre degrada el planeta*. Parecía ser que esa frase tenía algo de razón.

—¡Uf! No sé qué decirte. Lo primero es que lamento muchísimo que, por mi culpa, estés así. No quería hacerte daño. Tienes que creerme. Se nos acabó el amor. Eso es lo único que puedo decirte. No hubo terceras personas, por lo menos por mi parte —levanté la mano para acallarla, porque sabía lo que iba a decir—. No he dicho que por la tuya lo hubiera, Monique. Sólo hablo por la parte que me toca, ¿vale? Por otro lado, lo que me cuentas de ese desgraciado, no tiene nombre. No encuentro motivo alguno para que una persona pueda hacer algo así. Entiendo por qué te has dejado embaucar y más ahora que me lo has contado. Si me lo encuentro, le estamparé mi puño en la

cara. Eso no lo dudes. Pero lo hecho, hecho está. Sabes que siempre te he dicho que: *en la vida hay tres cosas que no vuelven atrás*: la flecha lanzada, la palabra pronunciada y la oportunidad perdida. Así que todo esto se podrá arreglar. Ahora tranquilízate, por favor —le pedí sentándome a su lado.

Ella me miró a los ojos y me besó. Me besó con ansia. Y, sin saber muy bien el por qué, me dejé besar. Introdujo su lengua en mi boca y jugó con ella. Cuando puso su mano en mi pecho fui consciente de lo que estaba haciendo y la aparté.

—Lo siento, no puedo. Sabes que estoy con una chica. Y yo... yo no soy así —le dije sin ánimo de hacer que se sintiera avergonzada.

—¡Te ha gustado! ¡Me lo has devuelto! ¿Ya no me amas? —me preguntó volviendo a llorar.

—Has sido una persona muy importante en mi vida, Monique. Por supuesto que siempre sentiré algo por ti, pero amo a Caroba y esto no me parece bien. Lo que has hecho no es correcto, y lo sabes. Si quieres que sigamos siendo amigos, lo que acaba de ocurrir, no puede volver a pasar —le aclaré asustado por la expresión que ella había puesto.

—Has dicho, ¿Caroba? —me preguntó con la cara desencajada.

—Sí, ¿por? —le contesté, algo preocupado.

—Porque mi hermano contrató hace unas semanas a una tal Caroba y dudo que haya muchas chicas con ese nombre. Según me ha contado Cristina, que es la recepcionista... administrativa de allí, perdón, pero es que no le gusta que le digan recepcionista —la corté desbocado.

—¡Al grano, que te vas por las ramas! ¿Qué pasa con Caroba? ¿Le ha pasado algo? —ahora sí que estaba angustiado. Me puse nervioso. Si me había preocupado por ella antes de que Monique apareciera, ahora me iba a dar un ataque—. ¡Habla por favor!

—¡Perdón! ¡Perdón! —la miré con ojos inquisidores para que hablara de una vez—. Lo que te estaba diciendo es que Cristina me contó que el día que fueron a la Isla del Pescador —la detuve nuevamente ya que conocía la historia.

—Sí, Caroba ya me contó que había ido a ese lugar con Cristina, su compañera de trabajo. Incluso le pedí que me llevara allí un día de éstos —le expliqué con una sonrisa al recordar lo bien que estuvimos el pasado domingo en Sevilla—. Por la descripción que me dio debe ser un sitio muy bonito. Estoy deseando ir con ella para conocerlo —levantó el brazo pidiendo permiso para poder seguir hablando. Me pareció entrañable que lo hiciera,

¡vaya ocurrencia! Así que con un gesto la insté a continuar.

—Gracias. Sigo... Cristina me contó que también fueron con otro compañero de la oficina —por la cara que puse de descompuesto, me respondió a la pregunta que no había pronunciado—. ¿Eso no lo sabías? Pues sí. Fueron con David. El... ¿Cómo le has llamado? ¡Ah, Sí! ¡¡Rufián!! —me levanté y empecé a dar vueltas por el despacho. No podía creer que ese tipo se hubiera, ni siquiera, acercado a mi Caroba—. Ewan, lo siento, pero tenía que contártelo. Cristina me comentó que él no paraba de mirarla y que parecía que la devoraba con los ojos. David no es trigo limpio. Debes saberlo. Ya te he detallado lo que me ha hecho a mí.

¡Qué impotencia! ¿Qué hago? Después de esto, ¿qué debía hacer yo? ¿La llamaba? Pero si la llamaba, que le decía. Oye, que ha venido mi ex y me ha contado... no. No podía hacer eso. ¡Dios!

31

—No sé cómo me has convencido de venir hasta aquí. Menos mal que tengo memoria fotográfica y me acuerdo del camino —ironicé con los brazos en jarra.

—Porque tienes que aclararte, Caroba. Es necesario que lo veas y sepas qué es lo que sientes por él, *neni*. Como me has comentado antes tienes que mirarle a los ojos y, sin el embrujo al que te ha ido sometiendo con su labia, aclararte de una vez por todas. Si es que eso es posible —me explicó esperando que yo replicara algo.

—Está bien... ¡Entremos! —acepté finalmente, la cogí de la mano y me encaminé decidida, al menos todo lo que la situación me permitía, hacia el local.

Supuse que estaría allí hablando con Mario. Exhalé un suspiro de angustia. Habían pasado algunas horas desde que los eché de mi casa y necesitaba creer que aún no habría podido irse a su casa. Esperaba, o más bien deseaba, que como yo se estuviera comiendo la cabeza por todo lo que había ocurrido entre nosotros. Eso significaría que sentía algo por mí. Pero, ¿era eso lo que de verdad yo anhelaba?

Me sentía bastante confundida por todo lo que bullía en mi interior. No dudaba de los sentimientos que albergaba hacia Ewan. Le quería. Él era mi ancla. Pero con él no había sentido tanta pasión, ni desenfreno. David me quitaba la razón. Necesitaba saber si todo había sido fruto de mi confusión o me estaba enamorando de David. Jana tenía razón, tenía que verle y enfrentarle.

Entramos en el bar y busqué a David con la mirada. Lo visualicé en la barra, con Mario y con una rubia bastante hortera o, por lo menos, a mí me lo parecía. Quién nos hacía una inspección en toda regla y de forma bastante descarada.

—¿Quién es esa? ¿La conoces? —Me preguntó Jana señalando con la mano hacia donde ellos se encontraban sin ningún disimulo. Negué con la cabeza, la miré de reojo intentando recordar si era la misma chica que había visto horas antes junto al baño. Entonces me di cuenta que había dejado de mirarnos a nosotras, ahora lo hacía en dirección a David con una expresión que transmitía que lo quería matar. Prosiguió con su, hasta ahora,

monólogo—: ¿Has visto la pinta de putón verbenero que lleva?

¿Estaría con esa chica también? ¿La habría engañado a ella también? No, eso no podía ser. Estaba segura de que David tenía sentimientos por mí.

—Jana, no seas mal hablada. —La cogí de la mano y mientras nos acercábamos le murmuré—: Tranquila, ¿vale? Nada de gritos ni de reproches. Todo lo que ha ocurrido ha sido consensuado por ambas partes.

De fondo se escuchaba *Él no te da*^[xiv] de DaSoul. ¡Qué oportuno! Parecía que las canciones me hablaban allá por donde iba. David, al verme, se levantó del asiento dejando allí sentada a la rubia, quien ahora me miraba de arriba abajo con... ¿desprecio? ¿Odio? ¿Envidia?

—¿Caroba, estás bien? —me preguntó David mirándome fijamente a los ojos, intentando descubrir la respuesta por sí mismo, y alzando la mano titubeante, como pidiéndome permiso para acariciarme la mejilla. Noté como con su mirada me pedía disculpas. Di un paso hacia atrás evitando que me tocara. Necesitaba mantenerme fría ante él y si me tocaba no lo conseguiría.

—No, no está bien —respondió, de una manera bastante desagradable, Jana por mí—. Y... ¿sabes por qué no está bien? ¡Porque cree estar enamorada de ti!

—¡Fíjate, menuda tontería! ¿Verdad? —interrumpió la rubia cogiendo del brazo a David y mirándole con posesión. Como si de verdad tuviera algo serio con él—. Dile que la has utilizado. Por favor, díselo.

—¡Cállate! —le gritó David y mirando a su amigo con reproche, le pidió—: Mario, llévatela, por favor. Me gustaría solucionar esto. Hablamos luego.

—¡Qué dices! ¿Y perderme lo mejor? ¿Ahora que esto se pone interesante? —se rió Mario a carcajada limpia. David le miró con ira contenida, apretando los puños—. Vale, tío, tranquilo —se disculpó haciendo aspavientos con las manos—. ¡Vamos Lola! Deja que David hable con la chica. ¿Quieres que vayamos al almacén a hacer inventario? —le preguntó Mario, levantando las cejas indicándole que le proponía otra cosa diferente. Éste salió de la barra, cogió de la mano a Lola y se la llevó, mientras ésta fijaba la vista buscando que David le devolviera la mirada, pero él sólo tenía ojos para mí. Una vez Mario y Lola se fueron, se giró hacia mí y me habló de forma bastante cariñosa.

—Caroba, puedo explicártelo todo. Las cosas no son como parecen. ¡Me gustas! Ya te lo dije. Te has convertido en alguien importante para mí. Yo también sueño contigo. Te has colado aquí dentro —aclaró tocándose el

pecho—, pero no creo que pueda llamarlo amor aún, creo que para eso todavía queda un trecho. Nos hemos divertido juntos y podemos seguir haciéndolo si tú quieres —expuso acercándose un poco más a mí, intentando coger mis manos— creo que... hemos disfrutado mucho, ¿no? Tanto tú como yo.

Mientras él hablaba, yo negaba con la cabeza, al tiempo que iba dando pasos hacia atrás. Alejándome de él. No quería que me tocara. No podía volver a sentir su contacto en mi piel o caería de nuevo en sus redes. Todo había sido un error. Me había dado cuenta de que mi vida no se encontraba vinculada a las experiencias que había vivido con David. A mi cabeza venían imágenes de aquel sueño. Podía ver con mucha claridad la mirada chocolate de un Ewan decepcionado conmigo. Un sentimiento se despertó dentro de mí... ¿realmente amaba a Ewan?

Esa mirada azul, que me había atrapado días atrás, ya no ejercía ningún embrujo sobre mí. Sin embargo, aún tenía miedo de que me tocara. Revivía cada una de sus caricias y como mi cuerpo se activaba con un solo roce. ¡Dios! Me sentía mal conmigo misma. Necesitaba aclarar mis sentimientos. Por un lado, recordaba cada momento vivido con David, sintiendo como mi cuerpo vibraba con su sola presencia. Pero cuando se agolpaban en mi cabeza los momentos que había vivido con Ewan, sentía una ternura, un cariño y una ilusión que bullían en mi pecho. Pero la duda surgía, de nuevo, ¿le amaba? ¿Amaba a Ewan?

—¡Chicos! —irrumpió Jana—. No quiero meterme dónde no me llaman, pero creo que deberíais hablar. Tú, —dijo señalándome con el dedo— para aclararte y poder coger las riendas de tu vida. Y tú, —hizo lo mismo señalando a David— para explicarle todo lo que tengas que contarle. Creo que te has comportado como un capullo y lo menos que puedes hacer es aclarar con Caroba lo que ha pasado entre vosotros dos, ¿no crees?

Miré el reloj y comprobé que si no me daba prisa, llegaría tarde al trabajo. Tenía que irme ya a casa para arreglarme. No podía volver a ausentarme. En ese momento, Mario y la rubia salieron del almacén, abrazados y entre risas. Él la llevaba agarrada por la cintura. Se los veía muy bien juntos. Se acercaron a nosotros y Mario nos informó de que iba a cerrar ya el bar. Aunque no estaba abierto al público no quería que nadie nos viera en la puerta y pensara lo que no era.

Cuando llegué al coche, David me agarró por el brazo y, como siempre me sucedía cuando lo hacía, noté una descarga que me recorrió todo el

cuerpo. Me giré para enfrentarle. Mi mirada fue directa a sus ojos, era incapaz de no dejarme embrujar por el azul de sus ojos que se entrelazaba con los míos sin poder evitarlo. Me suplicó que quedásemos por la tarde para hablar. Había algo en su comportamiento que distaba mucho del porte chulesco que solía mostrar. Le veía raro. Estaba como arrepentido, afligido, pero no era capaz de adivinar qué se le pasaba por la cabeza.

—¡Está bien! —claudiqué. Seguía teniendo ese nudo en el pecho que no me dejaba respirar de una manera correcta—. Quedamos a las ocho en mi portal, ¿qué te parece? —asintió con la cabeza mientras me seguía con la mirada.

Jana y yo nos subimos al coche y, sin pronunciar palabra, nos dirigimos hacia mi casa. Jana iba mirando por la ventana el paisaje, aunque de vez en cuando me miraba de reojo, sin decir nada. Ya me lo diría más tarde, en casa. Ella no era de las que se callaba nada.

Cuando llegamos a mi casa, lo primero que hice fue coger en brazos a mi perrita. *Mi niña*. No me había dado cuenta de que debía estar muy asustada por todo lo que había pasado. La semana había sido totalmente de locos. Idem no estaba acostumbrada a tanta visita. No supe por qué, pero, al sentirla tan vulnerable en mis brazos, me sentí débil. Me puse a llorar con ella acurrada en mi pecho. Me dirigí hacia mi habitación cabizbaja, con la intención de arreglarme un poco para ir a trabajar. Iba con unos tejanos y una camiseta que me había puesto para ir a hablar con David y no era un atuendo correcto para ir al trabajo. No me di cuenta de que Jana venía hablando detrás de mí.

—¿No me vas a decir nada? ¿Qué has sentido? ¡Jolín, dime algo! ¡Me tienes en ascuas! —Se quedó callada durante un minuto y volvió a insistir—: *Neni*, te he dejado espacio. Creo que me he contenido bastante, pero... ya no puedo aguantar más. Y... —dijo tocándose la barriga para intentar ablandarme—, este estrés no puede ser bueno para mi embarazo —suplicó mientras entrábamos en mi habitación.

No pude más que sonreír con sus ocurrencias. Mientras me desnudaba, pensaba que no tenía ninguna gana de ir a trabajar. Estaba bastante cansada, pero aunque pidiera permiso en el trabajo para quedarme en casa, tenía claro que no podría descansar. Tenía la cabeza embotada y, estaba segura de que, así seguiría si no ocupaba mi tiempo con algo productivo. Todo daba vueltas a mí alrededor. Realmente me sentía mareada, ida. Mi cabeza trabajaba a mil por hora intentando descubrir qué hacer con mi vida.

—Jana, lamento decirte que sigo sin saber qué siento por cada uno de ellos dos. Cuando pienso en Ewan noto algo en mi pecho que me da paz y quizá veo un futuro con él. Pero cuando lo hago con David, siento como mi cuerpo vibra. Me activo sólo de recordar sus caricias y besos. ¿Sabrías decirme si eso es amor? En base a mis sentimientos, ahora mismo no tengo claro que quiera quedarme con ninguno de los dos y, por el contrario, tampoco que quiera dejar a ninguno. Quedarme con los dos sería la solución perfecta, pero eso no es posible —le aclaré encogiéndome de hombros y dirigiéndome a la ducha.

Jana vino detrás de mí.

—*Neni*, yo no sabría darte el consejo que ahora mismo necesitas. Pero lo que sí sé es que Ewan te ama muchísimo y que te adora por encima de todas las cosas. Creo que si se lo contaras... —la corté antes de que pudiera decir nada más.

—Te agradezco todo lo que has hecho por mí —continué alzando el tono de voz para que pudiera escuchar lo que le decía desde la ducha—. Creo que nunca podré agradecértelo lo suficiente, pero esto es algo que tengo que averiguar por mí misma, sin segundas personas ni consejos, por muy buenos que éstos sean —le aclaré mientras salía de la ducha.

Me arreglé el pelo recogíéndomelo en una cola y, después de maquillarme un poco para esconder la mala cara que tenía, le confesé:

—Lo que en realidad necesito sería irme sola a algún sitio, lejos de todo y de todos. Y pensar. Reflexionar sobre lo que me ha pasado, lo que he vivido y como me he sentido. Porque por primera vez en mi vida, me he sentido viva. Pensar en Ewan, y en mi vida con él. Porque creo que me he visto arrastrada a la vida que llevo sin, haberme parado a estudiar si es lo que quiero para mí. Ahora mismo no veo ningún futuro ni con Ewan, ni con David, ni con nadie —le dije bastante angustiada con lágrimas en los ojos intentando escapar hacia mis mejillas. No quería llorar. No debía. Derramar lágrimas no era la solución que yo necesitaba. Me había equivocado y tenía que cargar con la culpa de haber actuado como lo había hecho.

Jana me dio el teléfono y me instó a que llamara a Ewan. La miré extrañada. No estaba en condiciones de hablar con él y tampoco era la hora que habíamos acordado. A pesar de que hablar con Ewan siempre me ayudaba, en estos momentos lo que necesitaba era pensar. Me sentía demasiado angustiada y seguro que él pensaría que pasaba algo. ¿Qué le diría?

—Has hablado con David. Es justo que hables también con él, al menos para calmarle. Lleva dos días sin saber de ti. Hazlo por mí, por favor. Te preparo café, ¿vale? ¡Date prisa! ¡Vas a llegar muy tarde al trabajo! —me advirtió mientras se dirigía hacia la cocina.

Abrí el armario y seleccioné la ropa que iba a ponerme para ir a trabajar. Eso siempre me relajaba. Escogí una camisa de popelina roja, un color que siempre me animaba y unos pitillos negros. Necesitaba poder mirarme al espejo y verme guapa. Añadí unos complementos de color rojo y cogí un bolso negro a conjunto con los salones.

Respiré varias veces para tranquilizarme. Cogí temblorosa el móvil y me

dispuse a llamar a Ewan. Aún seguía bastante nerviosa por todo lo ocurrido, y la noche sin dormir. Al menos me encontraba algo más tranquila y relajada. Pulsé el botón verde y al instante escuché su voz:

—¿Caroba? Iba a llamarte ahora mismo. Me has cogido con el teléfono en la mano. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—¡Hola! ¿Por qué no iba a estarlo? —le contesté intentando que no se me notara mi malestar.

—No sé, vida mía. Llevamos dos días casi sin hablar y pensé que te había podido pasar algo. He hablado con Monique y me ha contado una historia que no me ha gustado nada. Y... —le corté cuando escuché el nombre de la loca de su ex. Cada vez que escuchaba su nombre algo dentro de mí hervía.

—¿Monique?! ¿Has dicho que has hablado con Monique? ¿Qué tienes tú que hablar con esa loca? —le voceé mientras daba vueltas por la habitación.

Jana asomó la cabeza por la puerta con cara de preocupación.

—Caroba... —me advirtió con voz profunda—. No creo que tenga que darte explicaciones de con quién hablo o dejo de hablar, cuando tú me has ocultado cierta información relevante, ¿no crees?

—Ewan no sé de qué información me estás hablando —le repliqué lo más calmada que pude. Mientras mi cabeza daba vueltas pensando qué relación podría haber entre Monique y esa información que decía que le había ocultado. ¿Qué sabría exactamente? Y, lo más importante, ¿qué demonios le había contado la loca? ¡Puf! A lo mejor no tenía nada que ver con David. Quizás era yo la que me estaba volviendo loca de remate... Bueno, en realidad, sí que tenía algo que contarle y era verdad que le había ocultado cosas, pero hablaría con él cuando tuviese claro cuáles eran mis sentimientos y qué iba a hacer con mi vida.

33

—Vamos por partes, cielo —aclaró con tono inquisitivo—. Monique ha venido a verme y me ha contado que un chico la había embaucado para llevársela a la cama. Resulta que me he enterado, sin querer, que él trabaja contigo y que además es el mismo con el que os fuisteis Cristina y tú el sábado de excursión. O sea, aparte de ir con Cristina ¿fue alguien más? Quiero creer que Cristina sí fue contigo a ese sitio, ¿verdad? Con lo cual deduzco que me ocultaste deliberadamente el hecho de que él también iba con vosotras, ¿no? —me soltó de corrido y, por el tono de voz, le notaba bastante molesto.

—Ewan... yo... a ver cómo te lo explico —farfullé intentando lucubrar como contarle lo ocurrido. Me había puesto nerviosa. No quería que pensara que le había ocultado aquel dato porque tuviese algún motivo para ello. Mi cabeza le daba vueltas a cuál sería la mejor forma de salir de ésta, sin darle demasiadas explicaciones. Necesitaba aclararme antes. Así que solté lo primero que se me ocurrió—. No quise decirte que un chico estuvo con nosotras para no preocuparte o que pensaras algo que no era. Tengo la certeza de que si te lo hubiera contado, habríamos acabado discutiendo y, lo último, que quería era que nos peleásemos después de haber estado toda la semana sin vernos... fue algo sin importancia ¡Créeme! No había maldad oculta ni nada que se te pueda pasar por la cabeza, ¿vale? —me daba la impresión de que con mis palabras estaba consiguiendo el efecto contrario.

—Eso no es lo que me ha contado Monique —soltó un bufido—. ¡Está bien! ¡Dejemos las cosas como están! Hablaremos el fin de semana cuando vengas —concluyó bastante alterado. Su reacción me chocó bastante. En todos los años que había estado viviendo con él pocas veces le había visto así de alterado.

—Ewan... no voy a poder ir. Pensaba que ibas a venir tú, tal y como lo habíamos hablado. Además, Jana ha venido a verme y... —le aclaré intentando ganar tiempo mientras miraba a Jana que negaba con la cabeza.

—¡¿Qué dices?! Caroba, ¡esto no está bien! ¡Tenemos que hablar! —me reprendió.

—Lo siento. Ya hablaremos mañana. Ahora tengo que trabajar, y cuando salga voy a ir con Jana a dar una vuelta. Todo este tema no me ha gustado

nada y necesito pensar... sigo sin entender, cosa que me mosquea bastante, qué hacía tu ex yendo a verte y sobre todo por qué te ha contado esas mentiras sobre mí. No quiero discutir, ¿vale? Llevo una semana muy movidita y estoy agotada.

—¡Y tanto! -escuché como decía Jana a mis espaldas.

Con la mano le indiqué que se callara, no fuera a escucharla. Tenía que aclarar todo el tema con él y no quería que se enterara de nada hasta que no pudiéramos hablarlo cara a cara. Era consciente de que estaba mareando la perdiz, pero debía ganar tiempo fuera como fuera. No podía seguir hablando con él. Se me había ido de las manos y el tema de Monique me había dejado realmente mal.

—¡Esta bien! —claudicó—. Mañana hablamos. Yo también tengo mucho trabajo y ya voy tarde. Te llamo a primera hora. Te quiero, Caroba, no lo olvides —y colgó.

No me dejó ni siquiera responderle. Aunque poco más quería decirle. Los celos me consumían de saber que esa hubiera ido a verle. Tenía claro que lo había hecho con la intención de poner a Ewan en mi contra. Pero, ¿qué se había creído la pelandusca esa?

Dejé mi teléfono en la cocina y fue entonces cuando me permití llorar. Estaba ofuscada, cabreada, dolida. Jana se acercó a mí y me abrazó. Menos mal que la tenía allí conmigo. No podría haber pasado por todo esto sola.

—Caroba, por favor, mente fría, ¿vale? Tómate el café. Ve a trabajar que fíjate que horas son y tú todavía aquí. Hablamos más tarde —me animó con un tono de voz muy suave.

Me fui a trabajar y dejé a Jana en casa descansando. Para ella también había sido una noche movidita y, en su estado, necesitaba reposar. Bastante había hecho ya viniendo en plena noche.

Fue un día de trabajo relativamente tranquilo. Mi jefe no se metió mucho conmigo. Tras excusarme por la tardanza me puse las pilas y pude terminar todo el trabajo que tenía pendiente. Le pedí a Françoise si ese día podía hacer jornada continuada, con la excusa de la visita de una amiga de Ronda. Me sorprendió gratamente que no me pusiese ninguna pega. A las cinco pude irme a casa.

—¡Jana! ¡Ya estoy aquí! —vociferé cuando entraba por la puerta de mi casa. Me la encontré sentada y adormilada en el salón viendo la televisión y con mi perra acostada sobre su falda. Bonita estampa, pensé. La echaba muchísimo de menos.

—¿Qué quieres que hagamos hasta que venga tu amigo? ¿Saldrás a cenar con él? ¿Prefieres que me vaya? —me preguntó Jana con su característico buen tono.

—¡Puf! ¡No sé! La verdad es que no quiero hablar con él. No sé si estoy preparada para lo que tenga que decirme —le expliqué mientras dejaba todas las cosas encima de la mesa del salón.

—Tienes que hablar con él y eso no es discutible. Mañana a primera hora te llamará Ewan y algo tendrás que decirle —comentó mientras ponía esa pose, tan característica de ella, de estar interpretando una obra de teatro y así alzando las manos solucionó lo que para mí era un galimatías—: Ewan, ¡Te amo! ¡Eres lo mejor que me ha pasado en toda mi vida! —Y así sin más, volviendo a ser ella misma, dejando el teatro que había interpretado, soltó como quien no quiere la cosa haciendo a su vez algún *pucherito*—: Por cierto, aprovechando que estoy en Sevilla y es temprano aún para tu cita, me gustaría ir de compras, ¿sí? Así hacemos algo las dos juntas. Hace mucho tiempo que no salimos.

En ese momento sonó el timbre y, riéndome por las ocurrencias de mi amiga, fui a abrir la puerta. ¿Quién sería? Miré el reloj por si se me había pasado el tiempo demasiado rápido. Me sentía bastante descolocada. Entre el sueño que tenía y que mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo mismo, me dirigí a la puerta para ver quién era. ¡Jaime! La abrí temerosa de alguna reprimenda por su parte.

—¡Caroba! ¿Qué tal estas? ¿Hablaste con él? —me preguntó con cierta timidez.

Me quedé un rato mirándole. ¡Qué guapo era! A pesar de todo lo que había pasado, tenía sentimientos encontrados hacia él. Si no fuera por todo lo que tenía encima, me habría enamorado de él. Cariñoso. Atento. Risueño. Romántico. Se preocupaba por mí. ¡Lo tenía todo! Pero no, yo tenía que liarme con el más malote de todos. O no... Quizás estaba equivocada y en realidad todo había sido una pose suya. Bueno, eso lo descubriría más tarde cuando hablara con él. Salí de mi ensimismamiento y con un movimiento le invité a pasar.

—¡Hola Jaime! Pasa, por favor —se acercó y me dio dos besos rápidos en las mejillas.

—¡Hola Jana! Me alegro de verte —la saludó mientras entraba en el salón. Después se giró hacía mi esperando una respuesta.

—Estoy bien. Gracias por preocuparte. Un poco indispuesta, aunque me

encuentro bien. Tengo unos nervios en el estómago que no me dejan comer, pero sobrevivo que no es poco —intenté responderle con calma, ya que una arcada me vino a la garganta y me fui corriendo al baño a vomitar.

Noté una mano que me agarraba el pelo y me acariciaba la espalda.

— ¡Ssst! Tranquila —escuché como me decía Jaime.

—Eres como un ángel de la guarda. Des...después de lo que ha pasado, no merezco tu amistad —sollocé mientras me enjuagaba la cara.

—¡No digas tonterías! ¿Cómo puedes decir eso? Caroba no entiendo por qué te demonizas tú sola. Todo lo que ha pasado ha sido culpa de todos los que hemos estado implicados. No soy ningún santo. Siento remordimientos por todo lo que ha pasado —me giró poniéndome de frente a él y me miró con cara de... ¿enamorado?—. Además, eres más que mi amiga. Te recuerdo que hemos intimado —susurró acercándose peligrosamente hacia mi boca.

—¡Jaime! —me tiré a sus brazos y lloré. De alguna manera tenía que cortar lo que podría haber sucedido—. No quiero hacerte daño. Te mereces una mujer que sepa darte lo que necesitas. Es... estás confundido por todo lo que ha pasado. Yo... yo... no quiero que pienses que entre nosotros pueda haber algo. No podría soportar perderte como amigo. Por favor, dime que no te has enamorado de mí —le supliqué mirándole fijamente a los ojos.

—Caroba... —murmuró y bajó la cabeza para mirar al suelo avergonzado—. No te preocupes. No me perderás como amigo. Quizás... tal vez... no sea éste nuestro momento.

Me miró dubitativo por un instante, sonrió mientras se acercaba y me abrazaba. Depositó dulcemente un beso en la frente y se marchó.

34

David

*Platón se equivocaba al asegurar que
“al contacto del amor todo el mundo se vuelve poeta”.*

—¿Vienes a casa y jugamos con Lola un rato? Ella me ha dicho que quiere repetir lo del almacén —me susurró Mario mientras salíamos del bar. Tenía esa mirada de no importarle absolutamente nada. Lola iba delante, cabizbaja y mirando de reojo hacía atrás buscando mi mirada.

—¡Mario! ¡¿Sólo piensas en follar?! ¡Joder! —le grité enfurecido —. ¡Déjalo! No hace falta que me respondas. Me voy a casa. Necesito pensar —murmuré mientras me dirigía al coche.

¡Caroba, ¿qué me has hecho?! Tenía sentimientos encontrados. Nunca me había pasado nada parecido. Rechazar tener sexo con una rubia despampanante y que me ponía como una moto por otra mujer... Eso no era propio de mí. ¡Joder!

Entré en mi piso y me tomé un whisky doble con hielo. Me senté en el sofá calibrando qué debía decirle a Caroba. A mi cabeza acudieron las imágenes de todo lo sucedido.

Esos ojos color miel los tenía grabados a fuego en mi cabeza. No podía pensar en otra cosa que no fuera en ella. Cuando la vi tirada en el suelo del cuarto de baño algo, dentro de mí, se rompió. Lo noté. Noté el crujido en mi corazón. Había llegado demasiado lejos. Nunca me imaginé que ella fuese tan frágil. La veía tan segura de sí misma, tan mujer.

Para la edad que tenía era demasiado madura, o por lo menos yo creía haber visto en ella esa madurez. Lo que tenía claro es que era perfecta para mí. Vestía con elegancia y tenía cerebro. Recordé cada conversación que habíamos mantenido cada vez que nos habíamos visto. Se trataba de conversaciones con intelecto, de esas que echaba de menos con las descerebradas con las que me enrollaba. Era tan risueña, siempre se reía con mis bromas y mis gestos. Eso era algo que siempre me habían criticado las otras chicas con las que había estado. Nadie había explorado en mi interior. Cuando estaba con ella me sentía diferente. Era como si pudiera ser yo

mismo y pudiese dejar de fingir ser alguien que no era. No era la misma persona que hablaba con Mario en el bar. Algo dentro de mí comenzaba a cambiar. Ella estaba derrumbando el muro que, por culpa de la zorra de mi madre, había levantado. Esa mujer que nos las hizo pasar canutas. A mi padre que en paz descanse y a mí.

Aparté de un manotazo esa imagen y me recreé de nuevo en los ojos de Caroba... sentía una conexión brutal con ella cuando la miraba. Notaba cómo le ardía el cuerpo cuando nuestros ojos conectaban, como todo en su interior vibraba. Algo que me encantó de ella, fue el genio que demostró cuando le hablé de aquella forma en el trabajo. ¡Joder! Aún recuerdo la bofetada. De manera inconsciente me acaricié la cara recordando ese momento. La había cagado con ella. La había llevado al límite. Lo que tenía claro y sabía con seguridad que... era ELLA: la mujer que podría hacer que yo cambiara. Quizás podría volver a sentir. Me gustaría ver hasta dónde podríamos llegar juntos. ¿Me daría una oportunidad?

Sin embargo, no tenía muy claro si quería complicarme la vida aunque ella mereciera la pena. ¡Vaya si la merecía! Toda una contradicción pues era mi diosa del sexo. Aquella vez que se la metí, a pelo, me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo que a punto estuve de correrme, al notar lo húmeda que estaba. No puedo dejar de pensar en ella y en todo lo que hemos vivido. En mi cabeza se agolpaban las imágenes. Caroba era lujuria hecha carne. Por un lado quería apartarme y, por otro acercarme, a poder ser mucho.

El recuerdo de cómo miró a Jaime la primera vez y como dejó que la tocara, la sedujera, la besara. Sentir como los dos la penetrábamos fue algo sublime. Por no hablar de cómo se excitó mientras Mario la miraba. Lo noté. Noté como se mojó aún más al darse cuenta que él se encontraba allí, de pie, masturbándose. Fue una puta locura. Nos corrimos al unísono y pocas veces había conseguido compenetrarme tan bien con una mujer.

Noté que me estaba excitando. Me toqué la entrepierna y estaba dura. Necesitaba aliviarme para poder hablar con tranquilidad. Necesitaba liberar la tensión. Me acaricié el miembro buscando mi propio placer. Cuando conseguí desahogarme, me acordé de Mario y de todo lo que le rodeaba.

Eso había sido lo peor. No sé cómo conseguí ocultarle a mi amigo que Caroba no era una conquista más. Había tenido que hacer malabarismos para que Mario no se diera cuenta, de que esa tía me gustaba de verdad. No podría decir que estuviera enamorado de ella, aunque sentía algo. Algo diferente de las otras veces. No sabría explicar qué era, pero la necesitaba y, ansiaba estar

dentro de ella.

Necesitaba verla, para saciar el ansía que me corroía, por eso la había buscado. Tenía controlados todos sus pasos. A través de Cristina pude saber dónde vivía y así poder seguirla. Parecía un psicópata tras su próxima víctima. Si llegara a descubrirlo algún día...

Si Mario lo hubiera adivinado, habría intentado ligársela. Como había hecho con la rubia. Lola era su trofeo. Él era así. ¡Joder! No tendría que habérselo contado. Ni siquiera tendría que habérsela presentado. No debería haberle hecho participe de mis encuentros con Caroba. Debería haberlo pensado mejor, ya que siempre se quería quedar con mis conquistas. No podía soportar que una chica se colgara por mí en vez de por él. Parecía un perro de presa al acecho. Por eso había tenido que disimular, para que mostrara el interés justo.

¿Qué hacía yo ahora? ¿Cómo le entraba? Después de haberle dado muchas vueltas a la cabeza como si fuese un loco de psiquiátrico, miré la hora y me dispuse a prepararme para lo que tuviera que pasar.

Me duché y me puse aquel perfume que ella reconoció enseguida. Me encantaba su forma de estremecerse cuando me miraba tras olerme. Me vestí informal, pero elegante. Quería sorprenderla. Me retoqué la barba, ya que a ella le gustaba que la llevara un poco a la vista. También me había fijado en ese detalle. ¡Caroba, ¿qué me estás haciendo?!

Bajé a la calle intentando encontrar un local que pudiera gustarle. No conocía bien sus gustos y yo no era muy dado a ir a restaurantes caros ni demasiados románticos, pero estaba claro que al que fuimos la otra vez no le entusiasmó demasiado. Se me vino a la cabeza un sitio, podría llevarla a ese que fui una vez con María... a ella le encantó. Sí, ese lugar era especial para mí. Compartiría con ella ese momento.

Cogí el coche y puse rumbo hacia su casa con la clara intención de ser positivo. Quizá podría proponerle que fuera mi novia y que olvidáramos todo lo sucedido hasta ahora. Tal vez podríamos empezar de cero. Ésa podría ser la primera de muchas citas, o la última. Debía contar con la posibilidad de que no entendiera nada de lo que quería contarle y no quisiera verme nunca más. Tenía que pensar. Tenía que explicarle. Tenía que conseguir que se quedara conmigo.

35

—¡Caroba! Son las seis y media y tienes que irte a tu casa a cambiarte —me instó Jana mientras pagaba la cuenta—. Muchas gracias, *neni*. He pasado una tarde genial. Mira que quería comprar cosas para el bebé hasta los últimos meses de embarazo, porque dicen que da mal augurio, pero es que esto es taaaaan bonito. ¡Me encanta! Ya verás cuando se lo enseñe a Pietro. ¡Va a alucinar! —exclamó dando saltitos de alegría—. Y lo que tú le has comprado es precioso, no tenías por qué.

—Si voy a ser la madrina qué menos... ¿no crees? —le anuncié mientras me reía con los gestos que ésta hacía. Era la mejor amiga del mundo. La adoraba.

Resultaba curioso como de una invitación a una boda nos pudimos hacer tan amigas. Cuando le conté que mi ex jefe había aceptado ir a su boda y que, por ende, yo también podría ir, se puso a dar saltos de alegría. Me hizo su dama de honor demostrándome así lo feliz que se sentía por ello. Me encantó serlo, la ayudé con todos los preparativos: elección de la mantelería y la cubertería, la cata del menú... También fui con ella a mirar los vestidos de novia. De hecho, me declaro culpable de chivarle a Pietro, cuál era el modelo que más le había gustado, a pesar de que lo había desechado por ser demasiado caro. Lo hice con tino y la razón se debía a que el gran Pietro se lo terminara regalando. La familia de Jana era humilde y no podía permitirse un vestido así. Pese a que tuve que aguantar su regañina, en el fondo sabía que le había encantado que me chivara.

—¡Venga! ¡Vamos *loquita!* Como siempre he dicho: *hay que coger el toro por los cuernos* —me animó para que nos diéramos prisa.

La cogí de la mano y nos dirigimos con todas las bolsas al coche. Dejamos las cosas en el maletero y nos dirigimos a mi casa. Me llevé todo el camino temblando. La angustia se apoderaba de mí. No sabía qué sentiría cuando hablara con él, temerosa de que todo lo que había dicho aquella rubia fuera verdad. ¿Me habría utilizado para tener sexo? ¿Realmente me podía pasar otra vez algo así? A lo largo de mi vida había conocido a muchos canallas, pero si eso era verdad, David ganaba por goleada. Aunque el hecho de haberme propuesto hablar, era buena señal ¿no?

Llegamos a mi piso y, como era habitual en mí día a día, sacamos juntas a

la perra. Tenía tiempo de sobra para arreglarme y bajar a las ocho, tal y como había quedado con David. Estuvimos paseando un rato muy agradable, charlando sobre las opciones que tenía. Aunque no quería ahondar mucho en el tema, porque según mi experiencia, por mucho que planeemos nada saldrá como lo habíamos programado. Como me pasó a mí con Eduardo. No sé por qué me venían los infaustos recuerdos vividos con él. Cuando le conté que estaba embarazada se deshizo de mí. Nadie sabe que perdí el bebé cuando mi mundo se alteró. Cuando un día estaba arriba y al día siguiente abajo. Era como una montaña rusa que lo mismo se divertía hasta quedar exhausta como lloraba hasta quedarme sin fuerzas. Comía hasta vomitar o simplemente no comía por días. Nunca me perdonaré que mi cuerpo no supiera reaccionar a saber que tenía una vida dentro. ¿Por qué recordaba todo esto? Lo tenía enterrado en lo hondo de mis recuerdos. Quizás augurara que algo malo fuera a suceder.

Intenté desterrar los malos pensamientos, me encontraba muy a gusto con mi amiga y no quería estropear ese momento. Me estuvo contando lo bien que le iba con Pietro, que era un amor de hombre y que siempre estaba pendiente de sus necesidades. Tuve que expresarle mi envidia sana por la relación, incluida la sexual, tan buena que tenía con su marido. Como buen italiano era un dios en la cama.

—Caroba... no todo son flores y risas porque también discutimos, ¿sabes? Y también nos aburrimos. Bueno, eso último no —me miró con cara pícara y empezó a reírse. Sabía que se refería al sexo.

—¡Estás loca! —le golpeé el brazo de broma. Arrepintiéndome al momento. No quería hacerle daño, en su interior crecía una vida. Me quedé pensativa con un extraño gusanillo recorriéndome por dentro... ¿Qué me pasaba? ¿Ahora pensaba en niños? ¡Dios mío! Después de lo sucedido y con todo lo que tenía encima lo que me faltaba era un crío en mi vida. Un escalofrío me recorrió el cuerpo, me imaginaba con David y con una barriga. Y él, dale que te pego todo el día proponiéndome tríos y guarradas de todo tipo. ¡No! Negué con la cabeza y, al abrir los ojos, vi a una Jana con cara de... no sabría describir la expresión que tenía en esos momentos.

—¿Qué estarás pensando ahora *pillina*^[xv]? Tenías una cara que... —hizo movimientos con sus manos intentando explicar mi cara. No pude reírme más con los gestos que hacía. Siempre se burlaba de mí.

Le conté lo que se me había pasado por la cabeza y ella se rió aún más.

—Me duele la barriga de reír. ¡Venga! ¡Arriba ya! —me ordenó

apuntando con un dedo hacia la puerta de mi edificio.

Me cuadré cual militar y me dirigí hacia el portal. Allí nos cruzamos con Jaime que venía del gimnasio. Jana lo saludó con dos besos y un abrazo. Pude escuchar cómo le susurraba que no se enfadara conmigo, que yo le apreciaba mucho. Y, como si sus palabras fueran mágicas, se acercó a mí y me dijo:

—¡Hola! Me llamo Jaime y vivo en el 3ºB. Si necesitas algo no dudes en pedírmelo —y me plantó dos besos como la primera vez que nos vimos.

Dos lágrimas salieron de mis ojos haciendo una carrera por mis mejillas. No tenía palabras. Estaba demasiado sensible y nerviosa para que de mi boca pudiera salir ni una sola vocal.

—No seas tonta, ¿vale? Eres y serás mi amiga por mucho tiempo, o ¡eso espero! —Abrió la puerta y haciendo un gesto burlón de reverencia soltó—: ¿Señoras?

Nos reímos los tres y subimos en el ascensor bromeando. Menos mal que por lo menos eso no lo había perdido. No tenía claro qué iba a ser de mí a partir de esa noche. Tenía que tomar muchas decisiones y era urgente que lo hiciera pronto.

Llegamos a casa y, después de comprobar que *mi niña* tenía agua y comida, me preparé para mi cita. Jana puso música y sonaba *Duele el corazón*^[xvii] de Enrique Iglesias. Jana me miró abriendo muchos los ojos y empezó a reírse. ¡Qué oportuno!

—Con él te duele el corazón y conmigo te duelen los pies... —Tarareaba haciendo gestos con las manos y arrastrándome hacia el baño— sólo con un beso yo te haría acabar ese sufrimiento que te hace llorar....

Me duché entre risas y bromas. Jana me ayudó con el pelo. Me hizo un semi-recogido que quedó precioso. Me maquilló con sutileza usando colores claros que, según me aclaró, resaltarían mi mirada. Estaba tan nerviosa que no era capaz de arreglarme sola, menos mal que la tenía allí conmigo. Jana eligió por mí lo que debía ponerme. Algo que fuese sensual, pero no provocativo. Nada de vestidos, me dijo. No fueran a entrarme ganas de retozar en el coche.

—Te he dicho ya, ¡¿qué estás loca?! —le increpé mostrando un ligero enfado.

Seleccionó una camisa verde anudada al cuello y un pantalón pirata. Me acercó unos zapatos de tacón que, según ella, estilizaban mis piernas. Y con mucho misterio me enseñó agitando la mano, una pulsera que llevaba puesta

con cuatro tréboles de cuatro hojas. Uno de ellos, era verde con un brillante en el centro. El resto eran negros. Me contó que le había tocado en un sorteo junto con un libro. La pulsera era la que aparecía en su cubierta. Se la quitó y me la tendió.

—¡Es preciosa! —exclamé mirando la pulsera ilusionada.

—Necesitas suerte y esta pulsera me la ha dado a mí. Desde que me la puse por primera vez sólo me han pasado cosas buenas —me aclaró emocionada.

—No viene a cuento, pero ¿de qué libro se trata? Me ha entrado curiosidad —le pregunté mientras me colocaba la pulsera en la mano izquierda.

—*Destruyendo mis sombras* de Loles López. Deberías leerlo. Te vendría como anillo al dedo —la miré sorprendida de que la trama de una novela fuese idéntica a lo que me había sucedido en el pasado—. Bueno, no es que lo que pase en el libro tenga mucho que ver con lo que te ha pasado, pero trata de una historia de amor donde nada es lo que parece y donde las mentiras, los juegos y la seducción hacen de la vida de la pobre protagonista un auténtico vaivén de sentimientos y situaciones límite. Y sobre todo cómo cambiarlo y sobrevivir.

—¡Me lo apunto! ¡Gracias Jana! —exhalé. Tuve que parpadear varias veces para contener las lágrimas que querían salir en cascada de la emoción.

—¿Por qué tontita? —me preguntó abrazándome como ella sabía que necesitaba en ese momento. Con cariño. Con amor. Como solo alguien que te quiere te lo puede dar.

—Por todo Jana. Por soportarme. Por animarme. Por vestirme. Por regalarme esta pulsera. Eres la mejor amiga del mundo —le dije separándome de ella para poder mirarla a los ojos.

—¡Ehhh! ¿Regalarte? La pulsera es mía. Sólo es un préstamo —y, riéndose mientras tiraba de mí hacia la salida, me situó en la puerta y me empujó para que bajara y, por fin, tratara de esclarecer qué iba a hacer con mi vida.

Salí a la calle y allí se encontraba él con su porte chulesco. Esperándome.

36

Ewan

“Es tan corto el amor y es tan largo el olvido”.
Pablo Neruda.

¡Agggghh! ¡Qué impotencia! Tiré el móvil sobre la mesa, y me puse a dar vueltas por el despacho desquiciado. Nunca me había sentido así. Me sentía cabreado, furioso. Monique me miraba entre impresionada y alarmada. Creo que nunca, en todo el tiempo que duró nuestra relación, me había visto así de enfadado.

De repente su expresión cambió y sus ojos comenzaron a brillar. Tuvo una reacción que no me esperaba. Comenzó a andar dirigiéndose hacia mí. Se acercaba de forma libidinosa. Movía sus caderas como cuando nos conocimos. Era pura sensualidad. Cuando la vi moverse así, se me vinieron a la cabeza: nuestros recuerdos.

Me encontraba en la terraza de uno de los pubs irlandeses que había en Cádiz, cerca de la playa, con unos amigos. Disfrutaba de la maravillosa puesta de sol con una copa de balón de la mejor ginebra que había probado. El camarero me explicó, mientras me servía la copa, que la ginebra había que tomarla con un trozo de fresa deshidratada e incluso me mostró la forma en la que debía verterse la tónica. Era todo un arte. Me estaba deleitando con el sabor del gin-tonic cuando la vi aparecer. No pude apartar la vista de ella.

Llevaba un vestido de blanco de estilo ibicenco. Me quedé hipnotizado observando cómo se transparentaban sus curvas al trasluz. Las movía de una manera muy sensual. Venía riéndose con unas amigas. Su pelo rubio ondeaba al andar. Un chico la llevaba sujeta por la cintura, pero, por la actitud que tenía hacia él, daba la impresión de que esas confianzas no le agradaban mucho. Sentí un impulso inmediato de acercarme a ella y apartarla de ese hombre. Cual defensor de una princesa en apuros me acerqué y le dije con voz seductora:

—¡Cielo, ¿dónde te habías metido?! —ella se me quedó mirando fijamente a los ojos escudriñándome, lo que a mí me pareció una eternidad, hasta que: sonrió.

Sentí un flechazo al instante. Su sonrisa me dejó en una nube. La observé detenidamente: era rubia, con los ojos azules más bonitos que hasta entonces había visto. Su boca era digna de comérsela a besos. Sus labios eran gruesos y muy perfilados me recordaron a los de una actriz que salía en una película de acción que había visto con mi madre, donde ella interpretaba a una arqueóloga que afrontaba mil peligros. Sus pechos, a pesar de no ser muy grandes, parecían igual de apetitosos que su boca. Me estaba poniendo como una moto mientras esperaba que ella dijera algo. Se lamía el labio inferior y en ese momento me miraba de forma risueña como indicándome que había hecho una travesura.

Se acercó hasta mí y me dio dos besos susurrándome al oído:

—¿Tan obvio es que me quiero deshacer de este plasta? —y se rió con dulzura. Esa risita fue directa a mi corazón—. Me llamo Monique

Noté un ligero acento francés en su manera de hablar y eso fue directo a mi entrepierna. ¡Qué bombón!

—Mi nombre es Ewan. ¡Encantado! —le respondí en el mismo tono mientras le daba dos besos.

Coloqué mi mano en su cintura, pidiéndole su beneplácito con la mirada, a lo que aceptó asintiendo con la cabeza. La conduje hasta la mesa donde me encontraba con mis amigos. Sus amigas nos seguían, seguramente preguntándose de qué nos conocíamos. Ella con un gesto de las manos les dio a entender que nos siguieran sin hacer preguntas. Estaba claro que ese chico se les había pegado y querían deshacerse de él.

—¡Chico listo! —pensé para mis adentros.

Les presenté a mis amigos. Ella me agarró de la mano y se giró hacia el chico que nos miraba entre sorprendido y humillado.

—Javi, como te dijimos antes, habíamos quedado aquí con unos amigos. Gracias por acompañarnos —el chico se giró malhumorado y farfulló algo que no entendí. Se marchó por dónde había venido.

Fue entonces cuando todas dijeron al unísono:

—¡Qué tío más plasta! —y empezaron a reírse.

—¡Sois malas! ¡Pobre chico! —soltó uno de mis amigos y comenzaron a reírse todos de manera unánime.

Menos yo, no podía reírme porque me encontraba perdido en los ojos de Monique. Nuestras miradas se entrelazaron de tal forma que todo lo que sucedía a nuestro alrededor se evaporó. Solo estábamos ella y yo. Fue un instante mágico.

Cuando me recuperé de la ensoñación en la que me había sumergido, me di cuenta de que Monique me acariciaba el muslo. Mientras nos mirábamos como aquel día, la cogí de la nuca y la besé. Ella me desabrochó el pantalón y sin dejar de mirarme bajó su cabeza hasta mi entrepierna. Con manos hábiles sacó mi miembro y, sin pensárselo dos veces, se lo metió en la boca. Lo introdujo hasta el fondo de su garganta provocándole una arcada. Pude ver dos pequeñas lágrimas deslizarse por sus mejillas sin inmutarse. Le gustaba darme placer, así me lo había demostrado durante los años que estuvimos juntos. Subía y bajaba sin parar provocando que un jadeo se escapara de mi boca. Me sentía tan frustrado que la dejé hacer. Me encontraba sobrepasado con toda la situación.

De repente me vino a la garganta un mal regusto.

—Esto está mal...esto está mal —me repetía a mí mismo mientras le agarraba la cabeza con las manos, adentrando mis dedos entre su pelo y moviéndosela al compás. ¡Dios! Estaba disfrutando del momento. No podía parar. Ya no podía. Necesitaba desahogarme, pero cuando la miré pude ver, en sus ojos azules, el amor que sentía por mí; esos ojos que me hablaron y me dijeron, que ella seguía enamorada de mí. Me aclararon que si no lo paraba me arrepentiría.

—¡No! —la aparté—. No puedo Monique, no puedo usarte. Yo no soy así. Nada ha cambiado. ¡Lo siento! Sé que después querrás más y yo no puedo dártelo —le di un beso en la frente mientras la incorporaba. Me subí el pantalón y me marché intentando dejar atrás ese error que había cometido. Dejándola sola en mi despacho.

Cuando llegué a recepción, le pedí a Elena, que se acercara a mi despacho para ver si Monique necesitaba algo y que con amabilidad le pidiera que se fuese. En ese momento no podía ni mirarla a la cara. No podría ver la decepción en sus ojos. Había sido un error. Un terrible y desafortunado error que tendría que contarle a Caroba.

Poco después, Monique pasó por mi lado con lágrimas en los ojos. Me miró como solo puede mirar una persona a la que le acaban de romper el corazón. Me derrumbé. En ese momento me sentí el ser más despreciable del planeta. No podía creer lo que había hecho. Yo no era así. Todo se me estaba escapando de las manos. Necesitaba mi ancla.

—¿Podrás perdonarme?! —le rogué mientras se marchaba cabizbaja.

Me acerqué con lentitud hasta donde se encontraba David. Estaba apoyado sobre su coche fumándose un cigarrillo. Me examinaba con la mirada como si quisiera averiguar cuál había sido mi decisión. Tiró el pitillo y se incorporó. Mientras esperaba a que yo llegara hasta él.

¡Lucía guapísimo! Llevaba una americana, que le quedaba como un guante, una camisa azul y unos vaqueros. Tenía una incipiente barba que le daba aspecto de malote. Me quedé casi sin habla al ver que con su mirada intentaba hurgar en mi interior.

—¡Ho...Hola! —le saludé titubeando. De pronto me sentía pequeña. Indecisa. Frágil. Mi corazón galopaba en mi interior cual caballo desbocado. De pronto me sentí mareada.

David me cogió por los hombros y me preguntó alarmado:

—Caroba, ¿estás bien?

—Sí... No sé qué me ha pasado. Ha sido como si me apretaran la garganta —gemí acercándome a su pecho y dejando caer mi cabeza sobre él. Me rodeó con sus brazos y me apretó. Había metido mis manos por debajo de su americana y le tenía asido por los laterales de su camisa. Tenía pánico de lo que había sentido en ese momento.

—¡Lo siento Caroba! —murmuró sobre mi pelo mientras me besaba con suavidad.

Levanté la cabeza y lo miré. Tenía la vista perdida en algún punto del horizonte. Me incorporé y le invité a irnos.

—¿Dónde quieres ir princesa? —me preguntó en un tono demasiado cariñoso para lo que había obtenido de él hasta ahora—. ¿Quieres cenar? ¿Tienes hambre? —negué con la cabeza—. ¡Ya sé! Te voy a llevar a un sitio donde se ven las mejores puestas de sol de Sevilla. A ver si llegamos a tiempo porque, —levantó la mano y mirando su reloj terminó de decir— por la hora que es... ¡Venga! Vamos a intentarlo —decidió él solo abriéndome con brío la puerta del copiloto sobre la que había estado apoyado. Se le veía bastante más animado y risueño que yo. Esperó a que me acomodara para cerrarla. Rodeó el coche y a la velocidad del rayo se sentó en su asiento, arrancó y condujo hacia nuestro destino, el cual desconocía.

Tenía la sensación de estar en las nubes como si mi cuerpo no me

perteneciera. Como si yo, en realidad, no tuviera que estar aquí, con David. ¿Quería decir eso que mi sitio se encontraba junto a Ewan?

David debió notar mi malestar, ya que puso música en la radio. Comenzó a sonar *Todas las promesas*^[xvii] de DaSoul. Cuando escuché la letra pensé:

—¡Qué manía le ha dado a todo el mundo con poner música, sobre todo cuando parece que la letra me habla! Contuve el impulso de apagar la radio. No quería parecer antipática. Tenía claro que David hacía un gran esfuerzo para que estuviéramos bien.

Llegamos cerca del río Guadalquivir dejando el coche en un parking subterráneo. Fue muy galante cuando se apresuró para abrirme la puerta. Cuando puso su mano en la parte baja de mi espalda, mientras nos encaminábamos hacia el lugar elegido, sentí de nuevo esa descarga eléctrica que me recorría todo el cuerpo. Noté un pinchazo en el estómago que provocó que casi me cayera de bruces, las piernas comenzaron a fallarme. David debió notar mi inestabilidad porque me apretó contra su cuerpo. Anduvimos así pegados hasta que llegamos al *Kiosko Bombay*^[xviii].

Por el camino me contó que conocía al dueño gracias a la empresa en la que trabajábamos. Era un cliente, y al parecer muy bueno. Me explicó que el dueño tenía un lema que repetía siempre: *No solo somos un Kiosko, somos un estilo de vida. Te ofrecemos las mejores puestas de sol de Sevilla*. Lo repitió intentando imitar su voz. Me reí entre dientes. Estaba tan nerviosa que no conseguía relajarme.

Tenía que reconocer que estar con David me estaba resultando bastante conciliador. Realmente se esforzaba por agradarme y tranquilizarme. Pero, y ahí se me presentaba la gran duda, ¿cuánto tiempo le duraría? Él no era así. Lo había visto en acción. Él era puro morbo, lujuria. Su cuerpo desprendía feromonas y con una mirada era capaz de conseguir que te bajaras las bragas y le dijeras tómame. Haz conmigo lo que quieras. Y, aunque se estuviera esforzando, esto no nos llevaría a ningún sitio y yo buscaba un futuro.

Nos sentamos en una mesa desde donde podía ver el río Guadalquivir. Nos pusimos uno frente al otro. Veía a mi izquierda, del otro lado del río, la calle Betis y de frente el Puente de Isabel II. Unas vistas magnificas. Y aunque llegamos cuando el sol ya se ocultaba, el atardecer fue precioso. Fue una de las mejores puestas de sol que había visto con excepción de las de Cádiz que, para mí, siempre serán las mejores. El sitio era muy curioso, ya que parecía un quiosco de los de siempre y en mi tierra aún puedes ver alguno funcionando. Añoraba mi ciudad y mi gente. No podía quejarme de

Sevilla ni de los sevillanos que me habían acogido con mucha amabilidad y mucho cariño. Había conocido sitios interesantes, pero me faltaba algo. ¿Quizá nunca llegase a encontrar lo que buscaba para que me completara? A lo mejor necesitaba empezar de cero lejos de todo. Esa idea la estaba barajando muy seriamente.

Esperé pacientemente a que nos trajeran las bebidas, en silencio, observando el atardecer. Eso me sirvió para tranquilizarme un poco. Le di un trago largo a mi bebida mientras le miraba y pensaba en qué decir, qué hacer. Todavía no sabía qué camino tomar. Debía analizar mi balanza y sopesar lo bueno y lo malo. ¿Realmente había algo malo en lo que había ocurrido? Anhelar sentirse deseada, ¿era malo?

—¡Caroba! —le miré incrédula por el tono de voz que había empleado—. Te estaba hablando... te has perdido en algún lugar lejos de aquí.

Y sí, efectivamente me había ido... lejos, muy lejos.

38

—Perdona. Estaba reflexionando acerca de todo lo que me ha ocurrido estas últimas semanas y en lo que pasó en mi casa. Estoy intentando averiguar cómo me siento —puntualicé bastante apurada—. A ver, por donde empiezo... hasta que te he conocido no he sido muy... ¿cómo lo digo?! ¿Fogosa? ¿Sexual? Cuando era una niña sufrí abusos... y eso me marcó. No quiero ahondar mucho en el tema, pero antes de conocerte no he disfrutado demasiado de mis encuentros sexuales —le conté algo sonrojada por lo que le acababa de desvelar.

—Caroba, no hace falta que me expliques ni me cuentes nada. No por ahora, ya tendremos tiempo si es lo que decides. No quiero decir que no me importe ni que no me haya halagado que gracias a mí te hayas desinhibido en el sexo, pero no estoy aquí por eso —puso esa sonrisa de lado que tanto me gustaba mientras recalca con los dedos que había sido por él—. Perdona, pero es que esta canción que está sonando me viene como anillo al dedo. No sé si la conoces, se titula *Quiero que sepas*^[xix] de Juan Magán y si la escucharas te diría algo así:

*Cada vez que huelo yo tu perfume aquí.
Me recuerda los tiempos soñándote junto a mí.
Yo quiero que sepas
Que te echo de menos
Que nunca te olvido
Te pienso y me enredo
En mis sabanas mojadas
El sudor de tu cuerpo.*

Tarareaba la letra de la canción mientras cogía mis manos. Me besó los dedos. Me miró durante un instante e intentó enlazar nuestras miradas como tantas veces había ocurrido entre nosotros.

—Bueno la letra es más o menos así... no se me da demasiado bien expresarme y en estos casos me gusta usar la música. La cuestión es que siento algo por ti. No sé si es amor porque nunca he estado enamorado o, al menos, eso creo. Tuve una novia hace mil años que me rompió el corazón.

Pero si te soy sincero, no sentí por ella lo mismo que estoy sintiendo ahora por ti. Intuyo que aquello sería un amor de adolescente y que no tiene que ver con lo que sentimos ahora, ya siendo adultos —me soltó las manos, le dio un sorbo a su bebida y prosiguió—: Debo ir al grano que me voy por las ramas. Lo que te quiero decir es... que me gustaría intentar algo contigo. Obviamente no sería una relación como la entiendes tú —le miré con expresión interrogante y respondió a mi pregunta no formulada—. Caroba, necesito morbo. Soy así. No me van las relaciones convencionales. Necesito terceras personas e incluso ir a algún club de intercambio. No sería siempre, pero... —se quedó pensativo cuando se dio cuenta que mi expresión era de pánico—. Entre semana estaríamos solos tú y yo, si quieres claro. Y los fines de semana que acordemos, podríamos hacer algo diferente. ¿Qué te parece? ¿Qué me dices? —esperó un tiempo prudencial, mirándome e intentando adivinar qué pensaba por las caras que yo ponía, mientras procesaba toda la información que acababa de darme. Era obvio que esa conversación me había sobrepasado.

Se levantó y se puso de rodillas mientras cogía mis manos, me pidió:

—Caroba, por favor, di que sí. Intentémoslo. Sé que eres tú. Estoy totalmente convencido de que contigo podría lograrlo —le miré interrogándole.

No era capaz de pronunciar palabra. Me sentía emocionada, acobardada e ilusionada, todo a la vez por muy extraño que pudiera parecer. En ese momento tenía tantos sentimientos encontrados que no era capaz de vislumbrar nada —ser feliz. Caroba, ser feliz —y me besó. Me besó con ansia y posesión.

Me dejé besar y le respondí al beso con la misma ansia, viviendo cada movimiento de su lengua sobre la mía. Como acariciaba mi cuerpo, como subía sus manos por mi espalda. Hasta que unos sonoros silbidos rompieron el momento. Apoyó su frente contra la mía y se rió.

—¿Ves lo que me haces? Esto es lo único en lo que pienso en todo el día, Caroba. En besarte. En estar dentro de ti. No sé qué me has hecho, pero desde que te conozco no hago otra cosa —musitó sobre mi boca. Dejó un suave beso sobre mis labios y volvió a su sitio. Dejándome atontada y perpleja.

—Vamos por partes —clarifiqué recobrando la compostura. De manera inconsciente me tocaba la pulsera que me había dado Jana. Recordé que tenía que ser cabal, tal y como me había aconsejado ella—. Tengo muchas preguntas que como bien dices, posiblemente no sea el momento, pero

necesito respuestas.

—Dame este fin de semana, Caroba. Te llevaré a un sitio que quiero que conozcas y así tendrás toda la información que necesitas. Tú decidirás si quieres seguir conmigo o no. Aceptaré tu decisión, para bien o para mal. Te prometo que si decides que no te gusta lo que te ofrezco me apartaré y te dejaré vía libre, incluso podríamos seguir tan amigos. ¿Te parece bien? —me propuso mirándome a los ojos de forma suplicante—. Si después de este fin de semana decides seguir conmigo, te explicaré lo que quieras. Lo hablaremos y te aclararé todo lo que necesites saber. Ahora vamos a disfrutar de esta velada que mañana será otro día.

Tomamos un par de copas más. Charlamos durante toda la noche de todo y de nada. Dejamos a un lado nuestros pasados y nuestros miedos. Éramos David y Caroba en estado puro.

Poco después, estábamos en el coche debajo de mi casa; despidiéndonos. Nuestras bocas se encontraron de nuevo. El deseo de ese beso se vio reflejado directamente en mi clítoris. Calor, mucho calor. Sin darme cuenta de lo que hacía, mi cuerpo actuaba por sí solo. Me subí a horcajadas encima de él. Me levantó la camisa hasta dejar al descubierto mis pechos. Los miró con deseo. Me miró con lujuria.

—¡Eres tan hermosa! ¡Tan perfecta! —los devoró. Chupó mis pezones hasta que me los dejó tan duros que solo el roce de su lengua ya me hacía estremecer. Me desabrochó el pantalón y metió su mano entre mis muslos. Accionó mi botón. Le desabroché el suyo e hice lo mismo con él hasta que toqué su miembro duro y viril. Y así entre jadeos llegamos juntos al clímax.

Los cristales del coche estaban empañados. Olía a sexo. Había disfrutado y mucho. Con la respiración entrecortada le pregunté:

—¿A qué hora me recoges mañana? —sonrió, con esa sonrisa de malote que tanto me gustaba. Tenía los ojos brillantes y me miraba con pasión.

—A la misma de hoy. Así te dará tiempo a pasar la tarde con tu amiga y disfrutar de su compañía y... consejos —sonriendo me ayudó a recomponerme y él hizo lo propio. Salió del coche, lo bordeó y me abrió la puerta, ofreciéndome la mano, cual galán de película. Un gesto que me encantó.

Quizá podría acostumbrarme a que me tratase de manera tan galante. A lo mejor podría funcionar. ¿Lograría ser feliz a su lado con esa forma de entender el amor? Tendría que intentarlo. Tal vez eso fuera lo que estaba buscando para sentirme completa.

39

Entré en casa con los zapatos de tacón en la mano y andando de puntillas para no hacer ruido. Era bastante tarde y Jana estaría durmiendo. Sin encender la luz y, agarrándome en las paredes llegué hasta mi habitación y allí la encontré, tumbada en la cama con el teléfono móvil en la mesilla y mi perra sobre sus pies. La ventana estaba abierta y la luz de la calle entraba con sutileza e iluminaba el dormitorio. Esa imagen me llenó de ternura. Me fui al baño para desvestirme intentando no despertar a Jana.

Me miré en el espejo y el reflejo que me devolvió me gustó. No me había equivocado en aceptar vivir esa experiencia. Tenía que ver con mis propios ojos y averiguar lo que sentiría cuando David me aclarara qué era lo que había ocurrido entre nosotros. Tenía que admitir que lo vivido con él no me había disgustado, más bien al contrario. Por fin pude desatar ese miedo que tenía a disfrutar del sexo por culpa de mi pasado.

Toda mi confusión venía de la mano de Ewan. Si él no estuviera en la ecuación todo sería diferente. Lo que más me atormentaba era, precisamente, que él no sabía nada de lo ocurrido y desconocía todo lo que estaba pasando por mi cabeza. Ewan no era consciente de que, a lo mejor, nuestra relación podría terminar si lo que David me había propuesto me gustaba y completaba. Mi pasado me perseguía y me atoraba en un estado que ni yo misma comprendía. Si decidiera quedarme con mi chico de ojos azules, podría vivirlo todo con total libertad. Sin miedos, sin restricciones, sin tabúes. Incluso tenía la certeza de que llegaría a gustarme estar con él; a su modo y con sus normas. Pero antes tenía que ver qué era todo ese tema del club. ¿Qué me encontraría allí? ¿Me gustaría aquello? ¿Sería cómo cuando estuvimos aquí en mi habitación los cuatro? ¿A eso se refería David cuando hablaba de libertad?

De pronto una cabecita se asomó por la rendija de la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Jana haciendo el amago de entrar en el baño.

—Claro, pasa. ¿Tienes vómitos? ¿Te he despertado? —pregunté alterada mientras ella negaba con la cabeza y, por su expresión, supe que quería saber cómo me había ido con David—. ¡Ains! Ha sido estupendo. Tengo una conexión especial con él. No creí que pudiera decir esto, pero ¡me encanta! Es dulce, tierno y a la vez bruto y pasional. Romántico y morboso. No sé

cómo explicarlo. Es como una moneda: cara o cruz. No sé si me entiendes —le expliqué entusiasmada.

—Me alegro mucho, *neni*. Pero ten en cuenta que una persona, así como, *bipolar* —dijo entrecomillando la palabra con los dedos—. Te puede hacer mucho daño porque, como buena Libra que eres, necesitas equilibrio. No sé si me entiendes. Tarde o temprano eso te puede pasar factura —la miré con los ojos muy abiertos y notando como comenzaban a agruparse en ellos un millón de lágrimas. Tenía razón. Fue como una bofetada de realidad. Con lo contenta que había llegado y ahora sabía que nada de eso funcionaría—. No quiero ser aguafiestas, sólo intento poner un poco de cordura en todo esto. Pero cuéntame, ¿qué te ha dicho? ¿Te explicó algo respecto al putón rubio? —me preguntó haciendo gestos con las manos como si aquella mujer fuera una prostituta.

—¡Confirмо que estás como una cabra! —le aclaré a modo de broma. Siempre conseguía decirme lo correcto y después hacía algo para que sonriera. Era la mejor amiga que se podía tener. Estando ya más animada, le conté todo lo que habíamos hablado y la proposición que me había hecho de ir al club. La expresión de Jana era un poema. No sabría decir si se sentía alucinada, asombrada o enfadada.

—Vamos a dormir anda... no sé qué decir. Está claro que si le has dicho que sí, es porque te sentías cómoda con él y con la situación que te ha planteado. Así que lo único que puedo decirte es que vayas, lo veas y lo vivas. Te conozco muy bien y sé que esa es la única forma de sacarte a ti misma de dudas. Si no te gusta, sólo tienes que llamarme y en un *plis* te recojo, ¿vale? Sabes que siempre te apoyaré. Decidas lo que decidas, estaré contigo. Sólo tú puedes escribir tu historia.

Puse el despertador en modo vibración para no despertar a Jana. Me levanté sin hacer ruido. Me encontraba rendida, pero contenta por la decisión que había tomado y por saber que pasara lo que pasara, siempre la tendría a ella. Ya no volvería a estar sola cuando me hundiera y aunque era egoísta por mi parte me alegraba poder contar con alguien como Jana.

Me fui a trabajar. Llegué antes de mi hora de entrada. Quizá pudiera escaparme temprano para estar más tiempo con mi amiga. Tenía bastante trabajo acumulado y necesitaba dejarlo todo listo para la reunión del comité de dirección que teníamos el lunes. Mi jefe era muy estricto con los informes.

Al entrar saludé a Cristina de una manera muy escueta pensando en irme directa a mi mesa. Todavía no sabía quién le había ido con el cuento a Ewan,

y debía ir con pies de plomo hasta que no aclarara con él mis sentimientos. Cristina, sin dejar de trabajar, me miró extrañada por mi falta de conversación. Me informó de que Françoise ya estaba arriba. Le agradecí la información y subí dispuesta a empezar mi jornada de trabajo.

Me senté en mi mesa y me enfrasqué en el papeleo que tenía. Debía preparar varios informes que me habían encargado para el lunes. El despacho de mi jefe se abrió y, sin darme tiempo a reaccionar, escuché una voz chillona que se iba acercando velozmente:

—¡Tuuuuuuuuuuuu! ¿No tuviste suficiente con robarme a Ewan que también quieres quitarme a David? —levanté la vista de los papeles y me aparté lo más rápido que pude para que la loca de Monique no se me tirara encima.

—¿Qué te crees que haces? —le repliqué agarrándola de las manos. Miré fijamente a mi jefe y le imploré que interviniera.

Françoise se acercó hasta nosotras y le dijo algo en francés a Monique. Ésta asintió. Me miró más tranquila y me pidió que fuéramos a hablar al bar. Acepté de mala gana, sobre todo porque mi jefe se encontraba allí, y su mirada suplicante me pedía que lo hiciera. Supuse que no quería montar un escándalo en la oficina, ya que Monique era capaz de eso y de mucho más.

Al salir a la calle, Monique se dio la vuelta y me miró de frente. Con astucia me anunció que Ewan y ella volvían a estar juntos. Me informó que el día que habló conmigo por teléfono, estaban juntos en la oficina de mi novio.

—Tuvimos un sexo maravilloso —me aclaró—. Hacía tiempo que no se sentía tan deseado. O por lo menos, eso fue lo que me dijo mientras hacíamos el amor —me quedé paralizada en el sitio, negando con la cabeza. Después me reveló que él estaba muy enfadado conmigo por todo lo que había sucedido y que había sido ella la que se había encargado de contarle absolutamente todo, mis flirteos y mentiras.

—¿Y por qué sabes tú tanto de mi vida? —le pregunté cuando pude reaccionar a semejante noticia. Me sentía enfadada y dolida. Apreté los puños sobre mis muslos aguantándome las ganas de tirarme sobre ella y castigarla por todo lo que soltaba por esa boca de víbora que tenía. No la creía. No podía creerla. Eso no era verdad. Estaba mintiendo.

—Eso a ti no te incumbe. Lo sé todo. Sé, todo lo que hay entre David y tú. Como me haya enterado, no es cosa tuya. Caroba, en su momento me jodiste y ahora vas a pagar por ello —se dio la vuelta y se dirigió hasta su coche, pero antes de montarse se detuvo, se giró y me sonrió con una sonrisa

malévola. Me miraba con asco. Se metió en el coche y se marchó. Dejándome allí con el corazón en un puño. ¿Ewan me había engañado con Monique?

No podía ser. Ewan nunca me haría eso. Me dolía. Me dejé caer en el suelo y me puse a llorar con el corazón roto. No me lo podía creer.

40

David

*“Puedes olvidar a aquél con el que has reído,
pero no a aquél con el que has llorado”.*

Jalil Gibran.

Los nervios me estaban mortificando. Llevaba todo el día con una sensación extraña. Había apostado fuerte por Caroba, y ahora todo me reconcomía. Si ella aceptaba seguir conmigo, tendría que contarle todo y en mi vida había mucha negrura. Era peor que las Cincuentas sombras esas que estaban tan de moda. Había hecho cosas de las que no me sentía orgulloso en esos momentos, pero sobre todo estaba mi pasado y no podía contárselo a nadie. Nunca lo había hecho. ¿Comprendería Caroba mi historia?

Jamás se me hubiera ocurrido que una mujer pudiese cambiar mi estilo de vida o mi manera de entenderla. Más aún después de lo que había vivido, precisamente con una mujer: Mi madre.

Realmente la chica había tenido su mérito y, lo que más me aterraba en ese instante, era perderla. Si ella decidía irse con su novio y dejarme, no sabía si podría recomponerme de nuevo. Me costó mucho volver a levantar los muros para que nadie volviera a hacerme daño.

En ese momento recordé a María. Era tan dulce. La mujer más bella que había visto. Cuando vi a Monique en el despacho de Françoise me recordó mucho a ella, por eso me la tiré. Por despecho. Las únicas diferencias eran que María tenía los ojos verdes y que su cuerpo era bastante más voluptuoso. Ella fue con la única con la que conseguí abrirme. Le conté una parte de todo lo que había pasado en mi vida y durante un tiempo fui muy feliz junto a ella, pero algo ocurrió que lo cambió todo. De pronto se volvió distante conmigo y cuando fui a darme cuenta, me había dejado por otro. Me hizo mucho daño. Me hundí en la miseria. A partir de ese instante todo cambió. Decidí que las mujeres no significarían nada para mí. Serían un desahogo. Sólo las usaría para desahogarme. Sin amor, sólo sexo. Esa era la razón por la que no solía besarlas, porque un beso era algo íntimo aunque en los últimos días había roto esa regla dos veces: con Lola y con Caroba. Con la primera no había

sentido nada y eso hizo que probara con Caroba. Grave error porque con ella sentí muchas cosas. Cosas que creía olvidadas.

Salí de mis ensoñaciones y miré la hora. No era demasiado tarde, pero para dejar de pensar, decidí arreglarme para ir al club con Caroba. La llevaría al Idilio^[xx]. Estaba bastante limpio y el ambiente era muy bueno. La gente que entraba allí había sido seleccionada minuciosamente por sus dueños para evitar posibles problemas. En ese tipo de locales los límites tenían que estar bien definidos y controlados, la probabilidad de que alguien se fuera de la mano era muy alta. No quería que Caroba se llevara una mala impresión en su primera visita.

Cogí mi coche y me dirigí hacia la casa de Caroba. Pensé en esperarla apoyado en mi coche cuando salió Jaime del portal. No sabía qué reacción iba a tener conmigo, ya que desde aquel día no nos habíamos visto. Se acercó hacia donde yo me encontraba y me puse de pie esperando cualquier reacción por su parte.

—¡Hola! —me saludó extendiéndome la mano. Le devolví el apretón de manos y sin soltarme me pidió—: Por favor, trátala bien. Aunque pueda parecer una mujer fuerte no lo es —tiró de mi mano y acercándose a su cara me aclaró—. Si le haces daño te buscaré.

Sin dejarme tiempo a responderle siquiera, me soltó, se puso los cascos de música y se marchó corriendo. En ese momento salió del portal mi bella princesa. ¡Joder! Al verla se me había puesto dura.

—Caroba, ¡estás espectacular! No voy a poder separarme de ti en toda la noche. Ese traje rojo tan ceñido... ¡mmm! Me dan ganas de quitártelo aquí mismo —me acerqué y la besé. La besé como había deseado hacerlo desde esa mañana. Llevaba todo el día recordando sus besos.

—¡Gracias! Tú tampoco estás nada mal. Ese color azul te queda muy bien, resalta tu mirada —susurró separándose de mí. Me había esmerado en arreglarme para volver a sorprenderla.

Como sabía que a ella le gustaba que fuera galante, me adelanté y le abrí la puerta del coche. Ella formuló un gracias con los labios. Le hice una reverencia y, mientras escuchaba como ella reía por mi burla, me monté en el coche. No quise contarle que me había topado con Jaime y menos aún lo relativo a su advertencia.

Llegamos a Sanlúcar la Mayor^[xxi]. Localicé el club y dejé el coche en el aparcamiento. Me apeé rápidamente para ayudarla a bajar y entramos juntos, de la mano, en el local.

Ese club era de lo mejorcito. Al entrar te daba la sensación de estar en el salón de una casa. Había sofás por todos lados, se hallaban agrupados para que las parejas pudieran reunirse y así conocerse para poder intimar. Como yo había estado con anterioridad, se lo mostré a Caroba, le expliqué qué era cada estancia y lo que se hacía en cada una de ellas. Le conté cuales eran los diferentes tipos de habitaciones que había y volvimos al salón.

Pagué la entrada en la barra y pedimos un par de consumiciones para relajarnos un poco. Le ofrecí sentarnos en un sitio que estuviera alejado del bullicio y, a ser posible, lo más alejados de la pista de baile. Apenas habíamos bebido media copa, cuando se nos acercó una pareja. Me levanté y cogiendo de la mano a Caroba procedí a las presentaciones, se presentaron como Adrián y Gema. Les ofrecí sentarse con nosotros. Miraba a Caroba todo el tiempo para ver si se sentía molesta o estaba de acuerdo con que se sentaran, pero no entendía bien sus expresiones. No sabía si se sentía excitada, asustada o enfadada. Me tenía bastante confundido. Tendríamos que haber hablado más sobre cómo proceder si sucedía algo así.

—¿Estás bien? ¿Todo correcto? —le susurré al oído. Ella asintió con la cabeza mostrando una sonrisa nerviosa. La besé. Necesitaba que supiera que estaba muy agradecido porque hiciera el esfuerzo de entenderme. Necesitaba que supiera que la amaba.

Más tranquilo me puse a charlar con la parejita. Gema estaba bastante buena. Llevaba un vestido muy ceñido de color blanco. Parecían un ángel y un demonio. No podía dejar de pensar en la posibilidad de que ambas llevaran la ropa interior del mismo color que los vestidos. Dura. Muy dura. Así la tenía solo de pensar lo que iba a hacer con ellas dos, si todo iba bien. Aún no las tenía todas conmigo, dudaba que Caroba siguiera adelante. Adrián intentaba hacer reír a Caroba. Por el rabillo del ojo seguía pendiente de mi chica... Sonaba bien eso de mi chica.

—¿Vamos a un sitio más cómodo? —dijo Gema mientras acariciaba mi muslo. Caroba asintió y nos dirigimos hacia la suite. Pedimos que nos llevaran algo de beber a la habitación.

Nada más entrar, Gema se lanzó sobre mi boca, sin darme ni tiempo a reaccionar, y comenzó a lamérmela. Miré a Caroba de reojo para ver si estaba de acuerdo y por el brillo de sus ojos creí entender que sí le gustaba. En ese momento Adrián se le acercó por detrás y le tapó los ojos mientras le susurraba algo al oído. Empezó a besarle el cuello. Puso sus manos en su cintura; subiéndolas y bajándolas. Notaba cómo se estremecía y giraba la

cabeza permitiendo que tuviera más acceso a su cuello.

Con mucha delicadeza le bajó la cremallera del vestido para dejarla en ropa interior. Roja. ¡Joder! Casi me corro cuando la vi con un corpiño y un culote rojos de encaje. El chico que había deslizado su vestido hasta dejarlo caer a sus pies, se quedó mirándola con impudicia. No sabía por qué, pero ese gesto me dio mala espina. Estaba tan pendiente de lo que Adrián le hacía a Caroba que, cuando quise darme cuenta, estaba desnudo y con Gema agachada entre mis piernas chupándomela con frenesí. La cogí del pelo y llamé a Caroba para que viniera, pero él la tumbó en la cama dándole un cachete en el culo. Me preocupé porque eso pudiera molestarle a Caroba, pero me relajé, al momento, cuando ella soltó un quejido de placer.

Ese gemido me volvió loco. Mi chica estaba disfrutando. Mi sueño hecho realidad. Agarré del pelo a Gema levantándola con avidez y la apoyé de cara a la pared. Estaba muy excitado al saber que Caroba disfrutaba. Cogí un preservativo, me lo puse y la penetré. Se agarró con las dos manos a la pared y empecé a embestirla con dureza. Cuando me giré para ver cómo se encontraba Caroba, la vi maniatada y con un pañuelo en la boca.

Pero... ¿qué...? Me aparté de la chica y me fui hacia el tío con ganas de partirla la cara.

—¿Qué te crees que haces, puto tarado? —le increpé levantando el puño en dirección a su cara.

—A ella le estaba gustando, tío —la miré y pude apreciar que tenía los ojos anegados de lágrimas.

—Y si le está gustando, ¿por qué llora, listillo? —le estampé el puño en la cara dejándole tumbado en el suelo. La chica se acercó a ayudarme mientras yo desataba a Caroba—. ¿Estás bien? —le pregunté notando como todo su cuerpo temblaba.

Me apartó de un manotazo cuando estuvo libre. Cogió sus cosas del suelo y se vistió con rapidez. Antes de salir por la puerta, se giró hacia donde yo me encontraba y me miró con... ¿pena?, ¿decepción?, ¿desilusión? No lo pude saber porque se marchó con lágrimas en los ojos y ahí, en ese mismo instante, entendí que la había perdido.

—¡Hijo de puta! —Le grité al estúpido que seguía en el suelo limpiándose la sangre de la nariz.

Me quedé sentado en la cama un rato, intentando recomponerme. La había perdido, de eso estaba seguro.

41

Salí de allí como alma que lleva el diablo. Dolida. Rota.

Cuando llegué a la calle, vomité todo lo que llevaba en el estómago. Todo lo que había ocurrido desde que entramos en aquel local me había sobrepasado. Pensé que podría hacerlo, pero estaba equivocada.

Iba cabizbaja rememorando lo ocurrido. Deambulaba sin mirar hacia dónde me dirigía. ¡Dios! Sólo habían pasado dos semanas desde que me marché de Ronda y tenía la impresión de haber vivido media vida. Me sentía bastante desorientada. Por la calle transitaban coches, pero no había ningún taxi a la vista. Abrí mi bolso y cogí el móvil. ¡Estaba apagado! No me acordaba de que lo apagué tras la discusión que tuve con Ewan sobre lo que había ocurrido con Monique. No quería que me llamara. No quería hablar con él. Todavía no.

Era consciente que a oídos de cualquiera, el que yo no quisiera hablar con Ewan hasta aclarar mis sentimientos con David podía parecer bastante egoísta por mi parte, pero necesitaba aclarar mis sentimientos. Debía reconocer que me había ilusionado con la posibilidad de tener algo más que sexo con David. Quizás él también lo pretendía, pero había tenido que verme en esa tesitura para descubrir que no le amaba. Era sexo. Simple y puro sexo. No había encontrado ningún sentimiento más allá del morbo que me provocaba con su forma de actuar y sus proposiciones. Su mirada me ponía en alerta, en tensión, pero más allá de eso no había nada. Era cierto que a su lado, cuando no habíamos tenido sexo, había estado muy cómoda y eso era lo que más me había confundido. Esa complicidad, esa naturalidad con la que habíamos compartido esos momentos, ahora tan lejanos en mi memoria. Pero en ese club, por fin, había descubierto que no le amaba. Estar con Ewan era como estar en casa. Siempre había sido Ewan y no lo había visto hasta ese momento. Ese momento en el que solo lo veía a él.

Al encender el móvil saltaron siete llamadas perdidas de Ewan, dos de Jana y una de David. ¡Vaya! Las de Ewan las obvié, ya le llamaría cuando me calmara. Cuando me disponía a llamar a Jana me entró un wasap de... ¿David? Lo abrí con manos temblorosas con una sensación de ahogo que no entendía. Era un audio. Le di al *play* y cuando empecé a escuchar su voz, las lágrimas que había estado conteniendo se deslizaron por mis mejillas.

La he cagado ¿verdad? Por favor dime que te encuentras bien. Estoy muy preocupado. He salido a la calle y no te he encontrado. Ahora mismo me quiero morir... (silencio) Caroba, como te comenté el otro día soy muy parco en palabras, así que, como aquel día en el kiosko, voy a expresarte, lo que siento, con una canción. La escuchamos el otro día en mi coche. No sé si te acordarás de ella. Dice más o menos lo que me gustaría poderte decir y no puedo. Se llama Todas las promesas de DaSoul.

Hoy tal vez no vuelvas para estar junto a mí.

Esta vez dime si el tiempo me ha borrado de ti.

Volví a caer. Pequé de aprendiz.

No supe valorarte y ahora soy un infeliz...

Bajo la luna te digo lo siento...

Caroba, lo siento. Tal y como te prometí el otro día, si esto es el final me alejaré de ti. Sólo... dímelo... Algo dentro de mí se ha roto esta noche. Necesitaba decírtelo y pedirte que no me olvides. Dime que has llegado bien a tu casa para que pueda respirar. Hablemos una vez más... por favor.

No podía dejar de llorar. Cogí aire hasta llenar mis pulmones, lo retuve, cerré los ojos y dejé la mente en blanco. Tenía que responderle. Aunque su manera de entender una relación no fuera la mía y, me hubiese dado cuenta de que no le amaba, no podía dejarle así. Todo había sido un cúmulo de malas decisiones por mi parte. Los demás no debían de pagar por mis errores. Había tenido un detalle al haberme grabado un mensaje de voz. Esperaba, o mejor dicho, necesitaba que se pudiera recomponer de todo lo acontecido entre nosotros.

Aquel día en el río me demostró que estaba más roto que yo. Sabía por experiencia que era duro sobreponerse tras haber puesto todo de tu parte para que algo funcionase. Y él lo había hecho conmigo.

Estoy bien. Todo está bien. No te preocupes. Gracias. Te llamaré.

Miré la hora. Era tarde. No podía llamar a Jana.

Al otro lado de la calle pude ver una parada de taxis, pero no había ninguno. Me acerqué para ver si encontraba algún número de teléfono y justo cuando iba a llamar, se acercó uno. Me monté y, después de indicarle la dirección al taxista, dejé escapar la angustia de todo lo que llevaba dentro. Lloré. Lloré hasta que no pude más. Escuché al taxista preguntarme si me

encontraba bien. No le respondí. No podía. El nudo que tenía en la garganta no me dejaba pronunciar palabra.

En ese momento me di cuenta de que podría haber destrozado una bonita y duradera relación, por sexo. Ahora lo tenía claro. Sentía pena por todo lo que pudiera ocurrir de ahora en adelante con Ewan, pero también por lo que podría haber sido y no fue. ¿Realmente David sentía algo por mí? No quería hacerle daño.

Tenía claros mis sentimientos, pero dudaba que Ewan me pudiera perdonar y olvidar todo lo ocurrido. Podría no contárselo, pero eso destruiría la base de toda relación; la confianza que nos teníamos el uno por el otro.

Cuando llegué a casa me encontré a Jana tumbada en el sofá. Parecía haber estado esperándome o por lo menos aguardando alguna noticia mía. Porque estaba dormida con el móvil a su lado y con mi perra en su falda. La desperté para llevarla a la cama. Abrió los ojos y en cuanto me vio la cara llena de churres por haber llorado, me abrazó.

—Caroba no sé qué ha pasado, pero llorar no va a solucionar nada. Si quieres contármelo, aquí estoy —me dijo acariciándome la espalda.

—No he podido, Jana. No voy a entrar en detalles, pero cuando me vi allí, con otra pareja, me di cuenta de que no quería eso para mí. Vi a David tan morbosamente disfrutando con aquella chica y no sentí nada, Jana. No sentí celos ni siquiera me molestó. Ahí me di cuenta de que no le amaba y sin saber por qué, recordé lo que sentí cuando Monique me contó que había tenido sexo con Ewan y mi corazón se rompió. Imaginar a Ewan con alguien que no sea yo... ¡Ufff! Me quise morir, sí, eso fue lo que sentí.

»En cambio ver a David tocando a aquella mujer no me provocó ningún sentimiento, si acaso morbo —respiré hondo y sin saber bien que es lo que estaba diciendo, continué—. Por lo menos he podido aclarar qué es lo que siento por uno y por otro. Ahora mismo me preocupa no saber si Ewan es: el amor de mi vida. Me siento sucia, tendría que haber roto con él. No sé si podrá perdonarme. Estoy tan asustada... —seguía teniendo ese nudo en la garganta que apenas me permitía hablar y la sensación de que el mundo se derrumbaba a mis pies—. No quiero perderle. ¡Dios! Sé que le haré daño, le destrozaré. Les he hecho daño a dos personas por mi egoísmo, mis traumas, mis dudas... mi necesidad de encontrar algo que ni yo misma sé.

Jana me miraba sin pronunciarse, dejándome hablar y calibrando mis palabras. Por la expresión que tenía sabía que estaba sopesando qué decirme mientras yo daba vueltas por el salón, sacudiéndome las manos como si con

eso consiguiera quitarme toda la mierda que sentía encima de mí. Me estaba aplastando y asfixiando.

—Lamento tanto haberle hecho daño a David. ¿Sabes? —Me senté junto a ella acariciando a mi perra y la miré a los ojos. En ellos solo veía confusión. Me reí para mí misma por la situación que estaba viviendo. Tenía ganas de gritar, de llorar, de desaparecer—. El otro día, cuando cenamos viendo el atardecer, me dio a entender que lo había rescatado de un profundo agujero que lo estaba llevando a un camino sin retorno. Quería contarme cosas, abrirse conmigo. Y ahora creo, que cuando estaba a punto de salir según él gracias a mí, lo he empujado de nuevo... —miles de lágrimas volvieron a correr por mis mejillas. No podía soportar lo asolada que me encontraba, no podía escuchar lo que Jana quisiera decirme. Me levanté en dirección a mi habitación. Tenía que aclararme.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me preguntó mientras observaba cómo sacaba del armario una pequeña maleta y la abría sobre la cama.

—Necesito irme de aquí. No sé adónde..., pero tengo que irme. ¡Perdóname por dejarte sola! Necesito poner tierra de por medio. ¿Lo entiendes?

—Claro que sí, pero no hace falta que te vayas ahora. Puedes irte mañana. Descansa un poco —me suplicó cogiéndome las manos y moviéndolas.

—No podría dormir, Jana. Lo que he pasado esta noche, no me va a dejar pegar ojo y no quiero encontrarme con nadie. No quiero que David pueda venir a buscarme. No quiero encontrarme con Jaime. Necesito irme.

—Está bien. No te preocupes por nada. Mañana a primera hora me iré a mi casa, podría llevarme a la perra, si quieres, y cuidarla hasta que vengas a buscarla. Ya te he dicho, muchas veces, que te apoyaré aunque no entienda tus razones. Siempre las respetaré —me dio un beso y me empujó hacia el baño—. Ahora date una ducha que apestas a sexo y alcohol. Yo te meto un par de mudas en la maleta, ¿te parece? —Asentí con la cabeza dirigiéndome al cuarto de baño como una autómatas.

Al salir a la calle me encontré con el cielo encapotado. ¡Quizá lloviera! Me reí para mis adentros. Sería perfecto para limpiar mi alma. Me metí en el coche y puse rumbo a ninguna parte. Inconscientemente puse la radio y comenzó a sonar *Cómo te atreves* de Morat(1). Ironías de la vida, otra canción que me hablaba:

Cómo te atreves a volver.

*Y a tus cenizas convertir en fuego.
Hoy mis mentiras veo caer.
Que no es verdad que te olvidé....*

No me di cuenta de cuánto tiempo llevaba conduciendo ni hacia donde, cuando vislumbré nuestra casa. Había vuelto al punto de partida. ¿Estaría Ewan esperándome?

Me miré en el espejo. ¡Estaba hecha un desastre! Aunque con lo que estaba lloviendo poco iba a poder hacer. Salí del coche y miré hacia el cielo ennegrecido, era fiel reflejo de cómo estaba yo por dentro. Dejé que las gotas resbalaran por mi rostro y se mezclaran con mis lágrimas. Comencé a andar, sin pensar, en dirección a nuestra casa. Suspiré. Todavía no tenía claro qué iba a hacer ni qué le iba a decir. Deseaba que cuando le tuviera frente a mí, sintiera que era él: el amor de mi vida. Me asustaba pensar que no fuera así y no haberlo podido identificar hasta ahora. Dudé si volverme al coche, o seguir hacia la puerta para intentar descubrir cuál sería mi destino. ¿Estaría éste junto a Ewan? ¿O sería vivir sola hasta encontrarlo?

Abrí la puerta y encontré a Ewan, sentado en la cocina, cabizbajo. Levantó la vista y me miró. Tenía mala cara. Unas ojeras muy marcadas y una barba incipiente delataban su estado de ánimo. Se levantó y me observó sorprendido. Me quedé allí, de pie, mirándole sin saber qué decir ni qué hacer. Lo único que pude sentir fue mi corazón galopando en el pecho. Me sentí en casa.

42

Ewan

“Ámame sin preguntas, que yo te amaré sin respuestas”.
Autor desconocido.

Cuando la vi abrir la puerta y quedarse allí, parada, mirándome sin saber si entrar o no, algo dentro de mí revivió. Me levanté y la observé sorprendido por el estado en el que se encontraba. Estaba empapada. Tenía los ojos llorosos y su mirada transmitía anhelo. Había vuelto a casa, conmigo. Pero me sentía asustado por todo lo que había sucedido entre nosotros, en sólo una semana. ¡Maldita semana! Si todo se arreglaba, la borraría de mi mente para siempre. ¡Dios! Estaba tan preocupado.

Desde que Monique se marchó de mi despacho, había estado llamándome y, aunque no le había cogido ninguna de las llamadas porque pensaba que me quería convencer de que volviéramos a estar juntos, resultó que esa no era la razón. Y para hacérmelo saber, me envió un mensaje para contarme que Caroba estaba al tanto de todo lo sucedido entre nosotros y, en ese momento, me quise morir. Llamé a Caroba innumerables veces sin recibir respuesta. Su teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura. Había cometido un error imperdonable y, la furia que bulló dentro de mí, me hizo comportarme de una forma que jamás me perdonaré.

No podía echarle la culpa a Monique, ya que ambos la teníamos por igual. ¿Cómo podría explicarle a Caroba que todo fue fruto de la desesperación? Llevaba dos semanas con pesadillas que no me dejaban descansar. Me daba miedo pensar que se podía haber ido con ese tal David al campo y que me lo hubiese ocultado. Que ese chico era más o menos de su edad, no como yo. Las palabras que todos me dijeron en su momento se me agolpaban en la cabeza: *...te dejará por otro más joven, es demasiado guapa e inteligente.* Por esa razón estaba convencido de que él quería conquistarla. Y de lo que estaba seguro era que lo conseguiría.

Caroba se había convertido en el centro de mi existencia. La amaba tanto que dolía y aunque fuera un sentimiento recurrente, así era. Por la preocupación que acababa de ver reflejada en su rostro, pude entrever que lo

había pasado muy mal. Respiré hondo y un suspiro se escapó de mi garganta. La miré y allí seguía de pie sumida en sus pensamientos. Con lágrimas en los ojos esperando una reacción de mi parte. Su mirada me indicaba melancolía mezclada con algo que lograba reconocer. Caroba, ¿qué te ha pasado?

Recordé que esa era la misma mirada que le vi cuando me contó lo que le había pasado con Eduardo. Su primer error como ella lo llamaba. Ese hombre fue un verdadero sinvergüenza. La sedujo durante meses hasta que consiguió llevársela a la cama y cuando logró lo que quería de ella, la dejó. Le confesó que tenía novia y que se iban a casar en un mes. Que simplemente quería, antes del enlace, era echar una canita al aire. Ella se quedó destrozada porque con su cortejo la enamoró. Estuvo meses deprimida, la desequilibró hasta tal punto que intentó quitarse la vida. Cuando consiguió salir a flote, tomó la decisión de no querer saber nada más de los hombres.

En ese momento entendí lo que necesitaba. Me levanté y corrí a coger una toalla. Me acerqué a ella y se la dejé caer sobre los hombros. Le froté la espalda. Necesitaba abrazarla, pero al ser consciente del estado en el que ella se encontraba, me daba miedo que cualquier acto mío pudiera provocar una catástrofe. Por otro lado yo tampoco podría encajar un rechazo. Quizá me había equivocado y ella simplemente se había venido para acabar con nuestra relación... ¡Dios! Estaba demasiado angustiado y perdido. ¿Qué podía hacer? La tenía delante de mí y no era capaz de adivinar qué pasaba por su cabeza. ¿Qué habría ocurrido para que estuviera tan hundida? ¿Era por lo de Monique?

Mientras la acariciaba, ella alzó la vista y me miró a los ojos buscando un abrazo. Un abrazo que no le negaría. Uno que ella necesitaba, que yo deseaba darle y que provocó que se estremeciera contra mi pecho. En ese preciso instante me di cuenta de cuánto la amaba y de que pasara lo que pasara, la perdonaría. Mi vida iba de la mano de la suya. A su lado hasta el final.

La besé en el pelo y la apreté contra mi pecho. Necesitaba su contacto. Necesitaba meterme bajo su piel. Sentirla mía. Ella dejó caer su cabeza en mi pecho e inspiró fuerte, buscando mi olor. Me separé un poco de ella, le puse un dedo debajo de su barbilla y alcé su boca para poder besarla. Acerqué mis labios a los suyos y la besé. La besé como si no hubiera un mañana. Ella dejó escapar un gemido que ahogué en mi garganta. Un gemido que me supo a gloria.

Con desesperación la alcé y la llevé al dormitorio. Esa habitación donde habíamos compartido tanta intimidad. La acosté en la cama y con mucha

calma le quité los zapatos mojados. Le di un suave masaje en los pies para calentárselos. Fui subiendo mis manos, por sus piernas contoneadas sintiendo su piel erizarse, hasta llegar a la cintura. Ella, sin pronunciar palabra, levantó las caderas permitiendo que deslizara sus pantalones mojados, dejándome ver la lencería que llevaba. Con mucha dulzura dejé miles de besos por sus muslos hasta llegar a su centro. Acaricié la tela y con un movimiento brusco se la arranqué. No sé por qué lo hice. Fue algo instintivo, de posesión. ¿La habría tocado ese hombre? Ella levantó el rostro y me miró encendida. Su mirada se había oscurecido por el deseo. ¿Le había gustado? ¿Le gustaba el sexo duro?

Como si fuera la última comida que pudiera probar antes de morir la devoré. Lamí su botón, lo mordisqueé, lo succioné notando como su cuerpo se retorció de placer. Su reacción me volvió loco, y me puso aún más bruto. Me deshice del pantalón con premura, le alcé las piernas, las coloqué sobre mis hombros y la penetré. Necesitaba follar con ella. Poseerla. Declararla mía. Me adentré hasta lo más hondo de su ser. Notaba como ella se estremecía con cada embestida.

La giré poniéndola a cuatro patas y noté como su respiración se aceleraba. La cogí de la cintura y la embestí con dureza. Como parecía que ella necesitaba en esos momentos. Y, por supuesto, necesitaba yo. Algo dentro de mí se había despertado. No sabía cuál era la razón, pero ver su expresión de lujuria me había enfurecido. ¿Ese chico había provocado eso en ella? ¿Era eso lo que ella buscaba?

La agarré del pelo y ella gritó, gimió, jadeó. ¡Dios! Nunca me había sentido así. Ella no era muy dada a hacer ruidos, ni mostraba con tanta claridad que el sexo le gustara. Llegaba al orgasmo, pero nunca lo hacía como en ese momento. Fue algo indescriptible. Eso era sexo en estado puro. Introduje un dedo en su parte trasera y eso hizo que ella llegara al clímax, pero yo aún no quería terminar, necesitaba más.

Salí de su interior, me tumbé en la cama y girándola la coloqué sobre mí. Necesitaba verla. Puse mis manos en sus caderas y la bajé de golpe hasta mí. Ella se dejó hacer. Con un dedo le acaricié el clítoris y se estremeció. Noté como su piel se erizaba bajo mis dedos. Comenzó a moverse con más brío buscando su propio placer. Le pellizqué los pezones mientras me incorporaba. Necesitaba besarla. Me detuve en sus pechos. Lamí sus pezones, los mordisqueé buscando que su centro se encogiera de placer. Subí hasta encontrarme con sus labios. Su boca. Notaba como su centro se contraía en

busca del clímax. Un par de embestidas más y un torrente de placer, me recorrió todo el cuerpo. Fue sublime. El mejor orgasmo que había tenido desde hacía mucho tiempo.

Jadeantes y sudorosos nos miramos. Ella sonrió. Le devolví la sonrisa mientras nos abrazábamos. Ignoraba qué había pasado entre ese hombre y ella, pero lo que sí sabía era que ella me pertenecía ahora más que nunca. Se había entregado a mí como nunca antes. Sentía que había descubierto una razón para luchar por nuestro amor. Al fin pude escuchar aquellas palabras que anhelaba oír de sus labios desde el momento en que la conocí...

—Te amo —susurró mientras me besaba con dulzura. Una dulzura que decía muchas cosas sin necesidad de emplear más palabras.

Henchido de felicidad la recosté sobre mí. La abracé y noté como su respiración se iba haciendo más pausada, como se iba durmiendo sobre mi pecho. La observé, en silencio, sin salirme aún de ella. Tanto tiempo juntos y, en ese preciso momento, me di cuenta de que lo había hecho todo mal.

—Mi niña, ¿es esto lo que te gusta? —musité mientras le acariciaba el pelo y se lo besaba— ¿es esto lo que necesitas para que te complete?

43

Me desperté sobresaltada y sola. No tenía muy claro donde me encontraba, me dolía la cabeza y todo el cuerpo. Me llegaban *flashes* de todo lo ocurrido la noche anterior.

Como aquel chico me había maniatado y tumbado en la cama sin que apenas me hubiese dado cuenta.

Recordé estar viendo como David acariciaba a esa chica y me miraba para comprobar si me sentía a gusto y si me excitaba lo que ocurría en aquella habitación. ¿Realmente me estaba gustando vivir aquella experiencia?

Una nueva imagen apareció en mi cabeza... el momento en el que el chico desconocido me tapó los ojos. Esa acción me pareció normal en la situación en la que nos encontrábamos. Me sorprendió su petición, pero tras haber leído algunas novelas romántico-eróticas que me había recomendado Jana, intuía que eso no era nada peligroso más bien morboso. Ya lo había probado con David, pero era porque confiaba ciegamente en él. Lo de anoche era diferente. Necesitaba disfrutar, desinhibirme. Quería experimentar lo que significaba estar en brazos de alguien que desconocía y que sólo me proponía placer.

—¿Puedo taparte los ojos? —me preguntó alzando un trozo de tela entre sus manos—. No hay nada más sensual, que sentir sin saber dónde te van a tocar. Es una sensación deliciosa a la par que excitante —continuó diciendo mientras le miraba con inquietud y algo asustada, pero entonces me convenció susurrándome al oído con una voz ronca llena de placer—: ¡Créeme te gustará!

Sólo podía escuchar nuestras respiraciones y como un jadeo se escapaba de entre mis labios. La sensación de escuchar tu propia respiración y no ver nada era muy excitante. La piel me quemaba cuando sentí que empezaba a rozarme el cuello con los labios e iba dejando miles de besos cortos hasta llegar a mi hombro derecho. Con la boca deslizó el tirante de mi vestido, provocando que mi respiración se entrecortara. Apenas se separó un poco de mí cuando pude percibir como con una mano bajaba la cremallera de mi vestido. Lo hacía con extrema lentitud dejando que sus dedos rozaran levemente mi espalda. Su contacto hizo que se me erizaran todos los pelos del cuerpo. Era muy excitante. Escuchaba como su respiración se aceleraba.

—Eres preciosa... Puro sexo —escuché como murmuraba mientras me acariciaba.

Advertí como mi vestido caía al suelo, a la vez que miles de besos descendían por mi espalda. Me quitó el sujetador y acunó con sus manos mis pechos. Tenía los pezones duros y cuando noté su boca sobre ellos quise morir. Un latigazo brutal recorrió todo mi cuerpo hasta centrarse en mi clítoris. Los rodeó con la lengua dejando ligeros mordiscos en el centro. Mi cuerpo se arqueó debido al placer que me estaba provocando. Al ver mi reacción, me tumbó bruscamente en la cama mientras me devoraba la boca con ansia. Noté un cachete en el culo provocando que un quejido de placer se escapara de mi boca. Una de sus manos se introdujo en mi interior, y él rugió contra mi boca.

—¡Dios! ¡Estás empapada! Te voy a follar hasta que ambos no podamos más —exclamó con aspereza. Eso me asustó un poco. Lo notaba fuera de sí.

Cogió mis manos y las ató por encima de mi cabeza. En ese momento, todo dejó de gustarme. No me agradaba estar maniatada. Me daba pánico no poder responder si quisiera parar. Fue entonces cuando sentí que me tapaba la boca y, en ese instante, el miedo me recorrió las venas. Noté como los ojos me escocían y me puse a llorar de impotencia. Me destapó los ojos y pude ver violencia en sus ojos.

En ese momento, a lo lejos, comencé a escuchar como David gritaba y como en cuestión de segundos lo tenía a mi lado desatándome. Me preguntaba algo que no lograba escuchar. Era como si mi cuerpo no me perteneciera, como si estuviera viéndolo todo desde arriba. En mi cabeza sólo tenía una idea: irme de allí, desaparecer. Recordé lo asustada que estaba. Dolida. Rota.

La puerta de la habitación se abrió de golpe, y vi como entraba un feliz Ewan tarareando una canción, trayéndome de vuelta a la realidad. Le escuchaba cantar mientras yo intentaba recomponerme.

—*Andas en mi cabeza a todas horas...* —se quedó parado y su semblante cambió de forma brusca cuando me miró y se dio cuenta de mi expresión de pánico.

Dejó la bandeja en la mesilla y vino corriendo a arroparme. Me abrazó como sólo él sabía hacerlo, dándome cariño, calor, protección,... Estar entre sus brazos me hacía sentir que estaba en casa. Le rodeé la cintura con mis brazos y me dejé llevar por las sensaciones que me transmitía estar así, sobre su pecho. ¿Cómo había podido estar tan ciega durante ese tiempo? ¿Cómo

había podido pensar que Ewan no era el hombre de mi vida?

—Mi amor, ¿estás bien? —me preguntó Ewan mientras dejaba mil besos sobre mi pelo y me apretaba aún más contra su pecho.

—Ahora sí —le respondí al tiempo que levantaba la cabeza para mirarle a los ojos. Esos ojos llenos de dulzura y bondad, que consiguieron transmitirme la paz que necesitaba en esos momentos.

Me subió a horcajadas encima de él y le besé con ansia mientras introducía mis manos por debajo de su camiseta arañándole la espalda. Necesitaba que me follase duro. Me miraba de forma pícara, se quitó la camiseta y, con un suave toque, me tiró hacia atrás en la cama. Se tumbó sobre mí y me devoró la boca mordisqueándome el labio inferior. No pude evitar que se me escapase un gemido y que mi cuerpo se arquease.

Ewan bajó hasta mis pechos y los mordió, los chupó succionándolos con fuerza. Los había cogido con las manos juntándolos para tener acceso a ambos para no dejar ninguno desatendido. Me faltaba la respiración. Nunca había disfrutado tanto con él como en ese momento.

—Caroba, ¿qué te gusta? ¿Quieres que te folle así? —me preguntó con la voz ronca de placer mirándome a los ojos y apretando su erección contra mi sexo—. ¿Es esto lo que te gusta? —no pude más que asentir con la cabeza mientras me frotaba contra su miembro que estaba muy duro—. ¡Dímelo Caroba! ¡Pídeme lo que quieras!

—Quiero que me folles... —susurré entre jadeos mientras él bajaba hacia mi centro dejando pequeños mordiscos en mis muslos, que lejos de dolerme me gustaban. Hizo lo mismo en mi clítoris obligándome a gritar de placer. Me miró desde esa posición y sonrió de esa forma tan pícara que me encantaba.

—¿Te gusta duro, pequeña? —volví a asentir con la cabeza arqueándome de placer cuando me dio otro mordisco en el clítoris. Esta vez había succionado a la vez que mordía mi botón provocando que me corriera de una manera brutal.

Subió hasta colocarse a la altura de mi boca para penetrarme de forma brusca. Busqué su boca para que me besase, pero me miró con cara de no entender. Él sabía que lo que le estaba pidiendo nunca me había gustado.

—¡Bésame! Quiero notar mi sabor en tu boca... quiero que me folles duro. Necesito... —no me dejó terminar la frase cogiendo mi cara entre sus manos y devorándome.

Nunca lo había hecho, pero me sentía embriagada. Se apartó de mí, me

cogió las piernas colocándolas sobre sus hombros y me penetró de una estocada. Sus dedos me agarraban los muslos provocándome un ligero dolor que me pareció muy placentero. Me penetraba cada vez más fuerte, más hondo. Le cogí de los brazos buscando llegar al orgasmo. Me abrió las piernas haciendo que las enroscara en su cintura. Con una mano me tocó el clítoris y un calor me recorrió la espalda hasta llegar al orgasmo más brutal que hasta entonces había tenido. En ese momento Ewan dio un empujón más y se corrió dentro de mí quedando extasiado.

Se dejó caer sobre mí mientras se recuperaba del esfuerzo, susurrándome al oído de forma mimosa:

—Te amo, pequeña.

—Y yo a ti. Nunca pensé que pudiera decirlo en voz alta, pero ¡TE AMO!
—grité. Ewan empezó a reír nervioso y me abrazó.

—No te imaginas la de tiempo que llevaba necesitando oír esas palabras salir de tu boca. Me has hecho el hombre más feliz sobre la faz de la tierra. ¿Eres consciente de cuánto llevo conteniéndome en el sexo porque pensé que no te gustaba así? Siempre he creído que en el sexo vale todo, que es algo para disfrutar. Siempre dentro del respeto, pero es importante innovar.

—Caroba, no quiero romper la magia después de lo que acaba de pasar. Ha sido perfecto, pero tenemos que hablar —me pidió entre arrumacos—. No podemos dejar las cosas como están sin aclarar antes qué ha pasado. Tengo que contarte algo que no sé si te gustará.

—Yo también tengo que contarte cosas, pero antes deberíamos darnos una ducha y desayunar para reponer fuerzas —le propuse mientras le daba un casto beso en los labios que no tardó en convertirse en uno mucho más apasionado. Me apretó contra su pecho agarrándome con sus manos por la cintura mientras jugaba con mi lengua. No pude evitar que un gemido saliese de mi boca para terminar en la suya. Ewan suspiró al ver lo que había conseguido con ese beso y apretó mi trasero.

No pude dejar de pensar que teníamos que decirnos tantas cosas, que sentía pánico. Todavía no sabía qué había pasado con su ex y estaba totalmente segura que él desconocía todo lo que había pasado durante esa última semana. Si lo supiera, no se comportaría así conmigo. Cuando se lo contase todo, sabía que Ewan sufriría. No quería pensar que sucederá entre nosotros después de que supiese lo que había hecho. Estaba muy asustada. ¿Cómo nos afectará lo sucedido, a nosotros cómo pareja? ¿Sería nuestro final?

—¡Deja de pensar! —me dije a mí misma.

Me permitiría disfrutar de él un ratito más, con una ducha y lo que pudiese surgir en ella. Después me enfrentaría a todo lo que tuviese que pasar. Me escapé de sus brazos entre risas y corrí hacia el baño.

—¡Serás! ¡Te vas a enterar cuando te coja, granujilla! —gritó riéndose detrás de mí.

Nuestro cuarto de baño me encantaba, porque tenía una placa de ducha hidromasaje y junto a ella, un jacuzzi. La dueña decidió derribar uno de los dormitorios de la casa para poder hacer un gran aseo. Yo le estaba muy agradecida con la decisión que tomó. También tenía dos lavabos y un gran espejo.

Entré corriendo y, por un instante, dudé hacia dónde dirigirme porque sabía que cualquiera de las dos opciones me iba a encantar. Me introduje en el hidromasaje porque nos daría más juego. Con una velocidad vertiginosa

me dio caza por detrás abrazándome.

—Eres una *pillina*, ¿lo sabes? —me murmuró al oído mientras me besaba en el cuello y me cogía los pechos entre sus manos.

Abrí el agua caliente. Con la mano le toqué su miembro erecto que en esos momentos rozaba mi trasero.

—Caroba... —gimió mientras movía las caderas rozándose contra mi cuerpo. Me empujó contra la pared donde apoyé las manos para no chocarme. Ewan aprovechó ese gesto para aprisionarlas con las suyas refregándose aún más contra mi trasero—. ¡Mmmm! Me encanta tu culo. ¡Dios! Eres tan deseable... Dime que quieres que te folle por detrás. Déjame que pruebe este maravilloso culito... —me dijo entre jadeos apretándome las nalgas.

Asentí con la cabeza mientras me giraba un poco para chuparle la boca. De manera inconsciente levanté el culo y con una mano me introdujo un dedo en mi interior.

—¡Joder! Estás tan mojada... No puedes imaginarte lo feliz que me haces —con ese mismo dedo buscó mi otro orificio y lo introdujo lentamente—. ¡Dios! Estás muy dilatada. Caroba...

Ewan me penetró por detrás. No pude evitar que se me escapase un jadeo ahogado. Seguía con las manos apoyadas en la pared aguantando el trasero en alto para darle más acceso y poder disfrutar todo el placer que estaba sintiendo. Ewan se movió con frenesí mientras con una mano masajeaba mi clítoris.

—Más fuerte... más fuerte —le grité a Ewan que me embistió con más fuerza.

Me sujetó por las caderas y noté como le estaba viniendo el orgasmo.

—Caroba, ¡córrete conmigo! —y como si sus palabras hubieran hecho magia, noté un calor que me recorrió todo el cuerpo y alcancé un orgasmo que me llevó al paraíso.

Sentí como Ewan se derramaba en mi interior y me gustó. Dejé caer la cabeza sobre mi hombro dejando un suave beso. Salió de mi interior y enseguida noté un vacío. No quería hablar. Aún no estaba preparada.

Me giré y me eché jabón en las manos. Sin dejar de mirarle, busqué enlazar nuestras miradas intentando encontrar su complicidad. Con mimo empecé a enjabonarle. Comencé por sus pectorales tan bien definidos. Bajé hacia sus abdominales. No podía dejar de morderme el labio inferior mientras tocaba su tableta marcada de trabajársela en el gimnasio. Este hombre estaba esculpido en piedra. Seguí hasta su miembro aún erecto. Me agaché y lo

limpié a conciencia. Me lo metí en la boca y succioné.

—Caroba... No sigas... ¡Para!... ¡Mmmm! —gimió mientras se la chupaba. Sabía que eso le encantaba. Pero necesitaba sentirlo dentro de mí otra vez. Levanté la vista y vi que me estaba mirando. Con esa mirada que me indicaba que quería más. Me levanté y me subí hasta introducirme su miembro erecto—. ¡Dios! Esto es el cielo —Posó sus manos en mis glúteos y, de un impulso, me subió mientras yo le rodeaba su cintura con mis piernas. Con las manos me impulsó arriba y abajo. Me agarré a sus hombros y lo ayudé mientras le besaba. Jugué con su lengua. Le mordí el labio. Estaba totalmente desatada. Algo en mi interior me decía que éste sería el último. Una embestida más y llegamos al clímax. Juntos.

Terminamos de ducharnos y Ewan salió el primero. Se enrolló una toalla en la cintura y con otra me secó con sumo cuidado, con mucho mimo. Centrándose en cada parte de mi cuerpo.

—Eres preciosa. Perfecta —me dijo sin dejar de secarme.

Nos pusimos los albornoces y salimos juntos al dormitorio. Se sentó en la cama palmeando para que lo acompañase. Me senté junto a él y me soltó:

—Caroba, besé a Monique. La besé y me siento culpable por haberlo hecho —mis ojos se me iban a salir de las órbitas. La rabia me recorrió el cuerpo. Noté como las lágrimas querían escapar, pero las retuve porque rápidamente añadió—: Eso no es todo. Lo siento tanto... cuando me colgaste, estaba tan enfadado que no sé cómo... dejé que me la chupara. ¡Dios! Caroba, tienes que entenderlo... —proseguía mientras cogía mis manos entre las suyas—, estaba muy enfadado con lo que ella me había contado sobre ti y tú... me colgaste —le miré. No dije nada. Tenía ganas de gritar, de llorar, de pegarle. Pero no podía. No sería justo. Lo mío era mucho peor—. No digas nada todavía. Desde que te fuiste he estado teniendo pesadillas.

—¿Pe...pesadillas? ¿Sobre... qué? —no me salían las palabras. Nos habíamos hecho mucho daño. En esos momentos sentía un vacío en mi interior. No entendía qué era lo que nos habíamos hecho el uno al otro. Lo nuestro era tan bonito.

—Caroba... —con una mano me acarició la mejilla—. Soñaba que te perdía, que te ibas con otro hombre más joven que yo y... por lo que me había contado Monique de ese chico... después me colgaste sin darme ninguna explicación. En ese instante sentí que algo se me desgarraba por dentro. Me quise morir. Te juro que noté como se rompía algo dentro de mí. Estaba tan ensimismado que sin apenas darme cuenta la tenía de rodillas

chupándomela... y yo... no pude hacer nada. —Cuando vio mi expresión de espanto, me aclaró—: Te prometo que no llegamos a nada. Sólo fue el momento de confusión. Me aparté de inmediato y al darme cuenta de mi error, la eché de mi despacho. Tienes que confiar en mí, por favor —me suplicó con la voz rota mientras me miraba a los ojos buscando mi perdón.

Me abalancé sobre él y le besé. No podía hacer otra cosa. Lo mío era mucho peor. Me levanté, me quité el albornoz y me subí a horcajadas encima de él. Necesitaba sentirlo dentro de nuevo. Cuando yo le contara... ¡Dios!

Me tumbó con suavidad en la cama, sin salirse de mi interior se quitó su albornoz y me hizo el amor. Esa vez fue muy pausado, dulce, cariñoso. Sus besos estaban llenos de ternura. Estábamos explorándonos, sintiendo nuestros cuerpos como si nunca lo hubiéramos hecho antes.

—Mírame. Necesito reconocer el perdón en tu mirada —me susurraba mientras me hacía el amor.

Le miré y, no pude evitar, que dos lágrimas rodasen por mis mejillas. Ya no veía la mirada azul de David. No quedaba nada de la confusión que hasta la noche anterior había sentido. Le amaba con todo mí ser.

—No llores mi amor. Caroba, te amo. Nada podrá cambiar eso jamás —y sin ser conscientes de todo lo que nos esperaba llegamos juntos al clímax. Se quedó dentro de mí, mirándome mientras mis ojos se cerraban. Estaba agotada. La semana había sido agotadora. Muchas horas sin dormir y demasiado estrés. Me quedé dormida entre sus brazos. Noté como se recostaba a mi lado. Depositó un suave beso en mis labios y susurró—: Duerme mi vida. Descansa. Eres lo mejor que me ha pasado. Nada podrá cambiarlo.

45

Abrí los ojos y lo primero que pude ver fueron sus ojos color chocolate mirándome con atención. Estaba de lado girado hacía mí. Parecía como si quisiera memorizar cada rasgo de mi rostro como si supiera que lo que yo tenía que contarle no iba a gustarle.

—Hola... —ronroneé mientras me acercaba a él para besarle.

—Caroba... —me regañó en tono dulce. Lo sabía. Era consciente de que estaba evitando contarle lo que me había pasado. Me conocía demasiado bien.

—Está bien—le solté de mala gana mientras me incorporaba—. Lo que voy a contarte no te va a gustar. No sé, si después de escucharlo quieras seguir conmigo, pero antes quiero aclararte que... te amo. Te amo con locura. A raíz de lo que ha pasado, ya no tengo dudas de mis sentimientos hacia ti.

—¿Tenías dudas de lo que sentías por mí? ¿Y porque me estoy enterando ahora, Caroba? —me preguntó bastante confundido—. Soy consciente de que no me has dado lo mismo que has recibido de mí, en cuanto a amor se refiere, pero siempre he pensado que se debía a tu temor por lo que te pasó cuando eras una niña, por lo que te habían hecho otros hombres..., pero nunca pensé que tenías dudas de tus sentimientos hacía mí. ¡Joder! Caroba, ¿qué has hecho? Por favor, no dilates más el tiempo y cuéntame, de una vez por todas, qué ha pasado porque después de lo que me contó Monique que le había pasado con ese chico... ¿cómo se llama? —se quedó pensativo mirándome.

—David, se llama David —terminé su frase con voz más decidida de la que me esperaba. Me sacudí una pelusa inexistente y empecé a hablar mientras mi cabeza daba vueltas sobre cómo contarle lo ocurrido—. No sé qué te habrá contado tu ex, yo conozco la versión de la otra parte y te puedo asegurar que no es ninguna santa.

—Caroba... —me regañó nuevamente—. Ya hablaremos de eso más adelante. Empieza a contarme qué diablos ha pasado en Sevilla para que llegaras anoche empapada, llorando y oliendo a alcohol.

—Yo... No sé por dónde empezar.

Le conté todo lo que consideré conveniente contar. No profundicé en los detalles más escabrosos ni le mencioné nada sobre la coca. Eso era algo de lo que me arrepentía haber hecho. No debí probarla. Eso no estuvo bien. La

verdad era que había hecho demasiadas locuras en las dos últimas semanas. Más de las que me iba a permitir perdonarme a mí misma.

Ewan escuchaba sin dar crédito a lo que le contaba. Cuando terminé mi relato, me sermoneó diciéndome que no podía entender cómo me había dejado seducir o embaucar por semejante tipo, ya que se le veía de lejos cuales eran sus intenciones. Me hizo mucho daño cuando me regañó por no haberle llamado y confiado en él. Me dijo que no entendía por qué no había sido clara desde el principio.

Le expliqué que no vi ninguna maldad a los actos de David; como cuando dormimos juntos y ni siquiera me tocó. Cuando se comportó como un verdadero amigo, que había venido a mi casa, con la única la intención de ver películas conmigo para distraerme y conocerme. Intenté convencerle de que yo había dado un salto abismal con el cambio de ciudad, de amigos, de trabajo... Que en Sevilla me encontré sola e insegura. David supo darme lo que creía que necesitaba en esos momentos: cariño, compañía, comprensión, ... Si todo eso lo mezclaba con ese aire de intriga que tenía, enloquecí y me dejé llevar.

Podía notar cómo Ewan aguantaba las ganas de gritar, de romper algo. Tenía la mandíbula apretada y los puños cerrados. Sin decir nada se vistió y se fue. Pasaron varias horas sin que yo tuviese noticias suyas. Le llamé al móvil en varias ocasiones y siempre escuchaba; apagado o fuera de cobertura. ¡Dios! Iba a volverme loca. ¿Y si le había pasado algo? ¡Podía haber tenido un accidente! Algo me impulsaba a hacer lo que nunca pensé que pudiera hacer.

—¿Sí? ¿Diga? —respondió al teléfono Toñi, la madre de Ewan.

—Hola, soy Caroba, ¿está Ewan ahí con usted? —le pregunté con tino para no levantar sospechas.

—¡Ay, hija! ¡Hola! No he mirado el número y no sabía con quien hablaba. Sí, está aquí, Caroba, pero me ha pedido que no le moleste ni le pase ninguna llamada. Se ha encerrado en su habitación y lleva ahí más de dos horas. Ahora iba a subir a preguntarle si quería cenar algo. Tiene mala cara. ¿Sabes si está enfermo? —me preguntó algo preocupada.

—Sí, me comentó que se encontraba mal y no quería contagiarme... ¿le puede decir que me llame cuanto antes, por favor? —¡Vaya trola que le acababa de soltar a la pobre señora! Señora porque había estado casada no porque lo aparentara. Era una mujer muy guapa y seguía siendo muy atractiva. Tenía una larga y rubia melena rizada y unos ojazos azules que

deslumbran. Además, cuidaba mucho la alimentación e iba al gimnasio tres veces a la semana. A muchas mujeres les gustaría envejecer como ella. Cuando me percaté de que me estaba hablando, abandoné mis ensoñaciones y me despedí de ella con mucha amabilidad.

Tenía un nudo en la garganta. Sentía que me ahogaba. No podía respirar.

Al menos se había ido a casa de su madre. Eso me tranquilizaba, sabía que allí estaría bien. Me dejé caer de rodillas y rompí a llorar.

En ese momento sonó el teléfono. Lo cogí enseguida pensando que era él, pero mi desilusión se hizo latente cuando descubrí que era Jana.

—¡Ho... hola! —era lo único que pude pronunciar entre sollozos.

—¿Tan mal fue la cosa? Cojo el coche y en dos minutos estoy ahí —me dijo y colgó.

—Esper... —no me dejó responderle que no hacía falta que viniese a mi casa. Quería estar sola. Quería tumbarme en el sofá, ver fotos de Ewan y más de los viajes que habíamos hecho para poder regodearme en mi dolor y, por supuesto, emborracharme hasta perder el conocimiento—. ¿Qué has hecho Caroba? —me pregunté a mí misma.

Escuché la puerta abrirse y de nuevo la ilusión de que fuese Ewan desapareció cuando vi entrar a Jana con *mi niña* corriendo hacia mí.

—¡Hola pequeñita! ¿Qué tal el viaje? —le pregunté mientras me la arrojaba contra el pecho y volvía a llorar a voz en grito—. Estoy fatal. Esto no debe ser bueno para tu embarazo. Por favor, vete. Lo superaré.

—Caroba, no te voy a dejar sola en estos momentos, así que no insistas —me pidió mientras se acomoda en el sofá y me preguntaba—: ¿asiático o mexicano?

Estuvimos hablando de todo lo que había pasado. Le conté lo bien que habíamos estado Ewan y yo. Como había disfrutado del sexo con él. Flipó cuando le conté la de veces que lo habíamos hecho en menos de 24 horas. Me pidió paciencia. Ella pensaba que lo que yo había hecho no estaba bien y que tenía que darle tiempo y espacio para que se recompusiese.

—¿Nunca le vas a contar toda la verdad? —me preguntó. Negué con la cabeza. Estaba algo perjudicada por la cantidad de alcohol que acababa de ingerir.

Me desperté sobresaltada. Estaba en mi casa, en Ronda, en el sofá. La angustia se acomodó en mi pecho, cuando rememoré todo lo sucedido el día anterior. Vi una nota que me había dejado Jana en la mesa.

Neni, descansa. Soluciona todo lo que tengas que solucionar. Como hablamos ayer: llama a tu jefe, deja el trabajo y céntrate en lo que realmente quieres, en Ewan.

*P.D.: Llama a Jaime. Está preocupado por ti.
Es buen tío.*

Me hice un café, me duché y me senté en el sofá a hacer las gestiones que tenía que hacer. ¿Quién dijo miedo?

Unas arcadas me vinieron de pronto, casi no llegué al baño. Los nervios me estaban jugando una mala pasada.

Me armé de valor y llamé a mi jefe. Le solté el primer rollo que se me ocurrió. Mi madre estaba enferma y necesitaba de mis cuidados. No me puso ninguna pega, pero me dijo que tendría que pasarme por la oficina, al menos un par de días a la semana, hasta que encontrasen a alguien que me sustituyera. Cuando colgué me vino una sensación de que algo no iba bien, me quedé intranquila pensando en la posibilidad de que Monique hubiera hablado con mi jefe sobre mí.

Me acordé de la nota de Jana y llamé a Jaime.

—¿Caroba? ¿Estás bien? ¡Desapareciste! Llevo dos días llamándote. Por suerte me apunté el teléfono de Jana y gracias a ella, sé que estás bien. No vuelvas a darme un susto así, ¿te has enterado? —cuando dejó de gritarme, escuché su respiración agitada a través del auricular.

—Lo siento... —es lo único que pude articular antes de echarme a llorar de impotencia.

Hablamos durante casi una hora. Le conté todo lo que había pasado con Ewan. Se alegraba de que me hubiese aclarado y alejado de David. Según Jaime, no era un mal tío, pero lo creía demasiado posesivo para mí. También le informé de que había dejado el trabajo y que dejaría de ser su vecinita.

—Eso déjame a mí. He visto una chica en el gimnasio que está para comérsela y ha dejado carteles diciendo que está buscando piso... así que... —me contó con entusiasmo y riéndose.

Ese comentario y la forma de decirlo hicieron que una sonrisa se asomase en mi rostro. Me encantaría que Jaime pudiera encontrar el amor. Y que fuera un amor puro. Se lo merecía. Se ofreció a ayudarme con la mudanza y con todo lo que me hiciese falta. Me aconsejó lo mismo que Jana, que le diese espacio y tiempo a Ewan para digerir todo lo que había ocurrido.

Al colgar me acordé de Cristina. Ella también me había llamado varias

veces. Intuí que ya se habría enterado de que había dejado el trabajo. La llamé y le conté lo mismo que a Françoise para no levantar sospechas. Cuando lo tuviese todo bien atado, le contaría la verdad y le pediría perdón. Ella era amiga de Monique y no podía arriesgarme. Me dijo que me echaba mucho de menos y que esperaba que pudiésemos vernos algún día. Me contó que fue a mi piso y que se encontró con mi vecino que, según me recalco y me regañó por no haberla informado, estaba buenísimo.

—Chica, ¿cómo no me habías dicho que tu vecino estaba para comérselo? Lo llego a saber y hubiera ido a visitarte cada dos por tres —me dijo entre risas.

Cuando dejamos de reír y bromear sobre Jaime, me contó que David llevaba varios días sin aparecer por el trabajo. Al parecer estaba malo con un virus o eso había dicho en la oficina. Intuí que Cristina sospechaba que entre David y yo ocurrió algo. Me hice la tonta y nos despedimos con la promesa de hablar a menudo y de vernos pronto. Le prometí que cuando fuese a recoger mis cosas a Sevilla la llamaría y comeríamos juntas.

—De todas formas tengo que ir a trabajar hasta que me encuentren sustituto. Así que tranquila que nos veremos antes de lo que piensas —terminé de decirle antes de colgar.

Me quedé con el teléfono en la mano pensando si llamar o no a David. ¿Sería eso como engañar a Ewan?

46

David

*“Me enamoré de ti sabiendo que nuestro amor no iba a ser fácil,
que existía otra persona que podría apartarte de mi lado,
que iba a ser muy difícil verte partir y esperar a que regreses,
pero por amor todo se puede y te seguiré esperando
cada vez que sea necesario,
porque en la vida, al igual que en el amor,
nadie dijo que sería fácil.
Carmen RB.*

Estaba escuchando una de mis canciones favoritas *We Don't Talk Anymore*^[xxii] cuando sonó el móvil en algún lugar de mi casa. Estaba hecho una mierda y cuando me sentía así, me daba por escuchar letras que me hundían aún más.

Desde que Caroba me dejó no levantaba cabeza. No dejaba de verla maniatada en aquella cama, con los ojos vidriosos y la mirada perdida. Intenté consolarla, pero ya era tarde. Ella sólo quería salir corriendo. Me quedé parado mirando cómo se vestía con rapidez sin saber bien lo que estaba haciendo. Se la veía tan perdida y desvalida. Lo último que pude ver de ella fue su melena dirigiéndose hacia la puerta como alma que se llevaba el diablo. En ese momento supe que la había perdido para siempre.

—¡Maldito teléfono! ¿Dónde estará? —me preguntaba a mí mismo bastante alterado. Estaba algo ebrio y mis sentidos no se encontraban en todo su apogeo—. ¿Diga? —respondí sin mirar quién llamaba.

—¿David? ¿Estás borracho? —me preguntó Caroba algo alterada, reconocí su voz al instante. ¡Joder! ¿Por qué habría cogido el teléfono?—. David, lo siento. No puedo decir otra cosa. Espero que no estés así por mi culpa, yo... yo... —y ahora se ponía a llorar ¡Dios! ¿Qué le decía yo ahora?

—Caroba... ¿qué puedo decirte? Al final nada salió como esperábamos, ¿verdad? No tienes que pedirme perdón. Todo esto ha sido culpa mía. No debí llevarte allí. Tendría que haberte mimado como mereces. —Hice una pausa para tranquilizarme y le pregunté—: ¿Qué tal estás? ¿Cómo te ha ido

con tu chico? ¿Estáis bien?

—Puffff.... No sé qué decirte. Se ha ido de casa. Me ha dejado —noté como su voz se convirtió en un susurro. Estaba desolada.

—Caroba, dame un minuto que tengo que resolver una cosa y ahora te llamo y seguimos hablando, ¿vale? —le pedí para poder serenarme un poco y poder hablar con ella como se merecía.

Me preparé un café bien cargado. Me duché con agua fría. Me miré al espejo. Estaba listo. Cogí el teléfono y la llamé mientras me encendía un cigarrillo y me tomaba el café.

—¡Hola! Ya estoy. Cuéntame qué ha pasado por favor —la apremié poniendo la voz demasiado azucarada para mi gusto, pero me salía así cuando hablaba con ella, mi dulce Caroba.

—David... estoy destrozada. Que... quería hablar contigo antes, pero todo ha sucedido demasiado rápido. Antes te he pedido perdón por no haberte llamado, por haberme ido de aquella forma sin esperarte, cuando tú no tenías la culpa de lo que pasó. Cuando...

—Caroba, nunca hemos llegado a hablar de nosotros. No sabes de lo que hablas. Reconozco que al principio para mí todo fue un juego, pero a medida que te fui conociendo, me di cuenta de que eras la mujer que necesitaba para hacerme feliz. Sin embargo, no te culpo por la decisión que has tomado porque sabía desde el principio que en tu vida había otro hombre y que la probabilidad de que te quedaras conmigo era inversamente proporcional a que me dejaras. Así que, por favor, olvida lo que ha pasado entre nosotros. Me recuperaré. Cuéntame qué ha ocurrido entre tu chico y tú para que se haya ido —intenté convencerla de que lo nuestro era algo imposible, aunque yo aún mantuviera la esperanza de recuperarla.

En esos momentos, para mí lo más importante era su felicidad. Si sabía que ella estaba bien, yo tendría que estarlo. Si salí del infierno que viví en casa de mis padres, saldría también de esta, aunque me quedaban ya pocas fuerzas para luchar.

Entonces Caroba empezó a contármelo todo, aunque pude intuir que obvió algunos detalles, ya que notaba cómo su voz cambiaba. Era como un libro abierto. Estaba escuchándola y era como si pudiera verla, y me lo estuviera contando sentada junto a mí. Quizás en esos momentos se estaría ruborizando. Me contaba que se ducharon juntos, que yo había conseguido que hiciera cosas que nunca se había planteado antes. Era tan bonita. Me encantaba la forma que tenía de expresar sus sentimientos con gestos, como

giraba los ojos hacia arriba o se ponía colorada cuando le decía que quería follarla sin parar... ¡mi Caroba!

Terminó de relatármelo todo y me puse en el lugar de su novio. Si yo fuera él, hubiera actuado de la misma forma. Debió ser muy duro para él saber que Caroba le había sido infiel. Si ella fuera mía, todo sería diferente. ¿Cómo había podido equivocarme tanto con ella?

Intenté calmarla diciéndole que se le pasaría, que su novio necesitaba tiempo para asimilarlo todo y que seguro que volvía a su lado. Si la amaba como decía, volvería. Ella era perfecta. Si yo fuera él, volvería.

Nada más colgar supe lo que tenía que hacer. Me vestí, cogí el coche y me dirigí al único sitio al que podía ir.

—¡Tú! ¡¿Qué haces aquí?! —me gritó furioso Jaime mientras me cogía por las solapas.

—Por favor —le pedí levantando las manos en son de paz—, déjame que te explique la razón por la que estoy aquí y después si quieres, me pegas. ¿Tregua? —le dije mientras le ofrecía la mano para que me la estrechase.

Le expliqué mi plan y me informó de que haría lo que pudiese. Entendió mi proceder y lo agradecí. Creía que él también estaba un poco enamorado de Caroba. Esa chica nos había tocado hondo. No podía ser de otra forma.

—¡Buenas tardes! Busco a Ewan, ¿sabe si se encuentra? —le pregunté a una señora que debía ser la hermana, porque estaba de muy buen ver para ser la madre.

—¡Buenas tardes! Sí, está arriba. Espera un momento que le aviso. ¿Quién eres? —me preguntó con un tono de voz muy dulce. Me encantó. Sentí una empatía con ella que me resultaba imposible describir con palabras. Nunca me había pasado algo así con nadie.

—Perdone que no me haya presentado. Soy David, un amigo. Dígame que necesito hablar con él de manera urgente, por favor —le pedí mientras se giraba y subía por las escaleras.

A los pocos minutos vi bajar a un chico muy guapo. No me extrañó que Caroba se hubiese fijado y enamorado de él, a pesar de que en esos momentos, no tenía buen aspecto. Me sorprendió porque era lo opuesto a mí.

Se puso frente a mí, tenía mala cara, pero no parecía enfadado, más bien dolido. Yo también lo estaría si estuviera en su lugar. Le comentó con voz muy dulce a la señora, a la que se refirió como ¿mamá?, que íbamos a salir al porche a hablar.

Me quedé mudo mirando a la señora. Su madre. Si yo hubiera tenido una

madre así de cariñosa y gentil... Sumido en mis pensamientos, seguí a Ewan como un autómatas hasta el porche. Una vez allí, me miró fijamente a los ojos y pude distinguir furia en los suyos, incluso algo de celos. No lo conocía lo suficiente, pero esa mirada hablaba por sí sola.

—No he venido a pelear ni a discutir. Necesito que me escuches. Tengo o debo aclararte algo por Caroba, por ti y por mí. Necesito que entiendas que no fue ningún juego y que no pretendía que nada de esto terminara así, con tres personas sufriendo. Lo siento, de verdad que lo siento. Yo también estoy destrozado —Ewan me miró, pero no dijo nada.

Mejor, así podía seguir con el discurso que traía preparado. Con la ayuda de Jaime, sabía con exactitud lo que Caroba le había contado a su novio y no existía la posibilidad de meter la pata. También me había ayudado mucho sobre la manera de explicarle a Ewan, lo que yo quería transmitirle. Era buen tío. Caroba tenía mucha suerte de tener tan buena gente a su alrededor.

Ewan no apartaba la mirada de mí. Estaba pensativo y triste. Su semblante había cambiado. Suspiró. Dijo un tímido, gracias. Se dio la vuelta y se metió en la casa.

Me quedé más tranquilo. Había hecho algo bueno en mi vida. Esperaba que todo lo que le había explicado sirviese para que se diera cuenta de la mujer que tenía a su lado, que las personas cometemos errores y que de ellos se aprendía.

De camino a mi casa compré provisiones y me encerré. Necesitaba una raya, una copa y machacármela pensando en Caroba. Eso era deprimente. Jamás en mi vida me había sentido así. Ni cuando mi madre... ¡No! Me negué a pensar en esos momentos en esa puta.

Puse la radio y seleccioné *Recuérdame*^[xxiii] de Pablo Alborán. Era la canción más apropiada para ese momento. Siempre me refugiaba en la música cuando quería olvidar.

Me tumbé en el sofá y procedí con mi ritual de autodestrucción.

Epílogo

Tres años después...

Me estoy mirando en el espejo mientras mi amiga Marina termina de peinarme. Estoy feliz, pero también me siento muy nerviosa. Hoy es un día muy importante en mi vida. Hoy daré el: “¡Sí, quiero!”

Han pasado tantas cosas desde aquella noche en la que, por fin, aclaré mis sentimientos. Todo lo que me ocurrió fue muy revelador para mí. Por un lado, porque pude ponerle nombre a todo lo que sentía por Ewan y, por el otro, porque me liberé de una parte de mí misma que me tenía anclada al pasado. Al fin fui capaz de ver el sexo como algo liberador. La vida cambió para mí, en todos los aspectos dando un giro de ciento ochenta grados.

Al día siguiente, de aquella noche, de mediados de octubre. Ewan me llevó el desayuno a la cama y, después de hacer el amor y también de follar, sin inhibiciones por ninguna de las dos partes. Sí, lo hicimos como no lo habíamos hecho en todos esos años que llevábamos juntos. Aquella noche vi a un Ewan que me llenó, y en el instante en que me rompió la ropa interior supe que era él: el hombre de mi vida. Es curioso que en ese mismo instante descubriera que me gusta follar. Aunque también necesito hacer el amor, de vez en cuando. Ironías de la vida.

En esas dos semanas en Sevilla había aprendido que el sexo era algo muy excitante y que podíamos reinventarnos para disfrutar de ello. Atrás se quedó la mirada azul de David y de todo lo que le rodeó. Cuando Ewan me miraba veía algo que no había sabido identificar hasta entonces: AMOR, en mayúsculas. Por fin, pude decirle que le amaba con todo mí ser.

Vuelvo a irme por las ramas. Después del desfogue conseguimos hablar. Me contó todo lo que había pasado con Monique y, lo que ella le contó sobre David. Abrió la caja de Pandora. Me sorprendí mucho con lo de sus pesadillas y ese miedo atroz a perderme. Luego me tocó a mí desvelar todo lo que había ocurrido en Sevilla. Después de escuchar mi historia Ewan se levantó y se fue. Se marchó a casa de su madre. Me pidió espacio y se lo di.

En todo el tiempo que Ewan estuvo ausente me encontré fatal. Vomitaba a todas horas y dormía como una marmota. Lo achiqué a los nervios... habían sido demasiadas cosas en muy poco tiempo. Por suerte tenía a Jana.

Mi buena amiga que vino a auxiliarme. Quizás porque ella había pasado por cosas mucho peores y sabía lo que un error puede torcer toda tu vida. Creo que es la mejor amiga del mundo. Me aconsejó que si de verdad amaba a Ewan tendría que dejar mi trabajo, volver a Ronda y olvidar. Olvidar mis errores para quedarme con el amor.

Tuve que tomar muchas decisiones para cerrar los capítulos que se habían quedado abiertos. Haciendo caso a los consejos de mi amiga: presenté mi renuncia en el trabajo, dejé el piso, hablé con Jaime, con Cristina e incluso lo hice con David.

A día de hoy tengo una relación muy buena con todos ellos. Aunque parezca una tontería, hemos creado un grupo de WhatsApp para estar en contacto y contarnos de todo. De vez en cuando quedamos todos juntos aunque aún no hemos conseguido quedar los cinco a la vez.

Jaime se portó muy bien conmigo, me ayudó con la mudanza, se peleó con el casero para que me devolviera la fianza e incluso buscó un nuevo inquilino, bueno inquilina... No permitió que Jana moviera un dedo, decía que estaba embarazada y que él estaba allí para ayudarme como los amigos que éramos. De Sevilla me llevaba muchas cosas, pero Jaime fue el mayor de los descubrimientos que hice en esa ciudad. Creo que le gusta Cristina, supongo que desde aquella vez que fue a mi casa a buscarme. Como me hizo saber se quedó prendado de su belleza.

Cristina volvió a pedirme perdón por haber sido tan bocazas con todo lo referente a David. Nos consideraba a los dos amigos suyos y, en ese momento, no le encontró ninguna maldad. No valoró que sus palabras pudieran hacer el daño que hicieron. Su intención era quitarle de la cabeza a Monique, la idea de enamorar a David. Ella pensó que si se inventaba que él iba detrás de mí pasaría del tema y se equivocó. Cristina era una chica muy maja a pesar de tener una amiga llamada Monique.

Con David va todo muy bien. Me tranquilizó cuando me dijo que lo habíamos dejado a tiempo y que si hubiéramos ido más lejos, tal vez nos hubiéramos hecho daño. Estuvo un tiempo ausente después de la conversación que mantuvimos. Cuando conseguí contactar con él dos semanas después, me reveló que aquella noche tras irme del club, acabó en una orgia y se pasó bastante con la coca. Gracias a Jaime y a Mario, que le abrieron los ojos, se dio cuenta de que podría haberle pasado algo grave y decidió dejar ese vicio. Pidió ayuda y lucha día a día para no volver a caer. Me alegré muchísimo, no se debe jugar con las drogas. Nunca se sabe cuándo

puede superarnos.

También hice las paces con mi familia. Entendí que lo que hicieron fue por mi bien, debía aprender que la vida no es fácil. Y aunque no llegué a comprender su forma de proceder pude verlo desde su punto de vista y simplemente respeté su forma de actuar. Sé que me quieren y eso es lo importante.

Ewan tardó en volver a mi lado un mes. Me explicó que había necesitado todo ese tiempo para pensar e indagar en sus sentimientos y que se fue porque no era capaz de poder mirarme a la cara sin ver la traición. Me aclaró que fue un duro golpe para él saber que le había engañado con otro. Aunque lo que más le dolió de todo, fue saber que lo había hecho porque creía que no le amaba cuando para él nuestra relación era de amor absoluto, incluso hasta tal punto de depender de mí, de necesitarme. Ese periodo de ausencia le había servido para purgarse. Después de todo ese tiempo, a la única conclusión que había llegado era; que sin mí no podía vivir. Lo encontré más seguro de sí mismo, pude ver una persona diferente.

Hicimos el amor hasta caer exhaustos. Cuando me cercioré de que todo entre nosotros podía ser real, le conté que en ocho meses seríamos padres. Ese instante fue un antes y un después. Fue un embarazo colmado de mimos y amor. Creo que fue lo mejor que nos podría haber pasado, ya que limpió todo el mal causado por las dudas e inseguridades de cada uno. Sobre todo porque en ningún momento dudó de que no fuera suyo.

Y aquí estoy ahora, maquillándome y preparándome para el día de mi boda. Ewan, nada más enterarse de mi embarazo me pidió matrimonio, pero tuve que ser coherente y responderle que teníamos que madurar nuestra relación más aún después de lo que había ocurrido. Esperaríamos hasta que la pequeña pudiera llevar los anillos. Sí, tuvimos una niña y la llamamos Daniela. El nombre lo eligió Ewan y significa: Juicio de Dios. Es lo mejor que he hecho en mi vida. Gracias a los dioses la tengo conmigo para confirmar mi amor por él.

Ahora mismo está entrando por la puerta mi pequeña princesa. Es rubia con los ojos color chocolate, como su padre. La nariz y la boca son también como las de él. Creo que en el futuro, cuando sea mayor, tendrá un padre que la perseguirá por todas las fiestas. Ewan dice que hasta que no tenga los treinta no la dejará salir sola a la calle.

—¿Qué pasa, mi niña? ¿Estás bien? —le pregunto mientras la veo venir corriendo hasta mí. Cuando llega hasta donde estoy yo, salta y se me tira a los

brazos llorando a moco tendido.

—Pa...papi no... me dejaba...venir a verte —balbucea mientras se sorbe los mocos.

—Mi princesa, mamá se está vistiendo, y el vestido se puede manchar. Si prometes portarte bien, te puedes quedar a ver cómo mami termina de arreglarse, ¿quieres? —mi pequeña asiente con la cabeza y se sienta en un lateral de la habitación. Marina se acerca a ella con una barra de labios rosa claro y se los pinta. Ella sonrío y me mira con esa mirada, tan dulce, como las que me dedica su padre.

Termino de vestirme y bajamos a la playa. Tanto Ewan como yo, queríamos casarnos en Cádiz, mi tierra natal. Concretamente en Conil de la Frontera que ha sido donde hemos pasado nuestros mejores momentos hasta el día de hoy. Hemos comprado un pequeño apartamento para poder venir a la playa siempre que queramos. Aquí he podido sentirme libre. Durante mi embarazo cada mañana bajábamos a la playa a pasear, podíamos elegir entre las cinco playas que posee. Después nos íbamos al mercado a comprar verduras frescas del campo y pescado. Y cuando terminábamos de comer, me gustaba hacer algo de ejercicio... Ewan me demostró que podíamos disfrutar el uno del otro sin caer en la monotonía. Este pueblo me ha dado muchas alegrías.

Mí vestido de novia es bastante sencillo: palabra de honor, ceñido a la cintura con incrustaciones de *Swarovski* y falda de tul hasta los tobillos. En los pies llevo unas bailarinas blancas de cuña con lazada en los tobillos. Mi pequeña lleva el mismo vestido que el mío, pero el suyo con lacitos. Nunca me gustaron mucho las florituras, ni acicalarme más de lo necesario, aunque este momento tan especial lo requería. Yo nunca me hubiera casado, no me hace falta un papel para saber que nuestra relación será para siempre. No he sido de las que de pequeña soñaban con este momento, pero aquí estoy nerviosa e ilusionada por el paso que vamos a dar. Del brazo de mi orgulloso padre voy camino del altar. Suena música clásica de fondo. Ver a todos mis amigos en el altar me llena de ilusión de saber que todo va a salir bien.

La boda la presidirá un amigo del padre de Ewan y por lo que tengo entendido, quiere hacer méritos para conquistar a Toñi, la madre de mi futuro marido. Espero que tenga suerte, porque ella se merece tener un buen hombre a su lado que le devuelva esa felicidad que solo el amor puede dar.

En la ceremonia Ewan ha querido decirme unas palabras:

Desde el momento en que te vi con tu vestido blanco deseé verte como ahora, de blanco también y frente a mí diciendo: “Sí quiero”.

Aceptando mi amor para siempre.

Cambiaste mi mundo en ese mismo instante.

Llegaste de la nada y ahora lo eres todo.

No puedo vivir sin ti, sin tu amor.

Necesitaré muchas vidas para demostrarte cuánto te amo.

Te amo, Caroba.

Eres lo mejor que me ha pasado,

Y también lo es nuestra pequeña

que es el fruto de nuestro amor.

Os quiero mucho a las dos.

Nos damos el “Sí quiero” y me regala un colgante con forma de doble infinito con nuestros nombres grabados. Él sabe que ese símbolo significa mucho para mí y el diamante en el centro representa a la perfección que nuestro amor será para siempre.

Vamos a celebrarlo a un chalet que tienen los padres de Jaime en los Caños de Meca. Ha sido su regalo de boda. A la boda han venido: Jaime, Jana y Pietro, y también invité a Cristina y a David.

Ewan me contó que en ese mes de ausencia recibió una visita de David y que, éste le pidió que le diera media hora de su tiempo. Ewan aceptó y hablaron. Ninguno de los dos ha querido contarme nada relativo a esa conversación y yo no he insistido en querer conocer los detalles. Mientras esté todo bien entre nosotros me conformo. Me gusta poder hablar con David y que a Ewan le parezca bien. Sin rencores, sin miedos, sin desconfianzas.

—¿Le estás poniendo ojitos a mi amiga Marina? —le pregunto a David mientras me acerco para darle el detallito que estoy repartiendo entre los invitados.

—¿Yo? ¿Ojitos? No sé a qué te refieres... —exclama poniéndome cara de no haber roto un plato.

Fin

Nota de la autora

El que un hombre nos diga que está limpio, no significa que lo esté. En el momento del calentón todos nos creemos estar sanos.

Caroba decidió creerle y podría haberle salido caro... Si queréis saber por qué, tendréis que leer la historia de David.

El tema de la droga sé que a muchos no os gusta, pero está a la orden del día y quien menos te lo esperas te la ofrece. Lo importante es saber decir que no.

Agradecimientos

Mi primer agradecimiento debe ser para la editorial Red Apple por confiar en mi novela y hacer posible su publicación. Por su trato afable a la hora de concretar todos los detalles referentes a su publicación. A Shia por esta portada tan maravillosa y a Tara mi editora.

En segundo lugar quiero agradecer a las playas de Chipiona y al *Mustaky* por darme los mojitos necesarios y buena música de fondo que fueron los que me animaron lo suficiente para empezar a crear esta historia.

A Daniel Atienza Benedicto por sus correcciones y ayuda. Debo contar que me subrayaba en amarillo y me decía: A esto dale una vuelta, no sé si es lo que quieres decir. También decía que David estaba loco y que Ewanera demasiado bueno. ¿Vosotros que opináis? ù

A Loli Peris por animarme. Ella es la que, desde un principio, me ha animado a escribir esta historia y la que junto con Ana Andrés han sido mis lectoras cero. Me han dado consejos muy valiosos, aunque en algún momento me dijeron: “¡Si tú vas a hacer lo que te salga del papo!”. Y sobre todo por pedirme más, cuando la creía terminada. Los últimos cuatro capítulos son por petición suya...

A Marta Romero por ser como es. Me ha encantado ver como se sorprendía con los cambios en los personajes. Sus comentarios me han hecho saber que iba por buen camino.

A Cristina Prada por aceptar ser mi madrina y ayudarme con sus consejos.

A Loli MA por leerme y aconsejarme algún roce más. Ha interactuado conmigo dándome muy buenos consejos siempre.

A Saray Mayorga y María Iñiguez por leerla y corregir algunos errores que quedaban. Mencionar a Elena Rosa por estar ahí.

A Isa y Pepe por aguantarme y apoyarme con la creación del libro.

A Elena Velarde por sus correcciones. Gracias a ella me pude dar cuenta de la cantidad de repeticiones que tenía y expresiones que no eran correctas. Es una gran profesional.

A Loles López por permitirme añadir su pulsera, de la que estoy realmente enamorada. Y ahora tengo en mi poder.

A Noni García, Moruena Estríngana, Anne Readheart y Emma Maldonado por aclararme algunas dudas que he tenido una vez la he terminado y me han dado muchísimos ánimos. A Ester FG por su maravillosa entrevista que me hizo creer que todo iba a ser posible.

Y lo más importante: Agradecerte a ti lector, que me has leído y has llegado hasta aquí. Espero que te haya gustado y que te animes a seguir leyéndome, sobre todo tienes que conocer la historia de David, de Jana y de Mario... por ahora. ù



Red Apple Ediciones
Carmen Romero Baldonado ©2017

Sigue a Red Apple Ediciones y no te pierdas ninguna de nuestras novedades en:



www.redappleediciones.com

[i] *Cómo te atreves de Morat- ® © 2016 Universal Music Spain, S.L.*

[ii] *Vintage (cosecha) es el término empleado para referirse a objetos o accesorios con cierta edad, que no pueden aún catalogarse como antigüedades, y que, como los buenos vinos, se considera que han mejorado o se han revalorizado con el paso del tiempo.*

[iii] *Desperados es una cerveza alsaciana elaborada por el grupo francés Brasserie Fischer, fábrica cervecera con sede en Schiltigheim, en las afueras de Estrasburgo, Francia. La marca es parte de la multinacional Heineken. Está aromatizada con tequila, con una graduación de 5,9°. Su comercialización comenzó en 1995 en Bruselas, durante los juegos olímpicos de invierno de Francia.*

[iv] *Gente de Zona: (a veces escrito Gente D'Zona) es un grupo de salsa cubano*

(cubatón) *fundado por Alexander Delgado en el año 2000. El grupo combina ritmos de reggaetón con las formas más tradicionales de la música cubana.*

[v] *Petit comité: (expr. fr.) m. Grupo pequeño de personas. En petit comité loc. adv. Con la presencia o la anuencia de muy pocas personas*

[vi] *Tommy Hilfiger: Thomas Jacob Hilfiger (Nueva York, 24 de marzo de 1951), conocido como Tommy Hilfiger, es un diseñador de moda estadounidense, fundador de la empresa que lleva su nombre y que fabrica ropa y joyas de alta categoría.*

[vii] *Estar de chupa pan y moja: es una variante del refrán toma pan y moja.*

[viii] *Judas tiene su origen en la cervecería local de Saint Michel de Waarloos, en Bélgica, en el año 1880. Probablemente es una de las mejores cervezas Ale rubia “fuerte” al estilo belga. Es una cerveza de alta fermentación en cuyo proceso de elaboración tradicional se utilizan las mejores selecciones de cebadas (para elaborar la malta), trigo y lúpulos, traídos de la región de Bohemia.*

[ix] *La Isla del Pescador: también llamada Isla Margarita, sita en la Sierra Norte de Sevilla. Ver*

<http://consejosparaviajerosmuchomas.blogspot.com.es/2012/08/isla—margarita—sierra—>

[x] *Caravan: Modelo de gafas de sol de la marca Ray-Ban*

[xi] *Mozart, Licor de chocolate cream blanco.*

[xii] *Andas en mi cabezade Chino y Nacho - © 2016 Machete Music*

[xiii] *Quiero estar contigo de Nicky Jam- © 2016 Nazza Records, under exclusive license to Cinq Music Group, LLC*

[xiv] *Él no te da de DaSoul- © 2014 Roster Music*

[xv] *Pillina; Diminutivo de pilla. Astuto, pícaro.*

[xvi] *Duele el corazón (feat. Wisin) de Enrique Iglesias - © 2016 Sony Music International, a division of Sony Music Entertainment*

[xvii] *Todas las promesas de DaSoul- © 2016 Universal Music Spain / Roster Music*

[xviii] *Kiosko Bombay: <http://esnsevilla.org/partners/kiosko—bombay>*

[xix] *Quiero que sepas de Juan Magán- © 2016 Universal Music Mexico S.A. de C.V.*

[xx] *Idilio: Pub liberal. <http://idilioliberal.com/>*

[xxi] *Sanlúcar la Mayor es un municipio español de la provincia de Sevilla, Andalucía, perteneciente a la comarca del Aljarafe.*

[xxii] *We Don't Talk Anymore (feat. Selena Gómez) de Charlie Puth. Del álbum Flaixbac 2017 [Clean] - © 2017 de Esta Recopilación Sony Music Entertainment España, S.L./ Universal Music Spain S.L./ Warner Music Spain, S.L.*

[xxiii] *Recuérdame de Pablo Alborán - Sello: WM Spain*